



## Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos*.  
*Primera época* (1942-1985).  
México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXIX, Vol. CLXXIII, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1970).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

***CUADERNOS***

**AMERICANOS**

**MEXICO**

**6**

# **CUADERNOS AMERICANOS**

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)  
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035  
Apartado Postal 965  
Teléfono 5-75-00-17

DIRECTOR-GERENTE  
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE  
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

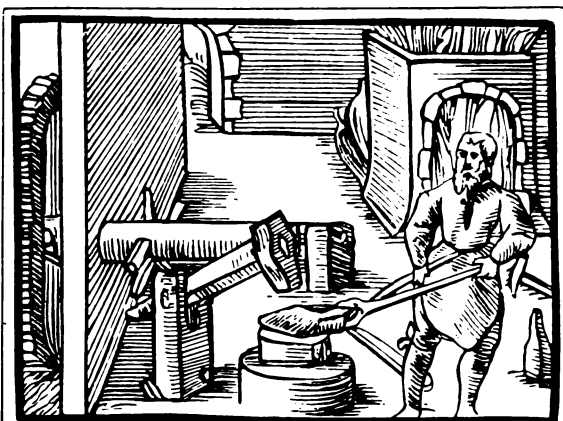
IMPRESO POR LA  
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.  
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXIX

# 6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE  
1970

INDICE  
Pág. 3



FUNDIDORA  
MONTERREY 

TALLER DE FORJA, grabado en madera italiano (Siglo XVI)



# ABRA LOS OJOS

... NACIONAL FINANCIERA  
le ofrece una inversión segura  
y productiva. Consúltenos



## NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Isabel la Católica No. 51, México 1, D. F.  
Av. 16 de Septiembre 446 Guadalajara, Jal.

ASP. CON. NAT. BANC. NÚM. 601-11-799

## PROBLEMAS DEL DESARROLLO

*Revista Latinoamericana de Economía*

Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional  
Autónoma de México

Año II, N° 1; Octubre-diciembre de 1970

COMITE EDITORIAL: Alonso Aguilar Monteverde, Angel Bassols Batalla, Fernando Carmona de la Peña, José Luis Ceceña Gámez, Roberto Martínez Le Clainche, Ramón Ramírez Gómez y Ricardo Torres Gaitán.

### C O N T E N I D O :

#### A NUESTROS LECTORES

OPINIONES Y COMENTARIOS sobre *las perspectivas del desarrollo económico de México*. Opinan: Enrique Padilla Aragón, Fernando Paz Sánchez, Ricardo Torres Gaitán y Ricardo J. Zevada.

#### ENSAYOS Y ARTICULOS

José Luis Ceceña: *El Capitalismo de Estado en México*.  
Mario Monteforte Toledo, *La Integración Centroamericana*.  
Alberto Baltra Cortés, *El Pacto Andino y el Capital Extranjero*.

#### LIBROS

#### REVISTAS

#### DOCUMENTOS Y REUNIONES

PRECIO EN MEXICO: *Número suelto*: \$ 25.00. *Suscripciones*:  
Anual, \$ 80.00; *Estudiantes*: Semestral, \$ 35.00; anual, \$ 70.00.

EXTRANJERO: *Número suelto*, Dls. (de EUA) 2.00. *Suscripción anual*, Dls. 7.00.

Toda correspondencia y envío de fondos (cheques bancarios o giros postales) debe dirigirse a *Problemas del Desarrollo*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

# REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE  
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director: Alfredo A. Roggiano  
Secretario-Tesorero: Julio Matas  
Universidad de Pittsburg. 1617 C.L.



No. 71 (Dedicado a Vallejo)

- Julio Ortega ..... Lectura de Trilce  
Eduardo Neale-Silva ..... Poesía y sociología en Trilce  
Keith McDuffie ..... Una fracasada traducción inglesa de Poemas  
humanos  
Keith McDuffie ..... Trilce I y la función de la palabra en la  
poética de César Vallejo  
Carlos Germán Belli ..... En torno a Vallejo  
Raúl A. Castagnino ..... Vallejo narrador  
Luis Alberto Sánchez .... La prosa periodística de César Vallejo  
James Higgins ..... El absurdo en la poesía de César Vallejo  
André Coyné ..... Vallejo y el surrealismo  
Alfredo A. Roggiano .... Mínima guía bibliográfica



## COMISION EDITORIAL (1969-1971)

- Fernando Alegría, Stanford University, Palo Alto, California.  
Fred P. Ellison, University of Texas, Austin, Texas.  
Seymour Menton, University of California, Irvine, California.  
Emir Rodríguez Monegal, Yale University, New Haven, Connecticut.  
Guillermo Sucre, University of Pittsburgh, Pittsburg, Pa.

Venta, suscripciones y canje: 1617 C.L. University of Pittsburg, Pa. 15213.  
Suscripción anual: Europa y U.S.A., 7 dólares; América Latina. 3 dólares.



# MEXICO 1968



Un útil libro de  
consulta sobre  
el México  
de nuestros días

A comprehensive  
handbook on  
today's Mexico

Pedidos a | Orders to

**BANCO NACIONAL DE  
COMERCIO EXTERIOR, S. A.**

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES  
Venustiano Carranza 38 México 1, D. F.

\$ 50.00

Dls. 4.00

## UN NUEVO LIBRO

LA REFORMA AGRARIA EN EL DESARROLLO  
ECONOMICO DE MEXICO

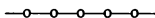
POR

MANUEL AGUILERA GOMEZ

El licenciado Aguilera Gómez es uno de los jóvenes mejor preparados en la ciencia de la economía política. Trabajó durante cinco años para dar cima a este libro, el primero que se ha escrito relacionando la reforma agraria mexicana y su influencia en el desarrollo económico del país.

El material acumulado laboriosamente dará al lector una visión nueva de problema tan fundamental, no sólo en lo económico sino en lo social y en el campo de la lectura.

El Banco Nacional de México ha otorgado a este libro el Premio 1970.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES  
ECONOMICAS

Precios:

México .	\$ 40.00	
Extranjero .		4.00 Dls.

Distribuye:

## CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035  
México 12, D. F.

Apartado Postal 965  
México 1, D. F.

Teléfono: 5-75-00-17

JAMES W. WILKIE  
 EDNA MONZON DE WILKIE  
 MEXICO VISTO EN EL SIGLO XX

Entrevistas de historia oral

Ramón Beteta  
 Marte R. Gómez  
 Manuel Gómez Morín  
 Vicente Lombardo Toledano  
 Miguel Palomar y Vizcarra  
 Emilio Portes Gil  
 Jesús Silva Herzog

Ninguna de las personas entrevistadas se propuso hacer su autobiografía o la historia contemporánea de México, no obstante lo cual, hay un poco de lo uno y de lo otro. Sin embargo, tenemos la seguridad de que el contenido de la obra será de indudable utilidad e interés para historiadores, sociólogos, economistas, políticos y aun para sicólogos.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES  
 ECONOMICAS

Precios:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México .....	\$ 100.00	
América y España ...		9.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

INSTITUTO MEXICANO DE  
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOG. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917.		
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS . . . . .	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano . . . . .	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA AIEMÁN . . . . .	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOG . . . . .	70.00	6.00
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie . . . . .	100.00	9.00

—oOo—

En Prensa "Investigación socio-económica directa de los ejidos de Aguascalientes" por Mercedes Escamilla.

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035  
México 12, D. F.

Apartado Postal 965  
México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17



## RECIENTES EDICIONES

## NOVEDADES

- F. H. CARDOSO Y E. FALETTO  
 Dependencia y desarrollo en América Latina  
 176 pp. (2a. ed.)
- A. GHERBRANT  
 La iglesia rebelde de la América Latina  
 328 pp.
- R. M. MARINI  
 Subdesarrollo y revolución  
 172 pp. (2a. ed.)
- S. ARANDA  
 La revolución agraria en Cuba  
 248 pp. (2a. ed.)
- C. FURTADO  
 La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la  
 Revolución cubana  
 312 pp.
- J. LAFAYE  
 Los conquistadores  
 252 pp. Ilustrado
- JAGUARIBE-FERRER-WIONCZEK-DOS SANTOS  
 La dependencia político-económica  
 de América Latina  
 320 pp.
- J. WOMACK Jr.  
 Zapata y la Revolución Mexicana  
 480 pp. Ilustrado y empastado  
 (3a. ed.)
- VARIOS AUTORES  
 Chile, hoy  
 416 pp.
- R. STAUVENHAGEN  
 Las clases sociales en las sociedades agrarias  
 304 pp. (2a. ed.)

En todas las librerías o en Gabriel Mancera, 65

---

MANEJE  
**AUTO**  
NUEVO EN  
**EUROPA**

ES MAS BARATO QUE  
RENTARLO PORQUE  
USTED PAGA SOLO LA  
DEPRECIACION Y GASTOS.

- ESTRENE EL SUYO.-  
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo  
donde lo desee.

**AUTOS FRANCIA**  
SERAPIO RENDON 117  
TEL. 35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes

---

INSTITUTO MEXICANO DE  
INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadrados en percalina, de más de 2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas, sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

	Pesos	Dls.
México	500.00	
Extranjero		50.00

Del mismo autor:

"El problema fundamental de la agricultura mexicana"	20.00	2.00
--	-------	------



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035  
México 12, D. F.

Apartado Postal 965  
México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

# *C E R V E Z A*

bebida elaborada con materias  
alimenticias



LA CERVEZA está elaborada con malta, arroz, lúpulo y levadura, elementos que contienen sustancias de alto valor alimenticio. Es una bebida de sabor agradable, sana y pura. Además la cerveza mexicana es reconocida como la mejor del mundo. Por todo esto, es bajo todos conceptos recomendable el consumo de esta bebida en forma adecuada, tal y como lo hacen los pueblos más sanos y fuertes del mundo; sola, como complemento de las comidas o para mitigar la sed.



**ASOCIACION NACIONAL DE  
FABRICANTES DE CERVEZA**

MEXICO, D. F.



# CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO  
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y México España Europa Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	.....	90.00	7.20	7.50
1943	.....	90.00	7.20	7.50
1944	Números 2, 3, 5 y 6	90.00	7.20	7.50
1945	.....	90.00	7.20	7.50
1946	.....	90.00	7.20	7.50
1947	Número 6	90.00	7.20	7.50
1948	Números 5 y 6	90.00	7.20	7.50
1949	Números 2 al 6	90.00	7.20	7.50
1950	Números 3 y 4	90.00	7.20	7.50
1951	Número 6	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1954	Números 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1955	Números 1 y 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 2 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Números 3 y 6	75.00	6.00	6.30
1959	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1960	Número 6	75.00	6.00	6.30
1961	Número 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 3 al 5	45.00	3.60	3.90
1963	Números 3, 4 y 6	45.00	3.60	3.90
1964	Números 1, 2, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1965	Números 1, 2, 4 y 6	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 4 al 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 1 al 6	45.00	3.60	3.90
1969	Números 5 y 6	45.00	3.60	3.90

## SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		15.50
Europa y otros continentes		<b>Dls. 13.50</b>

## PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO 1970

México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.70
Europa y otros continentes		3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965

o por teléfono al 5-75-00-17

México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

**COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943  
Y COLECCIONES COMPLETAS.**

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

## CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,  
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:  
Correo ordinario, tres dólares canadienses  
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

\* \* \*

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,  
La Habana, Cuba

## ASOMANTE

Revista trimestral literaria

Fundada en 1945

Publicada por ASOMANTE, INC.

Apartado 214,

San Juan, Puerto Rico 00902,

o

Cordero 55, Santurce, P. R. 00911.

\*\*\*

Número conmemorativo de los 25 años de ASOMANTE  
(Homenaje a Luis Palés Matos)

\*\*\*

### S U M A R I O

\*NILITA VIENTOS GASTON; Veinticinco años de Asomante. \*MARGOT ARCE DE VAZQUEZ; "Litoral", de Luis Palés Matos. \*JOSE EMILIO GONZALEZ; Tres danzas negras de Luis Palés Matos. \*ANGEL LUIS MORALES; Julio Herrera y Reissig y Luis Palés Matos. \*JUAN ANTONIO CORRETTJER; Guarachas viequeñas. \*MONELISA L. PEREZ MARCHAND; Luis Palés Matos: Una conciencia lúcida. \*LUIS DE ARRIGOITIA; Anotaciones métricas a "Poesía", de Luis Palés Matos. \*VARIOS; Los veinticinco años de ASOMANTE. \*GUIA DEL LECTOR. \*COLABORADORES.

## CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Precios para 1970

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México . . . . .	150.00	
Otros países de América y España . . . . .		13.50
Europa y otros continentes . . . . .		15.50
Precio del ejemplar:		
México . . . . .	30.00	
Otros países de América y España . . . . .		2.70
Europa y otros continentes . . . . .		3.00

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

## REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

**Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman**

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.

Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

*CUADERNOS*  
**AMERICANOS**

AÑO XXIX

VOL. CLXXIII

**6**

*NOVIEMBRE-DICIEMBRE*

1970

MÉXICO, D. F. 1º DE NOVIEMBRE DE 1970

---

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN  
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,  
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MARTINEZ BÁEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

---

Director-Gerente

JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de

PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

---

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista  
sin indicar su procedencia

# CUADERNOS AMERICANOS

No. 6

Noviembre-Diciembre de 1970

Vol. CLXXXIII

## INDICE

### NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
ALFONSO REYES. Carta a una Sombra . . . . .	7
VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE. De regreso a las ideas apristas de 1924 . . . . .	10
ANTONIO SACOTO. Aspectos culturales de nuestra América en el siglo xx . . . . .	14
ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Los Mitos del Futuro . . . . .	26
En defensa de la América Latina, por ALFREDO S. DUQUE	50
Los reformadores de la España contemporánea, por RU- BÉN LANDA . . . . .	54

### AVENTURA DEL PENSAMIENTO

ALFREDO STERN. Historia, proyecto y valor . . . . .	65
SERGIO BAGÚ. Contenido histórico de las Ciencias de la sociedad en Occidente y en América Latina. Propuesta para un replanteamiento teórico . . . . .	79
GISELA B. HUBERMAN. Panorama de los Estudios de la Gramática Española en el siglo xx . . . . .	103

### PRESENCIA DEL PASADO

RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA. Azorín en la Prensa anar- quista de fin de siglo . . . . .	111
PUBLIO GONZÁLEZ-RODAS. Darío y Estrada Cabrera . . . . .	119
JESÚS SILVA HERZOG. Tríptico en la Revolución Mexicana	128

## DIMENSION IMAGINARIA

	<i>Págs.</i>
JULIÁN IZQUIERDO ORTEGA. Notas sobre León Felipe y su idea de la muerte . . . . .	151
LOLÓ DE LA TORRIENTE. Fiesta de Natalicio . . . . .	158
MANUEL DURÁN. El Lenguaje de Juan Goytisolo . . . . .	167
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Psicología del Desasosiego.— Utrillo . . . . .	180
JAIME ALAZRAKI. Un tema y tres cuentos de Horacio Quiroga . . . . .	194
CONCHA MELÉNDEZ. Poesía y sinceridad en Amado Nervo	206

## LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publicaciones . . . . .	225
INDICE GENERAL DEL AÑO 1970 . . . . .	245

## INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a pág.
Boceto de Utrillo. Por Cossío del Pomar. (1924) . . . . .	184
Utrillo. Vista de Le Vérsinet, París. (Colección P. Pétridès) . . . . .	"
Utrillo. Dibujo de Le Vérsinet, donde terminó sus días y su arte . . . . .	"
Basilica de Saint Denis. (Período Blanco de Utrillo) . . . . .	"
Utrillo. El jardín de Montmagny [1908]. (Período llamado de Montmagny) . . . . .	"
Utrillo. La famosa Place du Testre. (1912) . . . . .	"
Utrillo. La calle de Norvins. (Camino a la barraca de Durrio) . . . . .	"
Utrillo. La plaza de Sta. Catalina en Montmartre . . . . .	"
Montmartre, por Utrillo . . . . .	185
Lezama Lima, en su cuarto de trabajo, firma un libro para un amigo	160



# *Nuestro Tiempo*



## CARTA A UNA SOMBRA<sup>1</sup>

Por Alfonso REYES

**M**A tí inolvidable Pedro Henríquez Ureña: fuiste a morir, tras de marcar en México la imborrable huella de tu paso, a tí quiero dirigir mis quejas, yo que también fui, durante algún tiempo y en dos diferentes ocasiones, vecino de las riberas del Plata, donde tuve la suerte y la honra de representar a mi país, de conocer de cerca a aquel pueblo generoso y soberbio, de amistar-me para siempre con sus escritores, sus poetas y sus artistas.

Llegan de Buenos Aires muy tristes noticias. Varios mexicanos eminentes acaban de hacer circular un manifiesto en que protestan contra los incendios insidiosos de bibliotecas y galerías de arte, contra las cortapisas a la cátedra, al libro, a la prensa, a la libertad del pensamiento en todas sus formas, y —¿será posible?— delatan la prisión de altos y respetables representantes de nuestra cultura continental. Entre ellos se cita a Palacios, el mosquetero romántico de la política argentina, cuya honradez y probidad son harto conocidas; a Roberto Giusti, en quien la bondad y la inteligencia se confunden por tal manera que a tí mismo —tan dotado de ambas virtudes— solía sorprenderte; a Fatone, a Gollán, a Solari, a Aguirre Cámara, a otros más que no cito por no alargarme, sin que por eso olvide sus títulos y sus prendas; y, finalmente, a Francisco Romero el filósofo, una de las más claras luminarias de la mente hispanoamericana y sin duda uno de los hombres más puros.

¡Nuestro hermano Francisco Romero! ¿Lo recuerdas, Pedro? ¿Recuerdas las largas y gustosas veladas de apacible trabajo, por 1936, de que salieron esas notas que he incorporado entre las publicaciones de mi *Archivo* bajo el título de *La Constelación Americana*? Este cabal representante de la normalidad filosófica se ha definido a sí mismo cuando, contra los que abren tienda para suministrar la verdad en inyecciones y pretenden vender sus apre-

<sup>1</sup> Esta carta fue enviada con carácter confidencial a un grupo de amigos en septiembre de 1953. Hoy la reproducimos porque no ha perdido actualidad. Los males que señala son mucho más graves que hace 17 años.

suradas profecías de "merolicos", decía sobriamente: "No hay otra revelación (en filosofía) que la que integran veinticinco siglos de indagación en torno a un puñado de temas capitales". Y, en estos meses pasados, acaba de publicar un libro, *Teoría del Hombre*, que está llamado a perdurar. A él le decía yo en cierta carta sobre "el sentido de América" (*Ultima Tule*, págs. 25 y siguientes): "Los que siguen concibiendo a América como un posible teatro de mejores experiencias humanas son nuestros amigos. Los que nos niegan esta esperanza son los enemigos de América".

Si aún vivieras entre nosotros, Sombra de mis desvelos, no serías feliz. Tú viste el comienzo del mal que nos aflige, pero acaso moriste en la creencia de que ese mal iba a remediarse. Al contrario, el mal ha asumido formas cada día más sutiles y, en cierto modo, la virulencia de esos gérmenes filtrables que ya no es fácil detener. No sé qué general nazi dijo por ahí: —A pesar de todo, ya hemos triunfado.

Y así es. Se planteó la lucha del individuo contra el Estado (para recordar las palabras del olvidado Spencer). Se echó sobre cada uno de nosotros el Leviatán de Hobbes, revestido de uno u otro disfraz. Y al modo como es fuerza armarse si queremos prevenir la guerra (a menos que todos nos desarmemos a un tiempo), así también las mismas democracias adoptaron a veces los métodos de la tiranía estatal para defendernos de ella. No sé si hallaremos la salida a este círculo vicioso, verdadero laberinto cretense, que no sea por extremo de dolor y fatiga, dentro de algunos lustros, o por alguna explosión mística que las bases religiosas actuales ni siquiera dejan prever, si es que antes la nueva física aplicada a la guerra no destruye el planeta.

Entretanto, el pensamiento padece. Se cumple la profecía de Renan, a propósito de la libertad histórica, expuesta en el prólogo de su *Historia del pueblo de Israel*. —Apresurémonos —venía a decir Renan— a disfrutar de esta hora de libertad. Esta libertad es una flor demasiado aristocrática y delicada; no puede durar mucho. Sin duda en alguna parte del mundo se organiza ya la nueva barbarie, que ha de acabar otra vez con la facultad de opinión y de expresión—.

Es verdad que hasta hoy México ha venido siendo un refugio de las libertades individuales. Pero, pese a la actitud de los gobernantes mexicanos, reiterada durante varios lustros, ¿cuánto tiempo durará este milagro? Por todas partes nos asaltan malos ejemplos, y ya se sabe hasta qué punto los malos ejemplos son contagiosos. También la Argentina se enorgullecía ayer de la Ley Sáenz Peña. También tu ciudad natal se llamó antes Santo Do-

mingo. Y si México se nos apaga un día, ¿qué nos queda? Sólo la "emigración vertical", como decía uno de los refugiados españoles en nuestro país.

Defender los fueros de la libertad del pensamiento es, pues, defender nuestro porvenir y defender uno de los fundamentales principios conquistados por la civilización; no es, en modo alguno, inmiscuirse en la política ajena.

Al firmar esta carta, llegan todavía nuevas y lamentables informaciones: también Victoria Ocampo y Susana Larguía han sido aprisionadas. El solo nombre de Victoria Ocampo basta para decirlo todo: yo no encuentro palabras. . .

Te abrazo con el cariño de antaño, aunque te me escapes de entre los brazos, como a Odiseo el espectro de su madre.

## DE REGRESO A LAS IDEAS APRISTAS DE 1924

Por *Victor Raúl HAYA DE LA TORRE*

**D**URANTE los últimos tres meses he sido repetidamente solicitado por todas las agencias occidentales de noticias y por numerosos observadores y comentaristas europeos dedicados a opinar sobre los problemas latinoamericanos, acerca de lo que éstos significan para quienes seguimos creyendo en la vigencia de las ideas apristas enunciadas desde 1924. A cada interrogatorio o reportaje he respondido con la mayor precisión y claridad posibles, pero retomo ahora el tema de esas declaraciones para ratificarme en los que considero sus conceptos fundamentales.

El APRA, vale recordarlo, ha sido el primer movimiento político-social latinoamericano que encaró la realidad del imperialismo como el fenómeno económico mayor que arrostran nuestros países en desarrollo. Y ha sido, también, el primero que señaló como camino y meta de la defensa antimperialista la unión de nuestras veinte repúblicas o sea su *integración*.

El APRA es, asimismo, el primer intento doctrinario de definición de lo que para nuestros pueblos entraña el fenómeno imperialista: "Última o superior etapa" del capitalismo industrial en expansión —para los países que han alcanzado la plenitud de su desarrollo—, pero *primera o inferior etapa* de aquel sistema para las zonas del mundo a las cuales él se proyecta y expande.

En el caso concreto del imperio norteamericano, que es el que más directa y presionantemente influye en el desenvolvimiento de la América Latina, el APRA ha señalado que es la unión económica y política de los Estados Unidos el secreto de su poder. Y que, en consecuencia, para los pueblos latinoamericanos, es también su unidad político-económica la garantía mayor de su resistencia, seguridad y desarrollo. El APRA ha postulado y postula desde 1924, el principio que hoy aparece indiscutible como norma de relación entre las zonas del mundo que han alcanzado gran adelanto industrial y las que se hallan todavía lejos de ese nivel: "Ningún país subdesarrollado podrá salir de su retraso sin la ayuda económica y tecnológica de los países desarrollados". Un sis-

tema coordinado de cooperación exento de todo cariz imperialista deberá normar las relaciones entre unos y otros para lo cual es imprescindible la integración regional de las zonas de economía incipiente o en desarrollo.

En lo que a la América Latina respecta el APRA, desde su origen como movimiento político-social latinoamericano, sustenta el principio de su *integración* en el hecho real de su "interdependencia creciente" y en los elementos positivos de unidad —una nueva raza en formación; comunidad o similitud de lenguas; problemas fundamentales socio-económicos comunes; infra-población continental, etc.—, que provienen de su situación, y características geográficas y antecedentes históricos.

A partir de los planteamientos precedentes el APRA ha sostenido y sostiene que ningún estado latinoamericano puede ser considerado como una "isla socio económica". Todos son inter-dependientes y los problemas esenciales de cada uno rebasan sus fronteras políticas. De aquí que la integración de la América Latina sea un imperativo ineludible y la verdadera solución de su gran problemática continental. La importancia y perentoriedad de los problemas restringidamente nacionales son relativas y transitorias. En un mundo que avanza hacia su organización regional de "pueblos-continentes" la unidad o integración de Nuestra América es su destino.

Quienes desde Europa han emitido dictámenes generalizadores sobre la contraposición o antagonismo entre los llamados "países desarrollados" y los "subdesarrollados" suelen comprender a la América Latina bajo la clasificación del llamado "tercer mundo". El APRA sostiene que por sus características peculiares ella depara la fisonomía singular de "un mundo nuevo". Apoya esta afirmación en realidades que considera singulares de nuestro continente, entre las cuales son las más resaltantes la proporcional infrapoblación de la América Latina —cuya área total es de unos 20 millones de kilómetros cuadrados que pueblan unos 200 millones de habitantes, o sea diez por kilómetro cuadrado—, y en el hecho impar de que sobre su suelo está surgiendo una nueva raza que en un alto porcentaje es ya la mestiza o "cósmica", tal la denominó en feliz acierto el filósofo José Vasconcelos. Ni Asia ni África han redimido bajo los dominios coloniales a sus pueblos nativos del antagonismo racial que es hoy fermento permanente de sus problemas sociales.

Importa recordar que el APRA considera que si bien la América Latina es un continente infrapoblado no todo su territorio es habitable o productivo: Quedan por poblar, fertilizar, explotar y co-

municar inmensas zonas vacías del Continente. Cuenca enormes de ríos caudalosos que pierden sus aguas en el mar; vastos desiertos que pueden irrigar aquellos ríos; anchas florestas tropicales ubérrimas y vacías; montañas y valles que aún esperan la mano creadora del hombre. Pero es precisamente en la gigante magnitud del desafío de la naturaleza latinoamericana que arraigan muchos de los ingentes problemas comunes e inter-continetales que la nueva raza en surgimiento de nuestro continente debe acometer con el inteligente esfuerzo colectivo de una gran nación.

Como acción política dirigida hacia la unidad de las repúblicas latinoamericanas —paralela y simultánea con la económica de su *integración* continental—, el APRA ha dado un primer paso, desde el Perú, con la fundación del Parlamento Latinoamericano, que cuenta con la participación de todos los poderes legislativos del continente y que se ha reunido ya, cuatro veces, dos en Lima, una en Montevideo y una en Brasilia. En esta capital el Parlamento Latinoamericano aprobó, el 22 de junio de 1968, "La Carta Magna de los Pueblos de la América Latina". En sus 31 artículos quedan establecidos los derechos y deberes de los ciudadanos latinoamericanos que corresponden a los siete principios, de la "Declaración de Lima" aprobada por la asamblea constitutiva del parlamento continental el 10 de diciembre de 1964, cuyo primer postulado preconiza "la integración de la América Latina afianzada en una antigua y esencial fraternidad", que es "un proceso histórico cuya culminación resulta indispensable para asegurar la libertad de nuestros pueblos, su desarrollo económico y social, la elevación del nivel de vida de sus habitantes y la presencia en el mundo de una gran Comunidad de Naciones que realice plenamente sus destinos".

El APRA ha seguido así sus líneas principistas originales. El anhelo de unidad continental latinoamericana viene de lejos: El precursor de nuestra independencia, Francisco de Miranda, lo concibió como una vasta unión independiente de las colonias hispano-portuguesas del Nuevo Mundo que él denominó "incanato". Simón Bolívar concretó más aún su programa unionista que culminó con el frustrado Congreso de Panamá de 1826, al cual fue invitado el Brasil. Pero diez años antes el prócer río-platense Belgrano propuso en el Congreso de Tucumán la organización federal de las "Provincias Unidas de Sudamérica", con su capital el Cuzco y un descendiente de los Incas como monarca. De Miguel Hidalgo queda su invocación precursora a la emancipación de "nuestra América" y el desafío insurgente contra sus "malos gobiernos".

Todos esos proyectos unionistas se perdieron u olvidaron después de la Revolución de la Independencia de nuestros Estados.



Y disueltas la Gran Colombia, la Unión Centroamericana y la Confederación Perú-boliviana cada república desdendió el ejemplo de los Estados Unidos de Norteamérica, cuyo verdadero "destino manifiesto" ha sido el de asentar su poderío en la ancha base de su expansiva federación. Al imitar a los nacionalismos europeos cundió en nuestros países la ilusión autárquica de hacer de cada uno de ellos aisladas potencias auto-suficientes regidas por el hoy obsoleto precepto decimonónico de "producir lo que se consume y consumir lo que se produce".

El APRA reivindica el ideal unionista de nuestros libertadores patricios. Pero actualiza sus objetivos al incorporar, por primera vez, a un moderno programa integracionista la nueva realidad del imperialismo que define en el siglo xx el enfrentamiento de "los Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur". Es este su mérito histórico como concepción revolucionaria de avanzada que se concreta, por primera vez también, en el propósito de organizar un gran movimiento político-social latinoamericano bajo la forma de partidos democráticos, cuyo objetivo fundamental debe ser la unión económica y política, vale decir *la integración*, de nuestras veinte repúblicas y de los territorios que situados dentro del área de la América Latina aún queden por independizar.

Simultáneamente el APRA, desde 1924, incorpora a su programa integracionista y antimperialista el de la justicia social que es su corolario: La reforma agraria; la liquidación del feudalismo y del predominio de las oligarquías; la industrialización continentalmente coordinada y la cabal revolución educativa. Su lema histórico de "pan y libertad" es el del movimiento aprista que, como su sigla lo indica, constituye la "alianza popular revolucionaria americana" de nuestra gran nación.

Durante los últimos tres decenios se han producido en la América Latina numerosos intentos de renovación, diversas corrientes antimperialistas y movimientos ya violentos, ya pacíficos de tendencia integracionista. El APRA que en los primeros años de su lucha arrojó la tacha de utopismo o debió afrontar la acusación de "antinacionalista" y "disolvente", comprueba ahora que a despecho de incompreensiones y demagogias la vigencia de sus postulados normativos se mantiene como ineludibles metas de la lucha revolucionaria de nuestros pueblos por su segunda independencia. Por la que culminará la obra de nuestros libertadores que se propuso *independizar y unir* a la América Latina y hacer de ella una federación de estados de veras justa y democrática.

París, enero de 1969.

## ASPECTOS CULTURALES DE NUESTRA AMÉRICA EN EL SIGLO XX

Por Antonio SACOTO

**T**RANSCURRIDOS los primeros diez años del siglo xx América y el mundo entero fueron testigos de evoluciones políticas, de trastornos sociales, de luchas económicas —fuerzas dinámicas que modificaron la historia. Me refiero en particular a la Revolución Mexicana, primer jalón de lucha por la justicia social; la primera guerra mundial cuyo dolor humano dejó oír su eco aunque las batallas se librasen en otras latitudes, y la Revolución Rusa que modificó las estructuras social, política y económica de una vasta región, y cuyo impacto repercutió hoy día en el mundo entero.

Toda una generación de escritores —¡qué buenos escritores!— vivió, se amantó y maduró con la Revolución Mexicana. Unos pelean con la pluma, otros con la pluma y la pistola. Unos y otros dejaron correr por la punta de la pluma y la pistola su inquebrantable e insobornable posición política. Mírese si no nombra tan representativa: Vanconcelos y su *Ulises criollo*, Azuela y su *Los de abajo*, Martín Luis Guzmán y *El águila y la serpiente*, Andrés Iduarte y *Un niño en la Revolución Mexicana*, y muchos otros. En todos ellos rebosa la alegría del triunfo fugaz de Madero, apóstol de la justicia y la democracia. Todos ellos aplauden estrepitosamente la caída del último de los dictadores mexicanos. Pero, en las páginas de estos escritores se dilucida la lucha feroz y sangrienta, incontenible como la misma piedra que se derrumbaba, en imagen de Demetrio Macías.

Período de anarquía, de lucha sin cuartel, cuyos frutos, sin embargo, los disfrutaron las generaciones de hoy día: estructura nacional con conciencia patria.

La segunda guerra mundial tuvo su efecto también en la cultura y en la filosofía. En la primera, hay una nueva concepción del hombre. Este sufre y muere, pero antes nos hace escuchar su dolor en lenta y monótona agonía. En la filosofía, el existencialismo está en boga y domina los círculos literarios. Hay una revisión del orden moral establecido. El hombre busca la razón de su existir

y al buscarla encuentra agonía que deja huellas bien marcadas en sus escritos. Como resultado de esto, tenemos una nueva orientación en las obras de ficción.

Los resultados de la Revolución Rusa que transformaron "from a nation that had been a third-rate power into a great world power whose military might is feared even by the United States",<sup>1</sup> influyeron decisivamente en la formación política de la gran mayoría de escritores de la primera mitad del siglo xx. Estos consideraron la Revolución Rusa como el ejemplo que serviría de puente para transportar o transformar una sociedad feudal muerta, improductiva, inactiva, en una efectiva. Pensaron que con una revolución semejante a la rusa, los países cruzarían el puente que separa a sus ciudadanos en dos estratos bien diferenciados: la minoría —no escogida, ni selecta de Ortega y Gasset, sino la pudiente que abarca toda la riqueza del país— y las masas, en este caso, el campesino en su mayoría.

Sin embargo, a raíz de la primera bomba atómica y su consecuente guerra fría; el equilibrio entre la energía atómica y el poderío nuclear, el hombre se desilusiona del mundo, de la guerra fría y la proliferación de toda clase de armas atómicas. Por un momento brilla la alegría en sus ojos al despertar de las nacientes repúblicas de Asia y África, para nuevamente cerrarlos con dolor y escepticismo ante hechos más recientes como Vietnam.

El hombre pierde su esperanza en sí y de ahí el auge del existencialismo en busca de una respuesta al problema del ser que agoniza bajo el peso de sus propios problemas.

Pero, frente a estos trastornos históricos y políticos, el paradigma económico no cede paso, "La fuente de la relativa riqueza de las citadas burguesías, lo sigue siendo el agro y el pequeño porcentaje que reciben de los grandes inversionistas extranjeros, a los que garantizan el orden que permita una mejor explotación de las riquezas cuya concesión les ha sido otorgada".<sup>2</sup> De ahí que Zea, después de indicar las aspiraciones de las clases medias —cuya primera manifestación se encuentra en la Revolución Mexicana— que buscan "la conciliación de la fuerza creadora de la llamada iniciativa privada con los intereses de las grandes masas sociales que harán posible su desarrollo y auténtica prosperidad",<sup>3</sup> llegué a la conclusión de que "esto sólo podrá ser posible rompiendo el espinazo de la explota-

<sup>1</sup> ALFRED R. OXENFELDT, *Economic Systems in Action* (New York: Rinehart, et al. 1956) p. 116.

<sup>2</sup> LEOPOLDO ZEA. "La América Latina en el siglo xx", *Cuadernos Americanos*, vol. CXXXII, No. 1 (Año XXIII) Enero-Febrero, 1964, p. 75.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 76.

ción que permite la permanencia de feudos y latifundios, como tipo de sociedad ya anacrónico".<sup>4</sup>

Hay que, por lo tanto, tener presente las disparidades económica y social al referirnos a las letras hispanoamericanas porque éstas no son meras cifras, ni temas de los que se aprovechan los escritores para presentar contrastes literarios conseguidos tanto de culturas como de personajes, sino realidades presentes.

### *Las corrientes filosóficas y literarias*

Los escritores del siglo xx difieren de los del xix en algunos aspectos, además del estilo personal y el punto de vista de cada uno de ellos. Los del siglo xx, si tenemos en cuenta a Ricardo Rojas, Vasconcelos, Reyes, Henríquez Ureña, etc., buscaron por sobre todo conciencia de americanismo. Los del xix se preocuparon más de los problemas de organización ora del estado, ora de la cultura y educación. Los del siglo xx tienen mayor preocupación de pensador y filósofo —que no tuvieron en general los del xix— y se preguntan ¿qué somos?, ¿a dónde vamos?, siendo estas cuestiones la espina dorsal del pensamiento hispanoamericano del siglo xx. Al tratar de hallar respuestas satisfactorias, encontramos que insólitas teorías, a veces, pertinentes a este tema, y apuntadas ya por Pedro Henríquez Ureña en "La América buena y la América mala" son raíces, o simientes que, aunque dan se savia al mismo tronco, producen diferentes frutos, hasta el punto que llevan al crítico español Guillermo de Torre a sintetizar en: indigenismo, americanismo y europeísmo.

Leopoldo Zea dice: "La cultura precolombina no tiene sentido para nosotros: no nos dice absolutamente nada. Carece del sentido vital que tenía para el indígena",<sup>5</sup> y Vasconcelos en su *Breve historia* nos anota también que debemos mirar a nuestra historia desde Cortés y no desde Cuauhtémoc. Y, esto nos lo dicen dos ensayistas mexicanos. Por lo tanto no nos debieran admirar o sorprender los juicios de Zum Felde que afirma que "Nuestra patria espiritual está en Europa, no en América".<sup>6</sup> Opiniones al respecto se bifurcan, se multiplican y se pluralizan y se pasan de generación en generación sin definir nuestro fondo y

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 77.

<sup>5</sup> LEOPOLDO ZEA, *América como conciencia* (Ed. Cuadernos Americanos México, 1953). Cita tomada de Guillermo de Torre, *Claves de la literatura hispanoamericana* (Madrid: Ed. Taurus, 1959), p. 54.

<sup>6</sup> ZUM FELDE, *El problema de la cultura americana* (Buenos Aires: Losada, 1943). Cita tomada de Torre, *Ibid.*

origen. La tesis antiindia y antiespañola propugnada por Sarmiento parece continuarla Murena cuando afirma que "No podemos continuar a España ni podemos continuar a los incas... porque no somos europeos ni indígenas. Somos europeos desterrados y nuestra tarea consiste en lograr que nuestra alma europea se haga con la nueva tierra".<sup>7</sup> ¿Desvaríos, hipérbolos o vislumbres atinados, intuiciones fecundas? —dice de Torre—. De todo hay en esas teorías y en otras muchas semejantes que en los últimos años se han vertido sobre Hispanoamérica, tanto por europeos como por nativos".<sup>8</sup>

La interrogante ¿qué somos? ha llevado a más de un ensayista a buscar una interpretación. Conocida es la tesis de Ricardo Rojas en *Eurindia*, la de Mariátegui en *Siete ensayos...* la de Waldo Frank en *América hispana*.

¿A dónde vamos? es otra preocupación muy americana.

También se han formulado hipótesis que más obedecen a la imaginación que a la realidad: Vasconcelos en *La raza cósmica* ve en la cuenca del Amazonas la cuna de una quinta raza: potente y última; Juan Larrea en *Rendición de espíritu* ve en la América española el seno de una cultura del futuro, la matriz de la cultura oriental y occidental, y el refugio del devenir europeo.

En resumen, no se ha encontrado un común denominador aceptable. Las premisas de estos pensadores han sido sinceras aunque en algunos casos falsas, y las conclusiones se ofrecen a reparos.

Mucho se ha escrito sobre este aspecto, todo lo cual, lejos de ayudarnos, nos expone a juicios de toda clase, unos elevadísimos y otros mediocres, meras repeticiones.

Véase si no la nómina que da De Torre.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> MURENA, *El pecado original de América* (Buenos Aires: Ed. Sur, 1958). Cita tomada de Torre, *Ibid.*, p. 55.

<sup>8</sup> GUILLERMO DE TORRE, *Ibid.*, p. 56.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 58-59.

La siguiente es la nómina de los escritores hispanoamericanos que se han preocupado de la realidad americana en su conjunto, o en nacionalidades:

Andrés Iduarte (Pláticas hispanoamericanas). Octavio Paz (El laberinto de la soledad), Agustín Yáñez (El contenido social de la literatura iberoamericana, Edmundo O. Gorman, Fernando Benítez; en Chile, "Alone", Torres Rioseco, Joaquín Edwards Bello, Ricardo A. Latcham; en Cuba, Jorge Mañach (Indagación del choteo, Historia y estilo), Raimundo Lazo, Félix Lizaso, Cintio Vitier (Lo cubano en la poesía), José Antonio Portuondo (El heroísmo intelectual); en Colombia, Hernando Téllez; en Puerto Rico, Margot Arce, Eugenio Fernández Méndez, Concha Meléndez (Figuración de Puerto Rico); en Venezuela, Mariano Picón-Salas (Europa-América), Arturo Usler-Pietri; en el Ecuador, Benjamín Carrión (desde Los creadores de la

En la literatura generacional, la última década del siglo pasado y la primera de éste están marcadas en el mundo hispánico por el advenimiento de una revolución literaria, "El modernismo" —¡Cuántos y qué buenos poetas y prosistas!<sup>10</sup>— fue, entre otras características, un movimiento de reacción a los excesos del romanticismo,<sup>11</sup> pero al amplificar este concepto, Max Henríquez Ureña indica que "la reacción modernista no iba contra el romanticismo en su esencia misma, sino contra sus excesos y sobre todo, contra la vulgaridad de la forma y la repetición de lugares comunes e imágenes manidas, ya acuñadas en forma de clisé".<sup>12</sup>

Se nota como rasgo dominante —prescindiendo del estético y de las innovaciones lingüísticas que quizá son las más importantes— el orgullo de formar parte de una minoría. Estaban embebidos de un concepto heroico de la vida. Luchaban por ser héroes no de la acción, sino del arte, y así, la prosa ganó en agilidad y riqueza rítmica, pero perdió en su visión americana.

Martí es el eslabón entre la literatura anterior —precursores del modernismo— y el modernismo. Su prosa es pasión candente por la que circula sangre y fuego. Su obra es ingente y escribe siempre de prisa. No obstante, no hay párrafo, ni línea, ni frase que no refleje la vitalidad y la personalidad de su estilo. . . "es el prosista más enérgico que ha tenido América. ¡Qué libertad en la ordenación

---

nueva América hasta Santa Gabriela Mistral), Alfredo Pareja Diezcanseco, Isaac J. Barrera (De nuestra América); en la Argentina, E. Martínez Estrada (Radiografía de la pampa, La cabeza de Goliath), Jorge Luis Borges (El idioma de los argentinos, El tamaño de nuestra esperanza), Victoria Ocampo (Supremacía del alma y de la sangre), Eduardo Mallea (Historia de una pasión argentina), Romualdo Brughetti (Descontento creador), José Luis Romero, Bernardo Canal Feijóo, Carlos Alberto Erro, Ernesto Sábato, Luis Emilio Soto, etc.; en fin, valederos, en pureza, para toda América, superando las circunstancias de un país determinado, varios libros de Germán Arciniegas, como asimismo escritos sueltos de Gabriela Mistral y B. Sanín Cano, de Antonio Caso, Alejandro Korn y Francisco Romero. Aun siendo muy incompleta esta nómina (y aun habiéndonos llevado al borde del temible e indeseable catálogo en que suelen degenerar las historias, panoramas y antologías), bastará para dar una noción de cuán intensa —y extensa— es la preocupación autoinquisitiva, peculiar de estos "apasionados del nuevo mundo", por decirlo con expresión que da título a un libro de Fryda Schultz de Mantovani.

<sup>10</sup> RUFINO BLANCO FOMBONA, "El modernismo y la filiación del modernismo", *El modernismo y los poetas modernistas* (Madrid: Ed. Mundo Latino, 1939), p. 13.

<sup>11</sup> MAX HENRÍQUEZ UREÑA, *Breve historia del modernismo* (México: Fondo de Cultura, 1954), p. 156.

<sup>12</sup> *Ibid.*

de las frases! ¡Qué imperativos más briosos al frente de los apóstrofes! ¡Qué síncopas en la ilación de los vocablos!"<sup>13</sup>

Martí, principalmente, y Gutiérrez Nájera son precursores de la prosa modernista; de aquél dice Henríquez Ureña "todos los grandes prosistas que vinieron después dentro del modernismo le son sus tributarios";<sup>14</sup> y de éste: "En la renovación de la prosa Gutiérrez Nájera sólo cede el paso a Martí".<sup>15</sup>

La nómina propiamente modernista está integrada por los siguientes:

Rubén Darío, autor de *Azul* (1888), los cuentos *El pájaro azul*, *La ninfa*, *La muerte de la emperatriz de la China*, *El rey burgués* y otros. Darío es el apóstol del modernismo. Su prosa es breve, pero impregnada de innovaciones modernas, feliz muestra de lo que el maestro quería que fuese la prosa poética.

Leopoldo Lugones que en el primer ciclo de sus *Montañas de oro*, coloca los versos como en prosa. Para recordárnoslo, separa el ritmo con un guión.

Gómez Carrillo cuya mejor prosa modernista está representada en *Grecia eterna*, *Jerusalén y la Tierra Santa*, *Sensaciones de Egipto* y *El Japón heroico y galante*, fue un maestro de las metáforas insospechables.

Rodó que en 1899 escribe: "Yo soy modernista también", es un polígrafo. Su obra es copiosísima, y ha pasado los lindes del ensayo de la crítica, de la filosofía, de la ficción y de la poesía. Al ensayo propiamente dicho pertenecen *Ariel*, *Los motivos de Proteo*, *El mirador de Próspero* y *Los nuevos motivos de Proteo*.

Rodó asesoró a la juventud hispanoamericana en su época. En *Ariel* el amor por América es la espina dorsal, y es esqueleto la América en su totalidad, no sólo literaria, sino también vista en su perspectiva socio-política económica.

Sin embargo, en el modernismo —como bien lo indica Gullón—<sup>16</sup> el tema indigenista fue escapista.

No así en las literaturas de vanguardia y especialmente en la novela que se acerca nuevamente al indio. Este está presente en la llanura venezolana en las novelas de Rómulo Gallegos; toma parte activa, en la Revolución Mexicana en las novelas de Azuela, Mancisidor, López y Fuentes y otros. Si el criollo es el personaje

<sup>13</sup> DÍAZ-PLAJA, *Modernismo frente a Noventa y Ocho* (Madrid: Espasa-Calpe, 1951), p. 306.

<sup>14</sup> HENRÍQUEZ UREÑA, *Op. cit.*, p. 56.

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> RICARDO GULLÓN, *Direcciones del Modernismo* (Madrid: Gredos, 1963), p. 75.

principal en las novelas de Carlos Wyld Ospina y Flavio Herrera, su contrapartida, el indio y el mestizo, están también presentes; en la novela de Miguel Angel Asturias, *El Señor Presidente*, el indio aparece únicamente en cuatro o cinco páginas llenas de los elementos de denuncia. Hay además el mestizo en todos los personajes desde el dictador y sus militares, el favorito, el auditor hasta los mendigos del portal. En *Hombres de maíz* los protagonistas son indios: Gaspar Iliom, María Tecún y su esposo Goyo Yic; hay ex-indios: los Michojón; hay mestizos: el coronel Chalo Godoy, el subteniente Musus, los arrieros, la cantinera, etc. Las novelas indígenas de Mario Monteforte Toledo, *Anaité* (1948), *Entre la piedra y la cruz* (1948), *Donde acaban los caminos* (1953), *Una manera de morir* (1957) y la más reciente *Llegaron del mar* (1966)<sup>17</sup> son las más representativas de este género.

Y aquella generación del año 30 —como la llama Icaza— “El grupo de Guayaquil compuesto de los escritores: José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert y Alfredo Pareja Deíz-Canseco... (el) grupo de Quito... Fernando Chávez... Humberto Salvador, como las de Jorge Fernández, como las de Enrique Terán, como las de Jorge Icaza. Y que también en las provincias del sur —grupo del austro—, aparecieron al mismo tiempo... G. Humberto Mata, Alfonso Cuesta y Cuesta, Angel F. Rojas, Pablo Palacio...”<sup>18</sup>

Y en los otros países hay toda una secuela gigante: *Lanzas coloradas*, *La guaricha*, en Venezuela. *La vorágine*, *Toá*, *El Cristo de espaldas*, *Viento seco*, en Colombia. *Duque*, *Tungsteno*, *Pueblo sin Dios*, *El mundo es ancho y ajeno*, *Los perros hambrientos*, *La serpiente de oro*, los relatos de *Agua*, en el Perú. En Bolivia, *Raza de bronce*, *Pueblo enfermo*, *Páginas bárbaras*, *Cuentos de dos climas*, *Tierras abrazadoras*, *Los malos pensamientos*.<sup>19</sup>

La novela contemporánea, es decir, la novela de los últimos 20 años, a partir de 1950, se coloca en el superrealismo; es existencialista y neonaturalista. Sin embargo, no dejó al margen el problema del indio. Yáñez, si bien es verdad que en *La creación* hace caso

<sup>17</sup> El mejor estudio de la novela guatemalteca que conocemos y el que debe usarse como referencia para un estudio del indigenismo guatemalteco en la novela es el de Seymour Menton.

SEYMOUR MENTON, *Historia crítica de la novela guatemalteca* (Guatemala: Ed. Universitaria, 1960).

<sup>18</sup> JORGE ICAZA, “Relato, Espíritu Unificador en la Generación del año '30”, *Rev. Ib.* vol. XXXII, No. 262 (Julio-Diciembre, 1966).

<sup>19</sup> Léase AIDA COMETTA MANZONI, *El indio en la novela de América* (Buenos Aires: Ed. Futuro, 1960). Este es el único estudio realizado y debe servir de guía para estudios posteriores por países.



omiso del indio, en la primera de este ciclo, *Al filo del agua*, nos presenta aspectos y personajes típicos pueblerinos: mestizos son el cura Dionisio, como deben de serlo María y Gabriel (Gabriel no sabe quiénes fueron sus padres). Más reciente es el cubano Alejo Carpentier que en *Los pasos perdidos* nos da un panorama de la gente —mestizos, mulatos e indios— a las márgenes del Orinoco. En estas novelas —sin mencionar *Camino de Santiago* y *El siglo de las luces* cuyas escenas se desarrollan en su mayor parte fuera de América—, la preocupación social ocupa un plano ínfimo.

La crítica a su vez, en los últimos años, es ajena a lo social y a los problemas de índole biológica, y descarta notoriamente la literatura de "tesis" que denuncia los círculos de explotación y presenta al hombre sumida en un infierno sin redención creado por el mismo hombre. Algunos críticos preconizan "el arte por el arte", la belleza desnuda de todo matiz regional, la problemática existencialista, la fenomenología del ser, etc., todo esto digno y plausible en la narrativa porque éstos son precisamente los ingredientes de una obra de ficción contemporánea. Pero, de esto, a negar por completo el valor del tema cuando éste se aferra a lo social, hay una descabellada ingenuidad, si no petulancia. Una obra de arte si ha de sobrevivir los caprichos del tiempo, esto es, los cambios de valores y gustos estéticos, debe tener un feliz maridaje de objeto (medio en el que se mueven sus personajes) y arte (literatura que les da vida) en una urdimbre conseguida de fondo y forma. Por todo esto las obras universales presentan además del valor artístico, estético, el valor humano que se despliega e irradia las demás ciencias como paradigma del arte literario puro. No queremos con los juicios anteriores inferir que la obra literaria debe necesariamente contener un mensaje social. No. Pero no creemos tampoco que se deba erradicar lo social en función de una premisa que lo descarta. Esto, lo social o el mensaje, depende de muchos factores extrínsecos más que intrínsecos. Sí creemos, sin embargo, que existe cierta crítica parcializada al menospreciar *a priori* la literatura social, porque ésta, además de literatura social, es literatura y como tal tiene valores estéticos como cualquier otra obra de arte.

Novelistas contemporáneos como Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Juan Rulfo prueban que la novela puede entroncar lo humano y lo social en perfección artística: derroche de monólogos interiores tanto el directo como el indirecto, soliloquios, diálogos; personajes que se desenvuelven en la novela; plurivalencia de puntos de vista, despliegues temporales, estructuras trenzadas, etc. Esto y mucho más representan *La muerte de Artemio Cruz*, *Pedro Páramo*, *La casa verde*, en las que hay un continuo fluir social y hu-

mano. Todo el mensaje de una época hállase reflejado en una trama novelística.

El ensayo, después del modernismo, se dirige hacia un análisis introspectivo de nuestra realidad. Mírese si no los artículos publicados por *Cuadernos Americanos* de México y se distinguirá en los títulos un afán de interpretación de nuestra realidad no sólo social, política, económica, sino filosófica y psicológica. Nombres como los de Rodó, Zum Felde, Borges, Ezequiel Martínez Estrada, honran las letras hispanoamericanas de la región de La Plata. Nombres como los de Antonio Caso, Jesús Silva Herzog, Leopoldo Zea, Andrés Buarque, honran a México.

Y entre éstos y los rioplatenses hay una pléyade de escritores que ascienden los Andes para otear el panorama social de esta América, se inspiran y piensan y buscan homogeneidad de ideas, solidez de criterios, emoción estética y, si no son filósofos en el sentido puro y riguroso de la palabra, son en cambio pensadores profundos y conocedores de nuestro continente.

Sin embargo, el tema que más inquieta, que se manifiesta desde un principio en la vida de las repúblicas hispanoamericanas, y que prevalece hoy día, es el de análisis e interpretación social.<sup>20</sup> Así se nota por ejemplo en Blanco Fombona a través de la lectura de *La evolución política y social de Hispano-América*. En esas páginas se siente palpitar briosamente un ideal de raza. Indica las afinidades y semejanzas, a pesar del cruce de diferentes estratos étnicos, que apuntan al hispanoamericano de hoy. Nos dice que en lo espiritual las diferentes repúblicas tienen "una mentalidad, un a'ma común" . . . "Por lo que respecta a América —dice Blanco Fombona al poner una nota final a su libro— basta abrir los ojos de los miopes, gritar a los oídos de los sordos y creer en el buen sentido de una raza tan apta para la vida y que tantos derechos tiene a ella. . ."<sup>21</sup>

Hay también —como otro rasgo característico del ensayo— preocupación por lo humano como problema esencial. Así se nos manifiesta Silva Herzog desde su primera colaboración a *Cuadernos Americanos* de México en 1942 y nos lo repite en 1961: "Lo fundamental en la vida de las sociedades es el hombre, su bienestar físico como medio para lograr su superación moral e intelectual. . .

<sup>20</sup> MEDARDO VITIER, *Del ensayo americano* (México, Fondo de Cultura Económica, 1960). p. 8., indica que el ensayo americano "ahonda tres cauces principales: la cultura de nuestros países, los problemas raciales, políticos y económicos, y la emoción de lo histórico".

<sup>21</sup> Nota tomada de F. GARCÍA GODOY, *Americanismo literario* (Madrid: Ed. América, n. d.), p. 223-224.

la ciencia y el arte deben estar al servicio del hombre y que el supremo ideal de la civilización estriba en la armonía del hombre con la naturaleza y de todos los hombres entre sí...

A mi parecer los problemas vitales en la mayor parte de las naciones de la América Latina son el hambre, las enfermedades y la ignorancia... —Y haciendo eco a la célebre frase de Martí: Hasta que no ande el indio no andará América, Jesús Silva Herzog, dice: —“Mientras las grandes masas de población no se nutran eficientemente, de conformidad con una dieta balanceada, no gocen de salud y no adquieran por lo menos los conocimientos que se imparten en la escuela primaria, no es posible esperar que esas grandes masas desempeñen un papel significativo en la historia futura de los pueblos; no es posible esperar un sano y robusto desarrollo económico...”<sup>22</sup>

En los ensayistas contemporáneos que buscan la justicia social y la equidad económica no existe la denuncia de un estado lamentable; no se trata de convencer al lector de esta tragedia humana. Ellos saben *a priori* que todo ciudadano consciente conoce los problemas y que mirarían con agrado un cambio social y económico. En vista de esto, su punto de vista es uno que denuncia el *statu quo*, y que a menudo se pregunta: ¿hasta cuándo? Es una rebeldía en el sentido camusiano: inconforme con lo establecido, pero —en este caso— no por establecido, sino por malo.

Algunos de ellos: Valcárcel, Mariátegui, Benjamín Carrión. Pareja Díez-Canseco, y tantos otros —el grupo serrano, el grupo de Guayaquil, el del Austro, los que colaboraron en las revistas *Colónida* y *Amauta* del Perú, *América indígena* de México, etc.— han lanzado a los cuatro vientos un credo, a veces compatible o generacional de un grupo, a veces individual. Aguilera Malta, del grupo de Guayaquil, dice: “Creo que cada día aumenta la responsabilidad de esta profesión (escritor) porque el tenerla significa un signo de verdad y justicia, una ineludible obligación que cumplir. El escritor —sobre todo el escritor actual— no puede ser marginal y evadirse. Los problemas del diario acontecer y su ubicación en la tierra lo fijan; su posición ante la vida y ante las luchas de los intereses encontrados, lo definen”.<sup>23</sup>

Otro escritor ecuatoriano, pero del grupo serrano, Jorge Icaza,

<sup>22</sup> JESÚS SILVA HERZOG, “Veinte años al servicio del mundo nuevo”, *Cuadernos Americanos*, vol. CXIX. No. 6 (Noviembre-Diciembre, 1961), pp. 11-12.

<sup>23</sup> DEMETRIO AGUILERA MALTA, “Al comenzar el año XXI de la Revista”, *Cuadernos Americanos* CXXI. No. 2 (Año XXI) Marzo-Abril, 1962, pp. 118-119.

al formular la hipótesis de una Generación del '30, dice: "...el carácter unificador, en actitud y en espíritu, de cuanto significaba y de cuanto constituía para la cultura nacional, el surgir y el insurgir, a un mismo tiempo, sin ponerse de acuerdo en lo que se trataba de realizar, y en todas las latitudes del país, de la obra literaria de los relatistas de la generación del año 1930— forma mestiza, emoción telúrica, contornos de personalidad hispanoamericana. Sí. Fue un surgir y un insurgir de un estilo nuevo impuesto por una realidad nueva, por un contenido humano, propio, que renacía desde los mitos y desde los símbolos de piedra y de barro del antepasado indígena..."<sup>24</sup>

Y, así, podríamos citar estudios y estudiosos que formulan una tesis, una filosofía, sobre las premisas de lo humano y lo social: Agustín Salazar Bondy "Imagen del Perú de hoy", *CuA*. Vol. CXXI. No. 1. (Año XXI). Enero-Febrero 1962; Hernández Urbina, "La seguridad social y el drama del hombre en el agro peruano", *CuA*. Vol. CXXXIII. No. 2 (Marzo-Abril 1964); Alfredo Pareja Diez-Canseco, "El ensayo en el Ecuador", *CuA*. Vol. XCIV (Año XVI) No. 4. (Julio-Agosto 1957); José Mejía Valera. Pero bástenos citar a Mario Vargas Llosa que en su discurso en Caracas, con motivo de recibir el premio Rómulo Gallegos, dice lo siguiente:

La realidad americana, claro está, ofrece al escritor un verdadero festín de razones para ser un insumiso y vivir descontento. Sociedades donde la injusticia es ley, paraísos de ignorancia, de explotación, de desigualdades cegadoras, de miseria, de alienación económica, cultural y moral, nuestras tierras tumultuosas nos suministran materiales suntuosos, ejemplares, para mostrar en ficciones, de manera directa o indirecta, a través de hechos, sueños, testimonios, alegorías, pesadillas o visiones, que la realidad está mal hecha, que la vida debe cambiar.<sup>25</sup>

En toda esta vertiente estrepitosa del ensayo contemporáneo se distingue claramente la inconformidad con el *statu quo*.

Y en esto se compagina el ensayo y la novela hispanoamericana con la literatura existencialista mundial tan en boga hoy día, y tan cultivada por nuestros novelistas: Cortázar, Montes de Oca, Onetti, Marechal, además de los ya mencionados Carpentier, Fuentes, Rulfo y Vargas Llosa. Se compagina en la inconformidad del ser con el universo que lo rodea. De ahí que esta nueva literatura,

<sup>24</sup> JORGE ICAZA, "Relato, Espíritu Unificador en la Generación del Año '30", *Rev. Ib.*, vol XXXII. No. 62 (Julio-Diciembre, 1966), p. 211.

<sup>25</sup> Discurso de MARIO VARGAS LLOSA al recibir el premio Rómulo Gallegos en Caracas, Venezuela, reproducido por *Nuevo Mundo*, No. 17 (Noviembre, 1967), p. 95.

esta nueva posición filosófica nos haga sentir como culpables. Sí, nos sentimos culpables de que don Quijote se nos haya esfumado de nuestro espíritu. Nos sentimos culpables de ver la justicia pisoteada, la verdad escondida. Nos sentimos culpables de indiferencia ante el triunfo de la maldad y la ignominia. Nos sentimos culpables cuando vemos a la mujer del indio aprisionado, seguida de sus hijos famélicos, cargada de obsequios, acudir en demanda de justicia ante el comisario quien recibe los regalos pero aplica la ley al indio, no por culpable sino por indio.

Solamente cuando nos sintamos capaces de reconocer las faltas de nuestros semejantes de las cuales somos cómplices porque callamos, nos encontraremos en camino de redención. Solamente cuando la bofetada inmisericorde que remece al indio nos oprima el corazón y nos llene de rebeldía, estaremos en la ruta de don Quijote.

La literatura existencialista cultivada hoy día por nuestros mejores escritores no será un escapismo a la realidad como muchos lo habían anotado; por el contrario, será un peldaño de mejoramiento para nuestros semejantes oprimidos y reducidos a esa nada que hace agonizar a los existencialistas. La relación es del hombre al universo que le rodea; el reconocimiento de la libertad y las responsabilidades que esto trae consigo. El concepto de "libertad", por lo tanto, es la raíz principal del pensamiento existencialista; pero esta libertad es —como lo ha anotado Heidegger— un despertar a la conciencia y es una agonía constante de escoger con esta libertad, facultad de pensar, hablar y actuar sin hipocresía: entre dos alternativas que conciernen a nuestra existencia.

De ahí que Sartre también dice: "el hombre está condenado a la libertad"; es un "obsequio terrible" dice Dostoievski; y Martí, al definir libertad, la considera de esta manera "El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe *padecer* por todos los que no pueden vivir con honradez".

## LOS MITOS DEL FUTURO

Por *Alvaro FERNANDEZ SUAREZ*

*El hombre no existe. Toda redención ha fracasado.*

A medida que las síntesis integradas por un ser humano concreto se hacen más difíciles de realizar, parecerá menos eludible el confiar la decisión social rectora a estructuras pensantes impersonales (sólo humanas por algunos de sus componentes).

En tales condiciones, principios y sistemas basados en la capacidad deliberativa del individuo tienen aparentemente poco porvenir. En cuanto a la libertad misma, carece de sentido cuando el sujeto humano concreto no puede elegir, de hecho, entre diversas alternativas.

Tales son las líneas de futuro que dibujan las actuales condiciones de la sociedad que hemos llamado golémica.

(A. F. S. *La sociedad golémica*. Cuadernos Americanos, No. 6, Nov-Dic., 1969).

**E**L Golem es un mito de futuro. Cada vez más, los mitos tienden a situarse en el futuro, no en el pasado, no en los "abismos" de remotas edades, no en el "fondo del pozo del tiempo". El abismo del tiempo está delante de nosotros y el pozo apunta hacia arriba y también hacia el horizonte, no se hunde en las profundidades de la tierra. No es una caverna. Más bien parece un telescopio, un enorme telescopio.

Por algo los cuentos de terror, hace sólo unos decenios, nos retrotraían a las tinieblas primitivas o, en su forma romántica, a las ruinas góticas, lúgubres breñas, páramos, sepulturas húmedas... Pero tales escenarios ya no son convincentes y no asustan, más bien aburren. Por eso fue preciso trasladar la fábrica de los horrores al futuro. Entonces apareció un género nuevo: la novela de ciencia ficción terrorífica, con vegetales monstruosos que proliferan inconteniblemente y en los que anida alguna forma de conciencia, criaturas coloidales que suspiran, gimen y matan y lo destruyen todo in-

sinuándose en los intersticios de los materiales para reventar edificios y otras estructuras, gorgoteo de lenguaje semejante al alienato del cieno, en seres intencionados, oscuros y demoniacos... Hace medio siglo las fábulas futuristas tenían el runroneo amable de los motores, paz y seguridad, progreso, la razón y la bondad, el bien, en una misma esencia... ¿Qué ha pasado entretanto? ¿Qué le pasó al futuro?

En primer lugar, más o menos, se ha ido insinuando en el entendimiento de las nuevas generaciones que las verdaderas lejanías del tiempo no están detrás sino al frente, de cara a los posibles milenios venideros. El pasado, incluso el pasado del planeta, la absurda e inicial presencia de la materia original, no es cosa tan remota ni tan oscura. Nos turba más la inmensidad de los tiempos durante los cuales esta misma tierra conservaría aún condiciones naturales de habitabilidad, para nuestra especie, de no intervenir ese enigma que se recrea a sí propio, el intruso llamado conciencia, entendimiento racional, el "para sí" inteligente, generador y acelerador de novedades perentorias, que se apremia y nos apremia volcando en el curso del acontecer cosas inesperadas, aparentemente sin filiación lineal con sus antecedentes. Las cosas, las expectativas del futuro de hace medio siglo, tenían esa filiación, esa tranquilizadora continuidad de estirpe, y por eso no eran monstruosas (son monstruos quienes no se parecen a sus padres). El Golem es un dios de los abismos del futuro, un mito, la personificación de un ajuste de la realidad en sí impersonal, pero dotado de una inteligencia que obra como si estuviera cargada de intencionalidad. Y ha nacido o amenaza con nacer, está naciendo, emerge de un cruce de resultantes con la inesperada emergencia de los seres gigantesco. Es un genio en sentido literal y también por el poder y la magia de sus obras.

Por otra parte, y además de lo dicho, el futuro se reveló, de pronto, como uno de esos mozos de buena familia, arrullado por las nanas de las hadas progresistas, que al crecer se hizo violento, un asesino, además mal educado, autor de dos colosales guerras y, en vísperas de la segunda, produjo un engendro de mitología irracional pseudocientífica, torpemente alusiva a Darwin, un cuerno de pedantería racista que corneó brutalmente el frágil pensamiento liberal, la delicada sensibilidad liberal, y tuvo el atrevimiento de negar y de invertir, de poner del revés, a modo de befa, los valores cristianos básicos y comunes a todas las ideologías políticas, hasta aquel momento. Porque los llamados revolucionarios, aun los que pretendieron ser estrictamente racionalistas, se mantuvieron siempre en la estela del cristianismo, como potritos detrás de la madre,

un cristianismo, por supuesto, secularizado, del que proceden ciertas verdades, "evidentes por sí mismas", como la igualdad, la fraternidad, la libertad, cuyo brillo súbito, en la aurora de las revoluciones, no procedía de que hubiesen sido descubiertas por la razón en la mina virgen de la verdad sino del frotamiento y el pulido viejo en la sotana de algunos teólogos más bien olvidados. Por eso, revolucionarios atrocemente profundos sólo lo fueron los nazis alemanes a pesar del respeto y el servicio que profesaban a los ricos y poderosos, y del conservadurismo, apenas disimulado por la demagogia, propio de la clase media menos culta y más mezquina y resentida. Causa estupefacción, aún hoy, que el futuro manso de la burguesía progresista del siglo XIX y de los inmediatos profesores socialdemócratas terminase en las tracas atómicas de Hiroshima y Nagasaki y en las horcas de Nuremberg con fondo de humos apesetosos, los hornos crematorios donde ardían los últimos muertos de los campos de concentración.

Hemos visto muchas cosas atroces en apenas un decenio, entre 1930 y 1940, y peores aún hasta las vísperas de 1950. Sólo en años más recientes se alcanzaron, también, algunas asombrosas y positivas victorias, pero quedó un estado de desconfianza que hubo de alcanzar, muy injustamente por cierto, a los hombres de ciencia, más o menos culpados por quienes los estaban explotando y envileciendo en los arsenales de la violencia y del poder. Todo esto ha creado un clima propicio a traducir en expresiones míticas la ansiedad racional y también la otra, todas las ansiedades ante el futuro. Se teme a lo que viene, y se teme, asimismo, sin saber, definitivamente, a lo que se teme, actitud propicia a los ensueños irracionales. Por eso, la manera más adecuada para representarnos el futuro es acudir a personificaciones míticas, al modo del Golem, porque así es como se presentan las expectativas. Los símbolos de esta clase tienen la ventaja de su misma riqueza y de albergar una carga emocional que los conceptos abstractos difícilmente pueden acoger.

Sin embargo, por razones de higiene y de precisión, será bueno que tracemos un repertorio de tales expectativas —me refiero a las torvas e inquietantes— en términos conceptuales, sin metáforas. Este ascetismo de expresión nos permitirá acercarnos al panorama provistos de una lente cuyas imágenes pueden ser aceptadas ampliamente.

¿Qué es, pues, lo que se teme?

En primer término es común y tiene estado político el temor a la destrucción traumática por efecto de una guerra nuclear o de un accidente también nuclear de gran magnitud. Estas preocupaciones no tienen nada de fantásticas o de irracionales y han sido aireadas,



sobre todo, por los científicos de la especialidad que, finalmente, y a pesar de una renuencia sensiblemente manifiesta, acabaron por impresionar y convencer a los gobiernos. La renuencia a admitir este peligro se debía a que los poseedores de las armas atómicas, a la sazón, creían aun en la posibilidad de utilizarlas contra sus enemigos sin ser retribuidos en la misma especie.

También es racional, sin duda posible, pues se está practicando ya, la destrucción negligente del medio natural en cuyo equilibrio se inscriben nuestras vidas y las vidas de las demás especies: la contaminación de las aguas de ríos y mares, el envenenamiento del aire, el trastorno de las relaciones de ajuste entre los seres vivos. . .

Parecerá, supongo, más audaz, la idea de un posible agotamiento lento de la inteligencia, una esclerosis del entendimiento convertido en automatismo parecido al del instinto. . . Al hacer un uso, necesario en determinadas condiciones, del pensamiento impersonal golémico, podría debilitarse progresivamente la libertad y la capacidad de autodirección, y de ahí al director automático, hay poca distancia. Pero si esto llega a ser realidad, las sociedades incursas en tal situación iniciarán, necesariamente, una marcha regresiva, de vuelta hacia la oscuridad y la animalidad, justamente a través de una organización social mecánicamente perfecta.

Por nuestra parte creemos que esta perspectiva está lejos de ser el producto de una fantasía más o menos entregada a juegos recreativos. El efecto puede producirse sin que nos demos cuenta, insidiosamente, y sin posible retorno, sencillamente porque no sea factible recuperar una dirección *humana*, impotente para hacerse cargo de los problemas. No se trataría de una suplantación del hombre, en sentido literal, sino de una dejación de funciones quizá poca o nada advertida en la que acabarían por ser atrapados, como en un laberinto sin regreso, sus felices beneficiarios.

Por cierto, nos visita la sospecha de que se trate, sobre todo, de una cuestión moral, de una actitud ética y de voluntad. Así, pensamos a veces que si los fenomenales recursos de pensamiento y, consecuentemente, de bienes y servicios, se aplicaran resueltamente a promover el mejoramiento de la vida real —y es real también la vida en la mente— de los habitantes del mundo y a la preservación de la naturaleza y de la salud de sus elementos, esas amenazas probablemente dejarían de serlo y el Golem disiparía su presencia para reducirse a lo que debiera ser, una metodología y un modo de organizar eficazmente el trabajo intelectual y los demás trabajos del hombre. Nos parece más inquietante y suscita en nosotros —aún sin pensar por qué— una peculiar y más penosa amargura la idea de que, en determinadas sociedades del mundo, numéricamente mi-

noritarias, ricas y avanzadas, se dibuje este en cierto modo aberrante y hasta ridículo —pues presenta un lado ridículo— peligro golémico y, entretanto, la mayoría de la humanidad sufra penalidades ancestrales: desnutrición, enfermedades propias de la miseria, ignorancia de datos elementales. Es un contraste insensato y nos avergüenza tener que preocuparnos del Golem mientras subsisten estas otras calamidades tan perentorias. Pero así son las cosas.

VISTO que la amenaza golémica no es un miedo de niño mimado, vamos a examinar tales expectativas con más detenimiento, empezando por la primera, la posible destrucción nuclear. Decíamos al respecto que quizá no sea inminente la consumación de este peligro y así lo creemos. Parece, en efecto, convincente, quiero decir, relativamente tranquilizador, que a pesar de crisis como la de Berlín, la de Corea, la del Vietnam y otras, como la de Cuba, cualquiera de ellas más graves que los pretextos de 1914 y 1939, no se haya llegado a lo peor.

Sin embargo, se hizo, en cierto momento, todo lo posible para cuidar y robustecer el odio, bien polarizado, se erigieron ídolos anti-téticos, como en las mejores épocas de las guerras de religión, y finalmente no pasó nada. Es asombroso. Cuando se forman estas bolas de hostilidad que crecen y se hinchan parece que están llamadas a reventar forzosamente. Cuanto más irracionales, más nos aterran y más impotentes y acoquinados nos sentimos frente a ellas. ¿Qué decir? ¿Qué argumentar? La razón tiene que callar y esconderse atemorizada en tanto que el monstruo engorda, preñado de su prole estúpida y asesina. Pues en este caso se hizo el milagro: el odio y la camada de violencia irracional fueron objeto de una especie de digestión interior y se transformaron en una materia fría y menos peligrosa si no enteramente inocua.

Esta vez la razón se sobrepuso lo que casi no podía creerse. ¿Quién le ayudó a una fuerza, la fuerza de la razón, tan débil en sí misma, tan fácil de acallar y de apartar del vórtice pasional con un desdenoso codazo? Alguien o algo tuvo que ayudarle. Y así fue, me parece. Le ayudó el miedo, bendito sea. Pero no el miedo a llevar a la muerte a unos cuantos millones de muchachos sino, más probablemente, el miedo a que esta vez se acabase todo, incluida la morada y el tesoro, esos bienes que se aseguran, y que no podrían asegurar ya las compañías de seguros. Hay más padres y hasta madres capaces de sacrificar a sus dioses al unigénito de lo que parece. Pero pocos les entregarían sus bienes y su posición privilegiada, todo lo cual estaba en tablas.

Porque el peligro es total y toca a lo de veras más querido (no los seres humanos que siempre, aun en el amor, nos son ajenos), podemos esperar hoy un período de paz entre las grandes potencias o al menos la abstención en el uso de las armas que no amenacen. Esas armas, más probablemente, pudieran utilizarse contra una víctima sin medios para dar la respuesta en el mismo terreno, sin prestigio, sin buena fama, aunque inocente acaso, pues así nadie acudiría a defenderla o a vengarla, con lo cual serviría de muestra y de espejo a los poderosos, a los capaces de infligir el aniquilamiento, les enseñaría a escarmentar, a abstenerse, a transigir.

Gracias al miedo, al santo temor de sí mismo, el Golem podrá subsistir, digamos, durante treinta años más, durante medio siglo, y no hablemos de tiempos más largos —¿para qué?—, cincuenta años son un período más que milenario bajo el reino del Golem, un brevisimo parpadeo, entre la luz y la negrura eterna, poblado por los sueños inverosímiles de esta Maya loca que llamamos modernidad científica y técnica.

*La terre est si future  
que je commence  
a me souvenir de sa mort<sup>1</sup>*

El exceso de velocidad puede frenar la marcha y hasta invertirla. Imaginamos que un móvil demasiado rápido ha de transformarse en algo tendiente a la inmovilidad o inmóvil o regresivo, en todo caso respecto al sentido de su original trayectoria. Y esto es lo que, según entiendo, empieza a sucederle al Golem, cuyos rendimientos, por de pronto, parecen ser decrecientes en estos últimos tiempos y en actividades donde había alcanzado sus más admirables resultados, por ejemplo en la guerra. ¡Ay, la guerra! La guerra es la empresa más frutiva, la más deliciosa a que puede consagrar la buena gente sus ocios. Hay muchos modos de influir sobre nuestros semejantes pero el más placentero de todos consiste en imponerles el acatamiento y, tal vez, la adoración a la superioridad intimidante. La superioridad intimidante es una superioridad que no necesita explicarse, ni ser discutida, ni interpretada: es como la evidencia del sol (por algo relampaguea la espada); es como el dinero, como el oro —patente, poderoso por su mera presencia— y es como la belleza en el sexo, el sexo con la belleza que conmueve a

<sup>1</sup> Estos versos recuerdan otros de César Vallejo (Me moriré en París —con aguacero— una tarde de la que tengo ya el recuerdo). También el autor de los versos, el poeta sirio KEMAL IBRAHIM (citado por LUIS CALVO, "Nueva York es futuro y se ha muerto", A B C, 3-III-1970), empieza a recordar la muerte de la tierra, ¡tan futura es!

su paso, sin palabras. Son los tres poderes universales y reconocidos y acatados sin que necesiten intermediarios. Pero el primero de todos es la fuerza, la violencia, el terror, la manera más elocuente y verdaderamente divina de relacionarnos con nuestros semejantes, divina porque los dioses armados ostentan la más evidente razón para que se les ame y se les adore. Pero he aquí que los felices poseedores del rayo se sienten paralizados y no se atreven a usarlo, privándose así del goce más deleitoso, y se han visto obligados a retestinar y absorber en la interna degradación y el enfriamiento aquella formidable energía y aquel poder divino de matar y destruir a escala planetaria, deglutir y volver a tragarse aquel odio cuya evacuación explosiva hubiera aliviado tan deliciosamente sus almas. ¿No hay en esto una primera manifestación de ineficacia del Golem? Hasta pudiera darse el triste caso de que el Golem, el Melkart devorador, acabara, efectivamente, tal como prometen los diplomáticos, "al servicio de las necesidades pacíficas de la humanidad". Un gran destino para un buey. Hasta el día, todas las armas que se inventaron, incluso las armas químicas, acaso con la excepción reciente de las armas llamadas biológicas (la propagación voluntaria de enfermedades) han sido utilizadas. Sólo ahora, sólo en estos últimos años, la mejor, quiere decirse, la más poderosa de las armas, no ha tenido uso y fue preciso digerir en el vientre mismo de los poderosos la degradación del orgullo. Esto significa que el Golem ha cometido un error al inventar un arma que, en el fondo, no sirve, no sirve para el fin último que tienen las armas. El Golem se ha equivocado y precisamente en la materia de su predilecta especialidad.

Véase el ejemplo de la representación magisterial que se prepararon a dar, con segura alegría, los Estados Unidos de Norteamérica, en el Vietnam, una lección muy persuasiva de convencimiento por vía militar. Ya en Corea el más ejemplar poderío golémico de este mundo se vio frenado y neutralizado. En Vietnam, si no cambian mucho las cosas, ha fracasado. Parece ser que la enormidad misma del poderío golémico lo hace inadecuado para los fines lógicos de la guerra (podría servir bien para otra cosa, pongamos, para un epílogo del Apocalipsis, pero ya no sería una guerra que implica unos propósitos y unos resultados más modestos, tales como adquirir territorios, destruir a un enemigo, erradicar una ideología... ). Al mismo tiempo, la misma inventiva golémica dota a los pequeños de unos recursos de combate que, a causa de la concentración de la energía en reducidos volúmenes, en armas ligeras, y por efecto de posibilidades nuevas de comunicación entre los combatientes —radioteléfonos, aviones de viaje y transporte— po-

tencia súbitamente a los débiles y suscita un inesperado equilibrio ante los muy poderosos. En suma: el Golem arma pesadamente a Goliat pero también arma a David y lo hace tanto más temido cuanto que ahora su honda concentra una energía que multiplica millones de veces el peso y el coste. El coeficiente que multiplica el peso y el coste de las grandes armas de destrucción masiva es menos favorable que para las ligeras y, a partir de ciertas magnitudes, se convierte en un factor negativo. Supongo que esta teoría podría ser demostrada matemáticamente...

¿Qué quiere decir?

No es posible, no lo es para mí, al menos, asegurar "a priori" que este fenómeno, vislumbrado en las últimas experiencias, en las últimas empresas militares del Golem, se produzca, también, en otros campos, en actividades tales como la economía o, acaso, la misma investigación científica. No lo aseguramos, claro está. Sólo exponemos una intuición de que las cosas suceden o habrán de suceder así: que los modos golémicos tendrán, si no tienen ya, en diversas esferas del quehacer humano, rendimientos decepcionantes. No es posible que el gigante crezca hasta el infinito. Nada crece sin límites porque a partir de cierto tamaño —a partir de cierto nivel de un proceso— el organismo enferma y acaba por morir o por cambiar y convertirse en otra cosa. Un indicio más de esta tesis, de la verdad de esta idea, lo encontramos en el urbanismo, quiero decir, en las ciudades cuyo crecimiento es causa de rendimientos decrecientes y de dificultades que afectan a su viabilidad. A este respecto creo que debiera estudiarse lo que está sucediendo en el Japón, en una ciudad como Tokio, delirio y laberinto, especie de tumor que se repite a sí mismo, injerto de occidente en un tejido oriental. Allí, en el Japón, la sociedad golémica tiene que dar, verosímelmente, frutos más extremosos y aberrantes que en su hogar occidental porque es un sistema importado y no asimilado con naturalidad, no algo que viva en uno impensadamente y sin que nos demos cuenta sino un huésped de cuya presencia se sabe constantemente y, por lo mismo, allí, el Golem tiene menos sentido humano, anda más suelto y está más loco. Diríase, por ejemplo —esto es lo que parece a un observador que choca bruscamente con esta sorprendente realidad japonesa— que la civilización industrial nipona no sirve fines frutivos, inocentes afanes de goce y disfrute de hombres reales, carnales, venales, como en Europa y América, sino un propósito de agresiva manifestación, de "voilà" o de "tour de force" y, por lo mismo, utiliza a los hijos del Golem con una más evidente desatención impía hacia sus intereses de pobres seres humanos poseídos por ansias y avidedeces intrascendentes. En Tokio el Golem

se produce con una ostentosa insolencia, como un fin en sí. Habría que ver lo que pasa en este Japón moderno con un crecimiento insólito y, probablemente, avocado a una crisis original, una crisis japonesa, porque empieza a caminar un camino propio y extraño, y sin embargo, aleccionador e indicativo para todos, para toda la sociedad golémica de cualquier continente y en cualquier circunstancia.

Empero, creemos que la trayectoria del Golem hacia y por el absurdo puede corregirse mediante esfuerzos de adaptación (por ejemplo, ciudades, aunque golémicas, de cierta estructura, abiertas, sin bretes de cemento y acero, sin continuidad en sus edificaciones, mejor integradas en la naturaleza y no, como ahora, separadas de ella). Sin embargo, es muy cierto que esta adaptación pudiera no realizarse en grado suficiente por causa de su coste y de la rivalidad y competencia intergolémica que necesita capitales y recursos para necesidades más imperiosas, como el crecimiento y la seguridad, bien o mal entendida. Ahora bien: si el Golem no fuese capaz de convertirse a una *moderatio* humanista cabe vaticinar su fracaso en otros terrenos, además del terreno de la guerra "colonial".

Consideramos sumamente ingenuas, por todas estas razones —explícitas e implícitas— las proyecciones que vaticinan y cifran, en un tiempo futuro, la situación y el estado de las diversas comunidades humanas de hoy, partiendo del grado de desarrollo de cada una de ellas en este día y hora de la carrera. No. La carrera nadie sabe quién habrá de ganarla. La experiencia del pasado indica que las expectativas del futuro basadas en el supuesto de una continuación meramente lineal del presente no han coincidido con la realidad más bien indócil a tales cálculos. Por de pronto será preciso no olvidarse de la fatiga del Golem y de la erratilidad de su locura.

**H**ASTA aquí hemos fiado, por así decirlo, la salud, a la degradación de los rendimientos del llamado Golem. Pero ahora nos toca examinar qué podemos hacer para conservar y afirmar el gobierno humano de los procesos sociales no en cuanto espectadores de una historia fatídica sino como hombres libres que eligen valores y desarrollan una actividad racional para hacerlos prevalecer. Será la prueba de nuestra fuerza. Por supuesto, cabe dudar de esa fuerza y serán muchos los que duden. Por nuestra parte, nos abstenemos de abordar la ardua cuestión y la damos por resuelta en cuanto, a pesar de que no somos idealistas y propendemos a explicar los acontecimientos colectivos en virtud de fuerzas impersonales, afir-

mamos que es posible, sin la menor duda, intervenir en el curso y modificar la dirección y el sentido de los fenómenos sociales, desde una posición racional y de voluntad. Pero con una condición: que las tesis racionales, que los proyectos racionales, encarnen, por así decirlo, en potencias irracionales al pasar a la acción.

Es un hecho obvio, creo, que la razón mueve montañas y quienes vivimos en esta época seríamos demasiado ingratos si no lo proclamáramos así, siendo, como somos, usufructuarios del poder real y material de la ciencia. Pero no nos engañemos: la ciencia, por sí sola, como enunciación de proposiciones válidas relativas a la realidad, habría sido socialmente inoperante si no hubiera encarnado en la avidez vital del hombre que no es irracional sino arracional. Los que han puesto en actividad a la ciencia no son los científicos sino los ávidos de riqueza y de poder y los violentos. La verdad no interesa al hombre. Lo que le interesa es la realidad que no es verdad ni mentira sino eso: la realidad. La ciencia influye en el mundo porque afecta a la realidad no porque sea un valor racional.

En otro aspecto, un juicio válido para que sea operante en el plano social, para que influya en el decurso histórico, tiene que encarnar en fuerzas irracionales. La razón, sin eso, es un espectro exangüe. Incluso sería incapaz de derrocar los mitos más pueriles sin esa alianza impura. En toda victoria de la razón hay la ayuda de un dios, y toda revolución (progresista), para triunfar, se ha valido de un mito más antiguo aún que las supersticiones por ella arrasadas.

En nuestro caso se trata de saber si es posible dominar y gobernar impulsos, tendencias, acciones que se mueven en virtud de intereses a muy corto plazo, fascinantes, con esa ceguera del apetito vital arrollador que lleva a la muerte. Es difícil luchar contra eso. La experiencia demuestra que la avidez fuerte y estúpida crea desiertos, destruye el equilibrio de la vida, devora los espacios verdes de las ciudades. . . En el sistema capitalista recibe, por ejemplo, el nombre de especulación. Pero en el sistema socialista funciona, también, un automatismo de conducta parecido, por imperativos de rentabilidad social a corto plazo, por necesidades de poder, además de otros automatismos peculiares cuya explicación obligaría a largas digresiones. No le es fácil al hombre librarse de las trampas que se prepara a sí mismo ni salir de los laberintos que construye su propio ingenio. Y a esto es a lo que llamamos Golem.

No podemos hacernos muchas ilusiones en cuanto a la posibilidad real de someter nuestra propia conducta a una disciplina racional. Pero tampoco sería meramente correcto, en buenos términos de discurso, admitir la incapacidad del hombre para regir su vida.

Por el momento, nos preguntamos si existen movimientos sociales más o menos inspirados en el propósito de rectificar, moderar o contrarrestar las manifestaciones indeseables o negativas de la civilización golémica. Pues bien: la respuesta es que existen esos movimientos. Y, por cierto, para bien y para mal, el caso es que cumplen el requisito de insertarse en fuerzas irracionales no muy diferentes, aparentemente, de las que hicieron la fortuna de otras corrientes religiosas o ideológicas del pasado. Empero, evidentemente, con eso no basta para que hayan de tener éxito.

El caso es que está a la vista una fermentación activa definida y hasta organizada en ocasiones y —más significativamente— difusa, que intenta recuperar formas de vida liberada de ciertas servidumbres golémicas, dicho sea valiéndonos de un adjetivo que nos evita largas disquisiciones.

¿Qué corporeidad y qué eficacia atribuir a este movimiento? En conjunto, aparece como ese fenómeno que llaman los sociólogos un "movimiento de expresión" que agota sus posibilidades, en todo caso las inmediatas, en el mensaje, en el contenido emocional de ese mensaje o tal vez nada más que en la salida del "humor", en la emisión de un estado anímico, a menudo muy confuso. Un movimiento de expresión puede no conducir a nada, salvo a la expresión misma en forma de palabras, raramente con sentido preciso, y más frecuentemente en símbolos de diversa índole, no conceptuales. Y allí se acaba. Los mismos sujetos que animan estos movimientos, llegado un cierto momento, agotan su emocionalidad, cambian de actitud, se olvidan o no se olvidan, se adaptan a los condicionantes sociales y a sus propias situaciones ulteriores y es lo que suelen llamarse "cosas de la juventud". Pero cabe también que un movimiento de expresión, por confuso que sea, desemboque en algo más concreto y más efectivo, capaz de influir en la historia e imponerle un curso o una forma. Lo que arranca de un vago estado de emocionalidad expresada, evacuada, puede ser vertido en un molde conceptual o doctrinal y adquirir una proa eficaz susceptible de consecuencias históricas importantes. Por supuesto, las condiciones necesarias para que nazca y se desarrolle un movimiento de expresión son pocas en comparación con las variables de que depende un movimiento de acción, apto para influir y modificar el decurso histórico. Movimientos de expresión, pequeños y grandes, nacen muchos y se extinguen sin otros efectos; movimientos de acción considerable en la vida de la sociedad o de las sociedades hay pocos. Nadie sabe "a priori" qué movimiento es importante o históricamente trascendental o cuál no lo es. Sólo la prueba de la realidad y del tiempo o de la realidad en el tiempo, confirma o niega y san-



ciona la importancia de un movimiento social. El juicio que nosotros expongamos acerca de estos movimientos contemporáneos que hemos colocado bajo la rúbrica del anti-Golem, quedan sometidos, naturalmente, a lo que sentencie el futuro, tal vez, por lo demás, un futuro muy remoto.

Por lo que podemos ver aquí y ahora, la estructura doctrinal de estos movimientos es varia y no los caracteriza. Parece en ellos más significativo —y también más general y caracterizador— el intento de poner en práctica un modo de vida real, más bien sin pretensiones de sistema o de norma válida para el común de los hombres, un modo de vida diferente y con frecuencia contrario a la normativa social, y no tanto a la normativa política de la sociedad industrial.

Creo que es común a los diversos grupos antigolémicos una tendencia a manifestarse en secesión más bien que en lucha contra la sociedad industrial. En esto tienen cierto parecido con las sectas religiosas nuevas que pretenden ofrecer una concepción del mundo o del hombre incompatible con las ideas y los modos de vivir de una sociedad. Pero, en cuanto que la secta religiosa, si bien puede tener implicaciones políticas, no es específicamente política, se desentiende de la sociedad, no intenta transformarla directamente y, a menudo, propende a apartarse de ella, a condenarla sin cambiarla, lo que se traduce en alguna forma de secesión. A veces la secesión se hace física: el sectario emigra o bien se retira al desierto. Este fenómeno se ha dado muchas veces en la historia. Otras veces la secesión no es física ni total: el sectario vive en medio de la sociedad condenada pero trata de no parecerse a ella y ensaya un modo de vida aparte y distinto, para bien o para mal. O adopta un compromiso práctico y muy positivo que consiste en profesar los valores más elevados de la sociedad para cultivarlos y vivirlos en un nivel superior, de tal manera que el grupo en secesión se distingue no tanto por su apartamiento como por su excelencia. Sería, creo, el caso de los cuáqueros.

El movimiento antigolémico también afirma precisamente algunos valores de la cultura occidental y del cristianismo, como la paz y la libertad; pero en otros grupos hay como una especie de irrupción bárbara y se atacan todos los valores a menudo más bien por la acción que por la doctrina.

Lo que parece darse en general es la secesión misma, practicada de una manera o de otra, a veces sólo en la forma de la banda juvenil con cierto espíritu iniciático, de misterio, para sentirse juntos o para cometer fechorías en patota.

Cuando los grupos del movimiento antigolémico aceptan cier-

tos valores de la cultura, el parecido de estos grupos con los cínicos de la Antigüedad es bastante acusado. Por un lado, el antiguo cínico derivaba su filosofía del estoicismo o de la veta ascética del epicureísmo lo que equivalía a aceptar valores prestigiosos de la sociedad incriminada; por otro, era un intento de vida práctica quizá con validez para el hombre y no sólo para una minoría de filósofos pero sin la pretensión real y decidida de conseguir la conversión de la sociedad misma.

Como grupo en secesión o modo de vida en secesión de diferentes grupos casi siempre sin relación entre ellos, con profesión de valores, tenemos ahora a los llamados "hippies". No pocos "hippies" proclaman el pacifismo, como hemos dicho, y la no violencia. El adornarse con flores es un símbolo de amor a la belleza y de paz. El movimiento "hippie" participa, además, del espíritu iniciático juvenil de banda: el gusto de reunirse, de sentirse juntos y unidos, en un estado de vagar y de libertad, un perder el tiempo o ganarlo gozándose en la música, ejecutada sin fines profesionales, el canto, el arte como expresión de la propia alma, sin otros propósitos. Sin embargo, a menudo, lo que nos parece significativo, la sociedad industrial explota estas corrientes emocionales más o menos puras, por así decirlo, mediante la fórmula de imitar, en el terreno profesional, a modo de negocio, estas tendencias profundas y espontáneas de la juventud: son los melenudos de los "conjuntos", los cantantes energuménicos o estrafalarios que venden millones de discos... Esta es una forma de colonizar el movimiento antigolémico desde el campo del Golem. Una expresión paradójica de tan hábil procedimiento fue el culto al Che Guevara, en buena medida explotado por grupos y empresas capitalistas y difundido en la juventud a modo de vacuna antirrevolucionaria. El hecho de que la sociedad pueda contrahacer y explotar el movimiento antigolémico demuestra que ese movimiento no es, realmente, peligroso para ella.

En su forma más genuina y significativa el movimiento "hippie" se sitúa en el suburbio de la sociedad incriminada, quiere decirse, que no llega hasta el desierto. Más bien explota sobrantes de la enorme riqueza de la comunidad industrial en campamentos y modos de vida alusivos a esos alrededores de las grandes ciudades donde se ven baldíos llenos de desechos y de chatarra, automóviles viejos, paisajes de detritus. En esto los "hippies" sugieren un cierto parecido con los gitanos que defienden su peculiaridad de vida sin romper y sin enfrentarse abiertamente con la sociedad de los "payos". La diferencia, para el caso —hay otras muchas y esenciales, claro está— radica en que los "hippies" no tratan de defender una peculiaridad o una libertad sino de conquistarlas.

El movimiento "hippie" simboliza, generalmente, es decir, como nota ampliamente caracterizadora, con su vagancia, con su pigrismo, con su perder el tiempo, con su ascetismo epicúreo (hay un ascetismo epicúreo), la rebelión contra ciertas exigencias de la civilización industrial, a saber: el sometimiento a un horario, la puntualidad, la preponderancia de la racionalización de los procesos y de la razón misma en perjuicio de la emoción, la obediencia a la escuela del dinero, la sordidez calculadora, la moral de consumidor y de comprador de chirimbolos mecánicos... En fin, todo eso que hace deseable y posible el "desarrollo". Pero dado que el movimiento "hippie" no es duro, no cultiva el heroísmo ascético ni la acción determinada, resuelta, con fines claros, cae, a veces, en la laxitud, en una forma de holgazanería, transitoria o no, de hijos de familia, o en la droga y en la propensión a diversas relajaciones, entre ellas la mendicidad. Es como un ejército acampado, sin ejercicio, sin batalla, sin disciplina. No parece que vaya muy lejos por el momento. A plazo más largo, ¿quién sabe?

Además del "hippismo" existen otros grupos y aun organizaciones antigolémicas dotadas de estructura, organización y disciplina, además de un sistema doctrinal preciso e importante. Es el caso de El Arca fundada y gobernada por el escritor Lanza del Vasto. El Arca es una sociedad total de vida aunque no sea una nación ni un Estado, que se remite a los precedentes de las sociedades patriarcales anteriores a otras formas políticas de organización o, en todo caso, si no anteriores, cuando menos separadas de ellas, separadas y no inclusas en los reinos e imperios antiguos. El Arca es religiosa pero no confesional, aunque Lanza del Vasto sea católico, un cristiano pasado por el cristianismo de Gandhi. Incluimos El Arca entre los grupos antigolémicos porque —también en la línea de Gandhi, pero aquí, en Occidente y en medio de naciones ricas— el grupo de Lanza del Vasto afirma, sin ambigüedad, resueltamente, su oposición a la sociedad industrial y a la técnica y se atreve a proclamar el retorno a una economía artesanal. Aunque El Arca no parece ser enemiga del César —en esto, como los cristianos primitivos— está dispuesta a entrar en conflicto con él, por ejemplo a causa del pacifismo que profesa, y entonces se vale del arma de la no violencia, según la filosofía, muy elaborada a este respecto, que nos dejó Gandhi, derivada del cristianismo precisamente, aunque los cristianos no hubieran sabido ver y entender este mensaje. Es increíble lo desconocido que sigue siendo el Evangelio de Cristo después de una predicación milenaria y de una lectura masiva de cuatrocientos años: el cristianismo, para ser entendido en algunos de sus más obvios pensamientos, ha tenido que hacer un viaje secular

por doctrinas y acciones históricas revolucionarias, y dar la vuelta al mundo con escala en la India.

Lo que dejamos dicho es poco, muy poco, y tal vez escasamente acertado, por ignorancia, por falta de conocimiento directo de los movimientos antigolémicos: ¿qué hacer sino esta confesión de insuficiencia? Pero, en realidad, sirva de disculpa a nuestra penuria que sólo nos proponíamos decir que los movimientos antigolémicos parecen reunir algunas de las condiciones expuestas en su lugar para que la acción a nivel espiritual, intelectual, voluntario y voluntarista, con racionalización, con propósito y, en su caso, con programa, tenga eficacia social e histórica, sea capaz de influir, modificar, reformar, conformar o verter en molde social una posición consciente de un grupo humano. El movimiento antigolémico, en efecto, utiliza fuerzas míticas y si algo le falta es una estructura racional, un programa para sustituir la actual sociedad por otra viable y aceptable para el tipo humano común y para las minorías conscientes de la realidad, y responsables, por así decirlo. Lo más difícil de todo es explicar cómo sería hacedero prescindir de la técnica científica, de sus recursos, de su disciplina, sin poner en peligro o destruir la vida física de la gente, del tú y yo anónimos que, naturalmente, queremos vivir, sobre todo en el sentido más trivial —es verdad— elemental, hedonista y aun frívolo de la palabra, pero vivir al fin y al cabo... Mientras esos movimientos no den una respuesta a tal pregunta sólo podrán existir como manifestaciones marginales y, a veces, de hecho, parasitarias, de la gran sociedad golémica. Por eso los "hippies" aparecen, a los ojos del burgués, y no sin motivo, como hijos de familia ociosos, a menudo confundidos con grupos medio crípticos de catecúmenos de la droga. La verdad es que, en parte, estos movimientos se han hecho posibles en gran escala precisamente a causa del alto nivel de renta alcanzado por la sociedad industrial que permite una libertad de movimientos y de consumo a grupos de jóvenes en otro tiempo sometidos a los rigores de una disciplina estrecha, en particular la disciplina de la impecunia. Así, pues, de alguna manera, todo el movimiento y todos sus diversos sectarios son hijos del Golem.

Finalmente, diremos que el movimiento antigolémico aparte de que carece, como hemos anotado antes, de proa política o de reja de arado para arar, tampoco se propone ni propone a las gentes, un ideal de "hombre nuevo", a la manera del cristianismo primitivo. El hombre de este mensaje novísimo es un ser deslabazado, inconsistente, con frágil esqueleto moral que ha nacido cansado, como un heredero "fin de race", pero sin "race". El nuevo entusiasmo de esta juventud es lánguido, como los vivas y los muertas del recluta mascarador de coca.

¿Qué papel puede asignarse a las Iglesias institucionales en la incierta marea antigolémica? Creo que el cristianismo religioso institucionalizado se limita, en el mejor de los casos, y es mucho, a afirmar valores evangélicos que ahora, después del Concilio Vaticano Segundo, y por lo que refiere a los católicos, vuelven a ser ortodoxos y a formar cuerpo y substancia con el otro cristianismo, el secularizado y separado en la bifurcación del Renacimiento, la Revolución francesa, y las revoluciones y movimientos proletarios modernos. Pero no creo que se haya planteado aún, en las Iglesias cristianas —salvo excepciones—, la posible incompatibilidad del cristianismo con el Golem, quiere decirse, con ciertos aspectos de la mentalidad golémica.

La posición de las Iglesias respecto al Golem no difiere, salvo por efecto de la especialización religiosa, de la que mantienen, frente al propio Golem, los partidos revolucionarios del proletariado. Desde el punto de vista del marxismo, pongamos, la sociedad golémica ni siquiera existe más allá de un tropo bueno para esquivar la realidad, el verdadero problema: el progreso técnico es plenamente, incondicionalmente aceptable, y no produce la "alienación" sino en cuanto los medios de producción, al ser propiedad privada, se convierten en instrumentos, en tal sentido antihumanos, como resultado de la explotación y consiguiente opresión del proletariado por la clase capitalista. Hasta el momento, que sepamos, el comunismo soviético no ha pronunciado ninguna requisitoria contra la sociedad golémica y tampoco se ha reconocido como incurso en ella, y el comunismo chino parece aspirar a las virtudes y a los poderes mágicos del Golem, como es natural y probablemente inevitable.

Por efecto de cierto equívoco sobre el que volveremos más adelante, el caso del anarquismo merece punto y aparte. ¿Es antigolémico el anarquismo? El anarquismo es una veta más de la corriente cristiana secularizada y aparentemente —aunque no tanto en la realidad— desacralizada, con una fe ingenua en el progreso, más ingenua aún, al profesar la escuela anarquista el postulado de que el "hombre" se ha pervertido en el seno de la sociedad tradicional y de la sociedad burguesa o de cualquier otra sociedad, incluso proletaria, organizada en Estado político, coercitivo. Pero una simple casualidad y un equívoco han producido un encuentro y un reconocimiento falaz entre ciertos movimientos estudiantiles antigolémicos y el anarquismo. Esos grupos juveniles adoptaron el anarquismo, precipitadamente, a falta de otra cosa más original, por lo que se ve, a causa de una simple indigencia de creatividad y de doctrina. Y hasta es posible que el anarquismo alcance una fortuna inesperada.

da por este lado, cuando parecía carente de porvenir. Le ayudan la indudable descomposición de la mística del socialismo autoritario y la resignada y también gozosa y hasta golosa aceptación de los valores burgueses por la social democracia y el estado menesteroso de esquemas en el movimiento antigolémico, para pensar, meramente para pensar, la sustitución de la sociedad golémica.

Parece obligado concluir que el aspecto sociológico y político de las corrientes radicales inconformistas antigolémicas no es muy importante. Y, sin embargo, este movimiento —o como quiera llamársele— lleva dentro, oculto, creo, oculto para él mismo, un *nous* profundo, cargado de consecuencias revolucionarias e históricas, algo que, por otra parte, no está localizado en un grupo, menos aún en una secta, sino, por el contrario, difuso, presente en las nuevas generaciones, en casi todo el mundo, en las más variadas personas, niveles, clases. Se trata de una cierta negación del "hombre"

Tal vez sean los mudos, los brutos, los malas bestias, los estúpidos, los que, en su elementalidad, a causa de su escaso gobierno del subconsciente, a causa de su pobreza de racionalización, estén diciéndonos algo poderoso y esencial. Por supuesto, no lo dicen por efecto de su natural elocuencia. No tienen elocuencia en ningún sentido del *logos* o del *verbo*, en ningún lenguaje superior. Pero el mismo bloqueo de la expresión formal les fuerza a decir lo inefable, a su manera, valiéndose de símbolos activos, oscuros, con esa vaguedad grosera y a la vez certera, del querer y no querer, del gustar y no gustar, el subterráneo lenguaje de la afectividad.

Se han observado, en efecto, en las generaciones jóvenes, manifestaciones de violencia y de agresividad que no invocan, aparentemente, ninguna razón, ni siquiera ningún pretexto comunicable en términos sociales, quiero decir, con alguna validez generalizada, en todo caso para los de más edad. Esto no es, claro está, el hippismo que antes hemos caracterizado, mal o bien, pues los "hippies" invocan valores culturales superiores y sólo en nombre de ellos plantean su incompatibilidad relativa y su secesión o apartamiento respecto a la sociedad o a un determinado tipo de sociedad. La barbarie es diferente. No invoca ningún valor, al menos en apariencia (en el fondo bien pudiera ser otra cosa y hacer referencia a nuevos y posibles valores). En todo caso, la joven barbarie no se adorna con símbolos ni con prácticas estéticas (que algunos individuos, en el caso, practiquen expresiones quizá artísticas es simple y no esencial coincidencia, coincidencia no significativa). Lo que parece ser, es, precisamente, barbarie, crueldad estúpida y gratuita, sin sentido, impulso destructor, sarcasmo y maldad. Es la banda de gam-

berros, la patota, *bloussons noirs*, *teddy boys*,<sup>2</sup> delincuentes juveniles, delincuentes aficionados... todo esto que, por cierto, y algo quiere decirnos, vino antes, no después, sino antes que los vagabundos filosóficos y un poco artistas, espíritus afanosos de vida libre, mucho antes que los estudiantes revolucionarios europeos que son típicos, aunque inconsistentes neo-revolucionarios antigolémicos, al igual que ciertos brotes de inconformismo radical aparecidos en universidades norteamericanas.

¿Por qué vino antes la ola de los jóvenes bárbaros sin ideas y sin canciones, antes que los ambiguos portadores de valores culturales? ¿Y qué quieren decir, en el fondo, unos y otros?

Los oscuramente violentos vinieron antes porque son un fruto espontáneo, una mala hierba natural que brotó, como brotan ciertas hierbas, en un clima seco —es decir, inesperadamente, con efecto de sorpresa— después de las grandes lluvias de la modernidad, después del éxito que tuvo el neocapitalismo y también el neocomunismo técnico de los últimos años. Los muchachos tenían dinero, tenían ocio y, por tanto, movilidad. Disponían de motos, de autos, de tiempo, y podían ir de acá para allá y tramar las sabrosas aventuras de un mundo juvenil iniciático. Al mismo tiempo, la presión sindical y el sistema del salario mínimo no permitía o no permitía tanto como antes, la utilización y explotación de chicos jóvenes en el trabajo, a la par que sus padres disponían de mejores salarios y se hacía posible prolongar la escolaridad y, alternativamente o simultáneamente, el ocio de los jóvenes. Por tanto, había más muchachos desocupados en supuesta o real expectativa de empleo... Hasta aquí se trata, únicamente, del cuadro o marco de posibilidades pero no constituye ningún motivo para suscitar la aparición del gamberro, del joven bárbaro agresivo. ¿Cuál es la razón o el motivo de que ese muchacho ocioso, con algún dinero y mayor movilidad, decida molestar, asesinar incluso —y siempre humillar— al "inofensivo" ciudadano, que puede ser una muchacha, una mujer, un anciano caballero? Decir que los chicos se divierten, es decir nada. Una diversión de tal índole exige la ruptura de inhibiciones, mejor dicho, de inhibidores morales muy poderosos: no es tan fácil resolverse a violar a una señora delante de su marido y luego golpear y a veces matar. ¿Sadismo? Sí, claro. Pero el sadismo puede ser y de hecho es un elemento de fondo, presente también en épocas y situaciones sociales anteriores cuando los jóvenes bárbaros se abstendían de sus actuales fechorías pues el sadismo es casi un dato común o, al menos, muy extendido en cual-

<sup>2</sup> Muy últimamente ha aparecido en Inglaterra, la subespecie llamada de los "skinheads", cabezas peladas.

quier sociedad, pero en vez de manifestarse en forma de juveniles hazañas toma otros derivativos.

Carlos Bousoño,<sup>3</sup> refiriéndose —dice él— "a ese personaje que en España llamamos "gamberro" y que, significativamente, tiene nombre específico también en otras lenguas y países: "teddy boy", "halbstarker", "schlurf", "blousson noir" etcétera", encuentra la motivación en factores culturales. El joven bárbaro ataca a la muchacha inocente, al caballero inofensivo e, incluso, a un edificio que parece ajeno o no relacionado con el acto, porque las personas y el inmueble son el símbolo de ciertos valores caídos y, sin embargo, supervivientes, que se vuelven por un lado ridículos y, por otro, odiosos. "Síntoma de ello —expone Bousoño— es el ánimo irónico con que solemos acoger ciertos usos, algunos personajes literarios, y hasta expresiones y giros sintácticos propios de aquella época". La época aludida es la de la plenitud de la moral burguesa que en Inglaterra se llama era victoriana. En ese momento se define un tipo humano cargado de importancia y de respetabilidad que cree realizar un ideal, un protohombre con la figura de esos próceres eternizados en bronce en las plazas de los pueblos, con levita y chistera. "El "caballero dignísimo" de Echegaray —escribe el autor citado— está a punto de hacernos reír, si no cuidamos mucho de poner en la lectura un esfuerzo de buena voluntad histórica . . ." ¿Pero por qué odiarlo, encarnado, tal vez, en un pacífico burgués de nuestros días? ¿Por qué destruirlo violentamente? Pues porque representa una cosa y es otra. Porque sus valores son falsos y, sin embargo, con ellos trata de seguir tiranizando a las generaciones. Es un Tartufo y un fantoche. "Las investigaciones de psicología profunda e incluso ciertas estadísticas como las de Kinsey, han puesto en situación de derribo forzoso la concepción enteriza de la personalidad ética del hombre. El hombre no sólo no es moralmente de una pieza sino que de las muchas piezas de esta clase que lo componen, algunas dan alarmantes señales de no poseer la calidad mejor. Los "defectos de fabricación" con que todos los descendientes de Adam (y no sólo algunos individuos indeseables) venimos al mundo son, por lo visto, numerosos. En estilo más franco: según parece, cualquiera de nosotros, incluido el protagonista de nuestro dramaturgo, no distamos mucho de ser lo que, con alguna metafórica descortesía, habríamos de denominar un saco de miseria, más o menos encubierta o disimulada. Si creemos a los sociólogos contemporáneos o a Kinsey, el honorable caballero que nos hemos complacido en recordar, indudablemente sentía,

<sup>3</sup> Profesor de la Universidad de Madrid, poeta. La cita es de "Una época en sus personajes". *Papeles de son Armadams*. Mayo, 1969.



pensaba e incluso llevaba a la práctica, cuando Echegaray no alcanzaba a verle, cosas de significación ética mucho menos elevada que cuando se producía frente a sus espectadores”.

Aunque el nivel de conciencia y la finura de percepción del gamberro no nos permitan comprender por qué se convierte en exponente privilegiado de un proceso social más bien sutil, creo que la teoría del “caballero dignísimo” es válida. Sospecho que el gamberro, naturalmente, no piensa en nada de eso cuando agrede a sus víctimas; no importa que obre casi mecánicamente por efecto del mero desbloqueo de las inhibiciones morales como consecuencia del relajamiento de la trama de los valores. Pero es muy probable, en efecto, que se sienta estimulado al ataque justamente por la inocencia o la respetabilidad de sus víctimas que, por lo mismo, resultan ser representativas de valores despreciados y ridículos de cuya coerción y derrocado prestigio se venga.

Esta desintegración de los valores nos interesa, como se comprenderá, sobre todo, en el presente caso, por su relación con la posibilidad de enfrentar al Golem en el terreno más propiamente humano, el de la libertad y la acción deliberada con un fin determinado. Este descrédito de la “dignidad” humana —por muy grotesco que nos parezca el “caballero dignísimo”— ¿no nos debilitará en el trance de recuperar el dominio sobre nuestro futuro? Se trata de saber cómo, nosotros, esta criatura hoy degradada al nivel de la mera verdad, y sin embargo incapaces aún de desnudarnos de la vieja dalmática, revestidos con el caparazón solemne de una ética pasada y de un concepto del hombre insostenible, como un escarabajo patas arriba, caído de espaldas, vuelto de espaldas por la historia, pateando el aire, al claro sol de la estadística sexual de Kinsey, puede darse una regla humanística o —más aparatosa—, un imperativo categórico— y cumplir la regla, recuperar el dominio de sí mismo y el gobierno de la sociedad, y perseverar en el ejercicio de la libertad, pese al Golem.

Debemos darnos cuenta de que el análisis no ataca sólo a un arquetipo sino, en cuanto podemos entender, a la posibilidad misma de que el hombre pueda redimirse de su miseria. Si el “caballero dignísimo” se nos hace tan ridículo es porque anda todo hinchado de dignidad con la pretensión de parecer lo que el hombre no puede ser. ¿Dónde está la cochinidad, la necesaria cochinidad?, le preguntamos. El “caballero dignísimo” se consideraba redimido y, además . . . , por sus propios medios. Pero nosotros sabemos que no hay redención para el hombre.

Lo que ahora se liquida no es sólo el “caballero dignísimo”, al fin y al cabo, un subtipo episódico de la cultura, sino algo más

serio e importante: la esencia de que están hechos todos los "caballeros" que en el mundo han sido. En efecto, cualquier arquetipo de hombre que evoquemos está siempre revestido de alguna manera de "dignidad", de una estilización que inhibe, precisamente, al otro hombre, el real, privado, secreto. No cabe duda: a través de toda la historia se ha practicado una manera de encubrimiento, un consenso de horror y de hipocresía, para negar a ese otro hombre aludido por las estadísticas kinsenianas. Ciertamente que los moralistas, y los humoristas, han hecho referencia, hasta con pesadez reiterativa, a la inmundicia humana, pero se las arreglaron siempre para que no les creyésemos, para digerir apresuradamente las nociones y las más patentes imágenes y experiencias y mandarlas a la cloaca y evacuarlas y olvidarlas. Lo que ha prevalecido en esto fue, no el hombre real que somos cada uno de nosotros (Freud tiene el mérito de haber empezado a sacarlo a luz) sino el hombre arquetípico o social en cuyo fantasma nos hemos refugiado siempre para no tener que vernos. Un astuto mecanismo de censura... Y es el caso que nunca hubo un *homo indignus* público... Pero al decir esto evocamos el "pecador" cristiano, por definición, indigno, incapaz del bien por sus propios medios, tesis teológica que viene a ser confirmada por la psicología profunda. Sin embargo, aparte de que el vil gusano, el vil pecador, era, en manos de los teólogos y de los moralistas cristianos oficiales, un gusano más bien abstracto y no mal avenido consigo mismo, aun en la experiencia y en la conciencia seria de la propia miseria, estaba de por medio la redención cristiana. Por lo demás, la posibilidad misma de pecar, atribuida, claro está, al "pecador", es ya una tremenda dignificación del hombre, más que eso, pues le supone capaz de una hazaña trascendente, aunque negativa, en cuanto conmueve con su pecado las esferas infinitas y eternas. Pero este *homo indignus* de hoy es, menos que nada, pecador. No hay en él ni pecado ni vergüenza, ni remordimiento. Estamos de vuelta a la inocencia.

Ahora bien: si no hemos entendido mal, el hombre es incompatible con la inocencia. La expulsión del Paraíso terrenal no fue sino un efecto necesario de la acesión del homínido a la conciencia que estaba en el árbol del saber. No hay remedio: el plano en que el hombre se produce como tal comporta una proyección necesaria en el espíritu lo que supone ciertos esquemas ideales que no es posible vivir en completa y perfecta autenticidad. Ser hombre es ser un farsante, una especie de "caballero dignísimo". Esto se comprende mejor si nos referimos a la necesidad que tiene la criatura humana de inventarse su propia "forma", su estilo, tan a menudo ridículo una vez pasado. Todos hemos andado y andamos

siempre de levita y chistera como el "caballero dignísimo", incluso cuando vamos desnudos.

Por eso, en este afán de autenticidad y de verdad —también necesario por otra parte, creo, según mi propio modo de sentir—, lo que está en juego es la supervivencia misma del "hombre". Sospecho que la intuición del fin del hombre se expresa en el gusto actual por los vestidos desastrados, buenos para tirarse por el suelo y revolcarse, en la moda de las barbas de vagabundo, los bigotes mongólicos, decaídos, diversas y congruentes alusiones a la fealdad caricaturesca del antrúejo humano.

Se ha hecho saldo de todos los mitos, y se trató de preservar al "hombre". Pero el hombre es también un prejuicio, un dogma, un valor afirmado, aunque sea el gran mito fundamental. Sólo algunos pocos intrépidos, en el gozoso mediodía de la liberación, como el Marqués de Sade, se atrevieron a ver claro.

Pero lo que ahora nos importa a nosotros es preguntarnos si la muerte del gran mito fundamental no anuncia o prepara la abdicación de la humanidad en la era golémica, cuando el llamado "hombre" va a ser sustituido.

Sin embargo, no sería sensato ni prudente concluir sin más que estamos en vísperas del Apocalipsis. Ciertamente el hombre ha muerto o está en la agonía. Pero el hombre, al fin y al cabo, cualquiera que haya sido su eficacia instrumental, no fue nunca más que un concepto, si bien sostenido, naturalmente, por la patética realidad de los hombres concretos.

¿Qué hacer, muerto el hombre? Muerto el hombre queda vivo, sin duda posible, el *cada cual*. El *cada cual* existe —y de qué manera!— porque es, sobre todo, porque es, el sujeto del horror, el dolor y el miedo, de toda la pena y la fatiga de este mundo. Quiere decirse, el sujeto "privilegiado" (con el privilegio de saber a qué atrocidades está avocado), pues el sufrimiento mismo lo comparte, como es obvio, con los animales, y a unos y a otros lo inflige él sin inocencia aunque muy a menudo con estupidez. Dolor, miedo, espanto que no le pertenecen al "hombre", indemne en su alta esfera platónica, sino al *cada cual*. Justamente porque todo eso es patrimonio exclusivo del *cada cual* (salvo la participación de entestado que corresponde a nuestros hermanos "inferiores") el dolor no se suma, no se acumula: no hay más ni menos dolor en el mundo que el que padece cada cual. Diremos de paso, apresuradamente, pues nuestro tema es otro, que, sin embargo, el *cada cual*, titular incontestado del dolor, no tiene pleno derecho al bien de que sea capaz, pues el bien, en mayor o menor medida, por ejemplo las obras ilustres que realicemos, siempre las debemos a

los demás, al grupo, a la sociedad, por lamentable que sea o por vituperable que la juzguemos. Sólo el dolor —aunque no el fracaso— nos pertenece por entero.

No digo que estos juicios —nosotros propendemos a llamarlos, presuntuosamente, verdades— sean muy estimulantes, en cierto sentido. Y, sin embargo, en parte por eso mismo, por lo que tienen de austero y de desolador, podría edificarse sobre tal fundamento un nuevo humanismo, sin ilusiones, con el mínimo de hipocresía y de inautenticidad (inevitables). La miseria y la abyección humanas, acompañadas del dolor y el espanto, son cimiento seguro. Lo que puede fallar es la voluntad de construir, y la altura del edificio.

Por indigna que sea esta criatura real, temerosa, dolorosa, está igualmente necesitada de vivir, de trascenderse, de proyectarse más allá de los enunciados biológicos, que le atañen, por supuesto, como a todo ser viviente. Y esta proyección, este puente de una sola estribera, tenemos que tenderlo desde nuestra hermandad con los animales y las plantas, desde el "continuum" de la vida total al que pertenecemos, sin vanidades metafísicas, y otro tanto ganará el nuevo humanismo liberado del "hombre".<sup>4</sup>

Por el momento, y a la espera de reflexiones ulteriores y más detenidas, se trata de vislumbrar, si fuere posible, las consecuencias de la desintegración del "hombre", del mito del "hombre".

Si hay alguna lógica en esta clase de procesos, me atrevo a creer que el colapso del hombre y la consiguiente emergencia del *cada cual* tienen que afectar y trastornar profundamente las ideas e instituciones basadas en el supuesto de una persona humana consistente, con firme estructura, continuidad y estabilidad, capaz de reproducir en su vida real y en su conducta un arquetipo humano de la cultura, sin mengua de la verdad y de la autenticidad. Para citar un ejemplo inmediato, ahí tenemos una institución, el matrimonio, basada en esta filosofía de la constancia en la trama de la persona y en la continuidad de sentimientos y de conductas. Entiendo que el matrimonio, en esta era del *cada cual*, será sustituido por otras instituciones cuyos efectos sobre el sistema social no podemos siquiera imaginar. Algo parecido sucede con el arquetipo menor que llamamos *ciudadano*, supuestamente capaz de integrar la sociedad a que pertenece y de decidir racionalmente... Muy difícil parece que el *ciudadano* sobreviva al hombre, y es mejor saberlo cuanto antes para superar la inevitable crisis, de forma que no se produzca la supresión de la libertad y del mismo *cada cual*.

<sup>4</sup> Para una teoría del *cada cual*, ver *El camino y la vida*, ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ, Aguilar, S. A. de Ediciones.

Personalmente, creo que el hombre, a partir del *cada cual* indignísimo, habrá de ser reinstaurado, en la prueba de la lucha con el Golem. Pero, entretanto, el mensaje de nuestro tiempo anuncia que el hombre no existe y que toda redención ha fracasado.

## EN DEFENSA DE LA AMERICA LATINA

A fines de agosto tuvo lugar en Puerto Vallarta la entrevista anunciada por la prensa entre los Presidentes de México y de los Estados Unidos. Palabras amables, recepciones diplomáticas, festejos populares bien organizados para impresionar al visitante y la consabida declaración conjunta de los dos mandatarios. Parece que hubo algo positivo, siendo lo más importante la devolución a México por lo menos en principio de un terreno de algo más de 600 hectáreas en el norte del Estado de Chihuahua, que había quedado de lado norteamericano por desviación de las corrientes del Río Bravo.

El presidente Nixon quedó tan impresionado por el "cálido recibimiento popular", que invitó a Díaz Ordaz a una cena de Estado en Coronado, Calif., el 3 de septiembre, aprovechando la circunstancia de que por aquellos días se celebraba el segundo centenario de la fundación de la ciudad de San Diego por el misionero español Fray Junípero Serra.

Por supuesto que Díaz Ordaz aceptó tan señalada distinción con beneplácito y agradecimiento. Para dar mayor solemnidad al acto se hizo acompañar de los Presidentes de la Suprema Corte de Justicia, del Senado y de la Cámara de Diputados. Para nosotros la importancia del acto consistió en el discurso pronunciado por Díaz Ordaz en defensa de México y de los demás países latinoamericanos; y de este discurso, que inquestionablemente tuvo mucha miga, tomamos las palabras de mayor significación, dejando de lado las frases protocolarias:

"El mundo actual está exigiendo una más estrecha relación entre las naciones. No bastan las palabras fríamente protocolarias; son indispensables los contactos directos entre los hombres, especialmente entre los gobernantes; son necesarios el conocimiento mutuo, los intercambios culturales, el comercio justo y creciente.

"No hay instante que perder. Por ello, aprovechando esta magnífica tribuna, democráticamente abierta a las palabras que tengan sentido de verdad, de equidad y de justicia, hablo a nombre de mi pueblo sobre asuntos de interés común y, aunque sin títulos para ello, pretendo hacerme eco de las preocupaciones de América Latina.

"Existe verdadera alarma entre los países del hemisferio porque en los Estados Unidos de América parecen tomar fuerza las tendencias proteccionistas. Su triunfo sería un durísimo golpe para la economía del resto del continente.

"Sin considerar lo que pudiese haber de exageración o deformación en las noticias, parece evidente que, a los sectores tradicionalmente proteccionistas, últimamente se han venido a sumar otros que no lo eran, y aun grupos obreros que siempre se habían opuesto a esas medidas.

"Comprar menos y a menores precios en Latinoamérica, posiblemente sirva para mejorar algunos aspectos de la situación económica norteamericana; pero no se necesita ser experto en la materia para prever que el alivio sería no sólo pequeño, sino pasajero, y que el proteccionismo revertiría contra los propios Estados Unidos, a muy corto plazo, para agravar los mismos males que se trataba de curar.

"Latinoamérica constituye un mercado natural para los Estados Unidos y éste para aquélla; si nos compran menos y a menores precios, tendremos necesariamente que comprarles menos. El desnivel de la balanza, detenido momentáneamente, se inclinaría luego más que antes, en inevitable espiral descendente. Tal fue la trágica experiencia mundial de hace 40 años.

"Comunicamos nuestras inquietudes a esta nación, libre y soberana para tomar sus propias determinaciones, confiados en que la reflexiva prudencia y visión de sus gobernantes, la capacidad de sus economistas, el espíritu pragmático de sus sindicatos obreros, de sus hombres de negocios y el sentido de justicia de su pueblo le harán adoptar las medidas más justas, más inteligentes y más convenientes para todos.

"Pienso en un comercio equitativo para México y para América Latina, en el que los precios de las materias primas y de los productos elaborados y semielaborados que vendemos, guarden la debida proporción con lo que pagamos por los artículos manufacturados que compramos, y que conserven una estabilidad que permita planear razonablemente la producción, con márgenes normales de seguridad para recuperar las inversiones.

"Estas y otras cuestiones deben preocuparnos, pero no abatirnos o agobiarnos; al contrario, de la preocupación debe salir el aliento decidido para abordarlas y resolverlas.

"Hasta hace muy poco tiempo las grandes potencias actuaban como si la historia se hiciera con su sola voluntad; no reparaban en que esa historia se alimentaba de las materias primas y de la mano de obra baratas de los países de los que llamaban atrasados.

"¡Países desarrollados y subdesarrollados! ¡Países pequeños y países grandes! ¡Como si la extensión territorial o el progreso económico tuvieran que ver con la dignidad del hombre!

"Decíamos en otra ocasión que garantizar la capacidad de autodeterminación de los pueblos, sin importar el tamaño de su hogar geográfico, ni su potencial económico, es la tarea de mayor trascendencia histórica, de más elevada moral social y de mayor sabiduría política, en estas horas de angustiosa espera que está viviendo la humanidad.

"Mientras se mantengan los desequilibrios actuales en todo el mundo y frente a la abundancia insolente de los pocos, exista la más dolorosa pobreza de los muchos, no puede siquiera pensarse en un orden estable.

"Los modernos medios de comunicación masiva han acercado tanto a todos los países del mundo que hay una manifiesta interrelación de problemas y soluciones, un indivisible destino, de forma tal que, aun los más poderosos y avanzados dependen de los demás y no han de sobrevivir sin ellos. "Sólo en la reciprocidad hay verdadero placer y verdadero provecho", sentenciaba Goethe.

"Necesitamos un desarrollo económico que se realice con armonía, que eleve en verdad el nivel de vida de las mayorías, que ponga la riqueza al servicio del hombre y no éste al servicio de aquélla, para que sea equitativamente compartida por todos, sin diferencia de lugar de nacimiento, de color de la piel, de posición social, de credo político o religioso.

"Así como queremos democracia política, aspiramos a la democracia económica la que entendemos —recordando la oración de Gettysburg— como la economía del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

"El dominio español, sin quererlo unió a todos en la más importante de todas las empresas de aquella época: alcanzar la independencia y la libertad.

*"Después de ciento cincuenta años, la lucha más trascendental es ahora por conquistar el bienestar, a través del desarrollo económico.\*"*

"Sabemos que, en lo fundamental, cada uno de nuestros pueblos con su inteligencia y su fuerza, debe ser quien cumpla la tarea de mejorar sus condiciones; pero debemos estar todos fraternalmente unidos y darnos la mano.

"México, que con el ímpetu de sus hijos ha logrado no pocos adelantos, reconoce explícitamente su propia *responsabilidad* frente a quienes han podido avanzar menos. (Como en otras ocasiones, subrayo la palabra *responsabilidad* para enfatizar que con ella no entiendo caridad o ayuda, sino solidaridad humana).

"En cada nación existe una vigorosa fuerza inferior, una gran vitalidad creadora que es necesario respetar y aprovechar, como factor indispensable en el verdadero y viable entendimiento de unas con otras; un sano y libre concierto internacional, sólo puede crecer si se nutre de la savia fecunda que nace de lo más íntimo y genuino de cada comunidad humana.

"Nuestras patrias tienen peculiares características, necesidades diferentes y diversa capacidad para afrontarlas; dentro de esta variedad, tienen una voz común que debe hacerse oír, y que será tanto más poderosa cuanto mayor sea la unión.

---

\* El subrayado es nuestro.



"Si cada una ha ganado y perdido tantas luchas contra la adversidad, la suma de sus experiencias habrá de dar mayor eficacia a su acción solidaria.

"Los grandes ideales bolivarianos de unidad regional y continental siguen vigentes: los países de Latinoamérica aislados son débiles; unidos podrán vencer carencias ancestrales.

"Conviene repetir que no se trata de ir contra nadie, sino de ayudarnos a nosotros mismos; que al sumar los esfuerzos de Latinoamérica, para crear una comunidad económica, buscamos trato equitativo con este gran país que son los Estados Unidos de América; y no pretendemos, frente a su gran potencia agrícola e industrial, crear otra que venga a reñir con ella, sino entendernos, en los más elevados planos del respeto y de la dignidad."

El Presidente mexicano planteó en su discurso el problema del desequilibrio cada vez creciente del intercambio comercial entre los Estados Unidos y las naciones al sur del Río Bravo. Los lectores conocen bien en qué consiste el problema; los precios de lo que vendemos han ido a la baja desde hace tres o cuatro lustros, mientras en los precios de lo que compramos han ido en ascenso constantemente. De suerte que si por ejemplo hace 15 años necesitábamos un cierto número de sacos de café para comprar un tractor, hoy necesitamos el doble de esos sacos de café para adquirirlo. Desgraciadamente todas nuestras gestiones han fracasado, y las voces de protesta no han tenido eco en los oídos de los mercaderes de la gran potencia.

Muchas otras cuestiones de significación indiscutible, planteó Díaz Ordaz a Nixon, como lo relacionado con los países desarrollados y subdesarrollados. A este propósito todo parece indicar que el Presidente mexicano y sus colaboradores no se han dado cuenta que el desarrollo de los desarrollados se ha debido a la explotación de los subdesarrollados y que éstos no podrán desarrollarse mientras no logren acabar con esa explotación.

El discurso no fue muy comentado por la Prensa de los Estados Unidos, aun cuando según nuestras noticias causó cierta preocupación entre los altos funcionarios. Y no ha pasado nada ni nada pasará, porque a los intereses económicos del imperio se subordina invariablemente toda consideración de solidaridad internacional.

Sea de ello lo que fuere, aplaudimos en esta ocasión el discurso presidencial.

*Alfredo S. Duque*

## LOS REFORMADORES DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

EL libro "*Los reformadores de la España contemporánea*" de la profesora Ma. Dolores Gómez Molleda es obra extensa, de más de 520 páginas y muy documentada. Supone años de trabajo. Es importante sobre todo porque significa un avance hacia la libertad religiosa, que España necesita tanto. En él resulta exaltada la figura de D. Francisco Giner, como el principal reformador de la España contemporánea. Esto, me consta, se lo agradecen a la autora los amigos de Giner, que, según dijo Unamuno, son todos los que le conocieron.

Giner nació en familia católica. Todavía era joven, pero ya profesor de Universidad o a punto de serlo cuando dejó de pertenecer a la iglesia católica. Como es frecuente entre intelectuales de países latinos y católicos, el resto de su vida no perteneció a ninguna iglesia, mas con razón se le ha llamado "alma religiosa", "santo laico". La autora del libro que comentamos es católica, y, según nos dicen, miembro de una orden religiosa, teresiana, y profesora de la actual universidad de Madrid, que es confesional, más papista que los dos últimos Papas y que el reciente concilio ecuménico. Sabido es que incluso un distinguido catedrático de ella, el señor Aramburen, católico, ha sido destituido, tengo entendido que por liberal, por considerarlo tibio. Y así otros. En estas circunstancias tienen más valor los elogios justísimos que de D. Francisco hace la profesora Gómez Molleda. Citamos algunos de ellos:

"El nuevo programa para la juventud (el de los krausistas) pasará del terreno especulativo al práctico gracias a que el grupo intelectual de innovadores que lo propugnan cuenta con un hombre de acción extraordinariamente efectiva: Francisco Giner de los Ríos" (pág. 177).

"Una *summa* de directrices valiosas se deben a Giner en este terreno: [El de la Universidad]: llevar a las aulas universitarias un verdadero sentido de educador, formar un profesorado competente, científica y pedagógicamente hablando, fomentar en los claustros el espíritu corporativo, ensanchar el ámbito de la influencia de la Universidad en la sociedad española y plantear estos mismos problemas desde el nivel del Instituto,<sup>1</sup> de la Normal, de la misma Escuela Primaria" (pág. 444).

"La personalidad de Giner fue y permaneció siempre extraordinariamente atrayente, irresistible para los alumnos" . . . (pág. 204).

<sup>1</sup> Así se llama en España la escuela secundaria oficial.

"Todos los que pasaron por su cátedra en la Universidad, los que se educaron en la Institución Libre, o los que por alguna circunstancia tuvieron contacto con Giner, coinciden en la misma impresión cautivadora de su personalidad... Precisamente irritaba a Menéndez y Pelayo la fuerza de la personalidad de Giner, que hacía que todos sus discípulos en expresión de don Marcelino le siguiesen como autómatas.

"Esta faceta de atractivos personales humanos de Giner contribuyó extraordinariamente al éxito de su proselitismo entre la juventud: ignato buen gusto, comprensión idealista de la naturaleza, respeto al hombre, delicadeza con el niño, altura moral, espíritu abierto y enemigo de violencias, patriota amargo y por eso más atractivo—" (pág. 205).

"Los alumnos se entregaban al maestro, que sabía llegar hasta el fondo de su ser, para conmoveerlo e imprimir en él un sello indeleble; tal era su contagioso fervor y el soplo de la religiosidad que lo animaba." (página 209).

... "del grupo de discípulos de D. Francisco salieron hombres de ciencia extraordinariamente preparados en lo profesional y especialistas excelentes... Heredaron también de D. Francisco la preocupación por el rigor ético y se hicieron apóstoles y predicadores de la moral a estilo gineriano, en sus respectivas cátedras. Conocemos ya que para D. Francisco la Universidad, además de estimular la vocación al saber, la reflexión intelectual y la indagación de la verdad, debería estimular el impulso de la voluntad, las costumbres puras, la alegría de vivir, el carácter moral, los gustos sanos, el culto al ideal, el sentido social práctico y discreto en la conducta". (página 331).

A la muerte de Dorado Montero... se escribe que "no fue ni discípulo ni maestro en la Institución ni aun socio de ella", y que, sin embargo, "no tuvo... hogar espiritual más íntimo para su formación humana ni albergue más familiar en los años de aprendizaje, en los años anteriores a su labor universitaria, que esta casa de D. Francisco y este círculo fraternal de colaboradores" (pág. 337).

"Junto a la obra de Menéndez y Pelayo que crea una escuela de investigadores de la historia hay que colocar también, ciertamente, el empuje y la probidad científica que llevan al estudio de la historia española, los discípulos de Giner" (pág. 355).

... "un hombre cuya vida había sido hermosamente austera y entregada a su ideal... Giner de los Ríos, el maestro infatigable suscitador de vocaciones y formador de hombres. Porque D. Francisco fue ante todo eso. Su verdadera vocación había sido la de maestro. Su talento insuperable de pedagogo"... (págs. 506-7).

En fin, en el prólogo D. Vicente Palacio Atard (pág. XXX) escribe: "Por lo que él hizo, por lo que intentó, por las reacciones positivas que

despertó también en sus contrarios, Giner de los Ríos figurará siempre como uno de los grandes educadores de la España contemporánea".

Estos elogios de Giner hechos por católicos son para España un paso hacia la libertad religiosa. En este sentido aun consideramos de más valor las siguientes palabras de la profesora Gómez Molleda: "La coexistencia cristiana de hoy se alza sobre el respeto a todas las posturas y criterios sincera y dignamente profesados" (pág. 126, nota 2).

Es más agradable elogiar que señalar defectos; pero es deber hacer lo segundo en favor de ese ideal que la profesora Gómez Molleda llama "Coexistencia cristiana" y "respeto a todas las posturas y criterios sincera y dignamente profesados".

Este libro, que quiere ser obra seria de historia y que casi siempre lo consigue, contiene un error histórico grave respecto al pasado y que puede ser de consecuencias gravísimas para el presente y el porvenir de España. La autora sostiene repetidamente que los krausistas y la Institución hacían labor de proselitismo religioso. Ella, tan documentada, en este punto no aporta ningún documento que pruebe su tesis, y al parecer no conoce los que existen en contra de ella. El único texto de Giner que cita en este caso (pág. 259), al tratar de interpretarlo lo retuerce de tal manera que entendiéndolo lo contrario de lo que dice. Refiriéndose a los profesores partidarios de la libertad de cátedra, que contra toda ley habían sido destituidos y después de varios años repuestos, escribe Giner que, si "se les mandare y ellos consistiesen, comenzar sus clases toda con un ¡viva la república! o ¡viva el Rey! o el papa o la religión, pobre contraveneno sería éste para la "perniciosa" doctrina que informa todo el ser de su espíritu y transpira, aun sin quererlo, por todas las articulaciones de su palabra y vida."

Lo que Giner llama irónicamente "perniciosa" doctrina, para la profesora Gómez Molleda es la doctrina krausista u otra doctrina filosófica, política o religiosa del que enseña. Mas esa doctrina a que alude Giner es la neutralidad en la enseñanza. Es acaso lo más característico en él, y archisabido que la defiende repetidamente en sus escritos, que la practicó siempre en el medio siglo de su vida profesional y que por mantenerse firme en ella estuvo encarcelado para vergüenza del gobierno que lo ordenó.

El pasaje que cita la profesora Gómez Molleda está tomado precisamente de un artículo de Giner<sup>2</sup> en donde éste más adelante expone su "perniciosa" doctrina de esta manera:

... "el ideal de la educación nacional en la escuela primaria como en las Universidades, en la dirección de los párvulos como en la elevada indagación científica, es la neutralidad más rigurosa en cuantas esferas dividen y apasionan a los hombres, y la concentración de todas las fuerzas del maestro

<sup>2</sup> Se titula "Las reformas del señor Pidal". Vide "Obras completas" de GINER, pp. 93 a 95.

sobre lo que pudiera llamarse la formación del espíritu racional en el individuo. Esto es: que ha de procurar el proporcionado desenvolvimiento de todas sus energías en tan alta esfera y con tan humano e imparcial sentido que, cuando el curso natural de las cosas le vaya llevando hacia alguna solución de las que distinguen a los hombres en confesiones, partidos y escuelas, no por ello rompa la concordia que nace de la unidad de nuestro ser en todos; sino que afirme el espíritu común, que bien puede mantenerse por cima de las divisiones más profundas y considere a todas las tendencias, aun las más divergentes, como otras tantas fuerzas, que no obstante su mutuo exclusivismo y sépanlo o no, colaboran, cada una a su modo y por sus medios peculiares, en el proceso constructivo de la obra y vida humanas.

.....

"Y salvando el respeto con que la ley ha de consagrar el derecho inviolable de cada individuo, comunión religiosa, científica, política o de otro género, para fundar instituciones especiales donde dirigir la educación y la enseñanza de sus alumnos en el sentido más rigurosamente acorde con sus dogmas concretos, prefiere aquella concepción estimular esos otros centros que, poniendo la mira en lo más alto, procuran cultivar el ser común que informa la raíz, siempre viva y sana, de todas esas particulares direcciones. Rehusa de esa suerte descender a la esfera, ya más subordinada, donde éstas se contraponen, luchan y se encónan, evitando atrofiar aquel sentido de unidad, de respeto y concordia en el alma del niño, a quien todos debemos muy otra reverencia".

Otras veces, no pocas, expuso don Francisco esta doctrina de la neutralidad de la enseñanza y la practicó siempre. Por ejemplo, en su clase de la Universidad nunca recomendaba a los alumnos sus obras y sí, entre otras una de Stahl, autor católico, y citaba un libro del español Gil Robles (padre), que era carlista o integrista. Jamás trató de hacer proselitismo ni en su vida profesional ni en la privada. Algunos de sus familiares más íntimos eran católicos de los que oyen misa todos los días. Nadie tiene derecho a dudar de que sea sincera la declaración de que "La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político." Nadie podrá aportar una prueba de que en la Institución se haya faltado a esa neutralidad. Por la Institución han pasado muchos profesores y muchos alumnos católicos y jamás se ha quejado alguno por falta de respeto a sus creencias. En cambio hay pruebas documentales de lo contrario. La Condesa de Pardo Bazán en un artículo titulado "Don Francisco Giner";<sup>3</sup> católica, casada con un carlista, que a su

<sup>3</sup> "Boletín de la Institución", 1915, p. 58. La profesora GÓMEZ MOLLF. DA cita dos veces este artículo, pero no se refiere a la parte de él que aquí reproducimos.

hijo le puso el nombre de Jaime porque así se llamaba quien para los carlistas era príncipe heredero del trono español, dice lo siguiente:

"Era tal vez el mejor de mis amigos... Nació nuestra amistad, no de similitud de ideas, sino, por su parte, de un bondadoso interés hacia mi trabajo, y por la mía, del conocimiento de la suma bondad de aquella escogida alma. El, que se dedicaba a tantas cosas útiles, no interrumpió jamás la especie de vigilancia afectuosa que le merecieron las evoluciones de mi arte... Conocí a don Francisco Giner siendo yo muy joven, y nunca cesó la comunicación intelectual entre nosotros... Y en largas conversaciones, Giner me fue abriendo camino... Sus consejos, no exentos de cierta severidad sana, me indujeron a estudiar, a viajar, a conocer idiomas y autores extranjeros y, al propio tiempo, de sentir la poesía del ambiente patrio... es más fácil, en esta penosa hora [al morir el maestro] reconocer la deuda que catalogar el tesoro de luces y de auxilios que debí a Giner.

"No pocos amigos míos andaban preocupados con el temor de que, por la amistad que me unía a Giner y su grupo, fuese yo a incluirme entre los adictos a la "filosofía alemana", según la consagrada frase. Era inútil repetir la verdad: que ni había leído dos renglones de Krause, ni don Francisco y sus amigos me hablaban de filosofía... Krause, suponía yo, debía de existir; pero, por nuestras charlas no lo hubiera sospechado... todo se reducía a que yo conversase con hombres de valer, y esto lo consideraba afortunado azar, pues de ellos mucho aprendí, sin meterme a indagar si pensaban de esta o de la otra suerte.

"Don Francisco me enseñó aquél sentido de tolerancia y respeto a las ajenas opiniones cuando son sinceras, que he conservado y conservaré teniéndolo por prenda inestimable y rara... Don Francisco respetaba, no con los labios sino internamente los sentires y pensares ajenos, y ponía en este ejercicio un espíritu de justicia y hasta de amor. Y no era un escéptico, que respeta porque todo le es igual; al contrario, fue el más convencido de los hombres. Otro amigo mío inolvidable, Luis Vidart, solía plantear en nuestras pláticas esta cuestión:

—¿Es compatible la tolerancia con la convicción sólida y profunda?

Y le citaba a Giner como probante ejemplo. Giner, decíale yo, no sólo es un convicto, sino un agitador de conciencias, cabalmente en fuerza de su convicción, y, por lo mismo, su fe le sugiere transigencia respetuosa con la fe y la razón de los demás.

Un instituto me dice que la tolerancia nos es tan indispensable como el aire que se respira. De la aureola de Giner formaba parte esta virtud."

Un alumno de Don Francisco en su clase de la Universidad, en un artículo necrológico titulado "Don Francisco Giner", publicado en la "La Correspondencia de España" el 19 de febrero de 1915 y reproducido en el "Boletín de la Institución" de febrero-marzo 1915, dice lo siguiente:

"Don Francisco Giner era un hombre bueno. Tendría unas u otras ideas religiosas; pero los que somos creyentes y católicos sabemos que Dios le habrá llamado a sí, y por su alma hemos rezado un padre nuestro."

Hace pocos años se publicaron dos libros en que también se estudia con detenimiento la personalidad de Giner: el de Yvonne Turin "L'Education et l'Ecole en Espagne de 1874 a 1902", año 1959, y el del profesor Cacho "La Institución Libre de Enseñanza", Madrid, 1962. Me consta que estos dos autores hablaron con personas que conocieron a Giner y la Institución. Esto se echa de menos en el libro de la profesora Gómez Molleda. A ello se debe sin duda este error que señalamos en su libro. En los otros dos no se dice que Giner y la Institución hiciesen labor proselitista en religión, y, por lo menos el Sr. Cacho, como es sabido, es católico.

Insisto en que esto no sólo tiene importancia como error histórico sino que además puede tener graves consecuencias para el presente y el porvenir. No hace mucho tiempo, refiriéndome a otro libro, escribía yo lo siguiente

"Una cosa es decir que Giner no era católico y otra cometer la ligereza de dar a entender que era anticatólico. Esta injusticia la comete una persona respetable que, por lo demás, elogia a Giner.

Escribir eso es una falta grave de sentido de responsabilidad, porque problema capital de España es evitar que se repitan las ya numerosas guerras civiles que ha padecido y en las que a caso nada ha exaltado tanto la furia de las antiliberales como el pensar equivocadamente que el enemigo lo era de la religión católica. Es falso, y el insinuarlo es calumniar y echar leña al fuego."

La admiración que la profesora Gómez Molleda siente por Giner nos parece que va acompañada de algo de temor. ¿Temor a qué? Ella piensa que el influjo de los krausistas ha sido inmenso.<sup>4</sup> Se equivoca al pensar que se debe a una doctrina, la de Krause. Fue algo debido más bien que al pensar a sentimiento y a la voluntad, a la conducta, al ejemplo. Si Cristo al fin vence al imperio romano, no se debe tanto a los teólogos y sus doctrinas como a quienes como él fueron santos o héroes o las dos cosas a la vez.

¿Miedo a qué? A que peligre "la España de siempre", expresión que usa la autora. Por el contexto nos parece que se refiere a la unidad religiosa.

Esta es ya ideal imposible. La misma iglesia católica, con el reciente concilio, le ha dado el golpe definitivo declarándose en favor de la libertad religiosa. Esta característica del mundo contemporáneo no se debe sólo a los krausistas, sino también, tanto en España como en el mundo entero, a otros vientos. ¿Vamos a poner puertas al campo, a eliminar o a tratarlos como ciudadanos de segunda clase en España a Ramón y Cajal,<sup>5</sup> a Unamuno, a

<sup>4</sup> Este es el término que emplea, p. 189.

<sup>5</sup> Véase su libro "Recuerdos de infancia y juventud".

Ortega, a Baroja por no ser católicos ortodoxos y ninguno de ellos era krausista o institucionista? Y fuera de España ¿vamos a negar el valor moral de Schweitzer, de Gandhi, Tolstoi, Martí y Lincoln, por ejemplo, que no eran católicos?

¿A qué se debe ese influjo "inmenso" que en España han ejercido Sanz del Río, Salmerón, Azcárate y otros krausistas, Giner acaso más que ninguno? A su religiosidad. Esta afirmación acaso parezca sorprendente a muchos que se consideran religiosos. Yo me inclino a pensar que en su tiempo en España no ha habido persona de las conocidas que haya sido más religiosa que Don Francisco Giner. Digo conocida, porque la religiosidad es algo de lo más íntimo de la conciencia y puede no manifestarse al exterior y pasar inadvertida.

Hay en esto una dificultad. En matemáticas y en química, por ejemplo, todos los autores emplean el mismo vocabulario; no en las ciencias de la cultura, del espíritu, sociales. La profesora Gómez Molleda refiriéndose a Giner emplea, creo que acertadamente, las palabras "religioso" y "misticismo". Otros le han llamado así y "santo laico". Mas ¿qué quiere decir religioso? ¿Qué quiere decir santo?

Imposible conocer bien el "credo", la doctrina religiosa de D. Francisco, porque nunca la expuso de manera completa. Señal de que en esto no trató de hacer prosélitos. Pero sabemos que admiraba y quería a Maragall, católico, y a Dorado Montaro,<sup>6</sup> que no creía en la libertad de la voluntad ni en la inmortalidad del alma, y, si para él existía Dios, sería un Dios como el de Spinoza o análogo. Me atrevería a decir que para Giner los dos eran hombres religiosos.

Repetimos la pregunta: ¿qué quiere decir esta palabra? Acaso para algunos hombres religioso es el que se santigua, se arrodilla, etc., el que cumple con el culto externo. Mas hay hombres religiosos que no practican nada de culto externo, como Giner y los miembros de la iglesia cristiana llamada unitaria.

Alguna vez se ha dicho que es imposible definir la religión. Esto nos da pie para la osadía de proponer una definición o aproximación a ella. Nuestra intención es llegar a algo que todos acepten, porque la religión debe unir y no separar a los hombres.

El hombre religioso toma en serio la vida. Es lo contrario del frívolo. Venimos a la vida para realizar una misión.

El hombre religioso es lo contrario del egoísta. No vive para sí, sino para realizar un ideal, para realizar valores, como ahora se dice, valores absolutos. Vive, actúa, movido por el entusiasmo, y por ello siente una pro-

<sup>6</sup> La autora cita, p. 305, estas palabras de Azorín sobre Dorado Montaro: "espíritu gigante", "henchido de amor a la Humanidad", "héroe que batalla por una causa grande".



funda alegría que no tiene el no religioso. Para el religioso, él, su vida, no es lo que más importa.

Si es necesario muere por su ideal (el héroe) o, lo que es más difícil, le consagra todos los momentos de su vida (el santo).

En este sentido amplio es religiosa la madre que vive para sus hijos, a los cuales considera, con razón, valores absolutos. Y lo son los llamados "niños héroes" en México, porque murieron por la libertad de su patria. Y ahora, con una sola afirmación, voy a decir dos herejías tremendas, dos porque lo es tanto para los que se consideran religiosos como para los comunistas, que se dicen enemigos de toda religión. El buen comunista *siente* con fervor religioso que tiene valor absoluto su ideal de igualdad entre los hombres, de justicia social para toda la humanidad, y está dispuesto a sacrificarse por él. El comunismo ha tenido ya sus santos y sus héroes y ellos son los que más han contribuido a su enorme expansión.

El influjo tan grande de los krausistas españoles sobre la juventud se debe a que estaban animados por una emoción religiosa, emoción que caracteriza al libro de Sanz del Río "Ideal de la Humanidad", cosa esta que muchos no han visto ni sentido en esta obra; pero sí José Martí, a quien no se le escapaba nada, y que era de verdad religioso, aunque no era ni católico ni protestante. Y se debe también a la falta de esa emoción religiosa en muchos católicos españoles. La misma profesora Gómez Molleda dice (pág. 252) que "la sociedad española de fin de siglo" era "huera en su religiosidad". Algo análogo dijo Unamuno. Un católico, el padre Oromí, ve en aquella España una "religión decadente, virtualmente practicada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico". Lo cita el también católico Lain Entralgo, que por su parte añade: "Un mundo que se llama a sí mismo católico... ofrece [para los jóvenes] muy escasos apoyos humanos a una fe religiosa tan débil y amenazada... Esos jóvenes, inteligentes, sensibles, deseosos de vida eficaz y egregia, terminarán con frecuencia apartándose espiritualmente... de la ortodoxia católica".<sup>7</sup>

Esta nota se escribe en México. Para los españoles que en la "Nueva España" hemos tenido la fortuna de encontrar otra patria, es decir, otra madre, España es una obsesión, una obsesión noble, hermosa y dolorida. Imposible no hacer comparaciones. De mucho bueno gozamos en México, y de todos sus bienes el que más estimamos es la libertad. No hay país en el mundo donde se goce de más libertad, al menos en su constitución y en sus grandes ciudades. Y de todas las libertades la que más agradecemos es la de conciencia. Empleamos palabras de Cervantes. En el capítulo LVIII de la segunda parte del Quijote el ingenioso hidalgo dice a su escudero:

—La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos, con ella no pueden igualarse los tesoros que

<sup>7</sup> Véase P. LAIN ENTRALGO, "La Generación del noventa y ocho", p. 64.

encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres". Y en el capítulo LIV de la misma parte alguien elogia a una nación "porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia".

Y el famoso Dr. Laguna, médico de Carlos V, de Felipe II y del Papa, en su libro "Viaje de Turquía" (antes atribuido a Villalón) dice: "la libertad que tengo, que es la cosa que más en este mundo amo" (en el capítulo titulado "De cómo Pedro fue hecho cautivo") y, en otro pasaje de este mismo libro: "Veríaís cuánto pesa la libertad y cómo puesta en una balanza y todas las cosas que hay en el mundo, sacada la salud, pesa más que todas juntas" (capítulo titulado "Muere Zinán Bajá").

Aquí en México, en Cuernavaca, hay un Obispo, Monseñor Méndez Arceo, que antes del concilio, durante él y después de él ha dado y sigue dando ejemplo de libertad y tolerancia religiosa, organizando reuniones en que toman parte católicos, protestantes y judíos. Y en el concilio habló en contra de que se persiga a los masones. Todo esto merecería elogios de D. Francisco Giner, como los hizo de algunos obispos liberales norteamericanos católicos.

Terminamos repitiendo que nos produce una honda satisfacción que el ideal de la profesora Gómez Molleda sea el de una "coexistencia cristiana" basada en "el respeto a todas las posturas y criterios sincera y dignamente profesados". ¿Pero sabe quiénes consiguieron realizar este ideal en España dentro de su círculo en colaboración con no pocos católicos? Los krausistas, D. Francisco Giner y los organismos inspirados por él; la Institución, la junta para ampliación de estudios (el sacerdote Asín y Palacios fue uno de sus vocales), la Residencia de estudiantes, el Instituto-Escuela, el Centro de estudios históricos (del que fueron miembros eminentes los católicos D. Eduardo Hinojosa y D. Manuel Gómez Moreno), etc., etc.

*Rubén Landa*

# *Aventura del Pensamiento*



## HISTORIA, PROYECTO Y VALOR

Por *Alfredo STERN*

**E**N mi libro *La filosofía de la historia y el problema de los valores\**, yo examiné el conjunto de las relaciones entre la historia y el valor. En este artículo quiero ocuparme de una sola de estas relaciones: la que existe entre los proyectos históricos y los valores.

La historia humana es la evolución de la *res publica* y nunca la de la *res privata*. Consecuentemente, los proyectos históricos son siempre proyectos colectivos. Cada vez que un proyecto individual afecta la marcha de la historia es que ha sido adoptado por una colectividad. Esto ocurre, por ejemplo, en el caso de descubrimientos científicos o de invenciones tecnológicas. ¿Cuáles son las colectividades cuyos proyectos determinan la historia humana? Para Hegel son los Estados; para Marx, las clases. Probablemente, ambas entidades son portadoras de proyectos históricos. Sin embargo, el Estado nacional parece ser el promotor principal de proyectos colectivos históricos. Los proyectos colectivos del protestantismo y del catolicismo fueron encarnados en Estados poderosos, y en esta forma se combatieron en la Guerra de los Treinta Años. Solamente después de haber sido adoptado por los Estados árabes y por el imperio otomano, el proyecto colectivo del Mahometismo pudo conquistar el oriente y penetrar hasta las puertas de Viena. Aun el proyecto de clase del comunismo se realizó en la historia únicamente después de haberse convertido en el proyecto colectivo de un gran Estado: Rusia. Así, se comprende por qué pueblos que habían vivido cierto tiempo sin formar Estados —los polacos, los checos, los judíos— anhelaron con tanto ardor una nueva existencia como Estados. El Estado es, todavía, el instrumento más eficiente para realizar proyectos colectivos históricos.

Desde que el Estado nacional es el autor principal de los proyectos históricos, uno debe preguntarse: ¿Qué es un Estado? ¿Qué es una nación? Esta fue la pregunta que Ernest Renan se hizo en una conferencia célebre que dio en la Sorbona en 1882. Su contestación fue que nada material basta para hacer una nación, porque

\* Tercera edición, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1970.

una nación es un principio espiritual y no un grupo determinado por la sangre, la lengua o la configuración del suelo. Según este gran humanista, dos cosas constituyen este principio espiritual, esta alma colectiva llamada nación.

"La una, dice, está en el pasado, la otra en el presente. La una es la posesión común de un rico legado de memorias; la otra es el consentimiento presente, el deseo de vivir juntos, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia que uno ha recibido indivisa... En el pasado una herencia de glorias y de pesares a compartir, en el porvenir un mismo programa a realizar... Una nación es pues, una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que uno ha hecho y de los que uno está todavía dispuesto a hacer."<sup>1</sup>

Finalmente, en una fórmula que su autoridad ha hecho clásica, Renan declaró: "*L'existence d'une nation est... un plébiscite de tous les jours*" —la existencia de una nación es un plebiscito cotidiano.

Medio siglo después de su proclamación, la tesis de Renan fue reafirmada y modificada por José Ortega y Gasset. El gran pensador español está de acuerdo con la idea de Renan de que el principio de la nación no es ni la sangre, ni el idioma, desde que en Francia, en España como en Inglaterra la comunidad racial y lingüística ha sido un *efecto* de la unificación del Estado y no su *causa*. "Originariamente, el Estado consiste en la mezcla de sangres y lenguas. Es superación de toda sociedad natural", dice Ortega.<sup>2</sup>

Es la tesis de Renan del carácter plebiscitario del Estado la que predomina en la doctrina de Ortega, pero en una forma modificada por la crítica. Ortega reprocha a Renan el carácter "arcaizante" de su tesis, porque insiste en que la existencia de una nación supone un pasado. Si la nación consistiera nada más que en pasado y presente, nadie se ocuparía de defenderla contra un ataque. "Al defender la nación defendemos nuestro mañana, no nuestro ayer" declara el filósofo español.<sup>3</sup> Queremos un futuro en el cual la existencia de nuestra nación continúe.

La diferencia básica entre las doctrinas de la nación de Renan y de Ortega consiste en el hecho de que Renan insiste en el pasado y en el futuro como dos factores de igual importancia, mientras

<sup>1</sup> E. RENAN: "Qu'est-ce qu'une nation?", pp. 26-27, *Opuscules et discours*, Paris, 1882.

<sup>2</sup> J. ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, Madrid, 1951, tomo IV, p. 252.

<sup>3</sup> *Ibid.* t. IV; pág. 266.

que Ortega insiste solamente en el futuro. Afirma que "nada tiene sentido para el hombre sino en función del porvenir".

El futurismo de Ortega está íntimamente ligado a su concepto del proyecto. Mucho tiempo antes que Sartre, Ortega insistió en la necesidad moral de que el individuo y, también, el grupo, se consagren a un proyecto. Así, para Ortega, el Estado nacional es "proyecto de un hacer y programa de colaboración."<sup>4</sup>

Tener un proyecto común quiere decir tener el deseo de realizar un porvenir común. Cuando hay un porvenir común, concluye Ortega, los antepasados, las memorias, la herencia de glorias y de pesares sirven como "fuerzas de consolidación; pero nada más."<sup>5</sup>

La tesis del pensador español puede ser chocante para los tradicionalistas, pero me parece confirmada por hechos innegables. El fantástico crecimiento de los Estados Unidos resultó de la inmigración de millones de gentes que no tuvieron antepasados americanos y, por esto, no compartieron el pasado de esta nación. Lo que estos inmigrantes tuvieron en común con la nación norteamericana fue su futuro, su proyecto colectivo de prosperidad en la libertad, y los valores ligados a este proyecto.

Sin duda, una integración de esta clase es más fácil en el caso de naciones nuevas, como las de las Américas, pero no es imposible con respecto a naciones antiguas. Ocurre, de hecho, que ciertos individuos excepcionales se convierten en miembros de una nación extranjera, en virtud de una afinidad profunda entre su modo de evaluar y el de la nación de su elección. Tomemos el ejemplo de Napoleón Bonaparte: nació en Córcega en 1769, un año después de la adquisición de esta isla por Francia. No tuvo antepasados franceses. Lo que tuvo en común con Francia no fue el pasado, sino el futuro, un porvenir glorioso que propuso a esta nación y del cual él fue el arquitecto principal. Napoleón y Paoli tuvieron los mismos antepasados corsos e italianos. Paoli luchó contra Francia. Después de un corto período de su juventud en el cual odió a Francia, Napoleón se convirtió en un francés, adoptando una nueva manera de evaluar —la de los franceses.

Jacques Offenbach, Guillaume Apollinaire (cuyo verdadero apellido fue Wilhelm Apollinaris de Kostrowitzky), Marie Curie-Sklodowska, y tantas otras glorias de Francia, no tuvieron antecesores franceses. Pero gracias a una afinidad electiva, basada en una comunidad de valores e ideales, se integraron en la comunidad nacional francesa y enriquecieron su patrimonio cultural.

De manera similar, el griego Dominicos Theotocopoulos se

<sup>4</sup> *Ibid.* t. IV; pág. 258.

<sup>5</sup> *Ibid.* t. IV; pág. 267.

convirtió en un español, bajo el apodo glorioso de El Greco, el inglés Lord Byron se hizo griego, el inglés Houston Stewart Chamberlain, alemán; y Cosima Wagner, hija de una madre francesa y de un padre húngaro, se convirtió en una mujer alemana, con todas sus virtudes y todos sus vicios. Estas transformaciones se basaron en una afinidad electiva en el dominio de los valores.

Estos ejemplos demuestran que una nación es caracterizada por cierta manera de evaluar. En otras palabras: *una nación es una comunidad de valores e ideales*. Esta es mi propia doctrina de la nación, consecuencia de las de Renan y Ortega, pero a la cual ellos nunca arribaron. Me parece especialmente un desarrollo lógico de la tesis ortegana, según la cual una nación es un proyecto colectivo. Si el pensador español no reconoció que el proyecto es el manantial de los códigos de valores, fue porque su teoría de los valores no ha sido más que una reedición de la de Max Scheler, y, por esto, básicamente esencialista y ahistórica. Según Ortega, "los valores son algo objetivo y no subjetivo" y "valorar no es dar valor a quien por sí no lo tenía; es reconocer un valor residente en el objeto."<sup>6</sup>

Si, según esta tesis común a Ortega y Gasset, a Max Scheler y a Nicolai Hartmann, los valores son esencias objetivas, universales, son entonces dados antes de las existencias históricas subjetivas. Por esta razón los valores no pueden provenir de los proyectos históricos de los seres existentes. En vez de tratar de derivar los valores de los proyectos históricos, Ortega adoptó la jerarquía ontológica, ahistórica de Scheler.<sup>7</sup>

Mi propia doctrina axiológica es diametralmente opuesta a la de Ortega y a la de sus predecesores, los fenomenólogos alemanes. Para mí hay una solidaridad total entre el proyecto y el código de valores que le corresponde. A cada proyecto corresponde otro código de valores, y cada uno de estos códigos es caracterizado por otro postulado normativo. Únicamente el postulado adoptado como norma, mediante un acto de voluntad, puede conferir validez a los valores pertenecientes a cierto sistema. Este acto de voluntad está ligado a un proyecto definido.

Tan pronto un postulado es adoptado y reconocido como norma, todos los actos, objetos y proposiciones acordes con él adquie-

<sup>6</sup> *Ibid.* t. VI: "Introducción a una estimativa", pp. 325-327.

<sup>7</sup> En un artículo: "Ortega —¿existencialista o esencialista?", publicado en *La Torre*, Puerto Rico, núm. 15-16, julio-diciembre 1956, pp. 385-399, traté de separar los elementos esencialistas en la filosofía ortegana de sus elementos existencialistas. Revisaré este punto de vista en una publicación futura que tomará en consideración la obra póstuma de Ortega.



ren un valor positivo, y todos los actos, objetos y proposiciones desacordes con este postulado adquieren un valor negativo.

Como lo demostré en mi ponencia al *Sexto Congreso Interamericano de Filosofía* en Buenos Aires, 1959, y, más tarde, en mi libro *La filosofía de la historia y el problema de los valores*, las normas postuladas son, ellas mismas, valores. Los llamo "valores de primer grado", mientras que los valores a los cuales sirven de patrón son "valores de segundo grado". Si, *lógicamente*, cada proyecto presupone un acto de voluntad, podemos decir que *psicológicamente* cada acto de voluntad aparece en la forma concreta de un proyecto. Es únicamente en un proyecto y a través de un proyecto que devenimos conscientes de nuestras voliciones y de nuestras evaluaciones. Al principio ni las unas, ni las otras, existen en un estado abstracto. Así, diría que los proyectos son las particularizaciones de nuestras voliciones y de nuestras evaluaciones. Es solamente después de la generación del proyecto y, a veces, únicamente en el curso de su realización o después de ésta, que las evaluaciones que el proyecto implica, se separan de él y se cristalizan como conceptos concebibles de manera abstracta.

Si cada nación es caracterizada por un proyecto colectivo específico, por la voluntad de hacer algo en común, y si este proyecto da a luz un código específico de valores, resulta que cada nación es una comunidad de valores de segundo grado, es decir: de valores condicionados por el valor de primer grado, afirmado en el básico proyecto nacional. A veces el proyecto básico al cual una nación o una civilización debe su nacimiento ya ha sido olvidado, pero las evaluaciones colectivas, que expresó se han cristalizado completamente y forman el código de valores por el cual esta nación o civilización se distingue de las otras.

En mi opinión, el proyecto colectivo es la clave del sistema de valores de una nación o de una civilización. Para los que se adhieren a tal proyecto colectivo el valor básico y dirigente que afirma --es decir su ideal colectivo-- es un valor intrínseco. Este último confiere un valor instrumental o radiado a todos los medios, propios a promover el proyecto colectivo y a realizar la victoria del ideal que encarna.

El término "valor radiado" (*Strahlwert*) fue propuesto por William Stern.<sup>8</sup> Un ejemplo clarificará su significado: la aviación no se aprecia solamente como un valor instrumental, apto para alcanzar fines utilitarios. La aviación es también apreciada como un nuevo sentimiento de poder y de soberanía sobre las fuerzas de la naturaleza. Así, la aviación que, como valor instrumental, es

<sup>8</sup> W. STERN: *Wertphilosophie*, Leipzig, 1924, p. 44.

decir, como medio de transporte rápido, se destacó de la persona humana, se convierte en una parte de la persona, en una portadora de un valor que la persona humana "irradia" sobre sus componentes.

Si una nación tiene un proyecto colectivo, un ideal común y, con esto, un valor colectivo dirigente, no necesariamente resulta que sus miembros afirmen los mismos valores instrumentales. Los miembros de un grupo pueden tener el mismo proyecto y, no obstante, tener diferentes opiniones sobre los medios propios de realizarlo. La mayoría de las disputas en los parlamentos son la consecuencia de tales diferencias entre los valores *instrumentales*, puestos al servicio de un proyecto común, de un ideal común. Sin embargo, el hecho de servir a la realización del mismo proyecto colectivo orienta los diferentes valores instrumentales de una nación en la misma dirección. Los valores radiados de una nación tendrán también más o menos el mismo carácter, desde que reflejan los rayos emitidos por los mismos valores *intrínsecos*; es decir: de los valores expresados en el proyecto básico de la nación. Estos hechos explican la unidad de estilo que caracteriza las evaluaciones de los miembros de una nación.

El hecho axiológico fundamental es el proyecto colectivo que, con sus valores directivos intrínsecos, determinan los valores radiados de una nación y orienta sus valores instrumentales en la misma dirección. Podemos hablar de un *campo axiológico*, creado por el proyecto colectivo; porque por su función de orientar los valores instrumentales y radiados de una nación en la misma dirección, la acción de este campo axiológico es comparable a la de un *campo magnético*. El campo axiológico creado por el proyecto colectivo es responsable de la manera típica de evaluar que caracteriza a los miembros de una nación o de una civilización dadas, y determina lo que llamamos su "estilo" de evaluar. Si, por ejemplo, el proyecto colectivo básico de una nación es heroico, entonces todo su sistema de valores tendrá un estilo heroico. Si, por lo contrario, el proyecto colectivo básico de una nación es mercantil, entonces su sistema total de valores estará impregnado de mercantilismo. Esto quiere decir que hasta las evaluaciones individuales de los miembros de esta nación tomarán lugar dentro de un campo axiológico mercantilista.

En general, la realización de un proyecto nacional colectivo da a luz un nuevo proyecto que, en turno, proporciona una nueva justificación histórica a la existencia de una nación. Si el carácter del nuevo proyecto colectivo se distingue considerablemente del carácter del proyecto anterior, entonces todo el código de valores

de la nación será modificado. En este respecto la historia alemana ofrece excelentes ejemplos. Durante la segunda mitad del siglo diez y ocho y al principio del siglo diez y nueve, la Alemania del clasicismo, del romanticismo y de la filosofía idealista, no parecía tener otro proyecto nacional que el que Goethe le asignó en su poema dramático *Pandora*: a saber, el proyecto de dominar el mundo ideal, el mundo del pensamiento y de la imaginación poética. Fue Francia, simbolizada por Prometeo, la cual, según Goethe, debería gobernar el mundo de las realidades políticas y militares. Pero en el curso de la historia del siglo diez y nueve, el proyecto colectivo de Alemania cambió radicalmente, y el país proverbial de "los poetas y de los pensadores" (*das Land der Dichter und Denker*) se convirtió en la nación de "sangre y hierro" ("*Blut und Eisen*") de Bismarck, cuyo proyecto básico fue la conquista militar y el gobierno por la fuerza.

Después de la unificación de Alemania en 1871, su proyecto político y militar se fusionó con otro proyecto colectivo: el de sobrepasar a todas las otras naciones europeas en la producción material, en la industria y en el comercio. Y vimos con qué rapidez el código de valores cambió en todas sus partes y en todas las capas sociales de la nación alemana. El culto de las ideas fue suplantado por el culto de la riqueza material y de la fuerza militar. El cambio radical en el código de valores de esta nación no se hubiera producido si la gran mayoría de los alemanes no hubiese adoptado el nuevo proyecto colectivo. Pero sabemos que los alemanes lo aceptaron con entusiasmo, con pocas excepciones tales como Nietzsche.

Este entusiasmo fue todavía más grande cuando, después de la Primera Guerra Mundial, un nuevo proyecto colectivo surgió en Alemania: el de retirarse de la civilización occidental, de poner la fuerza militar al servicio de la conquista del mundo para "rejuvenecer" a la humanidad mediante la idea de la pureza racial, por el destronamiento del intelecto y por el establecimiento de una jerarquía de "razas-maestras" y "razas-esclavas". Este nuevo proyecto colectivo dio a luz un nuevo código de valores, que la abrumadora mayoría de los alemanes aceptó, con una precipitación angustiosa, especialmente desde el principio del año 1933. Este nuevo código que gobernó a la nación alemana durante doce años, proclamó el valor positivo de la violencia y el valor negativo del derecho; el valor positivo de los impulsos instintivos y el valor negativo de la inteligencia; el valor positivo de una jerarquía de maestros y de esclavos y el valor negativo de la igualdad y de la dignidad de los individuos y de las naciones; el valor positivo de

la autocracia y de la obediencia ciega y el valor negativo de la democracia y de la autodeterminación. Transformando los valores de todos los dominios —los valores morales, estéticos, sociales, religiosos, jurídicos, políticos y cognoscitivos— el nuevo código alemán de valores, producido por el proyecto colectivo llamado "*National-sozialismus*", aún cambió el criterio de la verdad. El mundo civilizado se espantó al ver que hasta los profesores de las universidades alemanas e intelectuales de fama aceptaron la fórmula de la verdad "orgánica" de Alfred Rosenberg y del profesor Carl Schmitt, expresada en las palabras: verdad es lo que sirve al pueblo alemán "racionalmente unido."<sup>9</sup>

Cuando, en 1945, el proyecto colectivo del llamado "socialismo nacional" se ahogó en un mar de sangre y de fuego, el código de valores que había procreado desapareció. Todavía es demasiado temprano para decir cuál será el nuevo proyecto colectivo al que el pueblo alemán consagrará sus energías y cuál será el código de valores que resultará de él. Actualmente, el proyecto colectivo de la Alemania Occidental parece limitarse a la realización del "milagro económico" (*Wirtschaftswunder*), cuyo imperativo categórico es: "¡Enriqueceos!"

Otras naciones mostraron más continuidad histórica en el campo axiológico, o porque tuvieron menos proyectos colectivos —aunque algunas veces de mayor envergadura— o porque sus proyectos fueran inspirados más o menos por el mismo ideal. Algunas veces el proyecto original, al cual una nación debe su existencia, determina su carácter tan decisivamente que apenas cambia en el curso de su historia. Todos sus proyectos colectivos se trazan entonces siguiendo el mismo modelo, y su código de valores sufre pocas modificaciones a lo largo de la historia.

Por ejemplo, en el código de valores de la España contemporánea, el honor, la fidelidad a la fe y el orgullo todavía ocupan una posición prominente. Son los valores dominantes que se desarrollaron en el curso de la realización de los dos grandes proyectos colectivos a los cuales la nación española debe su existencia histórica. El primero de estos proyectos, que ocupó casi ocho siglos de la historia de España, consistía en la expulsión de los moros de la península ibérica y en la restauración de la pureza de la fe católica. Con la caída de Granada, en 1492, la ejecución de este proyecto fue terminado. Esta fecha coincide con el des-

<sup>9</sup> ROSENBERG, A.: *Der Mythos des zwanzigsten Jahrhunderts*, München, 1934, VII, 2, p. 684. Véase también mi artículo "La filosofía en el Tercer Reich —instrumento de guerra", *Cuadernos Americanos*, México, 5, 1942, pp. 14-43.

cubrimiento de América por Colón, y con este evento surge el segundo proyecto gigantesco que ocupó a la nación española durante los siglos siguientes: el de conquistar, de colonizar y de cristianizar al nuevo mundo. También este proyecto colectivo fue ejecutado con gran éxito.

Estos dos proyectos colectivos de la más amplia envergadura exhiben cierta continuidad y, así, determinaron el carácter nacional del español, tanto como su código de valores, de una manera indeleble. El español de nuestros días es todavía el hidalgo del tiempo de Isabel la Católica, con sus virtudes y sus limitaciones. Fue en vano que Cervantes alertó a sus compatriotas del peligro de perseguir a los fantasmas del pasado, mientras que alrededor de ellos, otras naciones descubrían nuevas realidades.

Un hombre viril procrea niños. Una nación en flor procrea proyectos. Una nación vive en tanto que inventa proyectos colectivos nuevos que absorben la imaginación de sus ciudadanos, de manera que ellos acepten los sacrificios necesarios para su realización. Estos proyectos pueden tener éxito solamente si corresponden a las necesidades de la nación que los adopta y si son compatibles con los intereses de la sociedad entera. Dándose nuevos proyectos e imponiéndose nuevas normas, las naciones crean nuevos códigos de valores. Cuando una nación cesa de inventar nuevos proyectos, capaces de ganarse la adhesión de sus ciudadanos, entonces muere, porque no tiene nada más que cumplir en la historia. Por cierto tiempo los valores cristalizados de sus proyectos colectivos anteriores se mantienen en vigencia, porque no tienen que dar paso a nuevos valores. Pero, lentamente se debilitan, y, finalmente, desaparecen. Cuando desaparece el código de valores que caracteriza a una nación, entonces ésta desaparece.

Cuando Roma dejó de ser el poder unificando el mundo antiguo por su grandiosa administración jurídica y por la propagación del humanismo estoico, su último gran proyecto fue agotado. El código de valores ligado a este proyecto se mantuvo en vigencia por cierto tiempo; después desapareció. Odoacro mató solamente a un cadáver. Hegel tuvo razón diciendo que una nación no puede morir de una muerte violenta si no está ya muerta, naturalmente.<sup>10</sup>

En 1898, después de que España había perdido los últimos restos de su imperio colonial americano, Miguel de Unamuno publicó su ensayo "La vida es sueño", que expresa la lasitud y la renuncia a cualquier papel histórico de una nación que se ha vuelto incapaz de inventar nuevos proyectos colectivos. Todos conocen

<sup>10</sup> G. W. F. HEGEL: *Sämtliche Werke*, Stuttgart, 1928, Band XI, p. 115.

sus palabras conmovedoras, llenas del pathos de la renunciación, en las cuales habla de su pueblo:

"Que le dejen vivir en paz y en gracia de Dios, circundado de áurea sencillez, en su camisa de hombre feliz, y, sobre todo, que no se tome en vano el nombre de su fe para hablarle de la España histórica conquistadora de reinos, en cuyos dominios no se ponían ni el sol ni la injusticia! Que no le viertan veneno pagano de mundanas glorias en su cristiano bálsamo de consuelo! Que le dejen dormir y soñar su sueño lento, oscuro, monótono, el sueño de su buena vida rutinaria! Qué no le sacrifiquen al progreso, por Dios, que no le sacrifiquen al progreso!"<sup>11</sup>

Más tarde, en su libro *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno trató de dar un nuevo proyecto a su nación: el de ser el Don Quijote tragi-cómico entre las naciones, la expresión viva de la negación de un pueblo a someterse a la lógica y a la ciencia, es decir, al mundo moderno y a su verdad. El propósito final de este proyecto fue el de "salvar a la Edad Media del Renacimiento, por no perder su tesoro de la infancia."<sup>12</sup>

Dudo que tal proyecto pueda ganarse la adhesión de un pueblo. Uno no puede revivir el pasado. Tampoco puede aceptar la tesis de don Miguel de que hasta él, que pelea por el ideal de revivir el pasado, empuja el mundo al porvenir.<sup>13</sup> Históricamente hablando, tal restauración sería estéril, porque un proyecto que no crea valores nuevos, valores todavía no realizados en la historia, no tiene razón histórica de ser.

Cada verdadero proyecto histórico propone a una nación que cambie su destino. Lo que Unamuno propuso a su nación no fue otra cosa que *querer* su destino. Por esta razón el proyecto propuesto por Unamuno no pudo detener las tendencias separatistas que se manifestaron desde el principio del siglo entre los vascos, los catalanes y otros pueblos que forman la nación española. Mucho más realista que Unamuno, Ortega y Gasset explicó estas tendencias particularistas por la falta de un proyecto colectivo estimulador, justificando la convivencia de las provincias ibéricas en el mismo Estado. En su *España invertebrada* Ortega escribía: "España se va deshaciendo, deshaciendo... Hoy ya es, más bien que

<sup>11</sup> *Ensayos y sentencias de Unamuno*, New York, 1932, p. 32.

<sup>12</sup> M. DE UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, 1913, p. 314.

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 313.

un pueblo, la polvareda que queda cuando por la gran ruta histórica ha pasado galopando un gran pueblo."<sup>14</sup>

Pero Américo Castro es menos pesimista: "Henos pues ante una cultura que a la vez se afirma y se destruye en una continuada serie de cantos de cisne", dice.<sup>15</sup> Y de hecho: al principio del siglo veinte, cuando el mundo habló de la "España moribunda", se desarrolló en este país un renacimiento artístico, literario, filosófico y científico que enriqueció grandemente los valores culturales de nuestro tiempo. El establecimiento de la República y el heroísmo con que se defendió en la última Guerra Civil también comprobó que los españoles son todavía capaces de un gran esfuerzo colectivo al servicio de un proyecto histórico.

No puede ser sobreestimado tal esfuerzo colectivo, aun si fracasara; porque el hecho de que un grupo étnico produzca unos hombres eminentes todavía no le transforma en una nación, en tanto que no sea unido por un proyecto colectivo. Durante los siglos de la dispersión, los judíos produjeron un número impresionante de hombres eminentes en los campos de la ciencia, de la filosofía, de la literatura, de la música y de la política —sin formar una nación. Solamente su nuevo proyecto colectivo del Sionismo y su realización cristalizada en el Estado de Israel, recreó la nación judía.

Regresemos a nuestra tesis que es el valor directivo intrínseco, es decir: el ideal afirmado en un proyecto colectivo, lo que determina todo el sistema de valores radiados de una nación, da cierta dirección a sus valores instrumentales e imprime cierto estilo a las evaluaciones de sus miembros. Como hemos dicho antes: si el proyecto colectivo básico de una nación es mercantil, entonces su sistema completo de valores será impregnado de mercantilismo. Si, por lo contrario, el proyecto colectivo básico de una nación es heroico, entonces su sistema entero de valores tendrá un estilo heroico. Miremos a la España de los siglos diez y seis y diez y siete. En esta época, toda la nación estuvo empeñada en el proyecto de la Contra-Reforma y de la cristianización de su imperio americano, recientemente adquirido en grandes aventuras heroicas.

El fervor religioso y heroico de este proyecto nacional colectivo se comunicó a todas las ramas de la vida nacional. La pintura, la arquitectura, la literatura de esta época —especialmente en Toledo, ciudad del Greco y centro del catolicismo español— manifestaron este carácter religioso, heroico y visionario que emanó del proyecto político y militar de la nación. El valor dirigente, el ideal

<sup>14</sup> J. ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, t. III, p. 71.

<sup>15</sup> CASTRO, A.: *España en su historia*, Buenos Aires, 1948, p. 21.

de este proyecto, determinó todo el sistema de valores de la nación, incluyendo sus valores artísticos.

Lo mismo puede decirse de la pintura holandesa del siglo diez y siete, reflejando los valores básicos afirmados en el proyecto colectivo de esta nación: la afirmación de una vida que aprecia los tesoros mundanos, el comercio marítimo, la abundancia material que resulta de él, los mercados exhibiendo la riqueza adquirida gracias a la industria y al sentido común del pueblo, los bailes populares, la buena vida, el gozo de los bienes terrestres. El Calvinismo, que ve en la riqueza un signo de la gracia divina, el estilo de la vida cotidiana y la manera corriente de evaluar las cosas y los eventos —todo esto reflejó el valor dirigente del proyecto colectivo holandés, orientado hacia los tesoros mundanos y los regalos del océano.

Otro ejemplo ofrece la Unión Soviética. Allá todas las evaluaciones en los dominios de la literatura, del arte, de la música, de la filosofía, del derecho, de la política, de la tecnología y aún de la ciencia son totalmente determinadas por el proyecto colectivo básico de la nación: el de establecer y consolidar una economía y una sociedad comunistas. El ideal, el valor directivo, afirmado en este proyecto, es la norma por la cual se miden todos los valores realizados en la Unión Soviética. Todos estos ejemplos confirman nuestra tesis que es el proyecto colectivo, con sus normas, el que hace de una nación una comunidad de valores y de ideales.

La voluntad, creando los valores nacionales, íntimamente ligada al proyecto colectivo de una nación o de una civilización, puede ser considerada como una clase de voluntad general —aún más general que *la volonté générale* de Rousseau, desde que incluye la totalidad de las manifestaciones de una nación— sus manifestaciones culturales y personales, tanto como sus manifestaciones políticas. Pero como Rousseau nos mostró en su *Contrat social*, la voluntad general no es necesariamente idéntica con la voluntad de todos (*la volonté de tous*).<sup>16</sup> De hecho, no todos los miembros de una nación evalúan de la misma manera. Pero el promedio de ellos es caracterizado por cierto estilo de la evaluación. Este estilo común de evaluar que caracteriza la mayoría de los miembros de una nación no es debido ni a su "sangre", ni a su "raza", sino simplemente a su aceptación de los valores normativos afirmados en los proyectos colectivos de la nación. Si estos últimos muestran cierta continuidad histórica, estos valores normativos determinan el sistema pedagógico de una nación, se transforman en una tradi-

<sup>16</sup> *Oeuvres complètes de Rousseau*, Paris, 1928, t. II, "Du contrat social", chapitre 3, p. 147.



ción e imprimen sus huellas en el carácter de todos los miembros de la nación. Entonces, hasta las evaluaciones cotidianas de los individuos reflejan el código de valores que caracteriza toda la nación. Empeñado en el mismo proyecto colectivo —conscientemente o no— la mayoría de los norteamericanos, de cualquier ascendencia, juzga más o menos de la misma manera sobre todos los problemas referentes a la vida. Quizá es por esta razón que dos partidos políticos bastan para expresar la voluntad política de más de doscientos millones de norteamericanos. Y aún estos dos partidos simbolizan únicamente dos diferentes caminos o medios, para realizar el proyecto colectivo básico que caracteriza la nación estadounidense en la historia moderna: el proyecto de la prosperidad en la libertad, mediante la explotación de las riquezas del continente americano, y la expansión y consolidación del sistema de "*free enterprise*". Los dos partidos políticos norteamericanos y los millones que éstos representan, afirman este mismo proyecto colectivo y los valores normativos ligados a él. Difieren únicamente en lo que concierne a los valores instrumentales, considerados como propios para realizar dicho proyecto común.

No puedo añadir más detalles para demostrar a qué punto el código de valores de una nación depende del proyecto colectivo que la une. Tampoco puedo hablar de los proyectos supra-nacionales y de los códigos de valores que han creado —proyectos como las Cruzadas medievales, la propagación de la civilización tecnológica moderna, el Capitalismo y el Comunismo. Analicé estos problemas en mi libro sobre *La filosofía de la historia y el problema de los valores*. Quiero solamente añadir un ejemplo de la historia reciente, mostrando cómo el código de valores de un grupo cambia cuando adopta un nuevo proyecto colectivo con el cual se identifica. Durante los siglos en que los judíos vivieron en la dispersión sin ningún proyecto colectivo, tuvieron solamente una apreciación mediocre del trabajo manual, del cultivo de la tierra y de las virtudes militares. Pero la realización del proyecto colectivo que representa el nuevo Estado de Israel —el de restituir la vida nacional judía en su suelo histórico— requiere el trabajo manual, el cultivo de la tierra y necesita las virtudes militares. Representando medios indispensables para promover el proyecto colectivo de la nación, el trabajo manual, la labor agrícola y las virtudes militares se convirtieron de golpe en valores instrumentales y radiados de primera categoría. Ahora ocupan los escalones más altos en la jerarquía axiológica de la joven nación de Israel.

Mis consideraciones me han llevado a la definición de la historia humana como una secuencia de tentativas para ejecutar pro-

yectos colectivos y para realizar los valores ligados a estos proyectos. La experiencia histórica de todas las épocas nos muestra que estos proyectos colectivos pueden triunfar solamente si corresponden a las necesidades de los grupos que los adoptan y si son compatibles con los intereses vitales de grupos rivales. Si estos últimos consideran sus intereses como amenazados por ciertos proyectos colectivos ajenos, resistirán a ellos. El resultado será un conflicto. Así, la historia política se manifiesta en una secuencia de choques entre los proyectos colectivos y entre los códigos de valores, ligados a ellos.

Si uno busca un significado en esta secuencia de tentativas para realizar proyectos colectivos que es la historia, puede encontrarlo en el hecho de que cada realización de un proyecto colectivo desemboca en la cristalización de valores nuevos. Así, la historia es justificada, en tanto que enriquece el patrimonio de valores de la humanidad.

# CONTENIDO HISTORICO DE LAS CIENCIAS DE LA SOCIEDAD EN OCCIDENTE Y EN AMERICA LATINA. PROPUESTA PARA UN REPLANTEAMIENTO TEORICO

Por Sergio BAGU

## A. HISTORIA Y CIENCIAS DE LA SOCIEDAD EN OCCIDENTE

### 1. *El significado histórico de un origen*

Lo que hoy conocemos como ciencias sociales es una creación de las culturas centro-occidentales de Europa y de Estados Unidos.

La historiografía que se maneja en Occidente nace en Grecia antes de Cristo. Pero la historia escrita, como modo de dejar constancia del pasado, es hija de muchas culturas anteriores a las occidentales. En cambio, la historia económica y la social son, como especialidades, productos de la cultura europea. Poco después que los fundadores de la teoría económica en los siglos XVII y XVIII aislaron el fenómeno económico como campo observable, despojándolo de todas las connotaciones políticas, éticas y metafísicas con que había sido discutido en siglos anteriores, el dato económico comenzó a entrar en la historiografía. Hacia fines del siglo XIX ya hay obras dedicadas totalmente al análisis del proceso histórico-económico.

La realidad de las clases sociales, de los modos de vida diversos que ellas implican y de sus conflictos, aunque jamás ausentes de la producción historiográfica occidental, van a perfilar la nueva especialidad de la historia social desde fines del siglo XIX.

El fenómeno del poder, como expresión de la dinámica del Estado, con una autonomía de definición que lo emancipa definitivamente de la relación inmediata con lo divino, lo metafísico y lo ético: eso es lo que plantea como tema de análisis sistemático por primera vez el florentino Nicolás Maquiavelo (1469-1527),

producto él cultural, teórico y profesional del Estado-ciudad burgués del Renacimiento.

La economía del capitalismo inmediatamente anterior a la expansión del uso de la máquina de vapor y de las máquinas textiles permitió objetivar el fenómeno económico como universo complejo, al que se le atribuye una lógica autosuficiente, tal como aparece ya en la obra de William Petty (1623-1687) y se transforma en teoría autónoma con los fisiócratas franceses de la primera mitad del siglo XVIII y Adam Smith (1723-1790). Lo económico, así en toda la pureza de su enunciado, es, al fin y al cabo, la razón de ser de la burguesía y no por coincidencia despreciable "La riqueza de las naciones" aparece en 1776, año de la independencia de la primera república burguesa gigante en la historia de la humanidad.

Es un economista de la escuela clásica británica, Thomas Robert Malthus (1766-1834), el que atribuye una dinámica intrínseca al fenómeno de la población, aunque antes que él, también en ambientes burgueses donde se estaban perfeccionando los recuentos estadísticos para mejor gobernar los hombres y el dinero, había habido autores que creyeron encontrar regularidades estadísticas en los nacimientos y las defunciones. Lo que a Malthus estremece con fuerza y le lleva a pensar en las grandes tendencias históricas del crecimiento vegetativo de la población es un fenómeno demográfico de origen económico y de proyección política: el hacinamiento de población migrante en los núcleos urbanos de una Inglaterra —la Inglaterra de su época— en la que la economía capitalista construye a zarpazos una producción rural que necesita menos brazos que la anterior y comienza a echar los cimientos de una producción urbana que aún no tiene trabajo para ofrecer a la mayoría de los forzados migrantes rurales. El panorama de un mundo capitalista industrial en embrión interpretado con mentalidad burguesa: así nace la demografía en el pronóstico pesimista de Malthus.

Claude Saint-Simon (1760-1825) y Auguste Comte (1798-1857), reconocidos generalmente como fundadores de la sociología, piensan en los problemas que el desarrollo de una economía capitalista y los conflictos de las clases sociales plantean a una sociedad burguesa. Pertenecen a la segunda mitad del siglo XIX —algunos publican hasta los primeros años del XX— los cuatro autores a quienes es común atribuir los orígenes de la antropología, que los británicos llaman social, los estadounidenses cultural y los franceses insisten en seguir llamando etnología: Lewis Morgan (1818-1881), estadounidense; Herbert Spencer (1820-1903), Edward

Burnett Tylor (1832-1917) y John Lubbock (1834-1913), británicos.

Después de siglos de apasionados anticuarios, ya puede hablarse de una arqueología científica en la primera mitad del siglo XIX, desde Italia y Alemania hasta Francia y Gran Bretaña. La geografía humana es más joven: Vidal de la Blache la funda en 1922 con sus "Principes de géographie humaine".

Después de "Las leyes de la imitación" de Gabriel Tarde (1890) y "La psicología de las multitudes" de Gustave Le Bon (1895), la existencia de una psicología social se admite sin discusión en Estados Unidos, Francia y otros países de Occidente.

La problemática social y el mundo cultural de la sociedad burguesa occidental dejan una profunda huella en las categorías de análisis y la metodología con que nacen las ciencias sociales. En su desarrollo teórico posterior, las ciencias sociales siguen respondiendo primariamente a la problemática occidental. La teoría económica de los siglos XIX y XX, en Europa occidental y Estados Unidos, es una polémica incesante sobre los mecanismos e inclusive el destino final del capitalismo tal como se presenta en las sociedades europeas occidentales, con un mínimo de conocimiento, tanto en los apologistas como en los críticos, de la economía de los países no occidentales.

La sociología tiene una trayectoria algo diferente. La crítica al sistema social, muy principalmente la línea de pensamiento impulsada, aunque no inaugurada, por Marx, hacía teoría económica cuanto tenía que opinar sobre la estructura económica, pero hacía historia y filosofía cuando quería opinar sobre la estructura social. La sociología, en cambio, quedó de hecho reservada a los teóricos que de ninguna manera se proponían cuestionar la validez del sistema: Emile Durkheim (1858-1917), Vilfredo Pareto (1848-1923), Max Weber (1864-1920), Talcott Parsons ( ). Es después de 1940 que aparece un autor de primera magnitud en la sociedad estadounidense que, con marcos conceptuales e instrumental de análisis sociológicos, la impugna en todos los órdenes: C. Wright Mills (1916-1962).

La práctica profesional, particularmente en algunas especialidades sociales, ató tan fuertemente la producción monográfica y la elaboración teórica al servicio inmediato de los órganos más representativos del sistema de poder que dejó en ellas una profunda huella integral. Los casos más notorios se han presentado en la economía, la antropología, la sociología y la psicología social.

En muy alta proporción, la elaboración teórica y la metodología económicas se han desarrollado en función de las necesidades de una

política económica a corto y mediano plazo al servicio de las empresas privadas y los Estados de Occidente. En los últimos veinte años se han multiplicado extraordinariamente en América Latina los especialistas en desarrollo económico que han invertido ingentes cantidades de tiempo, ingenio y recursos en la preparación de programas al servicio de cualquier poder político y de cualquier constelación de intereses económicos privados en vigencia.

La antropología social o cultural se desarrolló en la más estrecha simbiosis con la política colonial de las grandes potenciales imperiales. Lo dice Clyde Kluckhohn ("Antropología", Fondo de Cultura Económica, México, 1962; 1a. ed. en inglés: 1949) con entusiasmo profesional; "Es evidente que los antropólogos poseen conocimientos especiales y determinadas destrezas para ayudar a los gobiernos a dirigir las tribus primitivas y los habitantes de sus dependencias. En ese sentido han sido empleados por los gobiernos de Inglaterra, Portugal, España, Holanda, México [¿dependencias de México?], Francia y otros países. La comprensión de las instituciones nativas es un requisito previo para el éxito de los gobiernos coloniales [no el de México, ciertamente] aunque, hasta ahora, los antropólogos se han utilizado más para efectuar una política que para formularla. Del gobierno colonial al trabajo sobre problemas de grupos minoritarios en un Estado moderno complejo sólo hay un paso muy fácil de dar" (182; las intercalaciones son nuestras). Terminante como proclama de amoralidad profesional y de principio teórico, porque lo que el autor nos está asegurando aquí es que el antropólogo, después de comprender los mecanismos socioculturales de una comunidad ágrafa para aconsejar a sus dominadores coloniales, estará en condiciones, sólo con dar "un paso fácil", de comprender, por ejemplo, los de la minoría negra en Estados Unidos, para aconsejar a sus dominadores blancos metropolitanos. La experiencia abundante de varios decenios indica que el consejo fue limitadamente útil en el primer caso; inútil en el segundo.

Más modesto en sus aspiraciones profesionales es Howard W. Odum cuando recuerda que "los sociólogos norteamericanos se sintieron muy orgullosos cuando, en 1919, Arthur J. Todd abrió una nueva senda al convertirse en Director de Relaciones Industriales de B. Kuppenheimer y Cía. Hay mucho camino desde entonces a 1940, cuando Herbert Blumer era asesor de trabajo para más de una de las grandes compañías" ("Sociología norteamericana", Edit. Bibliográfica Argentina, Bs. As., 1959, p. 274; 1a. ed. en inglés: 1951).

Los experimentos de Elton Mayo en la Western Electric Company de Chicago, en 1926 ("The human problems of an industrial civilization", Harvard University Press, 1946, Caps. III y IV) inaugu-

ran una psicología social aplicada a la industria que en Estados Unidos desde entonces, y en Francia, Alemania y otros países europeos desde el fin de la segunda guerra mundial, se iba a transformar en un apéndice de la empresa privada.

## 2. *El universo de la realidad social*

**R**EQUIERE, sin duda, un gran esfuerzo de síntesis redibujar el universo de la realidad social según surge de la historia de las ciencias sociales en Occidente. No se trata de historiar cada ciencia, sino de captar lo común de todas. Daremos aquí ciertos principios generales.

No cabe duda, hemos dicho, que las ciencias sociales, tal como se las conoce hoy en Occidente, nacen en el seno de la cultura burguesa. Tampoco, que la filosofía subyacente en ellas más importante tiene una fuerte raíz empirista y estructuralista. Hay otra corriente de pensamiento, de tipo finalista, que acepta el principio de la idea como organizadora de la realidad inmediata y que, en algunas de sus manifestaciones, hace intervenir la divinidad como inspiración y fuente de ordenamiento. Esta última se manifiesta sobre todo en filosofía, filosofía de la historia y en ensayos sobre temas sociales que los especialistas comúnmente no registran en la bibliografía especializada. En el último tiempo, ha quedado muy relegada en materias sociales, lo cual no elimina, sin embargo, la posibilidad de hallar en los autores de las ciencias sociales residuos teístas o metafísicos. En la práctica, ocurre así con cierta frecuencia.

Podemos advertir en las ciencias sociales de Occidente estas cuatro modalidades, que atañen directamente a nuestro análisis:

1) La creencia en la *regularidad de los fenómenos sociales*. Sin duda, el principio de la regularidad de los fenómenos cósmicos y del mundo natural, que aparece con tanta fuerza en el Renacimiento y no se abandona ya más en los medios científicos occidentales, constituye una fuente de inspiración. La regularidad permite aspirar al descubrimiento de leyes y tendencias. Tempranamente hay quienes se plantean la posibilidad de matematizar la representación de la regularidad de lo social, aunque es sólo en los últimos lustros que se la desarrolla.

La regularidad se piensa primero en términos de mecanismo, con una imagen tomada sin discriminación de la técnica y que ha subsistido hasta nuestros días; pero también hace su entrada, en época temprana, una idea más compleja: la de estructura. Esta, como totalidad de partes desiguales que encuentran una forma de equilibrio, aparece implícita y luego explícitamente.

La estructura es una realidad poderosa, pero invisible. La convicción de que lo más importante en lo social no es lo visible, sino lo invisible, se encuentra en las más influyentes concepciones teóricas de los siglos XIX y XX.

La tesis de que las estructuras son múltiples y de que entre ellas hay una relación de jerarquía fue expuesta por Marx y Engels. Casi toda la antropología cultural y social y las corrientes funcionalistas y estructuralistas en sociología presentan, en cambio, un conjunto poliestructural indiferenciado en cuanto a la capacidad genética de sus múltiples partes.

2) La noción de que *existe un proceso histórico que las sociedades, como las europeas occidentales, atraviesan por etapas, con un sentido, explícito o implícitamente, admitido como progresista*. Esta postura abre, para una actitud crítica, las posibilidades de un cambio radical de sistema a corto plazo. Para otras, no compromete ideas respecto del cambio de sistema, pero insiste en el carácter cambiante del sistema mismo que prevalece.

En la práctica, pues, han sustentado teorías basadas en el desarrollo progresivo por etapas tanto los sostenedores del statu quo como los críticos de los sistemas imperantes. Las teorías pesimistas respecto del porvenir del hombre y su sociedad se manifiestan al margen de las ciencias sociales.

Esta noción de progreso tiene, por supuesto, tonalidades muy diferentes según las escuelas. Vinculada con ella, se encuentra la clasificación de las sociedades humanas en algunos pocos grandes tipos globales y lo que se ha llamado, más recientemente, *tipos ideales* de organización.

La aceptación del principio de causalidad es bastante universal en ciencias sociales, implícita e explícitamente. Sus alcances varían mucho, por cierto: desde un mecanicismo unilineal casi ritual en sus formas más simples, hasta un probabilismo, bajo el influjo de la estadística, que no llega a negar el principio causal. Además, el principio de la interacción, dialéctica o no, aparece generalmente respetando también la causalidad. Hay ciertos acentos diferenciales: a) algún acausalismo no muy explícito, que prefiere insistir en la continuidad del proceso social humano, sin tener que admitir la discontinuidad que le atribuye a la presencia de causas seguidas por efectos; b) algún estructuralismo que considera que la estructura posee su propia genética y reserva a la presencia de causas, siempre supuestamente exógenas, una función muy secundaria.



3) *El campo de observación coincide* —hecho elocuente— *con aquello aceptado como legal en las sociedades occidentales*. Es una imagen prefreudiana de la sociedad que se estudia. La sociedad es lo que se ve con los ojos de la ley y de las buenas costumbres. Fuera de eso, no existe otra realidad observable.

Hay excepciones. Entre los autores que adoptan una actitud crítica, algunos descubren una intimidad fundamental que excede la realidad de lo legal. Los antropólogos incorporan toda clase de elementos, visibles e invisibles, legales e ilegales, a su vasto panorama cultural; pero ellos trabajan con sociedades no occidentales muy preferentemente, muy distanciadas de la sociedad a la que pertenece el teórico: lejos del tabú de lo propio, quedan en libertad para descubrir, con lucidez, el de lo ajeno.

4) Aun cuando en los siglos XIX y XX hubo autores que reclamaron contra la excesiva parcialización de la realidad observable y propusieron una sola ciencia de lo social, o bien una ciencia síntesis, lo que ha predominado —hasta exacerbarse en el siglo XX— es la *proliferación de ciencias sociales que reclaman sus correspondiente autonomía*. En los últimos lustros, la tendencia es a transformar cualquier técnica en una nueva ciencia de lo social, sin considerar si su campo observable, sus principios generales y su metodología lo permiten.

### 3. El lenguaje

Las lenguas occidentales, por cuya vía se expresan las culturas más expansivas de los últimos siglos, forman su matriz distintiva precisamente cuando se gesta, no por coincidencia, la modernidad. En otras palabras, cuando se inicia la decadencia del mundo medieval.

Todas esas lenguas elaboran muy extensos catálogos de sustantivos para aplicar a fragmentos de la realidad. La clase *sustantivo* evoca en ellas la cosa, lo material, aunque se reconozca, por definición, que se trata de lo no-material. *Materia* es una cosa; *espíritu*, otra cosa. En la definición se dirá, por cierto, que *espíritu* no es *materia*, pero el sustantivo que lo nombra pertenece a la misma clase que el sustantivo *materia*. En francés, se distingue entre *le mot* y *la chose*. En el caso que señalamos, el *espíritu* pertenece, incuestionablemente, a la categoría *chose*.

No sólo las lenguas occidentales tuvieron que cosificar los fragmentos de la realidad que querían bautizar (con lo cual todas ellas hicieron un esfuerzo muy grande para no recurrir al procedimiento de la perífrasis metafórica frente al fragmento localizado, como en

otras lenguas no occidentales, sino crear un solo sustantivo a los que después se irían agregando, para mayor riqueza expresiva, otros sustantivos sinónimos), sino que en esa enorme tarea se produjeron los siguientes déficit: 1) Los fragmentos de la realidad bautizables (el ser humano, la actitud afectuosa, la cantidad de bienes disponibles) fueron reconocidos como permanentes, no sujetos a cambio (hombre, bondad, riqueza); 2) fragmentos fueron percibidos como valores en sí mismos, no dependiendo, en su verdad ontológica, de las relaciones con otros fragmentos (la verdad es que se es hombre, se es bueno, se acumula riqueza sólo si se está en contacto con otros hombres y como consecuencia de ese contacto).

Lo ausente en ambos ejemplos es el sentido de la relatividad de los valores y el sentido del tiempo. Lo individual y lo espacial estuvieron muy bien representados; lo relacional y lo temporal, muy mal.

No queremos hacer aquí referencia a la diferente capacidad de cada lengua para crear neologismos con el propósito de reconocer los nuevos fenómenos que se registran en períodos de gran expansión de la experimentación y la teoría científicas. Si debemos señalar una conclusión referente a lo que hemos dicho antes. El léxico de los idiomas occidentales está preñado de valores absolutos y, por tanto, atemporales que hacen difícil la expresión fiel del investigador que trabaja con valores relacionales y temporales. Esto llena de imprecisiones y ambigüedades la prosa científica, en una magnitud que los autores no perciben porque no se detienen a medir la distancia que existe entre lo que quieren decir y lo que realmente dicen.

El problema tiene otro aspecto al que atribuimos la mayor importancia. Estamos hablando de la prosa científica, pero las ciencias sociales deben siempre expresarse en una prosa accesible a las grandes masas humanas o, por lo menos, una prosa científica que pueda ser fácilmente traducida con fidelidad al lenguaje de las grandes masas. Sin haber resuelto aún el problema de su propia expresión específica, las ciencias sociales de Occidente están, en este momento, en malas condiciones para resolver el segundo problema. Más aún, uno de los esfuerzos mayores hechos en el siglo XX para incorporar símbolos más precisos y complejos en la expresión de las ciencias sociales está dado por la aplicación del lenguaje matemático, pero precisamente ese lenguaje está más alejado aún de la gran masa humana y no se observa ningún intento feliz de mediación.

No ignoramos, por cierto, los esfuerzos de algunos autores y corrientes científicos por construir una teoría de los signos generalizable para el conjunto de las ciencias de la sociedad humana. Pero las más de las veces esos autores encuentran rápidamente un límite para ellos infranqueable: la realidad social sobre la cual ellos tra-

bajan es de menor categoría histórica, una pequeña realidad social, de la cual están ausentes los problemas fundamentales del ser humano. Obras como las de Neurath ("Foundations of the social sciences", International Encyclopedia of Unified Sciences, 1944), Bloomfield ("Linguistic aspects of science", ibidem, 1939), Morris ("Foundations of the theory of signs", ibidem, 1938) sólo han abierto, en el mejor de los casos, una posibilidad de escasa importancia para resolver los problemas que aquí planteamos.

#### 4. *La cosmovisión subyacente*

Lo que hemos dicho acerca de la imagen del universo de la realidad social según las ciencias sociales de Occidente y del lenguaje que las expresa nos facilita el camino para otra conclusión. Si bien hay en algunos autores un gran esfuerzo por defender el principio de la individualidad, lo que predomina, a lo largo de siglos, en toda la historia de las ciencias sociales de Occidente es la convicción de que lo mecánico y lo racional, lo objetivo y lo estructural crean una suerte de destino de lo humano que está más allá del hombre y que se impone sobre éste sin apelación, dejándole apenas un margen sumamente limitado de iniciativa y de posibilidad creadora. Se trata de una verdadera cosmovisión subyacente que, aunque cambiando matices, se encuentra en el pensamiento occidental sobre lo social desde que se gesta la modernidad, a fines de la Edad Media, hasta nuestros días. A la tercera revolución industrial que vivimos se han agregado dos expresiones no científicas, pero sí muy occidentales, sobre lo social el periodismo que traduce la transformación tecnológica contemporánea y la ciencia ficción en las que esta misma cosmovisión subyacente de todas las ciencias occidentales de lo social aflora en términos de un mecanicismo y un pesimismo abrumadores.

Parecería aparentemente contradictoria la circunstancia de que esa modernidad de la cultura burguesa que da nacimiento a estas ciencias coincida en el tiempo y las circunstancias con la defensa de los derechos individuales y las declaraciones de respeto de la persona humana que se inician en el siglo XII en el occidente europeo y se reiteran insistentemente en los documentos legales y en la vida pública hasta el siglo XX, así como por el hecho de que las manifestaciones contrarias a ese principio en el terreno político o jurídico se consideren al margen de esa gran tradición occidental.

Es lógico suponer que esa cosmovisión subyacente —que se advierte inclusive en algunos teóricos enemigos del *statu quo*— es la trasposición de un orden social que divorcia al hombre de la natu-

raleza, somete a la gran mayoría a condiciones de sumisión y destina a una minoría a la denigrante faena de dominadores. Algo así como una férrea organización, un inevitable destino, un dios ineludiblemente que exige la infelicidad humana sin rescate. Un injerto de irracionalismo en lo que se creía robusto tronco del racionalismo occidental. Una persistente victoria de lo metafísico; peor aún, la omnipresencia de lo mágico aun cuando el hombre haga ciencia y se esfuerce por hacerla pura y objetiva en un cien por ciento.

### 5. *El conocimiento no incorporado*

**P**ERO NO SON sólo esas las carencias de las ciencias occidentales de lo social. Fuera de su patrimonio empírico y teórico queda un caudal muy grande sistematizado —aunque no a la manera de la metodología que usan aquellas ciencias— de observaciones y pensamientos sobre lo social. Así, el extraordinario caudal de datos de la historiografía no ha sido volcado, sino en ínfima escala, en las otras ciencias sociales. Lo mismo puede decirse de la literatura. Quizá pueda decirse, por ejemplo, que las ciencias sociales son muy jóvenes aún para explicar la creación poética y, en general, artística como modos de conocer lo social y generarlo. Sin embargo, no puede justificarse de igual manera el divorcio absoluto de sociología y economía, por una parte, y literatura por otra, que ningún especialista en Occidente ha propuesto dar por terminado, salvo algunas débiles tentativas de escribir una sociología de la literatura. Lo cierto es que un sociólogo con talento no necesitaría leer más de diez novelas contemporáneas de autores europeos, estadounidenses y latinoamericanos para comprender la necesidad de abandonar sus categorías tradicionales de análisis y buscar otras radicalmente diferentes.

Estamos hablando de lo que los científicos occidentales de lo social tienen en sus propios países. Deberíamos mencionar, también como no incorporado a ese conjunto de ciencias, el conocimiento de lo social que se encuentra en las culturas no occidentales. Se trata de un conocimiento con una clave diferente, pero igualmente sistematizado. Hay, a este respecto, algunos episodios, en la forma de tardíos y sorprendentes descubrimientos, que permiten sospechar la magnitud del déficit. Así, es de interés el testimonio de Lynn White Jr., cuando recuerda que varias corrientes de ideas en los países occidentales durante el siglo XX prepararon a los intelectuales para comprender la importancia de algo para ellos desconocido hasta entonces: la versión Zen del pensamiento budista, que surge en la India y se

manifiesta después en China y Japón. "Con una elaboración casi increíble pero, como es natural, en los términos de su propia tradición, los pensadores Zen encararon y examinaron muchas de las cuestiones que preocupan a los lingüistas, psicólogos y filósofos occidentales de hoy; y estos últimos, sea en forma directa o por reflejo, encuentran ahora una nueva luz en Oriente. La profecía es temeraria, pero bien podría ocurrir que la publicación de los primeros *Essays in Zen Buddhism*, de D. T. Suzuki, en 1927, significara para las generaciones futuras un acontecimiento intelectual de tanta trascendencia como las traducciones latinas de Aristóteles realizadas por Guillermo de Moesbeke en el siglo XIII, o las traducciones de Platón hechas dos siglos después por Marsilio Ficino" ("Fronteras del conocimiento en el estudio del hombre", Eudeba, Bs. As., 1963; 1a. ed. en inglés: 1963, p. 308).

#### 6. *La realidad marginada*

LA mente humana percibe selectivamente la realidad social y de esa modalidad no escapa el hombre de ciencia, a pesar de que su esfuerzo por lograr la objetividad puede ser muy valioso. Que algún fragmento de pequeño valor de la realidad quede fuera del campo de observación puede ser, o bien inevitable, o bien perdonable. Lo grave sería que toda una ciencia, o varias ciencias de lo social, se hayan construido y hayan sobrevivido ignorando fragmentos vitales del tipo de realidad a la que esa o esas ciencias están dedicadas. Si comprobáramos que esto es así, la teoría, la técnica de investigación y la epistemología correspondientes perderían gran parte de la autoridad que han mantenido hasta nuestros días. Si, además, esa ignorancia recayera, precisamente, sobre fragmentos fácilmente perceptibles por un observador no científico y que conforman un tipo de hacer que las leyes y la ética de las sociedades correspondientes no preven o bien condenan expresamente, tendríamos un argumento muy poderoso para pensar que esa percepción selectiva de lo social, característica de varias generaciones de investigadores, ha desempeñado hasta este momento una importante función histórica. El hecho puede formar parte de la realidad de la sociedad respectiva.

Los casos de omisión que vamos a enumerar en los párrafos siguientes son importantes, pero, desde luego, no son los únicos. Están tratados sólo a manera de ejemplos.

a) *La economía: mundo sin inframundo*

UNA fracción muy importante de la producción y circulación de bienes y servicios en la economía estadounidense se registra totalmente al margen de la estructura estudiada por la teoría. Nos referimos al *underworld*, el inframundo de los gangsters y las mafias. Los rubros más conocidos del inframundo son el juego ilegal, el tráfico de estupefacientes y la prostitución, pero ese no es más que el punto inicial.

La comisión Kefauver calculaba en 1951 que el juego ilegal movía ese año de 17 a 25 000 000 000 de dólares por año (Estes Kefauver, "Crime in America", Doubleday and Co., New York, 1951, p. 31). En 1946, el valor total de la producción de automotores fue de 3 215 808 000 dólares ("World Almanac 1948", New York, p. 144). Si se supone, como sería lógico, que también a ellos haya alcanzado la prolongada prosperidad del ciclo económico de la post-guerra, debe aceptarse entonces como moderado el cálculo de que en 1968, los tres rubros clásicos del *underworld* en Estados Unidos pusieron en movimiento 41 000 000 000 de dólares. A título de comparación, la prensa ha hecho notar que el costo total de la investigación que logró colocar un hombre en la luna fue de 24 000 000 000 de dólares ("La Razón", Bs. As., 29 de julio de 1969). La revista estadounidense *Time* ha calculado, hace poco, que la mafia —sólo uno de los capítulos del *underworld*— tiene un poderío económico equivalente a estas enormes empresas en conjunto: United States Steel, American Telephone and Telegraph Co., General Motors, Standard Oil of New Jersey, Ford, Chrysler y RCA ("La Prensa", Bs. As., 29 de agosto de 1969).

La comisión Kefauver enumeró en su informe más de setenta rubros de la producción, la comercialización y el transporte, donde pudo comprobarse que el *underworld*, invertía parte de sus utilidades (Kefauver, *ibidem*, p. 80). Incluyen automóviles, bancos, carbón, construcción, cobre, producción de artículos lácteos, confección y venta de trajes y vestidos, alimentación, moblaje, seguros, papel, imprenta, radio, haciendas de ganado, cateo de petróleo, caucho, navegación, acero, fabricación y venta de aparatos de televisión, textiles, transporte. Además, según la misma comisión, el *underworld* tiene contratos con las empresas más importantes de fabricación de automotores, en virtud de los cuales aquél opera en el sector gremial y recibe concesiones en la distribución de productos. La política y los sindicatos obreros son dos de los sectores importantes donde el *underworld* invierte.

Casi no es necesario argumentar más: el *underworld* no es un fenómeno marginal, ni una excrecencia incontrolable en la economía estadounidense. Es uno de los sectores más importantes de esa economía, lo que conduce a pensar que ésta no podría haber funcionado en el siglo XX sin ese sector. Sin embargo, la teoría lo ha ignorado por completo. Se trata de una teoría que durante un largo lapso histórico ha reconstruido la imagen de una utopía. No de una realidad.

b) *La sociología: conducta pautada sin conducta desviada*

EN la tradición cultural latina, el delito se ha estudiado preponderantemente como violación de una norma jurídica; en la anglosajona, como violación de una norma social. No cabe duda que la segunda actitud es más satisfactoria y no sorprende el gran desarrollo en Estados Unidos de la sociología dedicada al tema: la sociología del delito, que ha cumplido su objetivo con mayor eficacia teórica que el derecho penal el suyo en los países que siguen la tradición latina. Pero aunque la sociología en Estados Unidos sostuvo tempranamente que el delito era un fenómeno social, no ha logrado cruzar, ni se lo ha propuesto, la línea que separa lo éticamente admitido de lo éticamente rechazado: la sociología de la conducta pautada (ciencia de lo aceptable) se ha desarrollado sin contacto con la sociología de la conducta desviada (ciencia de lo repudiable).

La magnitud del fenómeno, sin embargo, es abrumadora. Algunas estadísticas sobre delincuencia juvenil, por ejemplo, dan cuenta de ello; como también una vastísima, y a veces muy valiosa, producción bibliográfica sobre el tema. Por otra parte, desde que Sutherland, con toda su autoridad, escribió su obra sobre el delito de cuello blanco ("White collar crime", Holt, N. York, 1949), se reconoció —hecho de la mayor importancia— que en Estados Unidos la teoría del delito se había construido hasta entonces sobre un solo tipo: el delito cometido por miembros de la clase social que dentro de la sociedad capitalista desempeña funciones subalternas. Sutherland señaló que también había otro, el cometido por los hombres que dirigen la economía y las relaciones sociales dentro de la sociedad estadounidense. Se admitió que este segundo tipo de delito requería una calificación y una tipología diferentes; también, una teoría diferente. A partir de entonces, además, se hacen cálculos anuales sobre el valor económico de este segundo tipo de delito, que no es, debe

recordarse bien, la clase de producción de bienes y servicios a cargo del *underworld* que hemos mencionado antes.

El delito de cuello blanco es el cometido por una persona que goza de respetabilidad pública —y que no la pierde por ello— debido a la forma cómo conduce sus negocios y a su éxito económico y que, con frecuencia, es uno de los dirigentes más importantes de su zona en instituciones y obras de bien público. No es un gangster ni está amparado por una mafia. Ambas posibilidades le horrorizarían. Es, por el contrario, un ciudadano muy respetado. A menudo, un modelo de ciudadano. El delito, prácticamente, forma parte de su actividad profesional: es, por ejemplo, la defraudación sistemática en el curso de su profesión económica —al Estado, al consumidor, a otras empresas—, o el soborno a dirigentes gremiales, políticos y administrativos. En 1956, este tipo de delincuencia movió, según cálculos autorizados, un total no inferior a los 5 000 000 000 de dólares (F. Gibney, *Life*, New York, December 9, 1957). Este monto colosal comprueba de modo terminante que la economía estadounidense no podría prescindir de este tipo de delito sin cambiar de naturaleza y que, además, una proporción muy elevada de servicios, los que caen dentro del rubro, no son computados ni por los cálculos estadísticos ni por la teoría de la sociedad global.

Lombroso decía que la prostitución era el delito de la mujer. Su tesis, basada en una etiología innatista, no nos es hoy aceptable. Pero como, en más de un aspecto, ambos aparecen conectados exteriormente, es aceptable la hipótesis de que ambos tienen también conexiones genéticas. Es lo menos que puede pensarse en el caso de Estados Unidos. Según Merton, en 1950 había en Estados Unidos aproximadamente 500 000 prostitutas profesionales ("Social theory and social structure", Free Press of Glencoe, 1957, p. 79; 1a. ed.: 1949). Según las estadísticas oficiales, en 1951 había en el país 23 597 000 mujeres entre 20-40 años de edad ("Statistical Abstract of the United States, 1951", p. 10). La edad de la prostitución es esa, más algunos años antes y otros después. Puede, así, calcularse que ese año el 2% del total de la población femenina en la edad fecunda tenía a la prostitución como profesión de tiempo completo. No se incluyen en este cálculo las otras escalas de la misma profesión: la prostituta ocasional y la de tiempo incompleto. Pero advertimos: se sabe que no hay prostitución profesional sin una infraestructura movida por un número mayor de individuos de ambos sexos.

A algunos sociólogos funcionalistas estadounidenses corresponde el mérito excepcional de haber estudiado la prostitución y el soborno, así como al *boss* en política, con criterio sociológico. Pero, sin



embargo, esos estudios no se apartan del concepto general de conducta desviada. Lo fundamental resta por hacerse: la conducta desviada es un ingrediente normal de la estructura social estadounidense; más aún, es un ingrediente fundamental. Sin él, la estructura no funciona. Este planteamiento es el que está ausente del análisis sociológico, con lo cual tantos decenios y tantos millones de páginas de sociología en Estados Unidos nos presentan, como en el caso de la economía, la imagen de una utopía y no de una realidad.

c) *La teoría política: poder sin violencia*

No sólo el ortodoxo peca por daltonismo al percibir lo social, sino también, con frecuencia, el heterodoxo, ya sea porque subordina su óptica a su función crítica o porque acepta, sin advertirlo, el *a priori* teórico del ortodoxo. Hay un tema particularmente apropiado para rastrear este juego paradójico: el de la violencia en el ejercicio del poder en la sociedad capitalista occidental. El primer planteamiento puede encontrarse referido a lo económico, pero el traslado a la provincia que se reserva la teoría política se produce con rapidez.

Tema central de la teoría política ha sido y sigue siendo el poder y su forma de distribución en una sociedad. Se ha aceptado que el ejercicio del poder requiere cierto grado de compulsión, y el hecho de que durante mucho tiempo la teoría política occidental se identificara con la del Estado, como si política y Estado fueran lo mismo, traducía en los autores el reconocimiento tácito —aunque en muchos autores no consciente— de que el poder estaba total y permanentemente asociado con el ejercicio de la coerción de los menos sobre los más.

En el análisis teórico del fenómeno político y de la naturaleza de la sociedad global en los siglos XIX y XX, los ortodoxos percibían el poder como inevitable violencia sistematizada, sujeta a normas jurídicas, cuyas violaciones eran eso: violaciones, es decir, fenómeno marginal (siempre lo *marginal* para explicar una realidad que nunca llega a presentarse ante el investigador con suficiente fuerza de integración como para que lo marginal deje de ser interpretado como tal y pase a ser reconocido, simplemente, como parte de un todo). Los heterodoxos comprendieron que el radio de acción de la violencia era más amplio y reconocieron en la lucha de clases la violencia sistematizada de una clase en perjuicio de otra. No hay clases sociales sin Estado; no hay Estado sin sujeción

por la violencia de una clase en beneficio de otra. Ese fue el pensamiento del fundador de la heterodoxia moderna: Carlos Marx.

Pero más allá de ese planteamiento, muy importante pero muy genérico, heterodoxos y ortodoxos comenzaron a coincidir, inesperadamente, en sus limitaciones para la percepción de lo social. Marx advirtió con toda claridad que la génesis del mundo capitalista en Inglaterra fue un colosal acto de despojo, el ejercicio de la violencia en escala total para arrancar el instrumento productivo de propiedad de una gran masa y concentrarlo en una minoría. Su argumento y su documentación son clásicos: nadie los ha refutado en términos aceptables y han quedado incorporados a las historias económicas de heterodoxos y de no pocos ortodoxos. Al fin y al cabo, la ortodoxia de hoy puede aceptar a veces, sin riesgo, las heterodoxias aplicadas al ayer.

En el primer tomo de "El capital", que se publica en 1867, dos años después de finalizada la guerra civil en Estados Unidos y de extendida a todo el país la liberación jurídica del trabajador negro, explica que "el esclavista compra obreros como podría comprar caballos", de acuerdo con una ley del régimen esclavista "que consiste en estrujar al ganado humano la mayor masa de rendimiento posible en el menor tiempo". Y agrega, con su prosa característicamente incisiva: "*Mutato nomine, de te fabula narratur*. No hay más que leer, donde dice *mercado de esclavos* [acaba de hacer una cita de Cairnes sobre los mercados de esclavos en Estados Unidos], *mercado de trabajo*; donde dice *Kentucky y Virginia, Irlanda y los distritos agrícolas de Inglaterra, Escocia y Gales*, y donde pone *Africa, Alemania* [se refiere a la procedencia del trabajador] (I, págs. 208 y 209, trad. Roces, Fondo de Cultura Económica). La violencia engendra al esclavo; la violencia engendra al obrero del capitalismo. Todo ya bien entrada la segunda mitad del siglo XIX.

Marx insiste a menudo sobre el ingrediente de la compulsión en el mundo capitalista; pero también en la objetividad del funcionamiento de los mecanismos estructurales, que en sus páginas adquieren a veces, como hemos visto, una temible omnipotencia. Introduce, por esta última vía, un distingo. Al esclavo, lo que le mantiene constantemente en su condición de tal es la violencia física: al obrero del capitalismo, la compulsión económica (la necesidad de vender su fuerza de trabajo para comer). En la segunda categoría, el elemento *violencia física* desaparece de la vista del observador. Pero, ¿desaparece en la realidad?

Esta *compulsión económica* sobre el obrero que Marx descubre está lejos de la *ley de la oferta y la demanda en el mercado libre de trabajo* de los ortodoxos de la teoría capitalista de la era capi-

talista. Pero se le acerca en cuanto desplaza del primer plano a la violencia física y, en su lugar, ubica el mecanismo objetivo de la estructura económica capitalista. Por cierto que Marx vuelve una vez y otra, a lo largo de toda su obra, sobre el ingrediente de la violencia como fundamental en el capitalismo (el ejemplo del mercado de esclavos así lo testimonia con fuerza); pero se pueden citar varios pasajes de sus obras en los que el agente *compulsión económica* parece decidir la condición del obrero sin intervención de ningún otro.

Fueron los párrafos de este último tipo en la obra del fundador los que condujeron a algunos marxistas al planteamiento utópico.

Lenin, al tratar de descubrir los cambios estructurales del capitalismo en su época, creyó observar dos etapas bien diferenciadas en la historia de éste: a la basada en la libre competencia le habría seguido la de los monopolios. El tránsito de la primera etapa a la segunda colocaba al capitalismo ante la disyuntiva de perder su propia naturaleza histórica porque, según como Lenin interpretaba a Marx, "la libre competencia es el atributo fundamental del capitalismo, y de la producción de mercancías en general" ("El Estado y la revolución", Edit. Anteo, Bs. As., Cap. VII, p. 192). *Libre competencia* significa *competencia en libertad*. ¿Fue así, en realidad, la primera etapa del capitalismo, según Marx?

Maurice Dobb, uno de los más eruditos investigadores contemporáneos ubicados en la línea teórica de Marx y Engels, parte también del concepto de Marx que hemos mencionado y extrae de él las siguientes consecuencias histórico-sociales. La sociedad medieval, nos dice, se caracteriza "por la producción compulsiva [la violencia] de plusvalía por los productores [...] La sociedad moderna [es decir, la sociedad capitalista], por el contrario, se caracteriza, como hemos visto, por una relación entre trabajador y capitalista que toma una forma puramente contractual y que no puede distinguirse en su aspecto de ninguna de las múltiples transacciones del mercado libre en una sociedad basada en el intercambio" ("Studies in the development of capitalism", International Publishers, New York, 1947, p. 16).

Lukacs sigue la misma senda de la lógica exegética, pero llega más lejos en este tema. El capitalismo, nos explica, que significa la desaparición de la estructura de estamentos, crea "una sociedad con articulaciones *puramente económicas*" ("Histoire et conscience de classe", trad. K. Axelos y J. Bois, Minuit, Paris, 1960, p. 83; 1a. ed. en alemán: 1923; bastardilla del autor, trad. nuestra de la versión francesa).

La libertad del mercado capitalista —según Lenin, en una primera etapa de la historia del capitalismo; según Dobb, durante toda la historia del capitalismo —es una versión reducida de la metafísica de lo automático que proclama Lukacs: una sociedad —la primera, sin duda, en la historia del hombre— con *articulaciones puramente económicas*. Estos tres autores, ¿pueden considerarse continuadores de Marx en este tema específico? No lo creemos. Es verdad que la *objetividad* del funcionamiento de las estructuras capitalistas en la obra de Marx, cuando, en algunos de sus pasajes, adquiere fuerte tonalidad trascendente, reduce el contenido genético de la decisión del hombre de obligar a otro hombre a cumplir una función económica determinada, pero nunca llega a desdibujar la presencia de la violencia como gestadora y motor del sistema integral que él denominó capitalismo y que documentó tan ampliamente. Hay, a lo sumo, una ambivalencia en su actitud teórica que no logró resolver satisfactoriamente.

En 1933, Edward Hastings Chamberlin publica "The theory of monopolistic competition" (Harvard University Press) —el año en que la crisis más prolongada e importante en la historia del capitalismo toca fondo— y a partir de esa obra, transformada en un clásico de la literatura económica contemporánea en los países capitalistas occidentales, abre un planteamiento diferente: ya no se podrá hablar del mercado libre como realidad omnipresente, sino de la importancia expansiva de los mercados monopólicos, duopólicos y oligopólicos.

Schumpeter, con su formación histórica de economista europeo, protesta. "Esta tesis implica la creación de una edad de oro de la competencia perfecta, completamente imaginaria, que en algún momento dado se ha metamorfoseado de alguna manera en la edad monopolista, prescindiendo del hecho completamente evidente de que la competencia perfecta no ha sido nunca más realidad de lo que es en la actualidad" ("Capitalismo, socialismo y democracia", trad. de J. Díaz García: Aguilar, Madrid, 1961; 1a. ed. en inglés: 1942).

La etapa localizada por Chamberlin —el mercado oligopólico— había sido pronosticada por Marx, partiendo de su tesis sobre la evolución de lo que llamó la composición orgánica del capital en una sociedad capitalista industrial. En cuanto a la anterior —"la edad de oro de la competencia perfecta", como despectivamente la rotula Schumpeter— es, como dice éste, "completamente imaginaria".

Es verdad que, después del despojo inicial que Marx denominó, en algún pasaje, "acumulación primitiva", en los centros urbanos

de Inglaterra y Gales —los que Marx estudió— apareció una oferta de mano de obra muy superior a la demanda, a pesar de la expansión industrial. Pero todas las veces que el "ejército industrial de reserva" disminuía o que la acción sindical amenazaba con introducir en el mercado de mano de obra otro tipo de regulación, el Estado —o los empresarios privados directamente, en ciertas ocasiones— intervenía mediante la violencia para establecer el *statu quo ante*. Por cierto que el Estado —que cumple, además, la función de gran regulador de las condiciones permanentes del sistema— comenzó también a intervenir más tarde para impedir el agotamiento prematuro del gran reservorio de la mano de obra industrial.

Marx reconoció la existencia del mecanismo *compulsión económica*, pero su teoría del Estado como instrumento de una clase para dominar, mediante la fuerza sistemática, a las otras clases implicaba la presencia permanente del mecanismo *violencia física* todas las veces que el primero fuera ineficaz. Si la sociedad capitalista descansara sólo sobre un mecanismo económico, como lo supone Lukacs, se desmoronaría al día siguiente (siempre que la tesis de Marx sea cierta). Si el mercado de mano de obra capitalista hubiera dependido alguna vez, aunque transitoriamente, de la sola compulsión económica, como lo suponen Lenin y Dobb, hubiera dejado de funcionar (siempre que la tesis de Marx sea cierta). Los continuadores de la heterodoxia teórica, por vías lógicas similares a las de los ortodoxos, han creído percibir lo que en realidad es una utopía: un poder capitalista sin violencia permanente. Partiendo de Lenin, Lukacs y Dobb, se llegaría a la conclusión de que el mecanismo de aporcionamiento de fuerza de trabajo que se puso en marcha en Alemania desde 1932 hasta 1945 y el que se aplica actualmente en la Unión Sudafricana no corresponden a sistemas capitalistas.

Es que la violencia no se expresa sólo por la compulsión del gendarme, sino por la constante limitación de las opciones, en violación de los principios generales del derecho vigente en la misma sociedad capitalista y en perjuicio del sector numéricamente más importante de los subordinados. No es que el obrero pueda, si quiere, no trabajar pero en ese caso se muere de hambre. Lo que ocurre es que, como obrero, la ley se le aplica con criterio diferencial y la fuerza organizada del Estado y la no oficial de las empresas privadas están presentes a toda hora para impedir que su margen de opción se amplíe. En otras palabras, para impedir que el obrero opte por morirse libremente de hambre. La fórmula política es aquí matemática: si para una demanda de cinco obreros hay una oferta de ocho, uno puede morirse de hambre en plena libertad si así lo prefiere; pero si de los ocho son seis los que optan por esa vía,

el acto se transforma en subversivo y el Estado interviene con toda su fuerza física para ponerle fin.

Este déficit del pensamiento científico sobre lo político tiene aún otros ángulos importantes. En los países capitalistas de Occidente, ciertas formas del ejercicio sistemático de la violencia en gran escala han constituido y siguen constituyendo uno de los más importantes canales de movilidad social vertical. Los *robber barons* de la riqueza inmobiliaria, los ferrocarriles y el petróleo en Estados Unidos en el siglo XIX no fueron sólo *robbers*, como lo sugiere la denominación generalmente aceptada; eran también homicidas que encabezaban bandas armadas al margen de todas las leyes. El gangster y el mafioso estadounidenses del siglo XX dependen exclusivamente de la violencia directa, brutal y diaria para organizar sus empresas capitalistas, multiplicar sus haberes, obtener concesiones, pactar alianzas en el terreno de los negocios y tratar con los hombres y los poderes públicos. Parecería que el gangster y el mafioso estuvieran al margen de las clases sociales. ¿En qué sistema de estratificación social ubicarlos? Sin embargo, hay miles de gangsters y mafiosos y por su fortuna y su capacidad de decisión económica y política sólo se pueden equiparar a los *very rich* de la pirámide del poder que diseñó C. Wright Mills. El gangster y el mafioso forman parte de la alta burguesía de la sociedad capitalista estadounidense contemporánea. Sus profesiones tienen sus peculiaridades diferenciales; sus conexiones familiares, sus historias personales les son propias. Pero es extraordinariamente revelador que, constituyendo el conjunto de los grandes gangsters y mafiosos uno de los sectores más poderosos, económica y políticamente, de la alta burguesía en Estados Unidos, el hecho no haya sido advertido por ningún teórico político y ningún sociólogo de ese país. El mismo Mills, en su obra "La élite del poder", admirable por muchos conceptos, lo ignora por completo.

## B) HISTORIA Y CIENCIA DE LA SOCIEDAD EN AMÉRICA LATINA

Las condiciones en que ha transcurrido la historia de América Latina son radicalmente diferentes de las de Europa occidental y Estados Unidos. Durante varios siglos, América Latina ha desempeñado una función de tributaria, en lo económico y lo cultural, respecto de los centros de poder del mundo capitalista. No ha generado revoluciones industriales ni creado un sistema capitalista, sino que recibió ambos como agentes exógenos que han configurado su status de dependencia. Su realidad social depende de la de los

grandes centros occidentales del poder económico y de la elaboración cultural, pero su percepción de esa realidad se ha encauzado en función de categorías y pautas metodológicas trasladadas de esos centros.

La división del análisis de lo social en las grandes especialidades que hoy conocemos como ciencias sociales son el fruto del proceso histórico de Occidente porque, ante el observador científico, esa realidad social occidental se fue presentando con grados de objetividad, de prioridad dinámica y de definición cualitativa que engendraron las grandes líneas de separación de los fragmentos de la realidad observable. La realidad social de América Latina difería de esa otra, pero sus especialistas han rendido tributo a la ciencia heredada y se han esforzado por percibirla en los modos y dentro de los cánones aprendidos de Occidente. Inclusive las distintas prioridades del conocimiento —siempre presentes en la elaboración científica— no eran las mismas, por el diferente grado de urgencia de los problemas, pero al aceptar el cuadro de prioridades de Occidente se acentuó la dependencia respecto de los modelos inspiradores y la distancia respecto de la realidad local que se quería comprender.

América Latina ha tenido multitud de observadores sagaces de su propia realidad y un apreciable número de escritores que, fuera de los marcos metodológicos y la nomenclatura de las ciencias sociales, han hecho aportes de la mayor importancia para el conocimiento de la realidad social continental pasada y actual. Al desarrollarse al margen del cuadro de las ciencias sociales, ese cúmulo de conocimientos no ha aceptado la división de la realidad impuesta por la metodología de éstas. En cuanto a la actividad científica en América Latina dentro de los cuadros consagrados de las ciencias sociales occidentales, algunos de cuyos aportes son de indudable valor, corresponde observar que también sobre ella se está proyectando la etapa profundamente crítica a la que América Latina está ingresando como continente. A esa etapa pertenecen tanto la protesta de una gran masa de la población como consecuencia de sus condiciones materiales apremiantes inmediatas como la profunda duda del investigador acerca del tipo de conocimiento de la realidad social que pueden proporcionarle las ciencias tradicionales de lo social heredadas de Occidente, con su compartimentalización de la realidad, sus categorías de análisis y sus metodologías.

Las conclusiones que siguen son la enunciación de necesidades y tendencias ya esbozadas en el continente y, a la vez, una guía para el intercambio de ideas acerca de cómo se debe orientar la investigación en las ciencias de la sociedad aplicables al continente latinoamericano:

1] Partiendo de la comprobación de las limitaciones del campo observable impuestas por la naturaleza de la realidad social, los intereses actuantes y la tradición cultural de Occidente, es menester realizar un esfuerzo para vencer esas limitaciones, a fin de lograr la unificación del universo observable, de modo tal que no reaparezcan fragmentos marginales de la realidad. La producción de bienes y servicios en la órbita *delictual* es parte normal y permanente de la estructura de la producción capitalista; la conducta desviada debe ser explicada donde se produzca como un ingrediente tan integrante de la realidad como la conducta pautada; la violencia sistemática, tanto o quizá más que los mecanismos legales para la conducción de la sociedad. El investigador no debe proponerse justificar el statu quo y, por lo tanto, en esa actitud integral que le reclamamos no puede haber residuos de cínico reconocimiento público de una realidad repudiable; sino que debe sentirse científicamente obligado a reintegrar lo marginal al cuadro global de una realidad, inexplicable por otras vías.

2] Lo económico, lo social, lo político, lo demográfico, lo cultural, así como los hemos recibido en herencia de Occidente, nos ayudan a comprender un aspecto del proceso histórico y confunden extraordinariamente todos los otros. En rigor, debemos reconocer que hay secuencias de fenómenos económicos, de fenómenos sociales, etc., pero esas secuencias no contienen, cada una, su propia lógica ni gozan de autonomía como fragmentos de la realidad. Nada económico se sucede en el tiempo humano si no intervienen múltiples agentes no-económicos para conformarlo y determinarlo. Lo mismo puede decirse de las otras secuencias. La aparente lógica de una escrupulosa historia económica, o social, o política, o demográfica, o cultural, es sólo una justificación *ex post facto* de una de las múltiples cadenas causales entrecruzadas que han actuado en una sociedad o en el orden internacional. En el mejor de los casos, una ingeniosa abstracción.

Pero, a la vez, debe quedar claramente establecido que es inaceptable cualquier propuesta de interpretación que atribuya a todos los factores el mismo valor determinante. La realidad social se va gestando como consecuencia de grandes diferencias en la aptitud determinante de los factores. Descubrir ese mecanismo, en cada sociedad y en cada etapa histórica, es una de las obligaciones fundamentales del investigador.

Pero si el investigador latinoamericano comprende que lo económico, lo social, lo político, lo demográfico y lo cultural son secuencias de fenómenos de lógica no autosuficiente, fragmentos de una realidad total sólo percibidos como totalidades debido a precisas necesidades históricas y culturales de Occidente, habrá dado un paso



grande hacia su propia emancipación conceptual y metodológica. Podrá, por esa vía, poner en duda la sabiduría de mantener en pie las líneas divisorias de las ciencias de lo social y llegará, después, a sospechar que quizá sea necesario crear nuevas ciencias de la sociedad articuladas entre ellas de modo sustancialmente diferentes a como lo están entre sí las actuales especialidades heredadas de Occidente.

Este planteamiento, si descansa sobre una comprensión más cabal de la naturaleza de tiempo —es decir, de la historia— en las sociedades humanas, podrá reducir el contenido de la categoría estructura y transformarla en una categoría subordinada al tiempo, o una manera de manifestarse el tiempo.

3] Rechazado el atomismo de la crítica epistemológica propalada por el positivismo lógico y que se manifiesta tan fuertemente en dos corrientes que en América Latina siguen siendo muy influyentes —el funcionalismo en sociología y antropología; el desarrollismo en economía—, afirmado el principio de que la realidad social es una historia que se va ordenando en virtud de la diferente capacidad genética de los factores que la integran, el investigador latinoamericano de lo social tendrá que enfrentar el otro riesgo aún no claramente percibido: el de los residuos deístas y metafísicos que perviven en las concepciones estructuralistas que atribuyen a los mecanismos sociales una capacidad determinante objetiva totalmente al margen de las decisiones de los hombres, individualmente considerados.

El tema tiene una raíz ontológica y epistemológica —¿qué es, en definitiva, lo social humano y cómo podemos conocerlo científicamente?— pero, a la vez, se proyecta enseguida sobre el hacer individual y colectivo, sobre el planteamiento de programas, la posibilidad de cambios inmediatos y mediatos, la relación entre poder y personalidad y, en fin, el gran tema final de la naturaleza y la posibilidad de la libertad del ser humano.

En una segunda instancia, por la vía de ese problema, se desemboca en las posibilidades y los modos de coordinación de las voluntades humanas, y de las nuevas funciones creadoras que los investigadores de América Latina quizá descubran para el individuo. El conocimiento y la acción, divorciadas en la mente del investigador occidental, pueden fundirse en el seno de una realidad única.

4] La investigación científica no puede limitar su propia misión social actuando apenas como traductora, en términos técnicos, de la propaganda de Estados, empresas privadas o partidos políticos; así como tampoco divorciarse voluntariamente de la problemática contemporánea en las sociedades en cuyo seno se desarrolla. Tratándose, por lo demás, de las ciencias de la sociedad en un continente

sacudido por problemas cada año más angustiosos, es lógico pensar que los investigadores, percibiendo reclamos y necesidades, se esfuercen por encontrar respuestas científicamente valederas al problema nuclear de cómo crear en el suelo latinoamericano una organización social viable:

a) que esté basada en un principio de justicia, es decir, en la eliminación de todo privilegio;

b) que lleve a un primer plano real el ejercicio del poder por la población;

c) que, por primera vez en la historia, admita y estimule la posibilidad del cambio de sistema, lo que lleva implícita una defensa de nuevo tipo contra los intentos de retrotraerla a sistemas anteriores y la imposibilidad de que se formen nuevas clases de usufructuarios del poder.

## PANORAMA DE LOS ESTUDIOS DE LA GRAMÁTICA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XX

Por Gisela B. HUBERMAN

**E**L presente artículo analiza los estudios sobre la gramática española en el siglo XX. La primera parte trata sobre los estudios de la gramática y las obras de gramática española en general, y la segunda se dedica al análisis de los estudios de gramática histórica española.

Se pueden hacer dos divisiones generales de la gramática. En primer lugar está la división tradicional, que estudia la gramática desde el punto de vista de la fonética del lenguaje, sus accidentes y morfología, su sintaxis, estilo, lexicología y semántica. En segundo lugar está el estudio moderno de la gramática, que analiza la lengua por medio de la gramática descriptiva, la gramática prescriptiva, la gramática histórica y comparativa, y la lingüística estructural.

El exponente más sobresaliente de la gramática tradicional es, sin lugar a dudas, Andrés Bello. Su método de estudio de la gramática fue inductivo, buscando y seleccionando los trabajos de literatura española más representativos de la lengua, para determinar, por este medio, el uso más correcto del lenguaje. Para Bello, la gramática no es solamente la ciencia del lenguaje, sino también el arte de hablar correctamente. Su gramática, escrita en 1847, con numerosas ediciones posteriores, todavía es el monumento máximo de los estudios de gramática española: los principios que Bello observó y apuntó hace ya más de cien años, siguen en su mayoría, todavía vigentes hoy día. La influencia que la *Gramática* de Bello tuvo sobre otros gramáticos ha sido inigualable en ese campo. La preocupación principal de Bello fue la de asegurar la unidad de la lengua, rindiendo culto a la tradición clásica, así como al pensamiento y el lenguaje de los grandes clásicos españoles.

La *Gramática* de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, de 1938, trata sobre los principios básicos del español enfocados con criterios de la lingüística moderna, pero siguiendo el método im-

puesto por Bello. La innovación de esta obra fue la introducción a la enseñanza de la gramática castellana todos los principios nuevos de la lingüística, la filología y la estilística contemporáneas. Su trabajo tuvo como base principal una orientación puramente científica. Los autores incorporaron importantes datos sobre los fonemas, la práctica de la pronunciación y la entonación observada por Navarro Tomás.

Del lado del estudio moderno y descriptivo de la gramática castellana, que tiene como punto de partida una naturaleza científica, se encuentra como exponente sobresaliente Rodolfo Lenz. En su obra *La oración y sus partes*, publicada en 1920, estudia Lenz la gramática española desde el punto de vista de la psicología lingüística de Wundt, y la compara con el punto de vista de la lingüística general. Esta obra representa una de las primeras aplicaciones teóricas y prácticas de las ciencias mencionadas a la gramática castellana. Las conclusiones a las que llegó Lenz sobre las partes de la oración todavía son estudiadas y miradas con gran respeto por los lingüistas contemporáneos. El otro nombre que destaca en el campo de la gramática castellana moderna es Manuel Criado de Val, con sus importantes estudios en lingüística estructural, en los que aplica el estudio de la forma como base exclusiva del análisis de la lengua. Su obra *Gramática española* de 1958, es un estudio de la gramática desde el punto de vista estructural, en la que combina diacrónica y sincrónicamente la morfología y la sintaxis del español, haciendo hincapié en la importancia que tiene la oposición "lenguaje escrito-hablado", que corresponde a la oposición "narración-coloquio". En el campo de la gramática estructural ha destacado el trabajo de Alarcos Llorach, sobre todo por el carácter innovador de su obra *Gramática estructural*, de 1951. En esta obra el autor compara los principios de la gramática estructural de la escuela de Copenhague con los principios de la gramática normativa, y estudia, asimismo, la naturaleza del español desde el punto de vista puramente formal. El análisis que esta obra de Alarcos Llorach presenta es importante y necesario para un estudio profundo y una comprensión absoluta de la estructura y fisonomía del español.

La gramática es probablemente el campo más antiguo de los estudios de la lengua española. Comenzando con la obra de Antonio de Nebrija *Gramática castellana*, de 1492, en la cual el autor presenta acertados principios del castellano, ha habido una constante producción de gramáticas españolas en los siglos siguientes. En el siglo XVI el propósito principal de las obras sobre gramática es el de enseñar a hablar y a escribir correctamente el español.

Este fin didáctico se revela con claridad en obras tales como la de Cristóbal de Villalón: *Gramática castellana. Arte breve y compendiosa para saber hablar y escrevir en la lengua Castellana congrua y decentemente*, de 1558, o en la de Baltasar de Sotomayor *Gramática con reglas para aprender a leer y escribir la lengua Francesa conferida con la Castellana*, de 1565.

El estudio de la gramática española en el siglo XVII puede caracterizarse por medio de tres tendencias generales. La primera, es la misma tendencia didáctica observada en el siglo anterior, y que se continúa en una corriente ininterrumpida en el siglo XVII. Como ejemplo de esta tendencia se encuentra la obra de Juan de Luna *Arte breve i compendiosa para aprender a leer, escreuir, pronunciar y hablar la lengua Española*, de 1623. La segunda tendencia es la publicación de obras de gramática como medio de alabar y ensalzar el español. Así, por ejemplo, está la obra de Gonzalo Correas *Arte grande de la lengua castellana*, escrita en 1626, donde Correas elogia la gran belleza del lenguaje castellano. La tercera tendencia, que fue la más generalizada, fue la de incluir la gramática española en obras de gramática de otras lenguas, especialmente la latina y la griega, comparándolas entre sí. En esta categoría se encuentra la obra de Gonzalo Correas *Trilingüe de tres artes de las tres lenguas Castellana, Latina y Griega, todas en Romance*, de 1627.

En el siglo XVIII se da una gran cantidad de gramáticas en inglés y francés, donde se nota el interés tan grande que se había desarrollado por el idioma español en otros países de Europa. La obra de Felipe Fernández *A New Practical Grammar of the Spanish Language*, London, 1797, es una gramática muy completa y muy competente, sobre todo en las noticias fonéticas.<sup>1</sup> Sin embargo, la obra más importante de gramática escrita en el siglo XVIII fue la de Benito Gómez Gayoso, *Gramática de la lengua castellana*, publicada en Madrid en 1743. Las gramáticas comparadas con otras lenguas son también abundantes en este siglo, sobre todo la española con la inglesa y con la francesa, como la obra de Monsieur de Maunroy *Grammaire et dictionnaire françois et espagnol*, publicada en París en 1701, donde el autor compara los léxicos y gramáticas del español y el francés.

El estudio de la gramática histórica ha sido relativamente nuevo. Las raíces del estudio de este campo se encuentran en el movimiento de los neogramáticos, tales como Diez y Meyer-Lübke. El pri-

<sup>1</sup> Para un análisis de los libros antiguos para la enseñanza del español en el extranjero se debe consultar: Gauthier, Marcel (seudónimo de Foulché-Delbosc), *Diálogos de antaño*, "Revue Hispanique", XLV, 1919, pp. 34-238.

mer estudio sobre gramática histórica española es de José Alemany Bolufer *Estudio elemental de gramática histórica de la lengua castellana*, en Madrid, 1902. Esta obra es digna de elogio por el interés que demuestra el autor en la fonología antigua del español, así como en la pronunciación de las vocales y consonantes en el latín clásico y vulgar, presentando un análisis muy completo de los cambios que sufrieron en su evolución al español. Sin embargo, como su título lo indica, la obra es muy elemental y superficial, pero la gran innovación consiste en el tema mismo, el enfoque nuevo que toman los estudios de gramática española y las bases científicas e históricas que interesan, desde entonces, a los gramáticos. La obra cumbre en la gramática histórica es el *Manual (elemental) de gramática histórica española* de Ramón Menéndez Pidal, publicada en Madrid, en 1904. Esta obra se ha llegado a clasificar como "magistral", pues representa lo más exacto que se sabe hasta hoy en cuanto a las leyes fonéticas del castellano, y sobre los cambios esporádicos que ha sufrido la lengua. Esta obra ha tenido un gran número de ediciones posteriores, y aún hoy, no ha sido sobrepasada en extensión, acierto y erudición. La obra comprende el desarrollo fonético e histórico de los fonemas y de las partes de la oración del español, siendo la obra más documentada y la más profunda en este campo en las lenguas romances.

En 1910 se publica la *Gramática histórica de la lengua castellana* de Federico Hanssen, quien empezó una tradición hispánica de erudición alemana que más tarde fue continuada por Rodolfo Lenz. La obra de Hanssen refleja el estado en que los estudios gramaticales del castellano se encontraban en la fecha de su publicación. La aportación que Hanssen hace al campo de la gramática histórica, es el presentar por vez primera la unión del estudio de la sintaxis general del castellano con el análisis gramatical. Es digna de mencionarse la obra de Vicente García de Diego *Elementos de gramática histórica castellana*, de 1914, pues esta obra, a comparación de las de Menéndez Pidal y de Hanssen, no tiene como meta el llegar a la descripción del lenguaje literario contemporáneo, sino que el autor rebusca afanosamente la reconstrucción de la lengua española en las supervivencias de los dialectos actuales y en las tendencias idiomáticas más persistentes en el habla rural castellana. El elemento popular, vulgar y dialectal, está siempre presente en el enfoque de esta obra. He ahí su innovación.

Estas obras son, en realidad, las más sobresalientes en el campo de la gramática histórica. Se debe observar, finalmente, que los gramáticos hispanos, en su gran mayoría han sido lingüistas bien preparados, que posiblemente hicieron uso de la lingüística general

con prioridad y más extensivamente que gramáticos de otras lenguas. Muy frecuentemente, han orientado su enfoque bajo las guías científicas de la lingüística general. Asimismo, han hecho uso, en cuanto es posible, de los estudios de dialectología, tratando de ahondar sus conocimientos sobre la naturaleza del lenguaje.

Sin embargo, el campo del estudio de la gramática española no está, por ningún motivo, completo. Hacen falta un gran número de análisis sobre las gramáticas de los varios dialectos, tanto ibéricos como americanos, que señalen sus características propias y las diferencias entre ellos y el español corriente. Se debe estudiar a fondo la influencia de las lenguas indígenas en la estructura del español.

La historia de los grupos interiores consonánticos es uno de los capítulos menos estudiados de la filología española. Solamente existen esbozos sobre el origen de los grupos consonánticos '—lm', '—ld—', '—ldr—', '—mbr—', '—ndr—' y '—ndr—'. Los estudios más detallados sobre este respecto fueron llevados a cabo por Menéndez Pidal en su obra *Orígenes del español*, así como en su *Manual de gramática histórica española*. Aunque el proceso de formación de nuevos grupos consonánticos es tan importante como el de la disolución en el estudio de la evolución de la lengua, los filólogos hispánicos apenas han prestado atención alguna a este fenómeno. Para poder llegar a obtener un cuadro preciso del español, así como de la formación de sus dialectos, es preciso que se llegue a estudiar a fondo el problema del proceso de formación de los grupos románicos entre los demás problemas que merecen un estudio atento por los lingüistas hispánicos.





# *Presencia del Pasado*



## AZORIN EN LA PRENSA ANARQUISTA DE FIN DE SIGLO

Por Rafael PEREZ DE LA DEHESA

ALFONSO Reyes, en "Azorín y los escritores de América", alude a la deuda de J. Martínez Ruiz hacia las letras americanas, concluyendo de esta manera: "Yo hago un voto para terminar: que 'Azorín' llegue a interesarse más intensamente por las cosas de América. Su mismo entendimiento de España se robustecería".<sup>1</sup> Sin embargo, al expresar esta opinión, hubo de basarse en recopilaciones parciales, hasta que en 1947 se inició la publicación de las *Obras completas* de Azorín, muchos de sus primeros folletos eran una rareza bibliográfica, y, ni aun entonces, muchas de sus colaboraciones en la prensa fueron recogidas, especialmente las más tempranas. Sólo últimamente se ha prestado atención a este material, que revela un desconocido Azorín.<sup>2</sup> En él hubiera encontrado Reyes un gran interés por la vida americana.

Una investigación que llevamos haciendo en los últimos años sobre la juventud de Azorín, nos ha llevado al descubrimiento de un número de sus colaboraciones en la prensa anarquista americana de fin de siglo. Deseamos comentarlas brevemente en este artículo lo que nos dará pie para extendernos a hablar de las interesantes publicaciones en que aparecieron. Queremos señalar los nuevos problemas que plantean al investigador y que requerirían un estudio más amplio: el papel de los anarquistas españoles en la formación y desarrollo de los movimientos obreros latinoamericanos y la función transmisora de la prensa ácrata de corrientes literarias e intelectuales europeas.

El influjo de los inmigrantes españoles en el desarrollo del obrerismo americano —escasamente conocido— ha sido ya señalado entre otros por Carlos Rama: Para él, estos movimientos se iniciaron en los países más avanzados como México, Argentina, Uruguay

<sup>1</sup> *Obras Completas* (México, ed. Fondo de Cultura Económica, 1956) IV, 254.

<sup>2</sup> Véase E. INMAN FOX: "Una bibliografía anotada del periodismo de José Martínez Ruiz (Azorín): 1894-1904" en *Revista de Literatura*, 35-56 (julio-diciembre, 1965), pp. 231-244.

o Chile, donde se encuentran las trazas de un movimiento social internacionalista "en general tardío, o sea posterior al congreso de La Haya de 1872, limitado a las ciudades y apoyado casi exclusivamente en la inmigración europea, o por lo menos alentado por sus líderes más activos casi siempre llegados recientemente de España, Francia, Alemania o Italia",<sup>3</sup> añadiendo que las secciones españolas llegaron a predominar al serles más fácil que a las demás "reclutar adherentes locales".<sup>4</sup>

Trabajando sobre fuentes españolas a iguales conclusiones llega J. Díaz del Moral:

"No existe, probablemente, sector ninguno de la sociedad española, que sostenga relaciones más extensas y más cordiales con los hombres del Nuevo Continente; el movimiento obrero es, con toda probabilidad, uno de los lazos espirituales más consistentes entre Iberia y sus naciones filiales. Es una impropiedad hablar del anarquismo español: España constituye sólo una provincia del amplio movimiento libertario".<sup>5</sup>

En los años 1883 a 1899, de postración en el movimiento obrero, los españoles: "mantenían contactos con militantes de otras regiones y del extranjero. De Nueva York recibían el periódico ácrata *El Despertar* y, además, recetas para fabricar explosivos y excitaciones y consejos para utilizarlos".<sup>6</sup>

"Ello no es extraño pues salvo las condiciones tipográficas, no existe ninguna diferencia entre los folletos de propaganda y la Prensa anarquista de las naciones americanas y los de su metrópoli; el mismo ideario, igual estilo exaltado y pasional, idénticas formas, iguales nombres de periódicos y folletos y grupos... en las listas de suscripciones y en la correspondencia administrativa de *Tierra y Libertad* de Barcelona, aparecen normalmente mezclados los clásicos nombres del anarquismo peninsular: Valencia, Coruña, Grazales, Aznalcollar, Castro del Río, Morón, Évora, Lisboa, con los de Nueva York, Boston, Los Angeles, Tampico, Tucumán, Colón, Porto, S. Pablo (Brasil), Tampa, Honda (Colombia), Montevideo, Buenos Aires, La Plata, Córdoba (Argentina), Rosario, Santiago de Chile, Asunción, Bahía Blanca,

<sup>3</sup> CARLOS M. RAMA: *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo* (Buenos Aires-Montevideo. Ed. Palestra, 1967), pp. 54-55.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>5</sup> J. DÍAZ DEL MORAL: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (Madrid, Alianza editorial, 1967), p. 180.

<sup>6</sup> *Ibid.* p. 135.

Manzanillo, Cienfuegos Chuquicamata... en todo tiempo, y especialmente en períodos de persecución se leen en España semanarios ácratas americanos; y los de la península se reparten en los más apartados rincones del continente colombiano... El emigrante anarquista tiene correligionarios desde la región de Los Grandes Lagos hasta la Patagonia, y a todas partes a donde vaya puede encontrar en su Prensa noticias de España y de su pueblo, y, en caso de necesidad, de sus amigos y allegados".<sup>7</sup>

En este artículo examinamos solamente las colaboraciones de Azorín en revistas argentinas y estadounidenses, por lo que reduciremos nuestras observaciones a estos países.

Abad de Santillán en su *historia* del anarquismo argentino relata cómo los nombres españoles se suceden en el desarrollo de este movimiento, y cómo peninsulares contribuyeron a crear varios de sus órganos periodísticos. Califica la década 1880-1890 como "época de *El Perseguido*" y recuerda las circunstancias en que se reunió el grupo fundador: "tres españoles que vivían en Almagro convocaron a una reunión por medio de *El Productor* de Barcelona; de resultas a esta convocación se reunieron seis compañeros".<sup>8</sup>

El año 1897 fue histórico para el movimiento, apareció *La Protesta Humana*, la publicación más influyente y duradera del anarquismo argentino. Su primer director fue Inglán Lafarga, ebanista catalán que pronto contó con la ayuda de los españoles perseguidos por el proceso de Montjuich que se refugiaron en la Argentina, entre ellos José Prat. Durante todos estos años "La Argentina era además el mejor mercado para las publicaciones españolas e italianas; de las primeras se recibían en grandes cantidades *La Revista Blanca*, *Tierra y Libertad*, *Idea Libre*, *La Huelga General* de Madrid y *Barcelona*".<sup>9</sup>

La influencia de los españoles sufrió una lógica disminución a partir de la ley de residencia del 22 de noviembre de 1902, que permitió al gobierno expulsar a los extranjeros peligrosos. Entre ellos se encontraba el que después sería célebre cronista Julio Camba,<sup>10</sup> que pasó a España donde colaboró en *La Revista Blanca* y fue redactor de *Tierra y Libertad*.<sup>11</sup> No se desvinculó, sin embargo.

<sup>7</sup> *Ibid.* pp. 180-181.

<sup>8</sup> DIEGO ABAD DE SANTILLÁN: *El movimiento anarquista en la Argentina (desde sus comienzos hasta 1910)* (Buenos Aires, Ed. Argonauta, 1930), p. 44.

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 73.

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 78.

<sup>11</sup> FEDERICO URALES: *Mi vida* (Barcelona, Ed. La Revista Blanca, s.f.) II.

de América, y siguió escribiendo para el semanario anarquista de Montevideo *Vida Nueva* que apareció en 1903 y 1904.

La historia de las organizaciones obreras de habla española en los Estados Unidos requeriría una urgente investigación, que creemos iluminaría aspectos importantes de acontecimientos como la independencia cubana o la revolución mexicana. Aunque estos núcleos tenían contactos con militantes norteamericanos —Lorenzo Casas nos informa en *La Revista Blanca* de su colaboración con Parsons y Emma Goldman—<sup>12</sup> su faceta más significativa fue la labor unificadora de obreros de distintos países hispano-parlantes. En cada ciudad donde existía un movimiento de tendencia anarquista, nos encontramos con una sola organización y, en caso de existir, una única publicación que hermanaba a cubanos, mexicanos, españoles y minorías de otros países. En este aspecto representó la prensa obrera de Estados Unidos la culminación y ejemplo más perfecto del panhispanismo anarquista.

No se debe deducir de ninguna de las observaciones anteriores que las revistas y periódicos publicados en América representarían ningún tipo de sucursales de las españolas, que se limitasen a reproducir simplemente artículos originales o traducidos aparecidos con anterioridad en la Península. Por el contrario, el número de textos teóricos importantes publicados en América y después transmitidos a España es incontable.<sup>13</sup>

Entre las revistas publicadas en Estados Unidos destaca *El Despertar*, fundado en 1891, que se publicó primero en Brooklyn y pasó luego a Paterson (New Jersey). En la época en que Azorín colaboró en él estaba dirigido por el viejo militante catalán Pedro Esteve. Esteve, que había sido redactor de *El Productor* de Barcelona, presentó en 1893 a la conferencia anarquista de Chicago la comunicación "A los anarquistas de España y Cuba", después serializada en *El Despertar*, un documento esencial para la historia social cubana. Al hacerse cargo de la dirección del semanario lo convirtió en el órgano fundamental de expresión, junto con *El Esclavo* de Tampa (Florida) de los grupos obreros españoles y cubanos.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> "El tolstoísmo en Estados Unidos", *Revista Blanca*, 163 (1 abril 1905), pp. 605-609.

<sup>13</sup> Véanse los numerosísimos ejemplos contenidos en Max Netlau, *Bibliographie de l'Anarchie* (Paris-Bruselas, Ed. Temps Nouveaux, 1897), pp. 45, 47, 75, 95, 237.

<sup>14</sup> Hemos consultado la colección existente en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. Allí se encuentran también todas las revistas citadas en este artículo.

La vinculación del joven Azorín con el anarquismo es ya bien conocida,<sup>15</sup> es lógico esperar que durante esos años siguiera con interés el desarrollo del movimiento en América. Efectivamente, en el folleto *Notas sociales* (1896), al hacer una revisión de la prensa anarquista escribe:

"Publícanse también en América, y circulan y son grandemente leídas en España, gran número de estas publicaciones en castellano, entre otras las siguientes: *El Despertar*, Nueva York, muy leído entre los obreros españoles; *El Derecho a la Vida*, Montevideo; *El Esclavo*, Tampa; *El Perseguido* y *La Expropiación*, Buenos Aires; *La Anarquía*, La Plata; *El Oprimido*, Chile; *La Verdad*, Rosario de Santa Fe, y otros".<sup>16</sup>

a los que añade *El Productor*, *El Trabajo* y *La Alarma* de la Habana que incluye entre los españoles. En *Charivari* (1897), en la entrada correspondiente al 27 de febrero constata que vio reproducidas varias crónicas suyas en un periódico de Nueva York,<sup>17</sup> aunque no da más detalles, esta afirmación fue para nosotros una pista, y nos llevó a revisar una colección de *El Despertar* donde efectivamente encontramos su firma.

Dedicaba generalmente *El Despertar* dos páginas a artículos doctrinales y literarios. Entre los colaboradores españoles más destacados están José Prat, Ricardo Mella, Alfredo Calderón y José Martínez Ruiz. Entre el 30 de enero del 97 y el 15 de mayo del 99 encontramos nueve cuentos y crónicas de Azorín, algunos reproducidos de periódicos españoles y otros originales. Notable entre las crónicas es "Para X recién casado", uno de los más duros ataques de su autor contra la institución matrimonial.<sup>18</sup> También reimprimió una "Carta abierta" de Federico Urales dirigida a José Martínez Ruiz.

De mayor interés cultural son las publicaciones anarquistas argentinas, entre las que destacan *La Protesta Humana*. En sus páginas se mezclan las firmas de literatos americanos como Florencio Sánchez, Félix Basterra o Alberto Ghirardo y españoles como

<sup>15</sup> Véase E. INMAN FOX: "José Martínez Ruiz. Sobre el anarquismo del futuro Azorín" *Revista de Occidente*, 35 (febrero 1966), pp. 157-174.

<sup>16</sup> *Obras completas* (Madrid, Aguilar, 1947) I, p. 200.

<sup>17</sup> *Ibid.* p. 267.

<sup>18</sup> (15 marzo 1899). También publicó en este periódico "La nochebuena del obrero" (1 marzo 1897); "La Europa salvaje" (20 marzo 1897); "Un cardenal" (15 septiembre 1898); "Crónica" (30 septiembre 1898); "El buen pastor" (15 octubre 1898); "El Cristo nuevo" (30 octubre 1898) y "La ley" (15 mayo 1899).

Julio Camba, Ricardo Mella, José Prat, Joaquín Dicenta, Pellicer Paraire y Martínez Ruiz. Colaboró económicamente el doctor Creaghe este anarquista escocés es un auténtico representante del internacionalismo ácrata. En 1903 participó con 5 000 pesetas a la transformación de *Tierra y Libertad* de Madrid en periódico diario,<sup>19</sup> hacia 1912 vio una posibilidad del triunfo de sus ideales en la revolución mexicana y en *Regeneración* de los Flores Magón, y pasó a Los Angeles a colaborar con los autores de aquella revista hasta su muerte.<sup>20</sup>

*La Protesta Humana* siguió con interés la vida cultural española. Saludó, por ejemplo, la aparición en Madrid de la revista noventayochista *Germinal*; o reportaba novedades relacionadas con la Península, como el estreno en Buenos Aires del *Juan José* de Dicenta a quien atacó también por su posición nacionalista en la guerra de Cuba.<sup>21</sup> Anunció la aparición en París de *La Campaña* de Bonafoux, donde escribieron Unamuno y Azorín.<sup>22</sup> Refleja el mismo interés por el teatro social característico de las publicaciones de esta tendencia. Reprodujo fragmentos de *Los malos pastores* de Mirbeau<sup>23</sup> y exalta *Los tejedores* de Hauptmann<sup>24</sup> o su adaptación española *El pan del pobre*.<sup>25</sup>

Publicó *La Protesta Humana*, dos escritos de Azorín: una crónica sobre el Padre Mariana<sup>26</sup> y el cuento "El Cristo nuevo" dedicado a Unamuno.<sup>27</sup>

Es bien conocida la importancia que *Ciencia Social* tuvo en la vida intelectual española.<sup>28</sup> Bajo la dirección de Anselmo Lorenzo, acogió las firmas de Pedro Corominas, Pompeyo Gener, J. Verdes Montenegro y Jaime Brossa, Unamuno escribió allí algunos de sus más importantes ensayos. Suprimida por las autoridades con motivo

<sup>19</sup> DIEGO ABAD DE SANTILLÁN: *Contribución a la historia del movimiento obrero español (Desde sus orígenes hasta 1905)* (Puebla, Ed. Cajica, 1962), p. 474.

<sup>20</sup> DIEGO ABAD DE SANTILLÁN: *El movimiento anarquista en la Argentina (Desde sus comienzos hasta 1910)*, (Buenos Aires, Ed. Argonautas, 1930), p. 103.

<sup>21</sup> "Evolución periodística" (24 octubre 1897). "El Teatro" (16 enero 1898); Ricardo Mella "Ecos de Europa (13 febrero 1898); "Dicenta patriotero" (29 mayo 1898).

<sup>22</sup> (13 febrero 1898).

<sup>23</sup> (16 enero 1898).

<sup>24</sup> (29 mayo 1898).

<sup>25</sup> (24 junio 1900).

<sup>26</sup> "Avisos de Este" (16 enero 1898).

<sup>27</sup> (6 noviembre 1898).

<sup>28</sup> Véase *Modernismo frente a noventa y ocho* de G. DÍAZ PLAJA (Madrid, Espasa-Calpe, 1966).



tivo del proceso de Montjuich, sus redactores fueron encarcelados. Lo que generalmente se desconoce es que a raíz de su clausura pasó a publicarse en Buenos Aires.

El primer número de esta segunda época es del 1 de abril de 1897. Le acompañaba una presentación en la que se proclamaba orgullosamente continuadora de la revista catalana. En la lista de colaboradores impresa en su portada están Ricardo Mella, Jaime Brossa, José Martínez Ruiz, Pedro Gori, E. Arana y Creaghe. Este número inaugural contiene un largo artículo de Azorín "Apuntes," donde su autor justifica la violencia y la revolución, ataca la religión, la patria, la propiedad y la familia y evoca las figuras de Proudhon, Bakunin y Blanqui:

"Cuando los de arriba usan la fuerza para mantener un estado de cosas irracional, para perpetuar la desigualdad entre los miembros de una familia a quienes la naturaleza hizo iguales, justo y lógico es que los de abajo apelen a los mismos medios para librarse de la esclavitud".

En los números siguientes vemos crónicas sobre los acontecimientos artísticos españoles, que aplauden la pintura de protesta. Un artículo de J. E. Martí "El arte libre,"<sup>29</sup> revisaba la Exposición Nacional de Bellas Artes subrayando el valor revolucionario de los cuadros de Sorolla, Gozález Bilbao y Fillol. Encontraban su lugar también textos teóricos favorables al compromiso en la literatura y el arte como "El socialismo y los artistas" de Walter Crane<sup>30</sup> y un fragmento de "¿Qué es el arte?" de Tolstoi.<sup>31</sup> La parte estrictamente literaria constaba principalmente de cuentos de autores franceses, Zola y Mirbeau; argentinos como Basterra o de los españoles, Alfredo Calderón, Dicenta y José Prat, de cuya llegada a Buenos Aires da cuenta.<sup>32</sup> Saluda fraternalmente la aparición de *Germinal* en Madrid y una serie de "Crónicas españolas" de Ricardo Mella ofrecen regularmente al lector noticias generales de la Península. El ensayo doctrinal lo cultivaban Mariano Cortés, Anselmo Lorenzo, Pedro Gori y Pompeyo Gener. A partir de 1899 publicó la serie "Galería libertaria" presentando a teóricos clásicos como Malato o Gori al lado de autores como Ibsen, Bernard Lazare y William Morris.

El estudioso de la historia cultural podrá seguir en sus páginas

<sup>29</sup> (mayo 1897).

<sup>30</sup> (septiembre 1897).

<sup>31</sup> (febrero 1899).

<sup>32</sup> (noviembre 1897).

la introducción de la nueva dramaturgia de Ibsen y Sudermann, considerados entonces de tendencias revolucionarias.

"Aquellos para los cuales el modernismo es una necesidad, están de enhorabuena, El Arte Revolucionario se ha presentado, triunfante, en los teatros de esta capital... El teatro puede ser fuente de ideas; la escena, tribuna de filosofía".<sup>33</sup>

Se da cuenta del estreno en Buenos Aires de *Los espectros. Las columnas de la sociedad*<sup>34</sup> y *Un enemigo del pueblo*<sup>35</sup> de Ibsen y de *El honor* de Sundermann.<sup>36</sup>

La trascendencia de esta revista cuyo último número es de febrero de 1900, la reconoce Abad de Santillán. "*Ciencia Social* constituye la primera revista anarquista seria, recopilación excelente de material de lectura selecta, en la que predominaban, ciertamente, las traducciones."<sup>37</sup>

Para comprender la importancia de la colaboración de Azorín en estas publicaciones hay que tener en cuenta que era entonces un escritor desconocido, en los comienzos de su carrera literaria, y, que, como varios otros jóvenes autores encontraba cerradas muchas de las revistas y periódicos españoles más establecidos.

El interés por el anarquismo es un fenómeno común en escritores y pintores de la Europa de fin de siglo. La prensa ácrata representó un medio de expresión de varias de las influencias intelectuales y literarias más importantes del momento. Sus publicaciones estuvieron siempre abiertas a los escritores noveles.<sup>38</sup>

Como hemos podido ver las revistas anarquistas en lengua española acogieron en sus páginas indistintamente a nuevos valores peninsulares y americanos, que tuvieron así ocasión de conocerse mutuamente aun antes de haber triunfado en sus países respectivos. Representaron por ello uno de los vínculos más fuertes de unión de la juventud rebelde de fin de siglo.

<sup>33</sup> (abril 1897).

<sup>34</sup> (abril 1897).

<sup>35</sup> (enero 1898).

<sup>36</sup> (febrero 1898).

<sup>37</sup> *Op. cit.* p. 73.

<sup>38</sup> Véase E. W. HERBERT, *The Artist and Social Reform. France and Belgium* (New Haven, Yale Univ. Press, 1961) y nuestra introducción a F. Urales, *La evolución de la filosofía en España* (Barcelona, Ed. de cultura popular, 1968).

## DARIO Y ESTRADA CABRERA

Por *Publio GONZALEZ-RODAS*

"Los gobiernos, sobre todo los gobiernos democráticos, han ignorado siempre —;cuando no han sido fatales para ellos!— a los grandes artistas."

Rubén Darío<sup>1</sup>

**E**N un artículo titulado "Carlos Ezeta en Montecarlo" se maravilla Darío de la cantidad de dictadores que ha producido la América Central. Y no se explica cómo puedan acumular tanta riqueza, sacada de territorios pequeños, a costa del sudor y trabajo del pueblo:

Es en verdad, digna de estudio, la vida política de esos países centroamericanos. South America no cuenta con ejemplares tan admirables de perfecta tiranía. ¿Luego no es asombroso que de Republicuitas, cuyos habitantes son los de un barrio de Buenos Aires, puedan extraer esos tiranuelos dineros con que ufanarse varias veces millonarios?<sup>2</sup>

El bardo nicaragüense se refería aquí al amigo más íntimo del Presidente Menéndez de El Salvador, que por medio de un golpe de Estado se había apoderado del poder, aprovechando para ello el baile que se celebraba en Palacio. Rubén acababa de casarse con Rafaela Contreras, y al confirmar tan infausta noticia, que significaba el derrumbe económico de la nueva pareja, sale apresuradamente para Guatemala.<sup>3</sup> Cuando escribe este artículo, comenta que Ezeta engrosa ahora la línea de dictadores centroamericanos:

---

<sup>1</sup> E. K. MAPES, *Escritos inéditos de Rubén Darío* (New York: Instituto de las Españas, 1938), p. 66.

<sup>2</sup> RUBÉN DARÍO, *Impresiones y sensaciones* (Madrid: Mundo Latino), Vol. XII, 1924, p. 201.

<sup>3</sup> EDELBERTO TORRES, *La dramática vida de Rubén Darío* (Barcelona-México: Biografías Gaudes, Ediciones Grijalbo, 1966), 4 Ed., pp. 159-161.

Antes de Carlos Ezeta, la América Central ha tenido excepcionales ejemplares de tiranos, comenzando con Carrera y acabando con Sacasa.<sup>4</sup>

El poeta llega entonces a Guatemala: tenía veintitrés años y es recibido favorablemente por el Presidente Barillas. Permanece trece meses en la tierra del Quetzal, desde el 30 de junio de 1890 hasta el 15 de agosto de 1891, y luego parte rumbo a Costa Rica. El 21 de mayo de 1892 está Darío de regreso en Guatemala a donde ha llegado con el fin de visitar a sus amigos, y en junio 24 se embarca en el puerto guatemalteco de San José para Corinto. El 20 de abril de 1915 Darío vuelve a Guatemala, esta vez invitado por Lstrada Cabrera.<sup>5</sup>

La primera visita es la de más grata recordación para los guatemaltecos: Darío participaba activamente en programas escolares, tertulias literarias y veladas nocturnas. Su amigo Gómez Carrillo lo recuerda más tarde:

Los que no han conocido al pobre gran poeta sino más tarde, ya envenenado por el alcohol y la vanidad, no pueden imaginarse lo que aquel hombre era en el año 1890. Ligerero, vivo, curioso, enamorado de la vida, lejos de encerrarse en torres de marfil, acercábase al pueblo para ver palpar sus pasiones. Trabajando en cualquier parte, á cualquier hora, ocupábase lo mismo de la crónica de tribunales, ó de las revistas de modas, que de los chismes sociales o de las intrigas políticas.<sup>6</sup>

Entonces veían al poeta recitar sus propias poesías o componer otras nuevas en honor de los concurrentes, y a veces, dialogaba con ellos sobre temas de interés general. Colaboraba además, en los principales periódicos de Guatemala como *El Imparcial*, *El Diario de Centroamérica* y *El correo de la tarde*. Este último era de carácter semioficial y lo redactaba Darío en calidad de Director-propietario, logrando reunir una plana de colaboradores de lo mejor de Hispanoamérica.<sup>7</sup>

<sup>4</sup> RUBÉN DARÍO, *Op. cit.*, p. 204.

<sup>5</sup> EDELBERTO TORRES, *Op. cit.*, pp. 519-532. Consúltese los dos trabajos de Evelyn Urrhan, Irving, "Rubén Darío in Guatemala", *Kentucky Foreign Language Quarterly*. Vol. X, núm. 1, 1963, pp. 14-19 y "Rubén Darío's first days in Guatemala", *Hispania*, Vol. XLVI (May 1963), pp. 319-322.

<sup>6</sup> E. GÓMEZ CARRILLO, *Treinta años de mi vida*. (Madrid: Libro 1, 1918), pp. 222-223.

<sup>7</sup> OTTO OLIVERA, "El Correo de la Tarde (1890-1891) de Rubén Darío". *Revista Iberoamericana*, Vol. XXXIII, núm. 64 (julio-diciembre 67), pp. 259-280.

Durante su primera permanencia en Guatemala, Rubén no tuvo que ver nada con Estrada Cabrera, aunque es muy posible que el poeta oyera su nombre, en un ambiente tan reducido como era el de la capital guatemalteca a fines del siglo XIX. Ya desde 1885 Cabrera era diputado, y al mismo tiempo desempeñaba la cartera de Gobernación y de Justicia durante la presidencia del General Reina Barrios. Al ser asesinado este último, el 8 de febrero de 1898, crimen del cual hacen responsable a Cabrera, éste ocupa la presidencia de la República. Luego la Asamblea Constituyente lo nombra presidente efectivo para el período de 1899-1905, y lo reeligen para el término siguiente de 1905 a 1911.

El 24 de octubre de 1902 hizo erupción el volcán Santa María, arruinando a Quetzaltenango, patria chica del dictador, y varios pueblos cercanos. Comarcas enteras fueron cubiertas de arena y ceniza, dejando por doquiera desolación y lágrimas entre los desparecidos moradores.

Mientras tanto Estrada Cabrera hacía sacar propaganda en todos los periódicos, con motivo de iniciarse las fiestas de Minerva el 27 de octubre de 1902. Para tal efecto daba órdenes a sus diplomáticos para que colaboraran difundiendo estas festividades en el extranjero. Arévalo Martínez comenta:

Era preciso celebrar las fiestas de Minerva, la glorificación del dictador, y fuerza era prescindir de los crespones de un duelo nacional para que triunfaran con dianas y regocijos las anuales minervalias. Mientras que Quetzaltenango, lugar de su nacimiento, lloraba ruinas y asolación, Cabrera recibía incienso y homenajes en paseos, revistas y festines.<sup>8</sup>

Y precisamente en ese año de 1902 dicha celebración alcanzó mayor esplendor: el templete erigido a la diosa en la capital guatemalteca luce en seguida, las calles están cubiertas de flores, se oye por doquier el ruido de los fuegos pirotécnicos que cubren el cielo en distintas partes de la ciudad, con luces de variados colores, y llega correspondencia de hombres destacados que glorifican las fiestas y ensalzan a su iniciador. Darío parece haber leído alabanzas al déspota, cuando más tarde comenta:

El presidente Estrada Cabrera aparece, al contemplársele sin prevenciones, desde lejos, como un intelectual amigo de los hombres

<sup>8</sup> RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ, *Ecce Pericles* (Guatemala: Tipografía Nacional, 1945), p. 67.

de pensamiento y de acción, y prácticamente interesado en asuntos que signifiquen brillo y progreso para su país... El presidente Estrada Cabrera ha creado las fiestas de Minerva, y dedicando especiales esfuerzos y estudios al problema de instrucción pública, con métodos e ideas modernas, y fomentando las artes y las ciencias, ha logrado un florecimiento intelectual apreciable ya."

Entre los que se dejan fascinar por la propaganda y envían felicitaciones al déspota, figuran Emilia Pardo Bazán, Teodoro Roosevelt, Porfirio Díaz, Bartolomé Mitre, José Santos Chocano, Miguel de Unamuno, Federico Gamboa, el Conde Romanones, Enrique Gómez Murillo, cónsul del dictador en Hamburgo, J. J. Palma, Federico Mistral, Max Nordeau. Lao-Tse, Gaspar Núñez de Arce, José Echegaray y otros más.

En todas partes aplauden al "Educador y Protector de la Juventud", y hay quien considera esta celebración como "la más alta, importante y simpática de las fiestas cívicas de América". Mientras tanto los maestros se ven obligados a vender sus nóminas a agiotistas inescrupulosos, y los niños en el período escolar carecen hasta de los libros y útiles más elementales de la enseñanza.<sup>9</sup>

Por esa misma época se presentaban disturbios en Centroamérica, y Estrada Cabrera había salido a pelear, ganándose varias batallas a sus vecinos. Nicaragua, la patria de Darío, se reservaba una actitud hostil contra Guatemala. Finalmente la guerra se terminó mediante la intervención de los Estados Unidos y del dictador Porfirio Díaz. Desde Madrid escribe Rubén varias cartas a su amigo el General José Santos Zelaya, presidente de Nicaragua. En una de ellas fechada el 15 de septiembre de 1908, luego de criticar a Chocano por fundar un periódico que sirve de incensario a Estrada Cabrera, critica la actitud del sátrapa guatemalteco:

Cabrera hizo un movimiento muy tonto hacia Porfirio Díaz, como para volverse amigo. Esto lo hace para demostrar a Root que puede arreglarse con México, pero aquí encontrará un carámbano de hielo.<sup>11</sup>

También en una correspondencia dirigida a un amigo suyo de Hamburgo, Herman Prowe, de fecha octubre del mismo año, ataca directamente a Estrada Cabrera por haber encarcelado a su cuñado, Ricardo Trigueros, tutor de su hijo Rubén Darío Contreras:

<sup>9</sup> RUBÉN DARÍO, *Prosa política* (Madrid: Editorial Mundo Latino, 1920), pp. 149-150.

<sup>10</sup> ARÉVALO MARTÍNEZ, *Op. cit.*, pp. 68-70.

<sup>11</sup> ALBERTO GHIRALDO, *El archivo de Rubén Darío* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1943), pp. 195-196.

No me ha causado gran asombro el que Ricardo haya tenido que pagar cuatro mil libras para conseguir su libertad... Atrocidades como ésta sólo las protege y ejecuta un hombre como Estrada Cabrera: pero lo principal es que se haya salvado Ricardo.<sup>12</sup>

El 3 de julio de 1908 muere doña Joaquina Cabrera, la madre del presidente. El déspota declaró duelo nacional los días comprendidos entre el 3 y el 11 del mismo mes, llevándose a cabo toda clase de honras fúnebres en su memoria.<sup>13</sup>

En 1915 Darío es invitado por el ministro guatemalteco en Washington, Don Joaquín Méndez, como huésped especial de Estrada Cabrera:

Y, por fin, animado por Máximo Soto Hall y el ministro de Guatemala en Washington, acepta la hospitalidad de Estrada Cabrera, a quien el poeta había denunciado años atrás por la política regresiva que costó dura cárcel al cuñado de Rafaela Contreras, señor Trigueros, que tanto cariño tuvo, muerto aquélla, por el hijo de Stella, Rubén Darío Contreras.<sup>14</sup>

El 20 de abril de 1915 Darío desembarca en Puerto Barrios, entre las ovaciones de una concurrencia nutrida de estudiantes, jóvenes literatos y residentes centroamericanos. Se hospeda en el Hotel Imperial, cuarto número 10. La prensa le da la bienvenida y el poeta en una entrevista para el *Diario de Centro América*, periódico del cual fuera colaborador, hace unas declaraciones elogiosas:

La labor de Estrada Cabrera es bastante conocida y se le hace justicia. Se sabe que él es un sincero campeón de la paz en Centroamérica. Se sabe que él es un brillante cultor de la instrucción popular. Se sabe que él es protector de la niñez, que auxilia al desvalido y estimula a la juventud; se sabe que para tal objeto creó las escuelas prácticas, fundó asilos, estableció rentas fijas para los hospitales, instaló academias y dio seguro apoyo a las escuelas profesionales, tanto la de Medicina y Farmacia como la de Abogacía y Notariado. La instaura-

<sup>12</sup> *Ibidem.* p. 468.

<sup>13</sup> Arévalo Martínez nos dice que Estrada Cabrera era hijo natural: "El 21 de noviembre de 1857, Joaquina Cabrera depositó a su hijo recién nacido, a la puerta de Pedro Estrada Monzón, porque le atribuía la paternidad". *Op. cit.*, p. 3.

<sup>14</sup> ANTONIO OLIVER-BELMÁS, *Este otro Rubén Darío*. (Barcelona: Editorial Aedos, 1960), p. 63.

ción de las fiestas de Minerva, dedicadas a la niñez y a la juventud estudiosa, honran al gobernante guatemalteco.<sup>15</sup>

Estrada Cabrera queda satisfecho por el momento con estas declaraciones del poeta, que viene enfermo desde Nueva York. Luego aprovechará este estado de aniquilamiento moral y físico, para exigirle mayores colaboraciones. Y al ver que empeora la salud del bardo, decide ofrecerle una de sus fincas como lugar de reposo, pero Darío rehusa dejar el hotel.

Allí se le ve en su cuarto, rodeado de intelectuales jóvenes de Guatemala: Flavio Herrera, Enrique Hidalgo, Arévalo Martínez y otros más. Y por las noches, gracias a la 'generosidad' del dictador, se rodea de invitados a su mesa, con quienes comparte las copas de whisky y de champaña.

La vida guatemalteca bajo la mano de Estrada Cabrera, mano civil de hierro ensangrentada, que fue más terrible que si hubiera llevado charreteras, gira alrededor suyo. Cabrera acalló todo espíritu libre, intimidándolo por el terror, y tiene al pueblo de Guatemala a sus pies celebrándole hasta los actos más insignificantes de su vida privada.<sup>16</sup> El 21 de agosto, por ejemplo es el aniversario del nacimiento de su madre, difunta ya, y la prensa capitalina congratula al déspota como si se tratase de una persona aún viva. A Darío le piden colaboración, y compone unos versos en su memoria ese mismo día 21 de agosto de 1915:

#### MATER ADMIRABILIS

*A Manuel Estrada Cabrera*

La que llegó, te dijo: "Hijo mío, esto es Bien  
y esto es Mal", señalándote la tiniebla y la luz.  
Te señaló la gloria del establo: Belén,  
y te enseñó el objeto de los puros: la Cruz.

Mas también te mostró a Palas con su lanza,  
cuando ya llevaba ella con sus siete puñales  
el fiel que te indicaba la celeste balanza,  
y es dar al Bien sus bienes, y es dar al Mal sus males.

<sup>15</sup> EDELBERTO TORRES, *Op. cit.*, pp. 486-487.

<sup>16</sup> JOSÉ E. ITURRIAGA: "El tirano en la América Latina", *Jornadas*, Colegio de México, núm. 15, p. 32.



Que desde la región donde está, la Señora  
 mantenga por tu suerte una estrella encendida,  
 y porque en el paisaje pinte una nueva aurora  
 la cola del Quetzal que impone nueva vida.<sup>17</sup>

Arévalo Martínez comenta esta actitud de Darío, al seguir el ejemplo de Chocano, a quien antes criticara el nicaragüense:

El poeta áulico José Santos Chocano la cantó bajo la advocación irreverente de "Mater Admirabilis" y a Rubén Darío se le sobornó el elogio poético a la memoria de la difunta, canto postrero de cisne inconsciente y moribundo dedicado a la más tierna y digna de las madres.<sup>18</sup>

Mientras tanto Estrada Cabrera acaba de desatar enorme propaganda en favor de su nueva reelección presidencial, y Darío presume que su nombre va a ser tomado para darle más gloria al tirano. Humillado de esta manera, y más triste que nunca, quiere buscar refugio en Buenos Aires, pero el dictador se niega a pagarle el pasaje y lo manda, en cambio, trasladar a una modesta casa, en señal de protesta por la actitud de Darío de abandonar el país.

Se reúne la convención liberal, que proclama la candidatura de Estrada Cabrera para el cuarto período, y se le pasa una invitación a Darío, que dada la postración en que está, no puede asistir a la reunión, pero da una credencial a Soto Hall para que lo represente, lleno de elogios para el sátrapa.

Pasa la convención y cree Darío estar en calma por algún tiempo, pero empiezan de nuevo la celebración de las fiestas de Minerva: Nery Fernández y Adán Vivas se le acercan pidiéndole que escriba una composición poética para dichas fiestas. Edelberto Torres comenta:

Días después lo interrogan sobre el mismo asunto, y les pregunta dominado por el temor:

—¿Y es preciso que todo el nombre de Manuel Estrada Cabrera aparezca en el poema?

—Sí, Rubén, es preciso que así sea para que el licenciado vea tu buena voluntad.

Al cabo encuentra un modo de salir de tan serio apuro: Arévalo Martínez le hará el poema. Demanda de éste esa colaboración:

<sup>17</sup> RUBÉN DARÍO, *Poesías completas*. (Madrid: Edición de Méndez Plancarte, Aguilar 1961), p. 1261.

<sup>18</sup> ARÉVALO MARTÍNEZ. *Op. cit.* p. 217.

—Hágame usted esos versos para Estrada Cabrera; yo no sé hacer gacetillas en verso.

—Yo tampoco —contesta el de las *Rosas de Engaldi*.

Accede por fin y da el poema "Palas Atenea" al *Diario de Centro América*, que lo publica el 3 de noviembre, en la edición extraordinaria consagrada a la gran farsa minervina. Adán Vivas lo lee en el Templo de Minerva ante Estrada Cabrera y su mundo de cortesanos.<sup>10</sup>

He aquí algunas estrofas de esta composición:

Aquí reapareció la austera,  
la gran Minerva luminosa;  
su diestra alzó la diosa aptera,  
y movió el gesto de la diosa  
la mano de Estrada Cabrera.  
Ya su voz regeneradora  
se oyera cuando hacia el Atlántico  
vibró como en glorioso cántico  
la voz de la locomotora.

Y al final del Canto III vuelve a mencionar su nombre, tal como se lo habían sugerido los amigos del dictador:

Así avanza la mensajera  
de la luz por la selva fiera  
de nuestra América Central. . .  
y saluda a Estrada Cabrera  
con la blanca y azul bandera  
en donde brilla y reverbera  
la copa de iris del Quetzal.

Estos versos fueron escritos, según Méndez Plancarte, en el mes de octubre de 1915. Y entonces los mismos guatemaltecos que lo habían recibido calurosamente, lo acusaban de gozar de los privilegios del déspota:

Y fue uno de los áulicos del tirano, el cual supo compensarle generosamente los elogios. Me refiere un amigo que el Presidente le pagaba la cuenta del hotel y le hacía regalos opulentos. Un día le envió una caja de vino de las mejores marcas y el bardo se la cambió al administrador del Hotel Imperial por unas botellas de aguardiente (gua-

<sup>10</sup> EDELBERTO TORRES, *Op. cit.*, pp. 490-491.

ro), porque decía que no podía digerir los brebajes que le enviaba Estrada Cabrera.<sup>20</sup>

No sabemos si Darío escribió otros poemas laudatorios en esta última visita a Guatemala. Según Thomas B. Irving, "Canción de otoño a la entrada del invierno" parece aludir a este episodio cuando sugiere:

En su campo me fui a pacer  
y a ser el "asno" del amigo...  
¡Ya tengo miedo de querer!<sup>21</sup>

Rosario Murillo, su segunda esposa, de quien tratara el poeta de huir de toda oportunidad de conciliación y unión, viene a Guatemala y se lleva al poeta enfermo a su patria natal, donde muere en 1916.

En ese mismo año de 1916 se piensa en levantar un monumento a Rubén Darío en París, y los primeros mil francos vienen de Guatemala, de parte de Estrada Cabrera.

Y hasta después de muerto Darío, el dictador guatemalteco quería asociar su nombre con el poeta más eximio que ha dado la América española, como lo podemos ver en estas líneas que escribe E. Gómez Carrillo, representante diplomático de Estrada Cabrera y antiguo amigo de Darío:

La entrañable amistad que unió al gran poeta y al gran político ha sugerido a uno de los miembros del Comité de París la idea de unir en la inscripción del monumento el nombre de Estrada Cabrera al nombre de Rubén Darío. En todo caso, la historia no los separará, y las futuras generaciones americanas tendrán siempre presente la imagen de un jefe de Estado que supo tender la mano, no con "gesto" de protector, sino con cariño fraternal, a un poeta sin fortuna.<sup>22</sup>

¡Qué suerte nefasta la de Darío al tener que depender, hasta después de su muerte, de personajes que en el fondo detestaba, pero que se aprovecharon de la constante necesidad del poeta-niño de ser protegido, y de sus dificultades económicas que nunca le faltaron!

<sup>20</sup> PEDRO A. GÓMEZ NARANJO, "Rubén Darío en Guatemala", *Revista de América*, Bogotá: Vol. VII, núm. 20 (agosto de 1946), pp. 220-224.

<sup>21</sup> THOMAS BALENTINE IRVING, "Darío y la patria", *Revista Universidad de San Carlos*. Guatemala: Vol. XLIII, 1957, pp. 108-109.

<sup>22</sup> E. GÓMEZ CARRILLO, "El monumento a Rubén Darío. Una hermosa carta de Estrada Cabrera", *Las novedades* (Nueva York, domingo 8 de octubre de 1916, núm. 1700).

## TRIPTICO EN LA REVOLUCION MEXICANA\*

Por Jesús SILVA HERZOG

*Los dioses tenían sed*

Aquí se impone una breve digresión acerca de la tergiversación de las palabras. Me limito a unos cuantos ejemplos: Los del movimiento de liberación en Vietnam y los de Vietnam del Norte que defienden su patria son llamados agresores por los norteamericanos; y ellos, precisamente los agresores se llaman a sí mismos libertadores. Cuando en Punta del Este la Organización de los Estados Americanos rompió relaciones con Cuba por ser su régimen contrario a las democracias representativas, se mintió con cinismo al considerar democracias a gobiernos dictatoriales como el de los Somoza en Nicaragua y el de Stroessner en Paraguay. Pero la palabra revolución ha sido la más tergiversada. El gorila Onganía en Argentina se adueña del poder derrocando al presidente legítimo y llama revolución a su cuartelazo y lo mismo hacen y dicen los gorilas brasileños.

No, una revolución es un movimiento popular violento cuando se han agotado los medios pacíficos para transformar las estructuras económicas, sociales y políticas; es, por otra parte, la sustitución de una clase en el poder por otra clase social. Ejemplos clásicos: la Revolución Francesa, la Revolución Rusa y en gran medida también la Revolución Mexicana.

Yo he dividido la Revolución Mexicana en tres etapas: la maderista, la constitucionalista y la de la lucha de las facciones. La primera duró seis meses y no puede decirse que haya sido sangrienta: buen número de escaramuzas y dos únicas batallas. Se transó con el gobierno porfirista y ni siquiera se rompió el orden constitucional. En cambio, la Revolución en la etapa constitucionalista y en la lucha de las facciones, de marzo de 1913 a fines de 1915, fue enconada, sangrienta, casi salvaje en que se desbor-

<sup>1</sup> Del libro en prensa "Mis trabajos y los años. Una vida en la vida de México".

laron las pasiones y el odio. Muertos en los campos de batalla, muertos por el hambre y las epidemias; y los dioses sedientos bebieron insaciables la sangre de un millón de mexicanos.

Los primeros revolucionarios que entraron a San Luis Potosí en junio de 1914 fueron los del general Alberto Carrera Torres, que había venido operando por el sur de Tamaulipas y el oriente de San Luis. Luego entró la brigada del general Eulalio Gutiérrez, perteneciente a la división del noreste comandada por el general Pablo González. Unos cuantos días después hubo un mitin en el Teatro de la Paz al que asistí con algunos amigos. Hablaron cuatro o cinco jóvenes oradores sobre el contenido y los ideales de la revolución constitucionalista. Entre ellos recuerdo a los tenientes coroneles Marciano González y Guillermo Castillo Tapia, oradores fogosos que avivaron en mí el morbo revolucionario. Decidí desde aquellos momentos sumarme a la Revolución.

En mi ciudad había 3 diarios: "El Estandarte", dirigido por el licenciado Primo Feliciano Velázquez; "El Contemporáneo", dirigido por el profesor Bartolo Guardiola, y "El Eco de San Luis", dirigido por el librero español Manuel Sancho. Estos periódicos, unos más otros menos, se habían mostrado contrarios a la Revolución e inevitablemente dejaron de publicarse al ocupar la plaza el general Gutiérrez, nombrado gobernador y comandante militar del Estado por don Venustiano Carranza, jefe supremo del Constitucionalismo. Desde luego apareció "El Demócrata", dirigido por el señor Rafael Mendoza Vizcaino. Fui a verlo para ofrecerle mis servicios e inmediatamente me nombró reportero. En "El Demócrata" hice mis pinitos de periodista y escribí mis dos primeros artículos.

Mi trabajo reporteril me relacionó con los generales Eulalio Gutiérrez, Luis Gutiérrez, Herminio Alvarez, con los coroneles Matías Ramos, Ignacio Ramos y Vicente Dávila, este último jefe del Estado Mayor de la brigada, así como también con los jóvenes oficiales allegados a sus jefes. Con todos tuve desde luego relaciones amistosas. Al general Eulalio Gutiérrez le caí tan bien que a principios de septiembre me invitó a que lo acompañara a una expedición al oriente del Estado.

En el ínterin los periodistas Ernesto Ocampo Herrera y Cairo, Rodrigo del Corte y Zeferino M. Mares, fundaron el diario "Re-rendición". Me invitaron a colaborar con ellos y acepté, separándome de "El Demócrata".

El primer punto que tocamos —vuelvo a lo de la expedición— fue la Estación de Cárdenas. Unas 200 personas se reunieron para vitorear al general Gutiérrez y al coronel Saturnino Cedillo que iba con nosotros. Gutiérrez era un hombre alto, fornido, de tez blanca, vestía siempre de paisano y nunca usaba corbata. Entiendo que había trabajado en las minas de Concepción del Oro. Sabía leer y escribir bien y su cultura no creo que pasara de la lectura de periódicos y de unos cuantos libros; un revolucionario auténtico, muy radical, cleróforo y a veces cruel; mas era hombre de ideales, movido por el propósito de mejorar la vida de las grandes masas de la población. Saturnino Cedillo, oriundo de la congregación de Palomas, mestizo, más bien alto, vestía de charro y apenas sabía leer y escribir, poco menos que analfabeto.

La multitud reunida en la estación le pidió a Gutiérrez que les dirigiese la palabra, cosa que no sabía hacer. Me pidió que hablara a su nombre y yo me lancé con un discurso demagógico que les gustó y aplaudieron.

Luego fuimos en automóvil a Ciudad del Maíz. Allí hice otro discurso a nombre del coronel Cedillo ante la multitud reunida en la plaza principal. Después por unos caminos endiablidamente malos llegamos a la población de Rioverde, donde se presentó una comisión a quejarse con el gobernador y comandante militar de las tropelías y crímenes del general Adalberto de Avila. Hablaron de sus latrocinios y asesinatos y contaron que tenía la costumbre de pasear a sus víctimas por las calles de los pueblos que ocupaba haciendo que una música les tocara dos veces "Las Golondrinas"; y luego, el paredón.

Ya en San Luis escribí en "Redención" un artículo contra Adalberto de Avila, el cual terminaba diciendo que no se había incorporado a la Revolución por ideales sino sólo por satisfacer sus brutales instintos de antropopiteco. Al día siguiente fue a verme su hermano Alejandro para pedirme que rectificara. Le dije que no lo haría porque lo que había escrito era la verdad. Confieso que no viví del todo tranquilo hasta cuando después de algunos meses supe que De Avila había sido muerto en una emboscada que le tendieron sus enemigos.

Un domingo de septiembre como a las 3 de la tarde fue a buscarme a mi casa un capitán del Estado Mayor de Gutiérrez. Me dijo que el general le pidió que me llevara para que dirigiera la palabra a los oficiales de su brigada, quienes en esos momentos se hallaban reunidos en una comida que les ofrecía. Acepté la invitación y llegué con el capitán al lugar del banquete. Yo iba vestido con un traje negro elegante y usaba entonces bombín. Advertí

desde luego que la mayor parte de los jefes y oficiales estaban borrachos. Al pararme en una silla para hablar se inició una endemoniada gritería: que se baje ese científico, abajo ese científico; y comenzaron a arrojarme bolillos, pasándome cada vez más cerca de la cabeza. Monté en cólera y les grité: yo no vengo a hacerles la barba hijos de la... vengo porque me lo ha pedido el general Gutiérrez. Aquella insolencia que les lancé surtió efecto inmediato. Se callaron y yo dije mi discursillo. Al terminar me aplaudieron.

**E**N las revoluciones cuando lo son de verdad, se mezclan el bien y el mal, los ideales y el crimen; son algo así como un torbellino, como un viento huracanado que derriba lo que está de pie y suele levantar lo más bajo y aún la basura de los muladares; destruye, transforma, después construye y crea formas nuevas de convivencia social. Todo esto fue lo que presencié en la ciudad donde nací durante largos meses. Algo semejante pasó en otras ciudades de la República.

Al llegar los constitucionalistas entre junio y julio de 1914 y los villistas a fines de enero de 1915, lo primero que hicieron fue ocupar las casas de los ricos que habían huido a la ciudad de México temerosos de sufrir atropellos. Los que las ocuparon fueron los jefes y en algunos casos los oficiales. Algunos villistas antes de marchar rumbo a Tampico desprendieron las pinturas de los marcos de la valiosísima galería del Palacio Episcopal, traída por el obispo Montes de Oca y Obregón de sus frecuentes viajes a Europa. Cuentan que decían: para venderlas a los gringos; nada más que no pudieron vendérselas porque fueron detenidos en El Ebano por las fuerzas carrancistas al mando del general Jacinto B. Treviño. Y esas obras de arte de seguro pintadas por grandes artistas, quedaron sepultadas en el lodo de las trincheras o destruidas en los azares de los combates.

A los comerciantes o personas adineradas que no habían escapado se les exigían préstamos forzosos con amenaza de muerte. En algunos casos se cumplía la amenaza. Recuerdo el caso de un comerciante español, Narciso García, asesinado por órdenes del general Tomás R. Urbina en marzo de 1915, por no haber reunido el dinero que se le pedía.

En San Luis Potosí había alrededor de 60 sacerdotes. El general Eulalio Gutiérrez dijo que con uno bastaba y al resto los metió en unas góndolas del ferrocarril y los mandó a Estados Unidos

por Laredo, Texas. Vi al rector del Seminario, un viejo gordo de 60 años, obligado por un tenientillo y sus soldados a sacar durante dos horas agua de un pozo, simplemente para humillarlo.

Ahora bien, los señores José María Espinosa y Cuevas, su hermano Javier, Agustín Mayo Barrenechea y otra persona importante cuyo nombre escapa a mi memoria, fueron encarcelados poco después de la entrada de los revolucionarios a San Luis. Los Espinosa y Cuevas —ya lo dije en otro capítulo— eran los dueños de la Hacienda de la Angostura, que colindaba con las tierras comunales de Palomas, la cuna de los hermanos Cedillo. Agustín Mayo Barrenechea era un joven abogado que había publicacdo dos o tres artículos contrarrevolucionarios en algún periódico local.

Un mal día como a las 3 de la tarde, alguien fue a decirme que sabía que iban a fusilar a los Espinosa y Cuevas y a los otros dos presos. Inmediatamente me fui a la casa que ocupaba el general Gutiérrez, precisamente la de Javier Espinosa y Cuevas. Lo encontré jugando billar muy tranquilo y le pregunté si era cierto la noticia que me habían dado. Me contestó que no sabía nada. Su respuesta no me satisfizo y resolví dirigirme a la Penitenciaría. Al llegar a la calle de Zaragoza advertí que unas cuantas gentes seguían un carretón tirado por una mula. Espectáculo macabro: venían los cadáveres de Javier Espinosa y Cuevas y de Agustín Mayo Barrenechea, casi desnudos y golpeándose las cabezas al dar el carrito pequeños saltos sobre el adoquín. Los llevaban a enterrar al Panteón del Saucito. Fue un crimen que conmóvió a la ciudad. Se dijo que Espinosa y Cuevas había sido asesinado por haberlo exigido los Cedillo.

Todo aquello lastimaba y hería mi sensibilidad. Sin embargo, estaba ya saturado del espíritu de la Revolución y me movían los ideales que justificaban la tremenda pugna. Además había mucho positivo. El general Eulalio Gutiérrez expidió un decreto importantísimo el 15 de septiembre de 1914. En dicho decreto se señala un salario mínimo para toda clase de trabajadores; se establece la jornada máxima de nueve horas; se suprimen las tiendas de raya; se proscriben las deudas de los peones, y se dictan una serie de disposiciones tendientes a mejorar su nivel de vida. Por otro lado, se ordena en el decreto la organización del Departamento del Trabajo en el Estado, con objeto de resolver los problemas de los trabajadores de las fincas rústicas, de las minas y de las industrias de transformación. Así, poco a poco fueron dándose los primeros pasos para realizar las aspiraciones de los proletarios de las ciudades y de los campos, oprimidos y explotados secularmente.



EN el campo contrario a los revolucionarios constitucionalistas estaba el general Victoriano Huerta y el ejército federal heredado del porfirismo. Durante su dominio fueron asesinados don Francisco I. Madero, el licenciado José María Pino Suárez, Gustavo Madero, Adolfo Bassó, el general maderista Gabriel Hernández, el senador Belisario Domínguez, los diputados Serapio Rendón, Edmundo Pastelín y Adolfo G. Gurrión, el gobernador Abraham González, el periodista nicaragüense Solón Argüello y muchas otras personas desafectas al gobierno espurio. Los gobernadores maderistas fueron sustituidos por generales y coroneles que también hicieron lo suyo; y en la lucha salpicada de sangre, los federales mandados por generales de academia cometieron a su vez arbitrariedades, injusticias, crímenes difíciles de calificar con el agravante de que carecían de ideales y se hallaban al servicio de un ebrio consuetudinario y traidor.

En hechos históricos semejantes a la Revolución Mexicana los hombres suelen perder su calidad humana y volverse bestias carniceras. Las revoluciones son necesarias en determinados momentos históricos, son el único medio para marchar hacia adelante y abrir las puertas del porvenir.

#### *Un fracaso de buenas intenciones*

EL general Francisco Villa y todos los generales de la División del Norte, enviaron un telegrama a México a don Venustiano Carranza con fecha 22 de septiembre de 1914, desconociéndolo como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión. Mientras tanto Carranza había convocado a una convención de todos los jefes revolucionarios que debía tener lugar en la capital de la República a partir del 10. de octubre para elaborar el programa de la Revolución. Claramente se advertía que los revolucionarios victoriosos al destruir al régimen huertista, se habían dividido en tres facciones: constitucionalistas, villistas y zapatistas. La continuación de la guerra civil parecía inevitable.

El 26 de septiembre al atardecer llegamos a Aguascalientes con el general Eulalio Gutiérrez, dos oficiales de su Estado Mayor y yo como representante del diario "Redención". Gutiérrez debía asistir a una junta de varios jefes villistas y constitucionalistas.

Al salir de mi cuarto del Hotel Washington el día 27 a las 9 de la mañana, vi en el patio del hotel al general Alvaro Obregón, al general Eulalio Gutiérrez y otros militares. Al acercarme a ellos —yo siempre anduve de paisano— el general Gutiérrez me pre-

sentó a Obregón y le estreché la mano. El me dijo: ¿Usted es periodista? ¿Y en qué lo conoce?, inquirió Gutiérrez. El divisionario respondió con agudeza: en que tiene la mano blanda de tanto mentir. El chiste fue celebrado. Yo me dije: éste no quiere a los periodistas y a lo mejor no le falta razón.

Ese día 27 se celebró en el Jardín de San Marcos una comida-junta entre los generales villistas José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides y los generales constitucionalistas Alvaro Obregón, Eulalio Gutiérrez, Eduardo Hay, Ramón F. Iturbe y Martín Triana. En esa reunión se resolvió proponer que la convención de México se trasladara a Aguascalientes considerándola zona neutral.

En efecto, la Convención convocada por el Primer Jefe, a la cual asistieron solamente representantes del constitucionalismo, sesionó únicamente durante 4 días a fin de continuar las deliberaciones en la población arriba mencionada.

El 10 de octubre se inauguró la Convención en el Teatro Morelos. Todos los delegados eran generales o representantes de generales. Al día siguiente se declaró soberana y todos firmaron sobre la bandera nacional cumplir y hacer cumplir los acuerdos que de ella emanaran. Los delegados eran constitucionalistas y villistas, algo más de 100 personas. Al principio reinaba el optimismo y se creía que las dificultades existentes serían resueltas y que de aquellas reuniones saldría el programa de la Revolución de conformidad con las aspiraciones populares. El general Antonio I. Villarreal fue nombrado presidente de la Convención.

El 16 de octubre por la tarde Villa llegó a la ciudad inesperadamente, el 17 se presentó a la Asamblea, dio un abrazo al general Obregón mismo a quien hacía unas cuantas semanas estuvo a punto de fusilar en la ciudad de Chihuahua. Luego firmó en la bandera y pronunció un mal hilvanado discurso que no pudo concluir porque estaba emocionado y los sollozos ahogaron sus palabras. Debo aclarar que todo lo que estoy refiriendo lo presencié.

Al día siguiente se nombraron dos importantes comisiones. La primera para invitar a ir a Aguascalientes al C. Primer Jefe y la segunda para que hiciera lo mismo con el general Zapata. Aquella estaba formada por los generales Obregón, Castro y Chao y ésta la presidía el general Felipe Angeles. Un delegado tomó la palabra para decir que consideraba que podría peligrar la vida de Angeles, ya que durante el gobierno del señor Madero había sido jefe de las operaciones contra los zapatistas. El general Angeles replicó: sé que corro algún riesgo, puedo tener miedo; mas el valor consiste en vencerlo.

El Primer Jefe declinó en su respuesta la invitación que se le

había hecho, renunciando condicionalmente al poder. Decía que estaba dispuesto a dejarlo, siempre que Villa y Zapata se retiraran también a la vida privada y se estableciera un gobierno preconstitucional encargado de realizar las reformas políticas y sociales que necesitaba el país.

El general Emiliano Zapata nombró una numerosa delegación formada por alrededor de 20 personas, entre quienes figuraban el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, el periodista Paulino Martínez y los generales Juan Banderas y Alfredo Serratos.

La delegación zapatista llegó a Aguascalientes el 24 de octubre y el 27 asistieron por primera vez a las sesiones. A nombre de ella subió a la tribuna el licenciado Soto y Gama para dirigir la palabra a los convencionistas. Comenzó atacando a don Venustiano Carranza, cuya personalidad había sido respetada en todas las sesiones anteriores, aun por los representantes de la División del Norte. Aquellos ataques no cayeron bien y hubo siseos y uno que otro grito de desaprobación. Luego el orador se pitorreó de los que firmaron en la bandera nacional comprometiéndose a cumplir y hacer cumplir los acuerdos que emanaran de la Convención. La bandera estaba colocada precisamente en la tribuna. Soto y Gama en un arranque oratorio cogió con la mano derecha la enseña nacional, la estrujó y dijo textualmente: "ésta es una piltrafa, un guiñapo inútil y ridículo". Estallaron ruidosas las manifestaciones de protesta: gritos, insultos, amenazas. Algunos delegados sacaron las pistolas. En medio del tumulto los general Eduardo Hay y Mateo Almanza, de pie entre el proscenio y las lunetas gritaban: calma, calma, las palabras se combaten con las palabras y las ideas con las ideas; calma señores, calma... La calma se hizo al fin. Mientras tanto el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama permaneció inmóvil en la tribuna con los brazos cruzados sobre el pecho. Reanudó su discurso con pasmosa serenidad. Fue siempre un gran orador parlamentario. Diez minutos después aquella muchedumbre antes irritada lo aplaudía entusiasta. En aquellos momentos recordé mi reciente lectura del conocido libro de Gustavo Le Bon titulado "Psicología de las multitudes".

Es necesario aclarar que la delegación zapatista no tenía poderes de su jefe para votar en las resoluciones de la asamblea, de suerte que participaban en las discusiones sin adquirir ningún compromiso.

En una larga sesión del día 30 o 31 se leyó el dictamen relativo al escrito de don Venustiano que había sido turnado a las Comisiones de Guerra y Gobernación formadas por los delegados Angeles, Obregón, Miguel A. Peralta, García Aragón, Martín Es-

pinosa y Eulalio Gutiérrez. Dicho dictamen fue aprobado después de amplísimas y largas discusiones. Los puntos trascendentales que contenía cabe resumirlos así:

Primero: Cesa como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión el C. Venustiano Carranza, a quien se le otorga el grado de general de división con antigüedad del Plan de Guadalupe.

Segundo: Cesa el general Francisco Villa como jefe de la División del Norte.

Tercero: Nómbrase un presidente provisional por veinte días mientras se traslada la Soberana Convención a la capital de la República y el general Emiliano Zapata manda un delegado debidamente autorizado.

Don Venustiano Carranza no hizo caso del cese y el 2 de noviembre partió de la capital de la República a Veracruz, donde estableció su gobierno. El general Francisco Villa simuló entregar el mando de la División del Norte, pero continuó despachando y dando órdenes desde su despacho instalado en un carro de ferrocarril. La Convención eligió al general Eulalio Gutiérrez presidente provisional por 20 días mientras la Soberana Convención se trasladaba a la capital de la República. A la mañana siguiente a su designación lo encontré en el patio del Hotel Washington rodeado de varias personas. Alguien estaba tomándolo en película. Me acerqué a él para felicitarlo estrechando su mano. Me dijo muy contento: "la historia no podrá dejar de decir que he sido Presidente de la República".

Ante la actitud de Carranza el general Villa fue nombrado jefe supremo de las fuerzas de la Convención, iniciándose desde luego el avance sobre México.

Probablemente el 4 o 5 de noviembre el general Eulalio Gutiérrez invitó a varias personas, entre ellas a mí, a acompañarlo a la ciudad de León para conferenciar con Villa. Entre los invitados recuerdo al general Juan Cabral, al general Luis F. Domínguez y al teniente coronel Guillermo Castillo Tapia. Creo que hicimos algo más de 10 horas en ferrocarril de Aguascalientes a León, a causa de que la vía estaba frecuentemente bloqueada por trenes militares que avanzaban lentamente hacia el sur.

Ya en León el general Gutiérrez me pidió que lo acompañara al carro de ferrocarril donde despachaba Villa. Nos recibió en un pequeño despacho. Gutiérrez me presentó con él. El famoso guerrillero se me quedó viendo con una mirada que sentí como puñales que se clavaban en mis pupilas. Los dos generales conversaron acerca de la campaña. Advertí que Villa no sabía hablar bien es-

pañol, a cada momento pronunciaba mal las palabras a la manera de nuestros rancheros analfabetos. Recuerdo que al final de la conversación dijo: "Mañana en la mañana estamos en Silado".

Los convencionistas celebraron una sesión en San Luis Potosí. Al terminar se citaron para sesionar en México. Mientras tanto la División del Norte avanzaba hacia el sur casi sin combatir, pues los leales a don Venustiano se retiraban sin oponer seria resistencia.

Con el presidente Gutiérrez salimos por tren de San Luis a Querétaro varias personas, entre ellas el licenciado José Vasconcelos, que se había adherido a la Convención. Vasconcelos y Heriberto Frías habían sido encarcelados en México por su oposición a Carranza y puestos en libertad posteriormente por órdenes de la Convención. En Querétaro tuvimos que esperar la toma de la capital por las fuerzas convencionistas.

Al evacuar la capital las fuerzas carrancistas de la retaguardia los primeros que entraron fueron los zapatistas, dando toda clase de garantías a los habitantes. Luego llegó la vanguardia del ejército comandado por el general Francisco Villa. El 6 de diciembre de 1914 los generales Eulalio Gutiérrez, Francisco Villa y Emiliano Zapata, presenciaron desde el balcón central de Palacio Nacional el desfile de la poderosa División del Norte consistente en 40 000 hombres, perfectamente equipada y disciplinada. Los capitalinos la aplaudieron y vitorearon, siempre dispuestos a recibir con entusiasmo a los triunfadores.

Se cuenta que después del desfile pasó el triunvirato acompañado de varios jefes y oficiales al salón destinado a Consejo de Ministros. El salón tiene una mesa extensa, sillas alrededor y en la cabecera un sillón con un águila en el respaldo destinada al Presidente de la República. Villa al descubrir el sillón, se apresuró a ocuparlo. ¿Qué sugiere esto al lector avisado y con algunas nociones de menesteres psicológicos?

Estuve en México desde el 4 de diciembre de 1914 hasta el 12 de enero de 1915. Al general Eulalio Gutiérrez se le prorrogó por tiempo no determinado el nombramiento de Presidente Provisional de la República. Empero, los villistas sólo obedecían a sus jefes directos y lo mismo los zapatistas. Muy a menudo se oían balaceras en distintos rumbos de la ciudad: los soldados del general Fulano se agarraban a tiros con cualquier pretexto contra los del general Zutano. No había plena seguridad sobre todo durante la noche. El licenciado José Vasconcelos, Secretario de Educación nombrado por Gutiérrez tenía que tomar precauciones para defender su vida.

porque se había declarado su enemigo el general zapatista Manuel Palafox, y algo semejante le ocurría al licenciado Manuel Rivas, secretario particular del Presidente. El periodista Paulino Martínez, gente de Zapata, y el teniente coronel David G. Berlanga, de la División del Noreste, fueron asesinados por órdenes de Rodolfo Fierro, feroz lugarteniente de Villa. La confusión y el desorden imperaban en la capital.

Un día a mediados de diciembre como a las 11 de la mañana llegó el general Francisco Villa al Hotel Palacio para recibir instrucciones de Gutiérrez. Al salir de su acuerdo se fijó en la señorita cajera, una chica muy guapa como de 22 años. Villa se detuvo frente a ella diciéndole: "Oiga chula, a la tarde vengo por usted".

Efectivamente, en la tarde llegó Villa para cumplir su promesa... La joven no estaba. En su lugar se hallaba una señora otoñal todavía hermosa, de nacionalidad francesa, esposa del administrador del hotel. Villa se contrarió al no encontrar a la joven y llevado por sus impulsos se llevó a la señora. La escena de la mañana yo la presencié; la de la tarde me la contaron. El hecho provocó cierto escándalo y hubo una reclamación del ministro de Francia. Sin embargo, las cosas no llegaron a mayores.

Días después el general Gutiérrez ocupó el palacio Braniff, un edificio de dos pisos que se hallaba en el Paseo de la Reforma. No recuerdo si fue en los últimos días de diciembre o en los primeros de enero, cuando alrededor de las 2 de la tarde, 2 000 hombres de caballería de la División del Norte rodearon el edificio. Villa con algunos oficiales subió al salón en que despachaba el Presidente e indignado le dijo a Gutiérrez que sabía que trataba de traicionarlo. Hubo cambio de palabras nada comedidas. Abundaron las insolencias entre aquellos dos hombres no del todo civilizados. Poco a poco se fueron calmando los ánimos después de las explicaciones de una y otra parte. Aparentemente se resolvió el conflicto y se despidieron amigablemente. El Centauro del Norte, como lo llamaran los nortamericanos, bajó las escaleras y al salir dio órdenes para que se retirara la tropa.

Yo llegué a la improvisada residencia presidencial 4 horas más tarde en busca de noticias. El teniente coronel Elpidio Martínez, jefe del Estado Mayor, me contó lo que refiero en el párrafo anterior.

La situación no tenía remedio. Villa era ingobernable. En lugar de acatar las órdenes de avanzar sobre Veracruz se marchó al Estado de Chihuahua. El presidente Gutiérrez concibió el plan de formar una nueva facción con 20 000 hombres de Lucio Blanco, su propia brigada y las brigadas de los generales villistas Eugenio

Aguirre Benavides y José Isabel Robles. Además concebía la esperanza de atraerse al general Alvaro Obregón que se hallaba en Puebla, para lo cual le mandó un escrito con el mayor Contreras. Esto último me consta porque me lo dijo el comisionado momentos antes de salir de México.

Yo había venido a México con mis compañeros del diario "Redención" para hacer un periódico en la capital. Nos hicimos de una buena imprenta de no recuerdo qué periódico carrancista y pronto aparecieron los primeros números de "El Universal". El general Gutiérrez me tenía absoluta confianza y me dio a conocer sus planes. Me pidió que me fuera a San Luis Potosí, donde establecería su centro de operaciones y donde se hallaban ya parte de las fuerzas de Lucio Blanco y las del general Herminio Alvarez. La idea era de que yo dirigiera un periódico en aquella ciudad; y como antes lo apunté, el 12 de enero tomé el tren rumbo al norte.

Vino la "débâcle". El general Manuel Chao, que había sido invitado a participar en la nueva facción, denunció los planes al general Villa, que se dejó venir de Ciudad Juárez a México con 8 trenes militares. Obviamente Gutiérrez no podía esperarlo. El 15 de enero salió de la capital con unos cuantos cientos de soldados leales a su persona, dejando pegado en las paredes de casas y edificios un manifiesto explicando su conducta, manifiesto redactado por José Vasconcelos. Semanas después fue herido en un combate y se rindió a Carranza que lo amnistió.

Mientras tanto en San Luis Potosí las fuerzas del general Herminio Alvarez salieron en varios trenes militares rumbo al norte y las fuerzas de Lucio Blanco rumbo al sur, siendo derrotadas cerca de la Estación de San Felipe por las fuerzas al mando del general villista Abel B. Serratos. La plaza de San Luis Potosí fue ocupada por los villistas.

Me quedé completamente desconectado y resolví quedarme quieto en mi terruño. Los villistas no se ocuparon de mí seguramente por mi poquísima significación o quizá también porque el jefe político Aurelio Cortés, había sido amigo de mi padre y su familia y la mía tenían desde hacía muchos años relaciones amistosas. No sospeché entonces que después de unos cuantos meses me amenazaría la mujer inviolada con su guadaña incansable, segadora de vidas a través de los siglos y milenios.

### *La ronda de la muerte*

**E**N la segunda quincena de julio de 1915 llegó victorioso a San Luis Potosí el general Alvaro Obregón, después de haber derrotado

a Villa en cuatro grandes batallas: dos en Celaya; una cerca de León, donde Obregón fue herido al explotar una granada que le causó la pérdida de un brazo y la última en los alrededores de Aguascalientes. La poderosa División del Norte fue casi aniquilada y ya no pudo rehacerse.

Una tarde yo estaba sentado en una banca con dos o tres amigos en la Plaza de Armas frente al hotel en que se hospedaba el divisionario sonoreense. En eso llegó una manifestación de unas 200 personas. Se detuvo frente al hotel vitoreando al general Obregón, quien luego salió al balcón a saludar a los manifestantes. Comenzaron los discursos elogiosos, excesivos, serviles, indignos.

Yo tenía cierta fama de orador. Alguno de los manifestantes advirtió mi presencia y gritó: que hable Silva Herzog; otros hicieron coro. Me había molestado el derroche de incienso. Acepté irreflexivamente sin pensar en mi "pecado" de haber sido convencionista. Me paré en la silla que traían los manifestantes y comencé diciendo: yo no vengo a alabar a los triunfadores, a los que han entrado a la plaza amparados por los clarines de la victoria. No sé cuántas cosas más dije en actitud desafiante. Recuerdo muy bien que terminé —imprudencia inaudita— afirmando que el pueblo había sido engañado en todas las revoluciones; que si don Venustiano Carranza no cumplía sus compromisos con el pueblo, el pueblo debía combatirlo; que si el general Obregón aquí presente, no cumple sus compromisos con el pueblo, el pueblo debe combatirlo y que como dice un escritor sudamericano (cita de José María Vargas Vila) "si los dioses se ponen de lado del crimen hay que combatir contra los dioses". Bajé de la silla entre siseos, silbidos y gritos de desaprobación. Indudablemente fui inoportuno, imprudente y temerario.

Por aquellos días el periodista Zeferino M. Mares y yo comenzamos a publicar un pequeño diario bajo el nombre de "Patria". Muy luego supe que un tal Leonardo Arizmendi, que había sido amigo mío de infancia, me acusaba de enemigo de los carrancistas. El había sido el organizador de la manifestación en honor del general Obregón y le había molestado mi discurso.

Pensé que lo mejor era hablar francamente con el general Gabriel Gavira, gobernador y comandante militar del Estado. Fui a verlo y le dije: yo fui convencionista, anduve con el general Eulalio Gutiérrez y perdimos; pero soy revolucionario y he luchado, luchó y lucharé por la transformación de la patria, por mejorar la vida de nuestro pueblo; soy un hombre de ideales, señor general. Gavira era un hombre de algo más de 50 años, mediana estatura y pelo y bigote entrecanos. Con voz firme y levemente solemne



me contestó: déme un abrazo joven. La Revolución necesita hombres sinceros y valientes como usted. No tenga cuidado. En esta lucha de los revolucionarios unos quedaron de un lado y otros de otro, muchas veces por circunstancias geográficas. Y agregó: el general Villarreal, nuestro gran general Villarreal, estuvo vacilante por unos días sin saber con quién quedarse. Me tomó del brazo e hizo que lo acompañara desde el Palacio de Gobierno hasta su casa situada a unas cuatro cuadras de distancia. Detrás de nosotros caminaban dos oficiales de su Estado Mayor. Me fui a mi casa a comer, contento de haber hecho lo que hice y seguro de haber desbaratado las intrigas en mi contra.

Lo anterior ocurrió el 29 de julio. El día 31 como a las 6 de la tarde fui a la Jefatura de Armas en busca de noticias. Un sujeto vestido de paisano se me acercó diciendo que tenía instrucciones de aprehenderme y me condujo a una sala en los bajos del Palacio de Gobierno, destinada a los oficiales del Estado Mayor de Gavira. Allí estaban precisamente los dos oficiales que me habían visto acompañar a su jefe dos días antes. Pensé que la orden de aprehensión se había dado antes de mi conversación con el gobernador. Le escribí en una tarjeta recordando nuestra entrevista. Uno de los dos oficiales la tomó y fue a entregársela. No hubo respuesta y pasé la noche en aquella sala, durmiendo más o menos mal sobre la alfombra raída que cubría el piso.

A la mañana siguiente me condujeron al segundo piso donde en un salón muy grande me esperaba un licenciadillo al que llamábamos El Topo López, acompañado del pasante de Leyes José Rojas que fungía como secretario. Sobre una mesa vi desde luego varios ejemplares del diario "Redención". El Topo me los mostró preguntándome si reconocía que eran míos los telegramas enviados desde Aguascalientes durante la Convención. Contesté afirmativamente. Luego me pidió que dijera quiénes más habían colaborado en ese periódico. Aquello me indignó y le respondí: los hombres honrados como yo no hacen papel de delatores, cueste lo que cueste. ¿Así lo pongo? Se lo voy a dictar al secretario, y así lo hice. Terminada la audiencia me llevaron a un cuartucho inmundo en los bajos del edificio e inmediatamente se puso a la entrada un centinela de vista.

Pasaron las horas. Bien pronto se supo en la ciudad que estaba preso y que mi vida estaba en peligro. Inmediatamente fueron a ver a Gavira —esto lo supe después— don Jorge Unna, cónsul de Alemania en San Luis Potosí; don Ismael Salas, jefe de los masones (yo pertenecía a la Logia Fe y Esperanza), y un grupo de trabajadores de los talleres del Ferrocarril, encabezados por mi

amigo de infancia Jesús Herrera. Otras personas que escapan a mi memoria hablaron a mi favor con aquel hombre hipócrita y desleal.

Mi madre me mandó la comida en un portaviandas. Comí con apetito, pues hacía 24 horas que no probaba bocado. Logré que me prestaran una silla. Como dato curioso recuerdo que leí mientras hubo luz una biografía de Garibaldi editada en un pequeño libro que traía en una de las bolsas del saco. Muy pronto me di cuenta de que mi sucia celda improvisada estaba habitada por ratas que corrían chillando de un agujero a otro.

A las 7 de la noche se presentó un tenientillo, un sujeto de baja estatura, muy moreno y de voz apagada. Vengo a decirle que mañana en la mañana lo van a fusilar. Sentí miedo, un miedo terrible. Momentos después sentí todavía más miedo al pensar que me faltara valor en la hora decisiva, que fuera a temblar y a morir como cobarde.

Hacía poco había leído el libro "Maximiliano íntimo", escrito por un señor de apellido Blázquez. En el libro se relataba que el rubio archiduque dirigió unas palabras a los soldados momentos antes de la descarga. Y comencé a pensar en lo que yo diría antes de la hora fatal.

A las 10 de la noche llegó el teniente para decirme: siempre no lo van a fusilar; lo va a juzgar un Consejo de Guerra. Yo seré su defensor de oficio. Dígame qué puedo alegar a su favor. Le dicté lo que debía decir y le rogué que viera al licenciado Cayetano García y al coronel José Isabel Balderas, amigos míos, pidiéndoles que fueran mis defensores.

¿Pero por qué me iba a juzgar un Consejo de Guerra si yo nunca había sido militar? Eso era indiscutiblemente una arbitrariedad inculcable. Mi madre me envió una colchoneta y una almohada. Aquella noche casi no dormí. Cuando empezaba a conciliar el sueño me despertaban las patas de las ratas hambrientas que brincaban sobre las piernas y el estómago y había que espantarlas a manazos y gritos. Los centinelas de vista se turnaban cada dos horas y oía el ruido de los fusiles al golpear sobre el piso. ¿Cómo, donde iba a ser el Consejo de Guerra? ¿Quiénes iban a juzgarme? ¿No habría consigna de Gavira para que me sentenciaran a muerte y lavarse las manos? Estas cavilaciones me asaltaban y me sumergían en dudas torturantes. Con la primera luz del amanecer me levanté y dando pasos en la estrecha celda me puse a organizar metódicamente mi defensa. A veces me sorprendía diciendo frases en voz alta. Jamás he olvidado ni olvidaré esa noche infernal.

Días después supe que mis íntimos amigos Salvador Gallardo y

José M. Gama, habían permanecido vigilantes toda la noche, uno en la puerta principal de Palacio y el otro en la de atrás, temerosos de que me sacaran a fusilar.

A las 11.30 de la mañana del 2 de agosto, un capitán y cuatro soldados me condujeron al salón de sesiones del Ayuntamiento donde iba a celebrarse el Consejo de Guerra. El salón, con capacidad para unas 80 personas estaba completamente lleno de familiares, amigos y curiosos. Me senté en el banquillo de los acusados. Un soldado de cada lado y en la primera fila mi señora madre, que en aquella ocasión aun tenía el pelo completamente negro. Enfrente los miembros del Jurado presidido por el coronel Francisco Bertani, cuatro militares más, el teniente defensor y El Topo López funcionando como asesor. El licenciado Cayetano García y el coronel Balderas no se presentaron. Probablemente tuvieron miedo de ser señalados como enemigos del constitucionalismo.

El Consejo comenzó con la lectura de mis telegramas publicados en "Redención" que leyó el asesor. En dos ocasiones leyó un telegrama mío de Aguascalientes y atribuyéndome otro de la misma fecha dirigido desde México. Uno de los militares nombrado fiscal, pidió la pena de muerte. El tenientillo defensor leyó en voz baja lo que le había dictado la vispera. Luego el coronel Bertani preguntó si el reo tenía algo que alegar en su favor. Me puse de pie y hablé durante una hora. Creo que hice el mejor discurso de mi vida. Ataque al Topo López por haberme atribuido el don de ubicuidad. Le dije que parecía que deseaba firmar con mano trémula una injusta sentencia de muerte. Para conmover a los miembros del Jurado les hable de su vida azarosa, de la lucha por sus ideales y de las viejecitas venerables que quizá en aquellos momentos rezaban por ellos.

Sabía que ninguno de los telegramas enviados de Aguascalientes por el Telégrafo Federal me comprometían y que eran ampliados y a veces adulterados en la redacción del periódico; sabía que había uno enviado desde Querétaro por el Telégrafo de los Ferrocarriles en que decía que los carrancistas dejaban huellas de crimen y de sangre. Pedí que se me trajeran los telegramas de la Oficina de Telégrafos y se leyeran ante el Jurado, negando la existencia del telegrama que sí me comprometía seriamente. Se accedió a mi petición. Receso de media hora. Se leyeron los telegramas; el de Querétaro no apareció. Mi defensa iba surtiendo efecto. Terminé mi discurso dirigiéndome a los jurados más o menos en estos términos: pido a ustedes que antes de dictar su sentencia consulten a los tres mejores consejeros que tiene el hombre: consulten a su conciencia, consulten a su corazón; y si creen en ese algo infinitamente grande que a falta de otro nombre llamamos Dios, consulten a Dios.

Que salga el reo, ordenó el coronel Bertani, mientras el Jurado delibera. Fui conducido por un oficial y cuatro soldados a mi celda improvisada en el palacio de Gobierno. No sé cuánto tiempo pasó. Desde la puerta del cuartucho, que quedaba diagonalmente a la puerta de entrada del edificio, vi que se cerraba el gran portón y unos segundos después se presentaban el oficial y los soldados. Pensé que iban a matarme inmediatamente y sentí espantoso. No era cierto. La puerta de Palacio no había sido cerrada. Todo había sido fruto de mi imaginación calenturienta. El oficial y los soldados me condujeron otra vez al Consejo de Guerra. La sentencia fue pronunciada: tres años de prisión. Me había salvado.

Me tuvieron varias horas en la oficina del Jefe de las Armas. Allí fue el idiota del licenciado López para felicitarme y decirme que yo tenía grandes facultades de orador. Le contesté: durante los tres años de prisión voy a estudiar Leyes a ver si resulto mejor abogado que usted. A las 6 de la tarde un capitán me llevó en coche a la Penitenciaría. En la oficina del penal se inscribió en el libro de entrada: Jesús Silva Herzog, sin expresar delito.

**T**RES días después me notificaron que el general Gavira había rectificado la sentencia condenándome a ocho años de prisión con apoyo en la Ley Juárez de 25 de enero de 1862, expedida para castigar con ocho años de prisión o la pena de muerte a los traidores a la patria. ¿Por qué tanta inquina de ese hombre perverso, o es que había recibido órdenes del general Obregón de ser implacable conmigo por el discurso de la Plaza de Armas?

Al salir de la celda al día siguiente de mi ingreso a la prisión me esperaban mis amigos Federico Staines, Roberto Yarto y Fernando Aguirre, detenidos por dedicarse al coyotaje de cambio de monedas. De suerte que ya tenía con quien conversar y pasar el rato.

El alcaide de la prisión, un coronel de apellido Ulloa, un viejo de cabellos blancos, grandes bigotes blancos, alto y fuerte. Diez días después de haber ingresado al penal, cuando dormía profundamente, como a las 3 de la mañana, tocaron fuertemente en la puerta de mi celda y me gritaron: levántese tal por cual porque lo vamos a fusilar. ¿Cómo se llama usted? Di mi nombre. ¡Ah! No, es otro tal por cual . . . y escuché como sacaron a un hombre que gritaba: no me maten. Después los pasos que se alejaban. Pasaron 10 minutos aproximadamente. Oí la descarga y el tiro de gracia. Calculé que habían matado a aquel desdichado en el último patio de la prisión.

A la mañana siguiente estábamos mis amigos y yo en el segundo piso de la cruja de la entrada. Se presentó el coronel Ulloa y diri-

giéndose a mí me dijo: ¿Cómo le va señor Silva? Muy mal coronel, le respondí; anoche me dieron un susto de todos los diablos. Y el maldito alcaide acercándose más a mí, añadió en tono misterioso: hoy en la noche van a fusilar a tres. Aquel de vestido de caqui que iba a matar al Jefe de las Armas, el de las botas que es un coronel villista; el otro no he podido averiguar quién será. Me clavó la mirada y esbozó sonrisa malévola. Aquello me produjo una reacción violenta y repliqué: si ese otro soy yo, no me importa, porque ¿qué puede haber más allá de la vida? Si no hay nada qué mejor que un sueño profundo, y si hay algo tenga usted la seguridad que no habrá tantos hijos de... como aquí. Tres horas después a un soldadito juchiteco que estaba abajo de centinela, a la entrada de la segunda reja se le fue un tiro que pasó rozándome el sombrero. La ronda de la Muerte.

Mi madre obtuvo, valiéndose de no sé qué influencia permiso para visitarme todos los días a las 7 de la mañana y jamás faltó un solo día. Sus cabellos se iban tornando grises. Por la ventana de la segunda reja conversábamos una media hora de todo lo que nos venía en gana. Un día el alcaide, el miserable coronel Ulloa se presentó con un oficio del Jefe de las Armas que decía que mi madre y yo sólo podíamos hablar delante de él. Le dije que estaba bien, y reanudamos nuestra plática en inglés. El viejo no entendía palabra, me dirigió una mirada de odio y se largó.

Por fortuna a principios de septiembre Gavira recibió órdenes de marcharse con su brigada a la ciudad de Durango y con ella se fue el coronel Ulloa. Gavira fue sustituido por el general Vicente Dávila, que había sido jefe del Estado Mayor de Eulalio Gutiérrez al ocupar San Luis y a quien yo había conocido más o menos bien. Se nombró alcaide a un señor de apellido Martínez, persona bondadosa y decente. Desde entonces mejoró la vida de los reclusos.

Días antes de la salida de Gavira estuvo de paso en San Luis Potosí el general Alvaro Obregón. Alguien aconsejó a mi madre que fuera a visitarlo y le pidiera mi libertad. Así lo hizo. Me contó que fue recibida y que le dijo al general que mi encarcelamiento había sido injusto y que como madre le pedía mi libertad. El general Obregón le preguntó que si era el caso de un periodista, a lo cual ella respondió afirmativamente. "¡Ah!", dijo el caudillo, "yo creía que ya lo habían fusilado". Mi madre indignada se puso de pie y le dijo en tono de reproche: "que bien se conoce que usted no tiene hijos", y salió sin despedirse. Eso de "yo creía que ya lo habían fusilado" explica lo de mi aprehensión, el conato de fusilamiento y el Consejo de Guerra.

Desde que el general Vicente Dávila se hizo cargo del gobierno y de la comandancia militar de San Luis, numerosas personas hablaron a mi favor, convencidas de la injusticia de que había sido víctima. En un banquete en honor de la célebre actriz Virginia Fábregas, al que asistió el gobernador Dávila, ella se puso de pie y le pidió que me pusiera en libertad.

A las 6 de la tarde nos encerraban en las celdas, que permanecían cerradas hasta las 6 de la mañana. Los días los pasaba en parte jugando ajedrez con Federico Staines, conversando y leyendo. Entre los libros que leí tengo presente "Mis prisiones" por Silvio Pellico y el "San Francisco de Asís" de la Pardo Bazán, lecturas apropiadas en aquellas circunstancias.

No se olvide que yo era poeta o creía que lo era. Escribí un tríplico de sonetillos octosilábicos, inspirado en lo que veía desde mi celda a través de la pequeña claraboya: un rayo de luna, la rama de un árbol y un pedazo de cielo azul. Esta composición la publiqué en la revista "Juventud", órgano de los estudiantes del Instituto Científico y Literario. También escribí unos versos titulados "Desde mi celda" en cuartetos endecasílabos, con influencia diazmironiana del poema "A Gloria". Fue algo así como un reto al general Gabriel Gaviro. Lo di a la estampa en el periódico "Patria" y los recogí en 1963 en "Poemas del Recuerdo", edición privada de 60 ejemplares.

Procuré hacerme amigo de los presos: rateros, ladrones y asesinos. En la Penitenciaría había solamente 90 o 100. Mi madre me mandaba comida como para cuatro personas y la compartía con algunos. A menudo les escribía cartas para sus familiares y en ocasiones redactaba escritos en su defensa. Por todo esto, aquello y lo de más allá, tal vez llegaron a tenerme un poco de afecto y tratarme con deferencia. Era costumbre que cuando se llamaba a alguno de los delinquentes para trámite de diligencias, el preso de guardia en la parte interior de la reja gritaba: ese Juan Gómez, ese Pedro Torres o ese Francisco Díaz. A mí jamás me llamaron de esa manera. El preso me buscaba y me decía, lo llaman señor Silva.

Las gestiones a mi favor ante el general Vicente Dávila dieron al fin resultado. Encargó la revisión de la causa al licenciado Jesús Covarrubias con instrucciones de que hiciese lo necesario para que saliera de la prisión; y el 26 de noviembre de 1915, volví a respirar el aire maravilloso de la libertad.

El día anterior al saber los presos que iba a salir fue una comisión encabezada por un ladrón que apodaban La Mosca porque siempre vestía de negro, de seguro para no ser advertido en la noche cuando cometía sus fechorías. La Mosca tomó la palabra a nombre de sus compañeros; me dio las gracias por lo que había hecho por

ellos y finalmente dijo que sentía mucho que los abandonara. Confieso que me sentí emocionado. Desde entonces aprendí y no lo he olvidado a lo largo de mi larga vida, que todos los hombres guardan en lo más íntimo de su personalidad, un rincón de bondad que se manifiesta si se sabe llegarles al corazón.





# *Dimensión Imaginaria*



## NOTAS SOBRE LEÓN FELIPE Y SU IDEA DE LA MUERTE

Por *Julián IZQUIERDO ORTEGA*

**C**UANDO escribo estas líneas se ha cumplido el segundo aniversario del fallecimiento de León Felipe. Intentaré fijar en lo mejor de mi recuerdo alguna de las vivencias que su trato me suscitó.

León Felipe había nacido en Tábara (Zamora) en 1884. Tenía, pues, 84 años al morir. Y aunque, como dice Antonio Machado: "lleva quien deja y vive el que ha vivido", y León Felipe lleva mucho porque es grande su obra, su desaparición es impresionante para cuantos le tratamos y admiramos, y seguramente también para todos sus numerosos lectores de Hispanoamérica y los jóvenes que comenzaban a leerle en España.

Conocí a León Felipe en el año 1932, cuando el poeta asistía casi a diario a una tertulia literaria de la Granja "El Henar", de Madrid. Era la misma peña frecuentada en los años 1929 y 1930, entre otros por D. Ramón del Valle Inclán, Luis Bello, García Lorca y Francisco Vighi, y el 1931 y después, por Ramón J. Sender, Jacinto Grau, Juan de la Encina y Francisco Galicia. Yo le conocía por su bella traducción de "España Virgen", de Waldo Frank. Entonces me dedicó un ejemplar de su segundo volumen de "Versos y Oraciones de caminante". Dio después una conferencia en el Ateneo de Madrid, a la que asistí, donde habló sobre la poesía como propaganda de un ideal humano y recitó insuperablemente su poema "Vencidos", pero añadió, a continuación, que aquellos versos no eran ya su canción. Desde entonces cultivé y estimé en mucho su trato. Era uno de los escritores más nobles y finos que he conocido. Le caracterizaban su gran amor a la verdad, a la libertad y a la justicia, una sinceridad que desdénaba todo riesgo, una elevada generosidad —que era entusiasmo y admiración por todo lo humano—, una franciscana sencillez y un gran respeto al hombre y a la vida. Su valentía y su capacidad de indignación contra todo lo feo y lo falso eran pariguales a su capacidad de amar. He tratado muy pocos hombres tan desinteresados y puros como León Felipe. Fue un conversador apasionado, incitante y amenísimo, por la elevación de su palabra ágil,

cálida y rotunda. Se entregaba sin condiciones a las exigencias de sus ideales y esgrimía un formidable látigo para fustigar al odio que se disfraza de amor, a la infidelidad que se disfraza de lealtad, a la mentira que se pone la vestimenta de la verdad. Supo ser humilde como pocos y su humildad elegante palpita en sus primeros versos, en que compara su vida con una piedra pequeña que rueda por los caminos; y en los últimos, en que hace un riguroso examen de conciencia. Su espíritu habitaba en las cumbres de la bondad y de la belleza y cuando tenía que descender a los valles de la vida prosaica, para dar la mano a su prójimo, aunque le salpicase el cieno de la miseria humana, nunca le ensuciaba. Sentía un constante anhelo de superación.

En América hispana, deja León Felipe una estela luminosa y profunda. Veamos lo que dice Guillermo de Torre en el epílogo de la Antología Rota: "Mas en 1945 ( ) siéntese de nuevo espoleado por su aníquo e inextinguible espíritu andariego, corta amarras y emprende un viaje sin límites de plazo por todo el continente." "Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, El Salvador, Panamá... todos los países de América Central son, las estaciones preliminares de su circuito. Después en la América del Sur, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay... Porque este poeta español desterrado no se siente tal en América: simplemente ha multiplicado su patria. ... Habla, recita, predica en todas las ciudades, ante los auditorios más diversos, en las Universidades y en las tribunas populares, suscitando idénticos fervores."

La poesía no estaba encarnada sólo en sus versos, sino que palpita cálidamente en sus venas. León Felipe fue siempre romero, y como tal, fiel a sí mismo, como ha dicho en estos versos:

"Ser en la vida romero,  
 romero sólo que cruza siempre por caminos nuevos.  
 Ser en la vida romero,  
 sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.  
 Ser en la vida romero, romero... sólo romero.  
 Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo,  
 pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,  
 ligero, siempre ligero.  
 Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,  
 ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos  
 para que nunca recemos  
 como el sacristán los rezos,  
 ni como el cómico viejo  
 digamos los versos."

Siempre este gran poeta fue muy superior a las cosas y jamás consintió que éstas se le impusieran ni "le hicieran callo" ni le coartasen en lo más mínimo su libertad espiritual. Vida y poesía integraban en él una unidad inextricable. Sin duda su vida era su mejor creación poética y su poesía escrita significaba una alta creación de su vida. Poesía y vida o Poesía y Verdad, como diría Goethe, tenían su limpio manantial en su recia y fecunda personalidad. Su vida estaba saturada de poesía, porque en ella rimaban sus nobles ideales humanos; y su poesía está repleta de vida, porque en ella alienta una noble pasión por la belleza y por todo lo humano.

Una de sus palabras supremas fue la de "perdón". He aquí su texto, verdaderamente emotivo: "Soy ya tan viejo, y se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido, y ya no puedo encontrarla para pedirle perdón. . . Ya no puedo hacer otra cosa que arrodillarme ante el primer mendigo y besarle la mano.

Yo no he sido bueno. Quisiera haber sido mejor. Estoy hecho de un barro que no está bien cocido todavía. ¡Tenía que pedir perdón a tanta gente! Pero todos se han muerto. ¿A quién le pido perdón ya? ¿A ese mendigo? ¿No hay nadie más en España, en el mundo, a quién yo deba pedirle perdón?

Voy perdiendo la memoria y olvidando todas las palabras. Ya no recuerdo bien. Voy olvidando, olvidando, olvidando.

Pero quiero que la última palabra, la última palabra plegadiza y terca que recuerde al morir sea ésta: perdón."

Evidentemente, en estas líneas patéticas tiembla un vivo sentimiento cristiano, brotado de lo más hondo del corazón.

Veamos ahora la idea de la muerte en León Felipe, para quien "un poema es un testamento". O sea: una postrera voluntad, que, como una flecha, traspasa la muerte. El poeta se enfrenta con la muerte, no valiéndose sólo de la razón, sino también y más esencialmente, del sentimiento, y por ello advierto cierta lucha interior entre su mente y su corazón, en sus posiciones ante la Parca. He aquí un bellissimo poema dedicado a Andrés Eloy Blanco:

"¡Aquí no ha muerto nadie!

Sin embargo, esta noche tengo que hablar frente a una caja negra insepulta... y todos esperáis que yo diga ahora aquí unas frases rutinarias y sentenciosas de la muerte... Pero si yo no creo en la muerte tampoco.

¡Ni en los responsos ni en la muerte!

¡Si no te hubiese cortejado tanto el hombre!

¡Si no te hubiésemos vestido con los oscuros atributos de los dictadores implacables!

.....  
 ¿Quién se atreve a escupirte si tienes en las manos el gran navajón inmisericorde?

Pero... yo no temo.

¿Y si los muertos fuesen los vivos y los vivos los muertos?

¿A qué lado del puente habita el hombre?

¿Aquí... entre el barullo de los trajincros o allá... en la otra orilla?

¿O en la ribera de los sueños?...

La guadaña... ¿es un puente entre los muertos y los vivos o entre los vivos y los muertos?

Y en la puerta del mundo  
 junto a la fortaleza del misterio

el centinela grita: ¡Eh... alto!... ¿Quién vive?

y el poeta responde: ¡Yo...!!! el muerto!!

Vete de aquí vieja ladrona de labios invisibles...

.....  
 Al que vamos a enterrar es un poeta... Está ahí tendido... pero no está muerto.

¿Está mudo?... ¡No está mudo!

Un muerto no habla ni canta... y este poeta sigue hablando y cantando.

Todo gran poeta sigue hablando y cantando después del salto mortal...

Y si éste habla y canta... ¡no está muerto!

Claro... que él tenía otra voz... No hemos perdido su canción, pero hemos perdido su instrumento. (Algo se ha llevado la ladrona)..."

El poeta traduce en este gran poema estremecedor, la ambivalencia de sus sentimientos: primero su valentía afirma no creer en la muerte; luego interroga quién se atreve a escupirla y sostiene que él no la teme. A continuación pregunta hondamente a qué lado habita el hombre y si la muerte es un puente entre los muertos y los vivos o al contrario. Pregunta profunda, como ninguna, pero también de una importancia radical para todo hombre, pues en definitiva la esencia de la muerte depende de la esencia de la vida, o al menos, la esencia de la vida y la de la muerte están imbricadas, y entonces León Felipe, viene a pensar casi lo mismo que Rilke, cuando éste afirma:

"Mira, así está la muerte en la vida. Ambas se entremezcan como en un tapiz se entremezclan los hilos."

La gran pregunta que se formula León Felipe la hace con toda la inquietud de su sentimiento, pero también con toda la sed de su razón. Y por fin, objetando con argumentos racionales, concluye que el poeta finado sigue hablando y cantando y por tanto, no está muerto. No obstante, reconoce su mente que algo se ha llevado la ladrona. Entiendo que al decir que no cree en la muerte, parece negar ésta como absoluto y definitivo aniquilamiento de la vida. En todo caso, pienso que la concibe sólo como un tránsito o puente y no como un final, lo cual calma el anhelo de su sentimiento. El tema de la muerte es central en la poesía de León Felipe, como lo es en la filosofía de Heidegger, y en la poesía de Unamuno y en la de Rilke.

He aquí otros versos con el mismo tema:

Eh muerte... ¿quién es el último que habla?  
 ¿El sepulturero... o el poeta?  
 ¿He aprendido a decir: Belleza, luz, amor y Dios para que me tapen la boca cuando muera con una paletada de tierra?  
 ¡No!... Estoy aquí... Me iré y volveré mil veces en el viento para crear mi gloria con mi llanto...

La última angustiada pregunta de estos admirables versos es contestada por León Felipe, con un ¡no! rotundo, pero sin fundarse en ninguna fe religiosa ni en ninguna evidencia científica ni metafísica, sino tan sólo en su sentimiento de que como los valores espirituales no son perecederos, la vida no puede ser efímera, sino inacabable. Lo cual recuerda los postulados kantianos de la razón práctica, por los que Kant llega a Dios. El poeta no espera la gloria más allá de esta vida y sin esfuerzo, pues aspira a crear su gloria con su llanto. Pero entonces, ¿qué es Dios para el poeta, la suprema realidad absoluta o sólo la más alta idealidad inalcanzable? No hay datos aquí para dilucidarlo.

En "Español del Exodo y del llanto", hay otro magnífico poema que transcribo:

Se trata de un diálogo entre el poeta y la muerte.

"P.: ¡Oh muerte! Ya sé que estás ahí. Ten un poquito de paciencia.

M.: Son las tres. ¿Nos iremos cuando se vayan las estrellas, cuando la luz primera grite con su clarín desde la sierra, cuando abra el sol una rendija cárdena entre el cielo y la tierra?

P.: Ni cuando tú lo digas ni cuando yo lo quiera. He venido a escribir mi testamento. Cuando escriba mi última blasfemia se me caerá la pluma, se romperá el tintero sin que nadie lo mueva, se verterá la tinta y, sin que tú la empujes, se abrirá de par en par la puerta. Entonces nos iremos. Mientras ... cuelga tu guadaña con mi cachava en el perchero del pasillo, y siéntate. ... ¡Siéntate y espera!"

El poeta encuentra la muerte a su lado, en su propia casa, y con ejemplar serenidad de espíritu dialoga con ella sobre el problema más grave y hondo de la vida. La muerte le pregunta cuándo se irán ambos. El poeta contesta que se irán los dos —como si fuesen compañeros—, pero antes hará su testamento y escribirá su última blasfemia. Aquí la Parca no tiene la suprema iniciativa ni parece frustrar nada, pues por encima de ella hay una voluntad misteriosa que decide. La muerte no es todavía su muerte. La muerte que será "su muerte", en cualquier instante de los inmediatos que muerdan la vida del poeta. En este poema León Felipe no se angustia ante el inminente aldabonazo de la Parca, sino que la ordena, sereno, que espere. En el poema transcrito casi del todo, el sentimiento angustiado de León Felipe borra a la muerte del mapa de su vital preocupación, si bien su intelecto reconoce "que algo se ha llevado la ladrona." En el último poema, su mente y su corazón muestran una fría amistad con ella y la admiten como compañera de diálogo antes de mirarla al rostro y de que en el instante supremo venga hacia él para marcharse juntos ambos. Nada más lejos de León Felipe que el sentimiento trágico de la vida, de Unamuno, no sólo por la interpretación esencialmente diferente en cada uno, sino, fundamentalmente, por la divergente posición de León y de don Miguel ante la muerte. Para Unamuno, la muerte es lo último de la vida, y si la fe atanasia no le salva de ser el definitivo final, entonces la vida le resulta insupportable como efímera y perecedera y por esto se rebela contra la muerte, partiendo de que ésta dice la última palabra. Para León Felipe, es una compañera de camino y nunca el más tenebroso callejón final. En Unamuno, su posición ante la muerte, brota de su visión de ésta. Para León Felipe, su visión de la muerte brota de su posición espiritual.

En un poema publicado en el n.º 236 de *INDICE*, titulado "Carta de Viaje", dedicado a la muerte y a la rememoración de su vida errante como un viaje por múltiples estaciones: Tábara, Zamora, Se-



queros, Salamanca, Santander, Valladolid, Madrid, Almonacid de Zorita, La Guinea, Nueva York, México, Buenos Aires; hay unos versos, en los que su serenidad de espíritu no sólo logra una vigorosa y alta expresión, sino donde también su esperanza religiosa aparece robustecida por su profunda fe:

“¡Alma, alma mía!... no hay que desmayar.  
La vida, nuestra vida no es más que una  
estación de llegada y de partida  
y la muerte un cambio de tren,  
un pequeño transbordo.”

.....  
“Hala, hala, hala, a caminar, a caminar,  
a viajar... a viajar  
hasta que lleguemos a la Gran Ciudad,  
a la Metrópoli final —detrás de la estrella polar,  
donde está Dios esperándonos.”

Aquí no ha cambiado esencialmente la idea de la muerte, al concebirla como “un cambio de tren”, respecto de los poemas anteriores, pero lo que ha variado ha sido su vivencia de la muerte, al proyectar sobre ella la luz refulgente de una fe religiosa que suelda esa vivencia con lazos inquebrantables con Dios como fundamento de su esperanza.

Preguntado recientemente el poeta dónde quisiera que lo enterrasen, contesta:

“Luz altanera de Castilla,  
tú me recibiste al nacer, amortájame cuando muera.”

León Felipe deja su nombre de poeta escrito con caracteres eternos en la historia de la literatura española y en la hispanoamericana. Ya que en la América española su huella como hombre y como poeta ha de ser imborrable, no es difícil profetizar que en España, a la que amó tanto y comprendió hondamente, pronto comenzará a leerse y estimarsele como merece su obra viva, acaso no menos que a Antonio Machado.

## FIESTA DE NATALICIO

*En los 60 años de José Lezama Lima, en La Habana*

Por Loló DE LA TORRIENTE

### I

Es frecuente que sea él mismo el que abra la puerta en la casa de Trocadero cuando llaman a su puerta. Aparece un hombre alto, cargado de carnes, blanca y fina piel, las manos suaves y tibias y el rostro iluminado por una sonrisa afable que más que dibujada en los labios expande por los ojos transitados de lealtad. Su cabeza ya platea en ondas espesas coronando una cumbre. Anima un corazón cálido y hay, en la conversación que enseguida se entabla, hondura y gracia, reflexión y sencillez, ironía e intención, porque Lezama Lima platicando no es hermético ni oscuro. Es ágil y claro. Muy directamente intencionado. Enciende un tabaco. Echa la primera bocanada de humo. Entorna los ojillos, mueve las manos y, todo, transparenta su original manera, su sutileza invariable y la voluptuosidad de los placeres del espíritu. Es la plena madurez de los años vividos, sufridos y gozados en el optimismo creador, en la esperanza de lo existencial y el sensual disfrute de lo que ofrenda la existencia prolongada, sin vacilaciones ni caídas, desde la cuna hasta los sesenta años afirmativos.<sup>1</sup> Ha caminado siempre en firme. No tuvo, como escritor, época inicial, porque su primer poema publicado ("Muerte de Narciso", 1937) constituyó ya una afirmación y reconocida maestría. Continuó igual. Viviendo sin ruido, pisando seguro, sabiendo hacia dónde iba y qué era lo que quería. Hoy se observa en él un aplomo y una serenidad que emular podría con los viejos filósofos que sin quererlo hacen ostentación de su sabiduría sin pretender figurar entre los genios aunque naturalmente dotados de extraordinarias facultades cultivadas y atendidas hasta llevarlas a la perfección.

Ese hablar un poco asmático y un deslizamiento verbal marchan parejo con la mirada sondeadora, con el gesto licencioso del buen

<sup>1</sup> Nació en La Habana, en el Campamento de Columbia, el 19 de diciembre de 1910.

fumador, con el ritmo quedo y cadencioso de un balance criollo en el que descansa su robustez de naturaleza generosa. Movimientos lentos de la pequeña sala al comedor y cuarto de estudio en el que increíblemente trabaja entre papeles, libros, mesas y ceniceros, largas jornadas sentado en ancho butacón con un brazo *ad-hoc* en el que descansa la libreta del escritor que en tiempos de la Underwood y la Olivetti usa la pluma como un artesano de las letras allá lejos, en época muy pasada. Como escribía Ronsard, con bata rameada y pantuflas de seda, pluma de ave en las manos dando empuje lírico a los sonetos de amor de Cassandre o a los Hymnes. Como más humildemente debe haber escrito la Coronación el bachiller Rojas, creadores ambos, en francés y castellano, del hipérbaton literario. Lezama enlaza con ambas tradiciones. Es enteramente latino. Su contemporaneidad, sin embargo, lo sustenta y ordena. Aquí está, sentado frente a mí, charlando de mil cosas actuales. El último libro. Los autores. Los cuadros de Luis Martínez Pedro. La zafra azucarera. Los discursos del comandante Fidel Castro. Permíteme, lector, presentarte al escritor cubano cuya obra está corriendo por España, Italia, Francia, Sur América y México.

En 1928 era bachiller. En 1938 recibió, en la Universidad de La Habana, su diploma de doctor en Leyes. ¿Tardanza en los estudios? No. Precisa conocer las conmociones políticas en la república de aquellos tiempos para explicarse este período de diez años. La vida cubana se agitaba en la calle, la fábrica, el taller o el ingenio. Los centros de alta cultura se clausuraban. Había paralización en los cursos académicos y protestas estudiantiles y obreras en gremios, sindicatos y plazas públicas. Los intelectualmente preocupados e inquietos imprimían revistas y periódicos y buscaban conexión con los más altos valores universales devorando los mejores libros. Lezama emplea muy bien su tiempo. Aquí, en su casa, en la que ha residido largos, muy largos años, están los recuerdos del ayer y las frescas brisas de hoy que es trasunto de ayer. Conservadas están las colecciones. Libros, objetos, cuadros, porcelanas, cerámicas, maderas. Retratos. Los de la madre y los del padre que no sólo le dieron vida a un organismo sino soplo al espíritu influyendo en la obra recreada en el paisaje y en los seres amados. En una pared un óleo. La hermana Eloísa, pintada por Mario Carreño que en espléndido y atrevido trazo dejó la imagen. Más allá, entre olvidado o escondido, el *Hombre Desnudo* de Alfredo Lozano, dibujado con maestría y, atrayendo, fascinando, ese sirviente español, de flor en el ojal de la levita, al que Lydia Cabrera insufló vida parisien muy siglo XIX. Caballero de ojos como pedacitos de cielo, muy abiertos y muy ladrones. Aire de artista elegante que pasea por los *bulevares* con jactancia conquistadora o que en el *studio* de

los amigos desgrana confidencias saturadas de picardía. Hombre de mundo que trasnocha París. No es un libertino ni un degenerado. Es un *bon-vivant* con ingenio que se siente a gusto en el marco de trabajo de un escritor al que una amiga obsequió este *valet* no sin antes colmarlo de inteligencia y gracia. Es un personaje real que puede pasearse por Lima, La Habana o México. Parece escapado de la vidriera de un anticuario o de la galería de un coleccionista de anónimos.

Aquí, allá, más arriba o más abajo, la efigie de José Martí con su efluvio de espiritualidad. Oleos de Mariano, Portocarrero y Escobedo. Grabados chinos y japonerías primorosas. Juguetes, cajitas, tallas, incunables, álbum de familia y libro para recoger la firma de los amigos. Todo se amontona y danza. Hablan en los rincones de esta casita de Lezama Lima los fantasmas evocadores que fluyen en su literatura y poderosamente mandan en la vida del escritor. Soy conducida por María Luisa, la dulce esposa, detrás de nosotras camina Lezama mostrando los historiados objetos. Encuentro interesante este *museíto*. No preside el conjunto ni la sencillez ni la proporción. Pasa usted la mirada y quiere flexionar el cuadro colocando un color, una figura, un adorno. Crece la complicación y se acentúan las sombras. Unos pasos más y todo se multiplica de tal manera y en tal proporción que el cuadro total no es más que un abigarrado mosaico, un caos de ornamentación. Churriguera en arquitectura. Góngora en poesía que es el símbolo del churriguerismo literario español. Un autor no adicto al cordobés encontraba bien que en el Transparente de la catedral de Toledo se escribieran *Las Soledades*. Tampoco podría estimarse violación a nuestras fachadas barrocas si en el pórtico de una edificación habanera o trinitaria se esculpiera la frase con la cual Lezama inicia su poema para San Juan de Patmos ("Su Salvación es marina, su verdad de tierra, de agua y de fuego").

Según nuestro poeta, Góngora "prepara el esplendor del sentido, la anunciación de lo que ya hay que sacrificar". En Góngora, uno de sus prodigios y de su época consiste en que cerca de él existe quien destruye el sentido, pero él representa "la fijeza o el tiempo que resisten ante la luz", y se pregunta Lezama: "¿Pero es la poesía sentido que se deshace o soplo que se extiende y ocupa no el espacio, sino el movimiento endurecido, resistente, ente de lo temporal con cuerpo para la ocupación del soplo?" Agarrado a su forma, embriagado por un derroche idiomático, alucinado por imágenes y símbolos,<sup>2</sup> Lezama construye y nada deshace en torno de él.

<sup>2</sup> Loló de la Torriente. "La imagen como fundamento poético del mundo". Revista *Bobemia*. La Habana, 27 de setiembre de 1963.



**Lezama Lima, en su cuarto de trabajo, firma un libro para un amigo.**



Nada extingue ni apaga aunque encierre en lo oscuro de la caverna de sus sueños imaginativos. Todo adquiere movimiento: el de su mundo. El de su voz, "desprendida de su cuerpo". Todo continúa su viaje despacioso "sin rozar la somnolencia de las arenas ni sentirse detenido por el tosco impulso de una columna o de una voz no expresada". Su tiempo resiste los objetos, los cambios y las motivaciones. Entra en la boscosa naturaleza o recoge en la marina. Así él y su verso. Así su casa. Así las iglesias de su ciudad. Su barrio entre las paralelas del Prado y el cuadrilátero del Parque Central. Así los retazos de cielo cobijado entre nubes y aves y así el mar cercano entregado a la desdeñosa aspereza de negruzcos arrecifes.

## II

EN 1937 *Muerte de Narciso* inicia el despliegue poético de Lezama Lima. Con *Enemigo Rumor* (1941) determina un cambio favorable en la sensibilidad de la poesía cubana. El uso prodigado de la metáfora transporta el sentido de las palabras en un desbordado juego de comparaciones mentales tan atrevidos y osados como los que encontramos en "San Juan de Patmos ante la Puerta Latina", "Noche Insular: Jardines Invisibles" o en los "Sonetos Infieles", a los que añade composiciones como "Aventuras Sigilosas" (1945), "La Fijeza" (1949) y el libro *Dador* (1960), en el que reúne poemas como "Llamado del deseo", "Rapsodia para el muló", "Para llegar a Montego Bay". Estos versos largos están considerados entre los mejores de la nueva poesía cubana, y fijan por su estilo, arquitectura poética y enriquecimiento de vocablos, la novedad más excitante del momento. Acuña el poeta infinidad de palabras cuyo secreto se convierte en magia. Verdad es que el lector no entra con facilidad en la selva. Batallas tales no se ganan al primer fuego y el autor de *Dador* ha sido el más discutido, más polémico y, tal vez, más incomprendido escritor de Cuba.

Se le ha señalado como el más hermético, dificultoso y arcado, el que encerrado en su universo comunica poco al lector llevado de metáfora en metáfora, de imágenes a símbolos, al esoterismo profesado por los sabios antiguos cuyo conocimiento sólo debía ser conocido por las minorías. Creemos, no obstante, que la complicación expositiva del pensamiento poético de Lezama arranca de su propio subsuelo, de zona muy recóndita, original y deslumbradora, en la que saltan, como chisporroteo de estrellas, las insinuantes fosforescencias de su originalidad inconfundible en la belleza de míticas agrupaciones y conjuros imaginativos. En su poesía hay sola-

mente *poesía*. No anécdota ni narración. No descripción. Poesía enlazada a los clásicos españoles (Quevedo y Góngora) y en no poca dosis a los poetas más intuitivos y esencialmente intelectuales (Mallarmé) de la primera estación simbolista. El uso de palabras nuevas han liberado a Lezama del lenguaje común, y desarticulando deliberadamente el formulismo se ha emancipado de trabas obteniendo una más pura sobresignificación lingüística tamizada por el milagroso juego de la inteligencia. La escritura de Lezama ha completado su evolución. Se ha vuelto más artística. No es un medio, más o menos correcto, para escribir, narrar o expresar ideas. Es —más que todo esto— un modo expresivo personal de creación. El resultado de una ruptura que buscó la belleza impasible y formal en el sentido artístico y filosófico bien diferente, por cierto, al del siglo anterior.

Reiterar vocablos es —para Lezama— saborear golosinas, devorarlas con voluptuosidad en la acogedora penumbra de su habitación llena de fórmulas estéticas en la que se mezcla y asimila todo: anátesis irracionales, metáforas e hipérbolos descabelladas, muchas veces entre la hinchazón y el artificio se fortalece la gimnasia lírica, se sutiliza el pensamiento y se llega, con seguridad, a la elegancia en el decir, porque Lezama, pletórico de imaginación, equilibra y combina los signos y, en alegre arrebato, alcanza un malabarismo que resiste al tiempo y acerca las distancias. En su prosa unifica audazmente saltando intrépido del Popol Vuh a Kublai Kan o de la portada de San Lorenzo Potosí a la redonda nobleza de Sigüenza y Góngora o a la plenitud poemática de sor Juana para sacar del olvido al indio Kondori, sin dejar de lado a nuestro contemporáneo Gorostiza. En estos horizontes Lezama no hace otra cosa que revelar valores de expresividad americana. Su alquimia poética trata el romanticismo, anclado en nuestros lares el siglo pasado, en las vivencias de Miranda, Simón Rodríguez y su discípulo Bolívar, sin marginar a Martín Fierro ni desconocer a Martí, en el que "culmina el calabozo de fray Servando". Martí es "la plenitud de la ausencia posible" y nuestro autor lo interpreta, a través de sus Diarios, como huerto que jamás desaparece, pues vida-muerte logra "el retablo para la estrella que anuncia el acto naciente".

Su obra en prosa gravita también en atmósfera poética. Vivifica hombres y hechos en jardines de vides entre los que crecen los triguales. Sugiere ríos que pueden ser disfrutados y son los elegidos los que reciben, con la creciente frutos y piedras, resaca y generosa humedad. El que acierta a recoger los beneficios puede —como en el Koran— decir a su vecino: "Soy abundante, más rico porque anexo mi vida al paisaje". Es proponer un ejemplo de quehacer



superior como caudal de agua que baja del cielo para dar copiosidad y raíces fuertes a las plantas y dispersar los vientos sin temer al vendaval. En 1936, con motivo de la visita que a La Habana hiciera el poeta Juan Ramón Jiménez, Lezama Lima traba amistad con él —rió en creciente— y entablan charlas cuyos temas dan oportunidad al cubano para realizar uno de sus más lucidos ensayos ("Coloquio con Juan Ramón") incluido en *Analecta del Reloj* (1953), que recoge también "El secreto de Garcilaso", "Sierpe de don Luis de Góngora", "Sobre Paul Valéry", "Las imágenes posibles" y trece "Entrevistos". El ensayista ausculta al poeta español e introduce a Picasso en el panorama antesala de la conversación. Hablan de poesía, de sensibilidad insular, de filosofía y metafísica, de lo inefable, de la fusión de razas que "necesariamente" producirá (produjo ya) la expresión poética mestiza. De todo lo recogido por Lezama en su ensayo, Juan Ramón expresó que hay ideas y palabras "que reconozco más y otras que no" y —agregó— que todo tenía una calidad que lo obligaba también "a no abandonarlo como ajeno". Además encontró que el diálogo "está en algunos momentos tan fundido, no es del uno ni del otro, sino del espacio y el tiempo medios". Juan Ramón hizo suyo cuanto Lezama le adjudicó, seguramente porque encontró una visión de plenitud, una eficacia asimiladora de experiencias que salva las posibles vacilaciones implícitas en todo diálogo.

A Valéry lo descarna en la fluencia de tentaciones rivales que se entrecruzan y multiplican para otorgarnos "una nueva nebulosa sensorial" y retrata a don Luis en su ambiente como "pregonero de la gloria". Estos ensayos representan "meditaciones sobre la poesía en relación con la historia" (ha dicho Cintio Vitier) y es exacta la apreciación porque los tratamientos no se refieren al *bombre* solamente, al autor sino que planean en el paisaje local y en el ámbito universal. Casal ("Julián del Casal") no es el habanero que vive la bohemia provinciana de su ciudad invadida de niebla de memoria. Casal, en las postrimerías de la centuria pasada, gusta de Rubén Darío y se interesa por Rimbaud aunque recorte y guarde "la peor pacotilla hispanoamericana", pero Lezama hace observar que "queda una gracia que flota, una intuición que se tornea, hay un fragmento de Rimbaud". A estos ensayos siguen cinco conferencias sobre *La Expresión Americana* (1957) y *Tratados en La Habana* (1958). Estos textos están presididos por el gusto barroco y la adivinación. Hay complejidad en las asociaciones y la textura es hermética, pero hay una manifiesta aunque no fácil filiación entre los temas que convergen y la autonomía de la obra. Los poemas participan de la lúcida madurez de que los ensayos son medida, mas esto no quiere

decir sus fuentes únicas aunque sí las próximas. Creo que los ensayos coronan la obra total de Lezama Lima en su más sagaz y apretada forma. Al lado de otras fuentes literarias, los poemas reviven su contacto con la poesía francesa; los ensayos, en emocionada contemplación de lo cubano y universal, lo ubican en su mundo cuyo compromiso, con llamada simbólica, le entrega la unidad que dispersa andaba en su poesía, logrando un desarrollo en discontinuas secuencias y, sin embargo, temáticamente autónomo que va más allá de una primera consideración del todo eslabonando unidades rítmicas tradicionales como vehículo de un pensamiento y una emoción cristalizados a tenor de la perspectiva.

Las simetrías, las rupturas estróficas, los apoyos escalonados, los ejes de proporción son regulares y es aquí donde creemos hallar la clave de unidad formal si fuera posible establecer algún sistema de relación entre su poesía y una sumaria clasificación de temas, aunque en la comparación se entrecruzan leyes incompletas que colorean y confunden las fuentes. Recuerdos contenidos (de lecturas u observaciones), resonancias verbales, continuidad de determinados impulsos, son difíciles de deslindar pero en ángulos, en corrientes subterráneas, en misteriosas plataformas marinas se refresca ese tropel de evocaciones del que surge el acto poético. Poesía y prosa son en Lezama Lima dos mitades de un solo proceso de creación. Notemos la preferencia por palabras a las que el autor maneja individualizadas por un concreto uso poético. Estas palabras intervienen como valor de contexto y de nexos y, por tanto, de interrelación. El cauce secreto de Lezama absorbe incidencias que se propagan constantemente convirtiéndose en materia complementaria de anchas zonas de sus libros (temas del tiempo, rememoraciones de infancia, sabores, flores, pájaros, lugares, amigos) estremecidas por el nervio conductor de su sensibilidad fluyente incapaz de aislar porque emana de su propia naturaleza.

Tales incidencias se manifiestan más claramente en su novela *Paradiso* (1966). El personaje (la poesía) muere para eternizar una estirpe en la que Lezama encuentra su raíz. Nace del mejor linaje destinado a verificar la voz permanente que resguarda su eco en las rocas, los árboles, el mar o la calle. El personaje viene y va obedeciendo a un tránsito que es el dinámico acontecer de la naturaleza. Imagen (metamorfosis) es integración, solución para lo creado, conciencia y orden humano. La imagen se transforma pero es, como la llama, vórtice vital de la novela. El primer capítulo (infancia) es la memorización más que el recuerdo y está escrito con amor, sin rompimiento, alumbrado por los soles de la aurora y con la melancolía de los ocasos. José Cemi (el poeta mismo) surge en el se-

gundo capítulo junto al coronel (el padre) y recrea la Mamá con su familia, sus hábitos y ambiente. Mueve el novelista una caravana de seres con gustos, caracteres, ocupaciones y mentalidades muy distintas y en no escasas ocasiones encontramos esa absorción de que hablábamos ganando primeros planos como valores del contexto. La estructura rompe los moldes porque —a la manera de los más innovadores novelistas: Thomas Mann (*Los Buddenbrook*, 1901 o *La montaña mágica*, 1924) o James Joyce (*Ulises*, 1922)— Lezama introduce ensayos, digrega sobre filosofía, poesía; narra retrospectivamente y acumula descripciones que se han estimado "innecesarias".

Hay que preguntarse ¿mejoraría *Paradiso* si se suprimieran capítulos o largos diálogos? Creo que no. Un libro es una criatura viva, un ser completo, con sus excesos, sus complejidades, virtudes y vicios, a la que no se le puede amputar ninguna de sus partes sin menoscabo de su integridad. Si *Paradiso* abunda en párrafos escabrosos y en descripciones anatómicas muy decarnadas no es menos cierto que jamás cae en la pornografía, y es abundoso de ternura y comprensión (el regreso al hogar y encuentro entre madre e hijo después de una manifestación callejera e infinidad de páginas que es imposible analizar en trabajo de esta naturaleza). Los escritores son —entre otras cosas— enamorados de sus letras (buenas o malas) y no se resignan a la opinión ajena. Dejarían de ser lo que son y, por esto, un crítico calificó los libros que merecen leerse en dos grandes categorías: buenos libros y grandes libros. Hay lectores que prefieren uno u otro y a menudo, el mismo lector, en el curso del tiempo, pasará de una categoría a la otra. En Lezama tan dependiente de su mundo interior, tan inmerso en lo presente, el aporte material de las situaciones (lugar y momento de la acción) cobra tal peso que el lector inteligente se siente, sin mayor esfuerzo, instalado en ellas.

Eliot consideraba el arte un juego de objetivos, una situación o una secuencia de acontecimientos que constituyen la norma de esa particular emoción. El poeta por vocación y oficio intenta el hallazgo de esa "secuencia de acontecimientos" previo descubrimiento para poner en marcha el mecanismo consciente y Lezama Lima, al cumplir sus 60 años, ha logrado —sin discusión— un principio de "situaciones de hecho" o, por lo menos, la intuición de una particular atmósfera emocional que ha sedimentado hasta constituir un ámbito de adivinaciones complejas, reveladoras de nuevas e insospechadas relaciones que avanzando hacia una realidad vive y recrea en muchos lectores ávidos. ¿Que es oscuro, difícil? Recordemos que Gracián encontraba la verdad cuanto más dificultosa más agradable porque el conocimiento que cuesta es más estimado. Son noticias

pleiteadas que se logran con mayor fruición que las pacíficas. Aquí fundamenta nuestro escritor cubano su obra y aquí recoge sus trofeos de ingenio.

Durante veinte años Lezama Lima impulsó y animó la cultura cubana. En 1937, en la Escuela de Leyes, editó la revista *Verbum*. De 1939 a 1941, *Espuela de Plata*. De 1942 a 1944, *Nadie Parecía* y de 1944 a 1956, *Orígenes*, la de más larga duración, la más significativa y completa en cuanto a su material literario y artístico y la que gozó de mayor prestigio en las esferas de la alta cultura mundial. En *Orígenes* aparecen nombres nuevos, ya en madurez y mayor amplitud y artistas de la generación que surge dándose a conocer con figuras de la más seria intelectualidad. En *Orígenes* encontramos cuentos ("Juego de decapitaciones") de Lezama que aparecen reproducidos en antologías cubanas y extranjeras. En los últimos años, después de paciente y minuciosa investigación, han visto la luz los volúmenes que recopilan las crónicas de *El Regañón* y el *Nuevo Regañón* (de Ventura Pascual Ferrer) con prólogo muy conciso y brillante de Lezama Lima (1965) y, enseguida, el mismo año, se editan los volúmenes de la *Antología de la Poesía Cubana* (hasta José Martí) con notas biográficas y bibliográficas del propio Lezama. Sin mencionar hemos dejado infinidad de excelentes trabajos, salidos de su pluma, sobre arte, crítica, filosofía y otras disciplinas.

Este trabajo no pretende fines exhaustivos. Sólo aspira a festejar el natalicio de un escritor que ha dedicado su vida al oficio de la cultura. Su vasta obra, su sostenida vocación, su fluir imaginativo, su estilo depurado y completo lo consagran entre los maestros del idioma. José Lezama Lima, con legítimo orgullo, luce dos influencias: la del paisaje americano y la del hombre que lo puebla y establece su centro de gravitación en el conjunto de pueblos acariciados por aguas, corales, madreporas y caracolas que le dan su color y su canto portador de unificación espiritual. Que nada estrecha ni identifica más que la inteligencia, el arte y el saber.

## EL LENGUAJE DE JUAN GOYTISOLO

Por Manuel DURAN

**E**L poeta —y un novelista de la talla de Juan Goytisolo "funciona" también, en muchas páginas de sus obras, como poeta— es, lo sabemos, quien puede dominar el lenguaje, moldearlo, dar una forma más pura y más brillante a las desgastadas monedas del lenguaje cotidiano, transformar el cobre en oro. Como ha escrito Octavio Paz:

hazlas, poeta,  
haz que se traguen todas sus palabras.

De todos los novelistas españoles activos hoy, Juan Goytisolo es, quizá, el que más tiempo ha tardado en conquistar un lenguaje propio, en domesticar el idioma hasta transformarlo en servidor fiel. En estos últimos años, y antes de que Goytisolo llegara a la plenitud expresiva de sus dos últimas grandes novelas (*Señas de identidad* y *Reivindicación del Conde don Julián*) hemos visto formarse, entre los novelistas españoles de hoy, estilos coherentes y eficaces: el de Francisco Ayala, por ejemplo, ácido, amargo, socarrón, quevedesco; el de Cela, grotesco y caricatural pero no exento de finura y melancolía en algunas páginas; las fuertes y dinámicas imágenes de la prosa de Ana María Matute; o los párrafos densos, misteriosos, elusivos, de Alvaro Cunqueiro, para no dar más que unos pocos ejemplos. Goytisolo, hombre tenaz y paciente, ha tardado más que sus compañeros en encontrar su estilo. Y ello no solamente por cuestión de edad o por circunstancias personales —si bien es cierto que es mucho más joven que Ayala o que Cela, y que además le tocó educarse en la España de la postguerra, mala época para un escritor en formación— sino quizá porque el campo novelístico por él escogido al principio, la novela "realista" de crítica social, con toques naturalistas y grotescos, ha solido ser una escuela de veracidad y de sentido moral pero en ella el "estilo artístico", el cultivo de un estilo refinado y elegante, ha sido deliberadamente desdeñado, con resultados a la vez positivos y negativos (pensemos en Zola, en Gorki, en tantos

otros novelistas de esta escuela). Claro está que la crítica social o ideológica no es incompatible con la creación de un estilo rico y original: bastaría con el nombre de Quevedo para disipar toda duda sobre este punto.

Quizá la evolución del estilo de Goytisolo, su creciente variedad y fuerza, se deba, ante todo, a que los sentimientos de Goytisolo se han agudizado y exasperado. Ante la realidad española de hoy, que antes se contentaba con describir, hoy se indigna con una obsesión exasperada y desesperada. Antes —en *Juegos de manos*, en *Fiestas*, en *La resaca*— Goytisolo corría el telón, mostraba la escena, subrayaba uno o dos ángulos particularmente sombríos, y dejaba que el lector llegara a sus propias consecuencias. Ahora, en sus dos últimas novelas, asistimos a un *crescendo* de ira: no basta con criticar; es preciso fustigar verbalmente, acometer, subvertir, violar, profanar. La honda excitación del autor se comunica al estilo y a los lectores.

Claro está —para mayor gloria de la cultura española— que la indignación de Goytisolo no es una voz única clamando en el desierto. Recordemos al último Valle-Inclán, el de *Tirano Banderas* y *La hija del capitán*. A Max Aub, Francisco Ayala, Luis Buñuel. En *La nueva novela hispanoamericana*, Carlos Fuentes señala algunas de esas voces rebeldes: "Si Luis Buñuel representa, en el más alto grado, nuestro reencuentro con la verdadera e inmutable tradición española, Juan Goytisolo, a su vez, significa el encuentro de la novela española con la que se escribe en Hispanoamérica. Hay una frase que el propio Buñuel —hombre de terribles y magníficas obsesiones— acostumbra reiterar en su conversación: 'Es preciso que los españoles aprendan de nuevo a ser rebeldes'. Sabemos lo que el camino de la rebeldía significa para Buñuel: no un viaducto pavimentado con programas e iluminado por dogmas, sino un oscuro laberinto en la selva. Recorrerlo es asumir el riesgo de una libertad nueva, es decir: desconocida. *Señas de identidad*, la novela de tránsito de Juan Goytisolo, obedece en todo a esta concepción. No en balde los gurús personales de Goytisolo son Buñuel y un poeta secreto, Luis Cernuda, que espera aún ser reconocido en Europa y que en España sólo lo fue al morir hace pocos años. Como Buñuel en el cine, Cernuda representa en la poesía la profanación de todo lo consagrado por la inercia, la culpa o la ilusión españolas: *La realidad y el deseo* es el título de su obra única y total; título que proclama las dos ausencias de la cultura española contemporánea, en la que la realidad se confunde con la mistificación y el deseo con la nostalgia." Goytisolo puede haber aprendido de Buñuel y de Cernuda que el camino que lleva a la libertad conduce forzosamente, en ciertos casos, como etapa previa e insoslayable, a la profanación. Otras

voces, y en otras épocas, se han atrevido a decir lo mismo: entre ellas la del Marqués de Sade, citado en epígrafe por Goytisolo en *Reivindicación del Conde don Julián*, y cuyo espíritu parece animar algunas de las páginas más significativas de esta última novela.

*Señas de identidad* (México, J. Mortiz, 1968; 2ª ed., 1969) planteaba un problema; *Reivindicación* (México, J. Mortiz, 1970) lo resuelve. El problema consistía en la identidad —como autoconciencia, como manera de hallar un camino en la vida, de saber quién se es y adónde se quiere ir— del personaje central de la novela, Alvaro, "miniulises hispánico", como le ha llamado Fuentes. Vemos a Alvaro a través de una descripción objetiva, en tercera persona: la de su pasaporte. Escuchamos su monólogo angustiado, buceamos en sus recuerdos de infancia, lo vemos moverse por España y por París, testigo fiel de todo lo que ocurre a su alrededor pero hombre todavía sin vocación. Asistimos a su enamoramiento y al fracaso de ese amor, lo acompañamos a Cuba. Poco a poco la identidad se va robusteciendo, en la medida en que Alvaro decide —paradójicamente, puede parecernos— separarse de sus orígenes, cortar con su pasado, renunciar a la vida española: el último capítulo es un largo y suntoso poema sinfónico, un coro con muchas voces discordantes, una visión abigarrada en que contemplamos desde lo alto la ciudad de Barcelona, y —entre las observaciones triviales de los turistas y las voces de la reacción— Alvaro decide marcharse para no regresar jamás. La vocación de Alvaro es llegar a ser, definirse, y no puede hacerlo sin renunciar a su patria. (No en vano Jung, en su estudio *Símbolos de transformación* —que conozco por su versión inglesa— ha incluido dos largos capítulos sobre los mitos y símbolos que giran en torno a la difícil separación del hijo y la madre. La madre, en este caso España, es un obstáculo a la vida verdadera del hijo, impide con su obsesionante presencia que el hijo madure y llegue a ser el que tiene que ser. Si es preciso —y Jung da de ello numerosos ejemplos— hay que llegar hasta la destrucción de la madre. Este es el programa mental que adivinamos al final de *Señas de identidad* y que encontramos plenamente realizado en *Reivindicación del Conde don Julián*.) En ambas novelas, el individuo se define frente a —y en contra de— la sociedad que le ha dado el ser. Para conocerse, le es preciso conocer a fondo esa sociedad. Para madurar, para adquirir su plena identidad, le es indispensable oponerse a esa sociedad, a esa madre cruel y obsesiva, y —en último término— planear su destrucción.

El arma de que dispone este individuo es doble: la conciencia y el lenguaje. Pero la conciencia del héroe de *Señas de identidad* está todavía en formación, es una nebulosa de conciencia. En la se-

gunda novela la conciencia aparece ya firme, decidida: el delirio que con frecuencia la trastorna es también un arma ofensiva, una imaginación que se desboca como un caballo de batalla o se alarga en forma de daga. Y el lenguaje, la otra arma, es, sin embargo, parte de la realidad española que se trata de combatir y de negar; de ahí que en *Reivindicación* el lenguaje español se vuelva contra sí mismo, en extraño boomerang, quizá sin paralelo en la literatura española. (Rastrear fuentes es tarea tan enojosa como, con frecuencia, intrascendente. ¿Hay o no huellas de Cortázar, del Cortázar de *Rayuela*, y de Fuentes, el Fuentes de *Cambio de piel*, en *Señas de identidad*? La respuesta, afirmativa o negativa, no deberá preocuparnos demasiado. En cuanto a *Reivindicación*, hay abundantes fragmentos de otros autores, identificados o identificables, sembrados a lo largo de la obra; su presencia —casi siempre— se debe a que el autor los exhibe un instante ante nosotros antes de destruirlos.)

Chiste, parodia, visión onírica o profética: tres etapas de la destrucción de esa "madre-madrastra" que es la tradición hispánica. Un chiste es ya una subversión del lenguaje, es torcerle el rabo a una palabra o una frase. Y los chistes abundan en *Reivindicación*, a veces inocentes ("O tempora! O Moros!" —pág. 55: acabamos de aludir a Séneca y a los romanos, y estamos en Tánger) y otros maliciosos, como cuando Goytisolo habla de los "hors-d'oeuvre completos" de José Ortega y Gasset. Las *Silfides*, de Chopin, se transforman en labios del adocenado locutor de radio, que transmite desde España, en "la sífilis de Xopén". (Nos parece a veces hallarnos en el alegre y despreocupado ambiente de "orgía lingüística y cultural" que ofrecen los capítulos centrales de la novela *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante; y sin embargo el clima emocional es aquí bien distinto; lo que en el novelista cubano es ejercicio de estilo y alegría de vivir se ha transformado aquí en protesta y ataque a fondo contra toda una tradición cultural.) La actividad más visible y sistemática del héroe es, en cierto modo, un chiste, una broma pesada llevada a cabo contra el espíritu mismo del idioma: después de matar y recoger cuidadosamente un buen número de insectos, se dirige repetidas veces a una biblioteca de Tánger en la que deposita estos insectos entre las páginas de los dramas calderonianos o los florilegios de poemas del Siglo de Oro, o, mejor dicho, del Siglo de Cartón Dorado: "... con los libros apilados en el pupitre, erigiendo una protectora barrera entre ti y el guardián: que bosteza abismáticamente otra vez mientras tú buscas en el bolsillo izquierdo de la americana y sacas la fúnebre y recatada bolsita; tu pequeño capital: cifrando velozmente el modesto, pero salutífero haz de posibilidades: moscas, hormigas, abejas, tábanos: quizá alguna araña opulenta



y velluda: vaciando el contenido sobre el hule, en apetitoso montón: insecticida catástrofe no registrada en los anales que tú observas y abarcas con resolución pronta y fría: alcanzando el primer volumen de la pila y depositando entre sus páginas una hormiga y seis moscas: en el quintaesenciado diálogo de Casandra y el duque: esto disponen las leyes del honor, y que no haya publicidad en mi afrenta con que se doble mi infamia: cerrando de golpe, zas!, y aplastándolas: ojo avizor, cuidado que el guardián no te descubra: mientras abres el libro y compruebas morosamente el resultado: con el prurito aperitivo del viejo catador: espachurradas, la masa abdominal por de fuera!: indelebles manchones que salpican la peripecia dramática y la contaminan con su difluente viscosidad: cabos, ensenadas, bahías...” (pág. 37). Incluimos esta larga cita por crearla muy representativa del estilo y la intención de Goytisolo: detallada descripción de una actividad en apariencia absurda e infantil, en el fondo significativa y simbólica. Profanación de textos clásicos, de actitudes “castizas”, que continuará a lo largo de la novela. No son los dramas de honor conyugal calderonianos las únicas víctimas de Goytisolo; para que el lector comprenda que no se trata únicamente de combatir lo rancio, el pasado, lanzará ataques variados contra toda la generación del 98, contra *Platero y yo*, contra Ortega y los “adelantados y precursores de Heidegger” (pág. 138), y se burlará del “españolísimo vínculo existente entre el estoicismo y la tauromaquia” (pág. 139), pasando por Isabel la Católica y desembocando en las inefables páginas de Corín Tellado. (No se escapa ni siquiera el ilustre “Don Garbanzote de la Mancha”.) El gesto del joven español que la novela describe es, en el fondo, una operación de homeopatía: la cultura española está anquilosada, es una inmensa fachada, un caparazón vacío; hay que combatirla con algo semejante, con el caparazón de insectos muertos. El estilo —rico, entrecortado— une el vocabulario de la biología y el de las ideas abstractas o literarias mediante una serie de frases en mosaico, parte de un larguísimo monólogo interior, entrecortado por una puntuación muy especial, a base de los dos puntos, con muy pocas comas, y sin puntos. Las páginas de Goytisolo, en su inagotable variedad, y con múltiples efectos de sorpresa, describen ante todo una actitud interior, un vasto ensueño, un delirio muy personal; pero es un delirio no exento de base, de punto de partida, de lógica inicial; nos describen la “razón de la sinrazón” de su héroe, esta vez más “miniorestes” que “miniulises”. Las páginas de Goytisolo son una prolongada venganza, una traición, una subversión de las raíces de la cultura española, de las propias raíces del autor; por eso escribe Fuentes que “la escritura de Goytisolo es un ejemplar suicidio, una violación perma-

nente de lo que hasta ahora ha pasado por 'lenguaje' en la prosa novelesca española. En cierta forma, Goytisolo utiliza esas armas tradicionales para destruirlas. Y su explosión del 'lenguaje escrito' de los españoles es la destrucción de una España sagrada, basada en la posesión de un léxico pútrido como las tumbas de El Escorial: el léxico de una literatura que, en la feliz expresión de Octavio Paz, ha oscilado entre la academia y el café, entre la oratoria y el chisme".

Creo prudente dejar a un lado, de momento, todo lo que en la actitud de Goytisolo frente a la tradición hispánica pueda parecernos una "injusticia" —y también lo que pueda irritar al lector, por las mismas razones, en las opiniones paralelas de Fuentes y de Paz— ya que lo que nos interesa aquí es la literatura, la obra de arte y el lenguaje en que está escrita. El infierno de la mala literatura está pavimentado de "buenas intenciones"; en cambio, de lo aparentemente —patentemente— absurdo, o injusto, o para llegar al caso extremo de lo criminal (¿y no es la traición un crimen castigado por todos los códigos?) puede surgir una obra maestra. Creo que *Don Julián* lo es, y que en todo caso su carácter excepcional de obra sin paralelo en la literatura española, y con poquísimos paralelos en otras (nos hace pensar a ratos en Sade, o en Kafka, o en el Burroughs de *The Naked Lunch*, que también tiene lugar, por lo menos en parte, en Marruecos) exige del lector, incluso del lector español, hispánico, o hispanófilo, una actitud de calma lúcida y comprensiva que, descartando la indignación irritada, nos permita saborear los frutos de una imaginación a la vez espléndida y sumamente controlada. Criminalidad y "decencia" son dos vertientes de una misma realidad, adquieren su sentido en mutua simbiosis, lo mismo que el amor y el placer carecen de sentido sin el dolor y la muerte, como Georges Bataille —tras otros— nos ha señalado. (Y, para aludir a otro escritor francés de hoy, ¿no es acaso Jean Genet, criminal de profesión en su juventud, y que ha exaltado como pocos el crimen y el vicio, uno de los "santos" más ilustres en el santoral de la literatura contemporánea, creador indiscutible e indiscutido de un número considerable de obras maestras?) Con buenos sentimientos —según la tan repetida frase de Gide— suele hacerse mala literatura. No juzguemos los de Goytisolo según las normas tradicionales de los cursos de patriotismo para párvulos o los discursos moralizadores de una escuela dominical provinciana. Fijémonos ante todo en lo esencial: la relación entre un clima tenso, emocionalmente muy cargado, que es el que el autor ha vivido y sentido, que es el que ha querido expresar, y el estilo —los estilos múltiples— o el lenguaje —una serie de lenguajes— con que ha querido expresar dichos sentimientos: comprenderemos así la profunda y creadora relación entre lo

que solíamos llamar "el fondo" y "la forma" en esta novela. El lenguaje de Goytisolo estalla en todas direcciones, salta ágilmente a una serie de niveles, precisamente porque trata de expresar una situación emocional explosiva, a la que nos remite una y otra vez; y nosotros, los lectores, comprendemos esta situación, y en gran parte la revivimos al leer estas páginas, precisamente porque el lenguaje del autor ha sabido estallar y desdoblarse. No es posible hablar del continente sin aludir al contenido: la novela de Goytisolo no es un mero "ejercicio de estilo" (aunque en ella, como veremos más adelante, desempeñe el *pastiche* un papel importante).

Claro está que el nuevo estilo de Goytisolo no ha surgido de pronto, espontáneamente, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Hay en el resto de su obra una serie de significativos tanteos que van en esta dirección, y en particular nos ofrece con frecuencia un fuerte contraste irónico entre dos tipos de lenguaje: el de la gente del pueblo, ignorante y vulgar pero que se expresa sinceramente, y el lenguaje florido y falaz de los discursos oficiales, la prensa, radio y televisión, en que nadie cree: entre estos dos polos tan distantes salta la chispa de la ironía trágica, tendiente a destruir el lenguaje oficial y a crear un ambiente en que —como señala el personaje Abel Sorzano en la primera novela de Goytisolo, *Juegos de manos*— "los símbolos perdían su valor y no quedaba más que eso: el hombre, reducido a sus huesos y a su piel". En *La resaca* todo el último capítulo es un largo contraste entre el lenguaje de un absurdo discurso oficial ("Ya resuenan las martellinas que labran los alcázares de nuestra libertad...") y las palabras balbucientes del niño que debería leerlo, pero que, embargado por el dolor de sus problemas personales, no acierta a decir más que: "Delegado... somos pobres... mi padre..." mientras las autoridades siguen desfilando, y una música marcial envuelve a la muchedumbre indiferente, en medio del "fastuoso ondear de las banderas y el ritmo alegre... de las marchas". Otro personaje, Evaristo, expresa las rebeliones frustradas y las trágicas contradicciones de una sociedad hipócrita al suicidarse, desesperado, frente a un letrero que proclama: "*Ni un bogar sin lumbre, ni un español sin pan.*"

El programa literario de Goytisolo, desde el principio, había, pues, avanzado hacia una dirección clara: continuar la labor desmitificadora iniciada por Baroja y los mejores noventayochistas, arrancar la máscara de hipocresía que todavía ostenta el Estado y llevar muchos españoles: "hay que humanizarse o perecer", señala en *Problemas de la novela* (1959), pues se trata ante todo de "abordar los diferentes aspectos y problemas de la creación literaria desde el punto de vista... de su motivación social." La novela objetiva,

"basada en una apreciación sintética y real de su conducta [la del hombre de hoy] se ha convertido... en el único medio eficaz de nuestro tiempo." Quizá el único error de esta actitud consistía en que Goytisolo creía que "el tema debe determinar la técnica", lo cual es cierto sólo en parte; más de una vez lo que pudiéramos llamar la "autonomía de la técnica", las leyes internas de la organización y del lenguaje, hacen posible una mejor expresión del tema. Hay interacción, no dependencia absoluta o sujeción de arriba hacia abajo, entre tema y técnica. El último Goytisolo, el de *Señas de identidad* y el *Conde don Julián*, parece haberlo entendido así. Ha llegado con ello a la mayoría de edad, edad literaria, claro está. Y como él mismo señala con frase certera y muy significativa (en el cap. 7 de *Fiestas*), "*hay algo más triste que envejecer; es continuar siendo niño*". (Subraya Goytisolo). La súbita madurez de algunos de los adolescentes de Goytisolo es adquirida a través del dolor, del derrumbamiento de las ilusiones. La del propio Goytisolo —en las dos novelas últimas— está marcada por el dolor, la rabia, la impotencia, la indignación, el delirio, todo ello provocado por la clara conciencia del fracaso de una sociedad y un estilo de vida. Sainte-Beuve ha subrayado que una de las funciones del crítico literario, quizá la esencial, es la de revelar las obsesiones del autor estudiado. Siguiendo este precepto, apuntemos que una de las obsesiones centrales de Goytisolo es precisamente la de pintarnos el despertar de la adolescencia frente a la injusticia, la hipocresía y la crueldad sociales; la adolescencia se convierte en madurez rabiosa, en algunos casos dispuesta a la lucha, en otros abrumada por su nueva conciencia. De *Juegos de manos* a *Fiestas*, el tema es constante. En las dos últimas novelas, *Señas de identidad* y *Don Julián*, el amargo despertar ocupa un papel esencial, y en torno a él se organiza cada obra. Esta evolución va acompañada de un proceso de creciente introversión. El héroe de *Señas* se mueve todavía, durante la mayor parte de la obra, en un ambiente objetivo, objetivado u objetivable; el de *Don Julián* se hunde —y hunde, al mismo tiempo, a sus lectores— en la introspección, el monólogo interior, y, formando un *crescendo* al final, en la elaboración de los pocos datos que podemos juzgar objetivos, hasta convertirlos —como la ostra convierte en perla su grano de arena— en un espléndido sueño de destrucción simbólica y poética.

Y el desdoblamiento de los estilos, la multiplicidad de los lenguajes empleados, parte del interior del héroe, no es algo impuesto por el autor. No es la primera vez, evidentemente, que en una novela encontramos estilos muy diversos. El caso más claro de esta riqueza lo encontramos, en la tradición hispánica, en el *Quijo-*

1e. El caballero no habla como Sancho, los comentarios del autor son a veces irónicos, otras paródicos, otras relativamente directos y objetivos. El contraste irónico entre los estilos grandilocuentes y el lenguaje llano y vulgar lo notamos desde el principio, y en particular en la conversación entre el caballero y las mozas del partido. Pero tras este contraste se producen otros muchos, y a niveles diferentes. Contraste irónico existe también en algunas páginas de Baroja o de Valle-Inclán, por ejemplo, al final de *Paradox, rey*, entre el relato objetivo de la destrucción de una ciudad de África por las tropas coloniales francesas y las hinchadas e hipócritas palabras de un diputado francés que, en el Parlamento, y al mismo tiempo que las tropas siguen saqueando y destruyendo, puede definir lo que ocurre en África como gloriosa misión civilizadora. Pero en estos casos —y en el caso de las primeras novelas de Goytisolo— la diversidad de estilos se limita a este contraste radical entre la verdad objetiva y la hipocresía oficial. Se diría que nos hallamos ante un contraste del tipo "blanco frente a negro", un grabado de Posada o de Goya. El último Goytisolo, en cambio, escribe en "tecnicolor", con una paleta rica y luminosa que es digna de los grandes pintores coloristas de ayer y de hoy. Con todo lo cual no queremos insinuar en modo alguno que las novelas de Goytisolo anteriores a *Señas de identidad* hayan de ser consideradas como un semi-fracaso literario. En todas ellas hay poder creador, imaginación, sensibilidad, abundancia de talento. Todas interesan al lector desde el primer momento. Goytisolo tiene el sentido de lo dramático, a veces en forma espectacular. Desde su primera novela, críticos como José Ma. Castellet y Eugenio de Nora reconocieron el gran talento de Goytisolo; lo que constantemente se le reprochaba era no haber conseguido plena eficacia en el dominio de su lenguaje. Castellet, por ejemplo, en su artículo "Juan Goytisolo y la novela española actual" (*La Torre*, enero-marzo de 1961) juzgaba el lenguaje de *Juegos de manos* "vacilante... envarado, poco espontáneo y eficaz". Es ésta una opinión que hay que cambiar radicalmente cuando llegamos al último Goytisolo. El recorrido ha sido largo, pero en continuo ascenso: Goytisolo se ha convertido en uno de los grandes estilistas de la literatura española contemporánea.

Hagamos un recuento: en *Reivindicación del Conde Don Julián* es posible identificar por lo menos siete clases de lenguaje, siete modos de expresión. Clasificados por orden de intensidad emocional —y empezando por los más "fríos" para terminar con los más "cálidos"— hallamos, primero, un estilo escueto, de inventario o de clasificación científica y descriptiva, que podríamos a su vez dividir

en dos variantes: el "estilo inventario" y el "estilo libro de texto". Vendría a continuación la larga serie de textos literarios puestos en epígrafe a los diversos capítulos de la novela: los epígrafes funcionan aquí con un poder inusitado, son como pequeños "collages" que ayudan a contrastar con el resto de la obra, enmarcándola de historia y haciendo posible que la ficción se inserte en la historia; en un delicado arabesco, algunos de los temas tocados en estos textos (por ejemplo, el de los árabes invasores descritos como sierpes) reaparecen en el relato en formas muy variadas. El tercer estilo es el del monólogo interior del autor en sus momentos —relativamente abundantes primero, más escasos al final— de normalidad y objetividad. Hallamos después dos clases de estilo paródico: parodias del lenguaje hablado, y parodias de textos literarios. Finalmente, el monólogo interior —como todo buen vehículo— tiene "cambio de marchas": tras el monólogo normal, objetivo, de que ya hemos hablado, aparecen otros dos, un monólogo que pudiéramos llamar exaltado, discursivo, efusivo y, finalmente, un monólogo interior totalmente delirante. Este recuento dará una idea de la riqueza estilística de la última novela de Goytisolo, pero no de su complejidad: para ello sería preciso mostrar cómo pasamos con rapidez, en muchos casos, y sin previo aviso, de un estilo a otro, y cómo algunos temas —el tema del homosexualismo, el de la invasión de España, el de la transformación negativa de los valores españoles— reaparecen una y otra vez, desarrollados por estilos diferentes, como variaciones sinfónicas de un número limitado de melodías.

Esta multiplicidad de estilos es utilizada por el autor no solamente para dar plena expresión —a través de variaciones, matices, contrastes— a la vida interior de su atormentado héroe, sino también para modelar y estructurar el ritmo y la composición de la obra, que tiene una estructura perfectamente circular y se apega incluso —a pesar de su carácter onírico, exaltado, de visión entre surrealista y apocalíptica— a la clásica regla del teatro de Corneille y Racine —y de Moratín—, la regla de las Tres Unidades. Unidad de lugar: todo ocurre en Tánger, frente a España, y en la experiencia interna y externa de un solo protagonista. De acción: todos los hilos se juntan, convergen en un solo haz de obsesiones. Y de tiempo: la novela comienza con el despertar del héroe, dura un solo día, y termina cuando el protagonista, fatigado por sus aventuras —físicas pero sobre todo mentales— al caer la noche se acuesta y se duerme. El carácter circular de la novela resalta todavía más por la simetría en el uso de los estilos, al principio y al final. La novela se inicia con un monólogo interior cargado de

emoción, pero que deriva poco a poco hacia la minuciosidad descriptiva: "tierra ingrata, entre todas espuria y mezquina, jamás volveré a ti: con los ojos todavía cerrados, en la ubicuidad neblinosa del sueño, invisible por tanto, y, no obstante, sutilmente insinuada: en escorzo, lejana, pero identificable en los menores detalles, dibujados ante ti, lo admites, con escrupulosidad casi maniaca: un día y otro día y otro aún: siempre igual: la nitidez de los contornos presentida, una simple maqueta de cartón, a escala reducida, de un paisaje familiar. . . ." El protagonista, en su duermevela, piensa en la tierra de España, tantas veces contemplada desde la atalaya de Tánger. Un poco más tarde pasamos a la descripción-inventario (que no deja de recordarnos a Robbe-Grillet) de la habitación en la que sueña y medita: "tres metros, incorporarse, calzar las babuchas, tirar de la correa de la persiana: mirando a tu alrededor en un apurado y febril inventario de tus pertenencias y bienes: dos sillas, un armario empotrado, una mesita de noche, una estufa de gas: un mapa del Imperio Jerifiano escala 1/1 000 000, impreso en Hallwag, Berna, Suiza: un grabado en colores con diferentes especies de hojas: envainadora (trigo), entera (alforjón), dentada (ortiga), digitada (castaño de Indias), verticilada (rubia): en el respaldo de la silla: la chaqueta de pana, un pantalón de tergal, una camisa de cuadros, un suéter de lana arrugado. . ." (pág. 14). La novela termina igual, pero invirtiendo simétricamente los dos estilos, el objetivo y el monólogo interior angustiado. Vemos una vez más la habitación, el mapa del Imperio Jerifiano, el grabado en colores con diferentes especies de hojas, tras lo cual el fatigado protagonista se acuesta: "después, tirarás de la correa de la persiana sin una mirada para la costa enemiga, para la venenosa cicatriz que se extiende al otro lado del mar: el sueño agobia tus párpados y cierras los ojos: lo sabes, lo sabes: mañana será otro día, la invasión recomenzará" (pág. 240). La novela termina así, sin punto final, circular y recurrentemente abierta, larga serpiente que se muerde la cola y sigue girando ante nosotros.

Puede ocurrir que un objeto demasiado brillante nos ciegue, no nos permita discernir su perfil verdadero. Sería lástima que tal cosa ocurriera con esta última novela de Goytisolo, y que sus lectores no vieran en ella más que una serie de "ejercicios de estilo", como los que Raymond Queneau ha desarrollado. Los ejercicios de estilo equivalen a escalas y arpeggios: preparación, pero no obra completa. Czerny no es Chopin o Schumann. Importa, pues, subrayar que estos estilos diversos de la última novela de Goytisolo se apoyan mutuamente, produciendo un efecto de distancia, de graduada y armónica profundidad, que va desde la visión subjetiva hasta el marco histó-

rico de la evolución de un país y una cultura. De ahí que el empleo de estilos tan diversos no produzca una sensación de caos o de vértigo. Variedad, pero también unidad: las partes ayudan a definir el todo, y éste, a su vez, desde un centro invisible pero activo, ayuda a reforzar y vitalizar las partes. ¿No será ésta, acaso, la definición de una obra maestra? Sabemos bien que en nuestro acercamiento a la literatura contemporánea debe existir, forzosamente, una buena dosis de provisionalidad. Quisiéramos aquí dejar constancia de que para este lector, para este crítico, la última novela de Goytisolo alcanza una cumbre, probablemente la más alta, en el desarrollo de la novela española de la postguerra, posiblemente también en toda la novela española de nuestro siglo.

Toda obra bien organizada, en arquitectura, en pintura, o en las artes literarias, no puede mantenerse en pie sino gracias a una serie de columnas y bóvedas, a una serie de centros de interés, secundarios y principales. Ya que hemos insistido en la elaborada organización de esta última novela de Goytisolo, nos toca ahora señalar que, como en los buenos cuadros clásicos, podemos hallar en ella un centro de interés secundario y otro principal. El secundario es fácil de definir: consiste en una serie de parodias, parodias de obras literarias —a veces breves frases auténticas, que, fuera de contexto, cobran interés cómico— o bien parodias del español hablado. El castellano en tanto que lengua "imperial" es cuidadosamente destruido, al mostrarnos Goytisolo en qué forma lo habla un árabe españolizado (por ejemplo, en las págs. 23-25), y cómo lo transforman un mexicano, un argentino y un cubano (págs. 194-195). Muy probable es que a estos hermosos *pastiche*s hispanoamericanos haya contribuido la eficaz ayuda de Carlos Fuentes, Julio Cortázar y Guillermo Cabrera Infante, cuya "amistosa y solidaria colaboración" es agradecida en una nota final. En cambio, la regocijada escena en que un Dr. Pedro Recio de Tirteafuera —en este caso árabe de pura cepa— le retira al catellano, al idioma español, sus ingredientes de origen árabe, es una pequeña obra maestra de ingenio y de verdad histórica.

Hemos reservado para el final el plato fuerte, la *pièce de résistance* en este suntuoso banquete que nos ofrece la novela que comentamos: el "estilo delirante", que constituye la clave de bóveda, el auténtico centro de atención, y que, si bien se desarrolla en múltiples formas a lo largo de la obra, culmina en una triple manifestación hacia el final, formando una curva ascendente, un *climax*, una cordillera con tres cumbres cada vez más elevadas. Nos referimos a tres visiones espectaculares que tienen lugar en la tensa y morbosa conciencia del protagonista. En la primera, el filósofo Sé-



neca se transforma en el torero Manolete. En la segunda llevamos a cabo una visita turística a una gruta gigantesca que resulta ser el aparato genital de una monja. Finalmente, la nueva versión del cuento clásico: Caperucito Rojo —aquí símbolo de España— llega a casa de la Abuelita y se encuentra con que el Lobo es un moro bigotudo que lo sodomiza. Explosiones oníricas, claves de bóveda o mejor inmensas bóvedas delirantes que a su vez están sostenidas —como en una catedral gótica— por arbotantes y contrafuertes igualmente delirantes pero menores, subordinados: la extraña muerte de una turista norteamericana, la transfiguración de Don Alvaro, la perversión de un niño, la profanación de una imagen sagrada. Cumbres, laderas, valles: una arquitectura interna anima, levanta, ordena, explica y exhibe cada uno de los detalles de la obra total. Obra única, repetimos, en la literatura española de nuestro siglo. Obra de la que se hablará durante muchos años. Con estas páginas no tratamos —modestamente, honradamente— más que de iniciar esta larga tarea de análisis y evaluación que las últimas obras de Goytisolo reclaman con urgencia.

## PSICOLOGIA DEL DESASOSIEGO-UTRILLO

Por *Felipe COSSIO DEL POMAR*

A los mercaderes, a los farsantes, a los pintores "cósmicos", a los organizadores de exposiciones, a Madame Lucie Valore y a todos los que han hecho del arte un negocio.

**E**N la primera década del siglo XX vivíamos en plena rebelión contra las imposiciones académicas. Montmartre era un laboratorio de Arte Universal donde un grupo de artistas había declarado guerra al Salón, a la Escuela de Bellas Artes y a las viejas glorias consagradas por las instituciones oficiales. Nuestra bandera proclamaba las ideas de Croce: "El arte es intuición". Cada café era un cenáculo donde se discutía, se consumía café malo, vino baratos y algunas drogas heroicas, principalmente éter y hachix.

Uno de los más notables de estos laboratorios radicales era el *Bateau Lavoir*, en el 13 de la Plaza Emile Coudeau. Su principal biógrafo André Salmon, y su principal inquilino Pablo Picasso. Max Jacob lo bautizó el "Laboratorio Central". Ahí vivieron Jaques Vaillant, Juan Gris, Van Dongen y el teorizante, poeta y periodista, Pierre Mac Orland. También lo habitaron vagabundos y poetas que por Montmartre pasearon sus nostalgias. ¿Verdad Gerard de Narval?

Sobre la plaza, en la prolongación de la rue Ravignan estaba cual si fuere un verdadero barco atracado a la colina. Un barco deteriorado por la pobreza y el batir de las lluvias. Uno de esos pontones remendados con trozos de madera, abandonados en los puertos. En su esqueleto apolillado la tuberculosis había dejado herencia. Su historia registraba muchas muertes naturales y suicidios.

Maurice Utrillo era asiduo visitante del edificio y parroquiano de "Lapin Agile" (Lapin a Gill); punto de reunión de lo más representativo de la bohemia. El *père* Frede tenía un libro para ins-

cribir el nombre de los nuevos visitantes. Max Jacob ajustando el monóculo pendiente de negra cinta, escribió:

*Neuf heures du soir  
Trouver la rime a Frederic  
Voilà le chic  
J'aime mieux attendre d'être ivre  
pour m'inscrire à bord de ton livre*

Max de todo hacía poesía: de su pobreza, de su ternura, de su dolor. Antiguo discípulo de J. P. Lawrence en la Academia Julián, su vida oscilaba entre las letras y la pintura. Vivía en el 7 de la rue Ravignan, cerca del barco. Murió solo, que era lo que más temía. Solo en la prisión Drancy, de la Gestapo.

La banda de "Lapin Agile", como la llamaba Henry Veraut, estaba formada por escritores, actores y artistas. Entre ellos se distinguían Roland Dorgeles, autor de "Les croix de Bois", la pintora Valadon y su marido Utter, los Pitoeff y otro amigo íntimo de Maurice, víctima como él del desasosiego: Modigliani.

Las veladas eran a cualquier hora. Tarde, noche o madrugada daba lo mismo. El ambiente y el grado de embriaguez eran uniformes. Nunca se pasaba de cierta conveniencia y parsimonia en la cual todos estaban de acuerdo. Siguiendo el consejo de William James: se chismeaba sobre el universo. Embustes, recuerdos, fantasías y críticas carecían de toda responsabilidad. No faltaba tema para discutir: Arte, política, libertad o revolución social. Hasta las canciones estaban cargadas de protestas socialistas, cuando no de sentimentalismo superado; a veces tomaban un cariz obsceno capaz de hacer enrojecer a un policía.

Maurice intervenía poco. Prefería oír a Max Jacob, cuyo fuerte era el monólogo, en afirmaciones rotundas: "Sin talento y sin experiencia, la opinión sincera es maligna y sin alcance satisfactorio". Mac Orland, por su parte, se empeñaba en sacar a Utrillo de su mutismo reprochándole sus paisajes sin gente. Utrillo protestaba: "Tú te afanas por encontrar cadáveres en mis cuadros". Max Jacob los describía en verso:

*La rue avec ses maisons blêmes  
ses débits, ses trottoirs luisants  
et ses hasards, toujours les mêmes...*

Esa madrugada caían de los tejados las primeras nieves lodosas del invierno de 1910, sobre la desierta calle Lepic. En la estrecha

perspectiva divisamos a Maurice Utrillo. Parecía flotar bajo el frío negro del amanecer. Alto y flaco, el abrigo sin abrochar, la camisa abierta sobre el cuello delgadísimo, la cabeza maculada bajo el sombrero de ala ancha. Un típico personaje fantasmal de Kafka o un Greco en llamas, como la pasión misma. Pasó sin reconocer a Paco Durrio, su vecino. ¡Estaba tan borracho! Tan repugnante como la primera vez que le vi en la taberna de "La Belle Gabrielle", no lejos del "Lapin Agile". Esa noche, corridas las cortinas sobre su espíritu, Maurice cabalgaba en las ascuas de sus instintos, dispuesto a vender su cuerpo al diablo, en este caso la cajera, una mujer muy blanca de aspecto vulgar.

Recostado sobre el zinc del mostrador la contemplaba con ojos ebrios. La lujuria hichaba su boca reseca; exhaustos su anhelo, buscaba sosiego en el rústico ídolo de cara pálida con reflejos de alabastro. La cabellera rubia, recogida sobre la nuca, mostraba el cuello redondo y carnoso. Los ojos alargados, color tabaco claro, los dientes grandes, algo salidos, mordían con frecuencia el labio inferior prominente. Su voz ronca era un llamado a las oscuras porfías infernales. Nadie podía representar mejor una heroína de Baudelaire que esta "bestiola" dispuesta y alerta. Fruncido el ceño de su frente baja, escuchaba a Maurice mientras tecleaba la registradora. ¿Qué podía dar a Utrillo esta María de caderas prominentes y cintura estrecha? Seguramente nada de tierno, de fraterno o de amistoso. Nada de romántico o metafísico en aquellos ojos perversos.

María, el ajeno y la policía avivaban la brasa interior de sus crisis alcohólicas y hacían olvidar a Maurice su noble serenidad. Su voz perdía el timbre juvenil y desaparecían sus modales de hombre educado. Transformado en agresivo Mr. Hyde, torcía su boca el tono canallesco del *argot*. Me bastó verlo así para perder todo interés por el artista. Más tarde comprendí su tragedia. Su desasosiego en busca de refugio sedante: la comunión con el demonio y la carne para sentirse purificado.

Ahora me arrepiento de haberle abandonado aquella noche en el quicio de la cantina cerrada, para que encontrara solo el camino de su casa donde le esperaba la ternura de Susana Valadon, mujer poco común y, como buena francesa, madre amante y devota.

Conocí a Susana cuando ya había pasado su primera juventud. Conservaba la vivacidad, los ojos risueños y la espiritualidad chispeante de la parisién de todos los tiempos. Pero antes de considerarla como mujer, hay que reconocerle sus dotes de gran artista.

Nacida en Bessines, en 1867, su niñez debió ser bien triste en los tiempos en que unos cuantos afortunados disfrutaban de la

"Belle Epoque". Acróbata de circo, preñada a los dieciséis años, se vio incapacitada para continuar trabajando en el trapecio. Va a tener a su único hijo, Maurice (1883). Obligada a ganarse la vida, sirve de modelo a Puvís de Chavannes, gentilhombre amante de las mujeres, del campo y del buen vino. Siete años le dura este empleo. Guiada por un exquisito sentido artístico, "posa" para otros dos destacados maestros de la época: Degas y Renoir. Estos pintores despiertan en ella una absorbente pasión por el arte, pasión que la lleva a cultivar una pintura personal, de gruesos trazos sencillos y espontáneos.

Madre y artista, Susana Valadon es la que guía al hijo en sus primeros pasos y le hace amar la vida al margen de una época convencional. Desde su niñez le enseña el amor a la naturaleza y la necesidad de mirarla de cerca para captar lo que hay de noble en las cosas aparentemente vulgares. Cultiva su espíritu y enriquece su sensibilidad a fin de calar en profundidad el mundo que lo rodea. Cuando Utrillo, a los trece años, mezcla colores, ya Susana le ha enseñado a interpretar la naturaleza a su manera transmitiéndole los sabios consejos de Degas, el primero en descubrir su talento. Y no provienen sus elogios de las bellas formas de Susana ni de sus ojos vivarachos. Es conocido el carácter severo de Degas, su honradez profesional. Si da una opinión, es siempre tan exacta como las líneas en su cuadros: precisa, sin lirismos ni pudores; se trate de los brazos desnudos de una planchadora o los muslos desnudos de una bailarina.

En cuanto a la vida sentimental de Susana, suponemos que fue la de toda "faubouriana" que no hace tragedia de sus primeros descalabros en el amor. Antes de casarse con el artista alemán Utter, decía: "Dos veces me he avergonzado en la vida; la primera, cuando me dio dinero un hombre. La segunda cuando yo se lo di".

Lo que es un verdadero misterio, aún no desvelado por los biógrafos de Utrillo, es el lado paterno. Para evitar esa patología a que recurren algunos escritores al presentar el carácter de sus personajes y reforzar rasgos que den interés al relato, descartemos la aseveración de Tabarant: "Utrillo es hijo de un tal Boissy", bohemio incorregible, marcado a fondo por el alcoholismo, pintor de cuadros detestables que amontona en su casa sin atreverse a ofrecerlos. En realidad Boissy fue el primer marido de Susana y la abandona poco antes de haber nacido Maurice. Por mi parte, siempre dudé que fuera hijo de este individuo grosero que lo desconoció. Para mí traté al catalán Miguel Utrillo, "hombre de letras", pintor, crítico de arte, periodista y arquitecto, a la vez que hombre galante, quien da a Maurice su apellido fue el verdadero padre. Ambos

tenían el mismo corte mediterráneo de la cabeza y el mismo cuerpo. ¿De dónde, si no, heredaba Maurice esa prestancia que no perdía del todo ni en sus momentos de mayor indignidad, cuando temblaba de la lujuria ante la libidinosa María? ¿De dónde la arrogancia inconfundible de caballero español? Saliente el pecho y cierta costumbre de avanzar la cabeza lo que hacía más distinguido su cuerpo de brazos largos terminados en afiladas manos blancas como marfil. Cara de finos trazos, los ojos negros parecían mirar siempre cosas lejanas.

Ignoro las razones que tuvo D. Miguel Utrillo para ocultar sus relaciones con Susana Valadon. De todas maneras, no hay tal herencia fatal en Maurice. Hay, quizá, una serie de circunstancias adversas que intervienen en sus primeros años, cuando Susana le guía por el camino de la pintura, aunque, Maurice resultó incontrolable en todos los sentidos: en la vida y en el arte, ya que los verdaderos artistas tienden a ser personales. No se pliegan a otra técnica que la propia; ni a procedimientos que tengan que ver con sistemas y métodos ajenos. La idea de asociar a un artista a teorías y escuelas no pasaba por la mente de un "montmartrois" de 1910. Utrillo desdeñaba las conspiraciones de grupo. Era dueño de *su* geometría, *su* perspectiva, *sus* materiales. Con el oficio alienta su acento poético, y gracias a sus conocimientos logra dar a los temas más vulgares la nobleza que esconde el arte.

André Salmon, con sus aires de actor de "Grand Guignol", declaraba: "El arte actual tendrá dos inocentes, el aduanero Rousseau, el viejo ángel de Plaesance, y ese Utrillo en el que, hace quince años, algunos no veían otra cosa que el mejor modelo literario del último bohemio". Pero "el último bohemio" estaba lejos de la ignorancia y simplicidad de Henri Rousseau. No obedece a una noción simplista del universo su concepción del paisaje elemental. Ni su ignorancia de botánico le hace desdeñar la precisión cuando dibuja un árbol. Conoce, más de lo que la gente sospecha, la Historia del Arte, y como pocos habla del Giotto, de Signorelli o de filología... Hasta su tercer litro de vino.

¡Cuánto afán despliega Utrillo para lograr esos cielos decorados de nubes amarillentas, esas floridas verjas de los pequeños jardines del "faubourg"! Muy suya esa pintura clara que enlaza los verdes, los rosas, los azules y rojos. El encanto "utrillesco" transforma todo. ¡Con qué habilidad representa las perspectivas urbanas! ¡Con qué originalidad pone poesía en los basurales! ¡Cuánta dulzura descubre en los barrios amargos! La luz de la hora, el sentido jerárquico de los detalles. Un arte que no se aprende en ninguna escuela. Una calidad plástica lograda a fuerza de experimentar



Boceto de Utrillo. Por Cossio del Pomar. (1924).

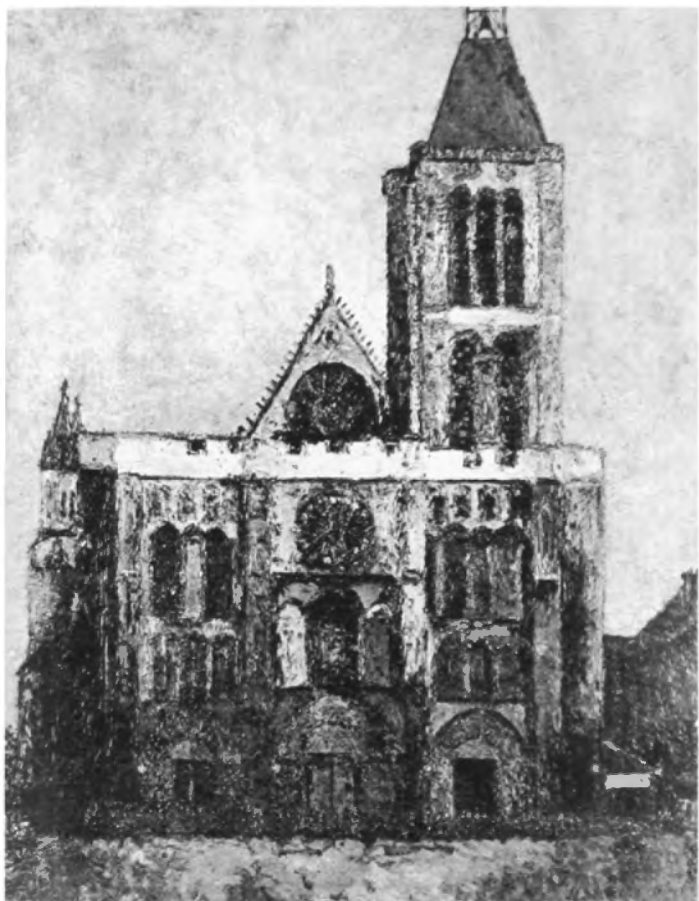


Utrillo. Vista de Le Vésinet, París. (Colección P. Pétrides).



Utrillo. Dibujo de Le Vésinet, donde terminó sus días y su arte.





Basilica de Saint Denis. (Período Blanco de Utrillo).



Utrillo. El jardín de Montmagny [1908]. (Período llamado de Montmagny).

Utrillo. La famosa Place du Terre. (1912).





Utrillo. La calle de Norvins. Camino a la barraca de Durrio.



Utrillo. La plaza de Sta. Catalina en Montmartre



Montmartre por Utrillo.

con los más variados materiales: tierras coloreadas, yeso, arena, vidrio molido. Todo lo experimenta para dar fuerza expresiva a sus pequeñas obras maestras. Y pintaba con tal facilidad que daba la impresión de superficialidad.

Sus paisajes de la primera época, después del viaje a Córcega y a Bretaña (1912), parecen cosas soñadas. Nada perturba la quietud el silencio elocuente de los rincones luminosos, de los árboles sin hojas, los rumores taciturnos, las enredaderas donde flamean todos los fuegos del otoño. Ni aquellos cuadros, pintados muchas veces en la trastienda de una cantina para pagar el destrozo causado por sus borracheras de la víspera, carecen de este misterio de lo bello.

Los poetas de la Butte lo señalaban como una víctima inocente de la miseria humana. "¿Qué quieres probar con tu gigante caligrafía cargada de blanco de zinc?", le preguntaba Salmon; y Utrillo respondía sonriendo con tristeza: "Que el mundo es blanco, y es puro... a veces".

**L**LEGÓ la guerra de 1914. La Gran Guerra venía a probar el absurdo que rige la vida de los hombres. Tras la algarada de cantos patrióticos y desfiles entusiastas, la movilización. Las calles de París se llenaron de tristeza. En las estaciones de ferrocarril, aglomerados adormecían los soldados sobre los fusiles de largas bayonetas. La guerra tomaba nuevo aspecto técnico. Las vistosas crines de los dragones fueron reemplazados por los pulidos cascos de estaño. "La Madelón" se extinguía con el calor del vino en las gargantas reseca. Auroras de fin de mundo coloreaban de gloria el Marne.

Maurice sentó plaza. El capote de soldado lo llevaba como el abrigo de civil, con el cuello levantado como si nunca dejara de hacer frío. La luz de las farolas maceraban sus facciones. Y siempre en los labios la sentencia breve y doctrinal.

Dejó París. Un París lluvioso donde las gentes ya no reían. Antes de partir encontré a Maurice en el café de la "Nouvelle Athènes"; estaba con Pascin, el admirable Pascin que terminaría unos años más tarde colgado en su estudio. Conversamos. Parecía que nada pasaba en su alma, en blanco su cara torturada, como si escuchara una música lejana. No era el Utrillo invocando al Creador para que perdonara sus culpas de borracho arrepentido. Era un hombre consciente, aunque no muy convencido, del sacrificio a que lo llevaba su deber patrio. No hacía mucho había salido del sanatorio de Santa Ana donde había escrito, sin duda bajo drogas se-

dantes, su biografía. Más que biografía, un alegato contra los que le creían loco. Su máxima obsesión.

La psiquiatría, en aquellos años de 1914, comenzaba a ser tomada en cuenta. Utrillo conocía las excelentes aportaciones del Dr. Charcot en el campo de la neurología. Había leído su libro sobre la histeria: "Les maladies de systeme nerveux" (1862), y gustaba abordar el tema.

Más tarde, al sostener Freud que todos los conflictos sensuales se originan en la infancia, Utrillo quedó entusiasmado con esta tesis. En el fondo, desde su infancia presente el complejo de Edipo.

En 1914, las doctrinas freudianas vinieron a demostrar que el hombre es víctima de su incertidumbre y juego de sus experiencias emocionales. Para Freud el hombre se encuentra ante el dilema de localizar y destruir los obstáculos o ser víctima de ello. Frente a Freud, el Dr. Jung erige un mundo que tampoco es un paraíso. Pero Utrillo lo encuentra menos torvo y con más esperanzas que el mundo de Freud. Jung cree que el espíritu del hombre puede modificarse. Al hombre le es posible buscar refugio en la experiencia colectiva que incluye la incesante necesidad de religión.

Durante sus largos encierros, como lo prueban sus escritos, Utrillo estudió a Freud, a Adler y a Jung, las tres figuras del campo de la psicología que influyen en el hombre occidental como nunca había influido nada desde la publicación del "Origen de las especies" (Darwin, 1859). Después de asistir a las conferencias que da en París el Dr. Jung sobre psiquiatría, Utrillo se da cuenta de que Jung y Freud están de acuerdo en varios puntos básicos de la moderna psicología. Lo que más le satisface de las teorías del Dr. Jung sobre la mente humana, es su interés en materias tan poco científicas como el ocultismo y la brujería. Mientras los freudianos creen que Jung traiciona a los científicos por sus incursiones en el budismo y la cristiandad, aquellos que se dejan guiar por el sentimiento —caso Utrillo— acogen como tranquilizadores el Yoga, el folklore, los tabús y otros oscuros ritos tribales.

Utrillo cree, con las teorías junguistas, que si la mente humana ha dedicado tanto tiempo y tantas ideas a estas materias, es porque forman parte de las herencias raciales. Hubo un tiempo en que rehusa llevar otro nombre que el de su madre. Luego, al poner de lado su cinismo desolado, reconoce que en la mente del hombre están presentes instintos superiores legados a sus descendientes por razas antiquísimas. Y quien pretenda conocer algo sobre esta mente, tiene que ser creyente. *Vocatus atqua non vocatus Deus aderit.* (Invocado o no invocado, Dios está presente).



HA pasado un mundo de tiempo. Una mañana de Abril subía con Utrillo a la Butte por la rue Lepic. Ibamos a comer donde Paco Durrio, el artista más bondadoso de los que formaban parte de la "Leyenda de Montmartre".

Maurice estaba en apuros económicos, como siempre. Tenía necesidad de doscientos francos. El cuadro "La rue a Stain", que traía envuelto en papel periódico, bien valía eso. Libaude, el Mecenas del artista, poeta simbolista a la vez que subastador, acostumbrado a pagar un luis la pieza, no consentiría en dar esa suma. Y a lo mejor Durrio lo sacaría del apuro vendiéndoselo a Zuloaga.

El *maquis* cubría el lado norte de la Butte, desde el molino de la Galette a la calle Coulaincourt, terrenos baldíos ocupados en desorden por modestos edificios. Al lado del hotel de Susana estaba la casa de Paco.

Haciendo cálculos de probabilidades, caminábamos por las aceras estrechas rozando las casas de ventanitas verdes, los Café-Tabac, las amas de casa con el pan bajo el brazo y canastos de verdura. Recordábamos las épocas heroicas del Faubourg. Aquellos años, antes de la Primera Guerra, cuando no amenazaba a Montmartre la piqueta demoledora; las noches del "Lapin Agile" y el *Bateau Laboir*. Saboreábamos la quietud campesina, la claridad del mediodía en las veredas bordeadas de flores silvestres. Tranquilo transitar que terminaba en el Boulevard de Clichy, frontera extravagante donde París arrojaba sus detritus: niñas prostituidas, viejas proxenetas, apaches, afeminados, ladrones, policías de la "secretá", monederos falsos, falsificadores; gentes de toda laya confundidos con poetas y artistas. Y en este mundo heterogéneo, nada de cofradías. Cada uno solo. Cada cual con el secreto de su propia vida, su drama y su hambre, sin compartirlo con nadie.

Utrillo acababa de tomar un "reposo" obligado en la casa de salud de Samois. Era el mismo, delgado y ausente. Las marcas de la tragedia reflejadas en la cara alargada. En su arte también estaba presente el drama que había vivido su alma ante el espectáculo de la destrucción. En sus cuadros emergía la sombría factura de los blancos marfiles de su primera época. Masas arquitectónicas rodeadas de un grueso trazo negro (1913-1920). Su pintura ha perdido el velo poético de las transparencias. Pero los críticos quieren ver ante todo el "metier", y eso los inclina ahora a admirar la obra de Utrillo obediente a una dura precisión. Son las mismas perspectivas urbanas, y la misma minuciosidad de ejecución.

La Crítica de Arte esperará quince años para comprender el significado del sentimiento ordenado que guía a Utrillo. Su escri-

pulosa concepción romántica del tema, su triunfante personalidad sobre la vulgaridad de su tiempo. ¡Quince años de injusto silencio!

Por otro lado Maurice sigue siendo el mismo artista modesto, desinteresado, sin otra ambición que la de vivir tranquilo al lado de su madre. ¡Cuánto admira el talento de Susana Valadon y cuánto le indigna la indiferencia de los críticos!

En el trayecto Maurice me habla de la sublime bondad de su madre: "Ma mere une sainte que je bénis". Gracias a ella al volver de la guerra ha encontrado su pequeño taller limpio y atractivo; la ofrenda generosa del pan tierno y el vino reconfortante.

Bien sabía yo que las primeras copas ponían al pintor en trance de remordimiento. Los aperitivos en tres escalas del camino, la brisa acariciante del viento primaveral hacían suave la cuesta y ponían deleite en nuestros corazones.

No tardó mucho tiempo para que comenzaran a explotar su reputación los marchantes. Sus obras se pagaban a mejor precio que las de Susana Valadon. Como Picasso, había expuesto en el salón de Otoño y le llamaban "Monsieur"; la revista "Renovation Esthétique" se había ocupado de él, y Octavio Mirbeau, en plena gloria, había comprado sus cuadros llenándolos de alabanzas. Por último Bernhein-Jeune contrató su producción por un millón de francos anuales, cifra fabulosa para la época.

En 1920, el pintor de "Los Muros Miserables", como lo define Albert Flament, da comienzo a su pintura colorista. Como Renoir, su visión se inclina a los rojos vibrantes entre crudos blancos y azules. El gris que supo hacer vibrar de luz, casi desaparece bajo los desbordantes cromatismos, aunque siempre desdeñando las facilidades decorativas. Al poner transeúntes hace humano el paisaje. Las damas de caderas opulentas, que tanto molestan a Tabarant, no llevan propósito ornamental. Acentúan la preocupación por el oficio del la llamada "Epoca Blanca" que lo aproxima al Giotto. Véase el rincón de Saint Bernard (1924), de perfecta factura. En esta época desaparece el candor, la sensación fresca del Utrillo de *Avant Guerre*, de los cuadros que pintaba al volver de sus viajes alucinantes para refugiarse en el arte con sincero arrepentimiento infantil.

Llegamos al despoblado tope de la colina. Pasamos por el pequeño hotel de Susana, en la avenida Junot. Utrillo ocupaba dos piezas, su padrastro Utter, el taller en el primer piso y Susana un pabellón donde trabajaba independientemente. Al lado, la barraca de Durrio, una de las últimas. Ahí nos esperaba una agradable sorpresa. Roland Dorgeles compartiría con nosotros el asado preparado por la amiga de Paco. Sólo una bretona puede sacarle más

sabroso jugo a la carne y preparar la ensalada *just à point* como lo hacía Cécile: ama de casa, ama de Durrio y ama de ocho gatos que dormitaban en los rincones más insospechados de la barraca. La comida rociada de vino grueso de Burdeos, fue amenizada por la conversación de Dorgeles. Este había ganado una buena posición económica y un puesto glorioso en las letras de Francia, y si bien renegaba de sus años de "Montmartrois", lo hacía con añoranza: "Montmartre sólo ha dejado en mí el recuerdo amargo de días estropeados, de esfuerzos estériles, de amores truncados. ¿Afectos? El de tarberneros pícaros. ¿Recuerdos? El de la casa humilde e incómoda. Sin embargo, cuando dejé Montmartre se me cerró el corazón. Comprendí que en estos casos es a nuestra juventud a la que decimos adiós".

Y fijando la vista en el retrato de Mallarmé que pendía del muro, grabado de Gauguin, donde el cuervo de Edgar Poe perchado sobre el busto del poeta, repite el fatal *Never more*. "Nunca, nunca más". Nadie nos devolverá lo que el tiempo se llevó. ¿Por qué no podemos revivir nuestros mejores días como si volviéramos a poner un disco en el fonógrafo?"

—¿Nos volverían a gustar como antaño? Pregunta Maurice levantando las cejas en acento circunflejo.

—Creo que no. Ninguno de nosotros llora los veinte años que una tonta tradición considera la mejor edad. Lo que verdaderamente echamos de menos son esas simples alegrías y el pequeño ambiente donde disfrutábamos de buena salud. Recordamos cosas en realidad insignificantes. Para mí, lo que más extraño de esa época es la fuente de la Rue de l'Abrevoir donde nos deteníamos a charlar, el cerezo de la Rue Norvins que nos anunciaba la primavera y el comedor del Mesón donde Berta servía la sopa de coles. El resto, se los regalo. A esa edad nada poseíamos. Ni siquiera una amante. Humillaciones, rechazos, el orgullo abofeteado cada día. La lucha sin disponer de colmillos y garras. ¡Los veinte años presuntuosos! Que me perdonen los escritores de novelas, la juventud es la peor época de la vida.

**E**STAMOS en 1934. El tiempo con su implacable guadaña, su anticuado reloj de arena, sus luengas barbas de enterrador y revolucionario, ha seguido su camino inexorable. Estamos en 1934. Vuelve Utrillo a la luz pública después de larga ausencia, que pocos notaron, recluso, sin duda, a una de esas periódicas "Casas de salud" para enfermos mentales.

Esta vez hace su reaparición apoyado en una señora regordeta.

imperativa, tipo de "Femme d'affaires" que nada, pero nada, parecía tener que ver en el mundo bohemio donde pescó a este representante de los finiseculares "pintores malditos", cuando el impresionismo daba sus postreras manotadas en el torrente de las nuevas teorías respaldadas por el mercado de arte contemporáneo.

Verdadera sorpresa causó en el ambiente artístico de París el matrimonio de Utrillo con Madame Lucie Valore, viuda de uno de los muchos apasionados coleccionistas de la pintura del "último bohemio" de París. El casamiento era un enigma para todos. Pero mucho más para los que conocíamos a Utrillo. ¿De dónde salió esta señora belga que se decía pintora y propietaria de un castillo en Angulema? La única referencia que tenemos es que compartía la afición del difunto marido por el arte, y que almacenaba gran cantidad de cuadros de valor.

Gracias a un amigo poeta me encontré en la boda, entre selecta concurrencia de críticos, acomodados burgueses y familiares. Algunos meses antes del matrimonio se había dado mucha publicidad al pintor en los periódicos de las grandes capitales del mundo. En Londres, en New York y en París aparecieron lujosas ediciones sobre la vida y el arte de Utrillo; las galerías exhibían en lugar de honor sus cuadros representando diferentes épocas; en las librerías, reproducciones a todo color de sus paisajes, que se vendían en los bazares desde diez centavos hasta treinta dólares. Volvía a ser noticia el artista. Noticia de interés económico. La prensa recordaba que en el hotel Druot, ahí mismo donde, en 1914, se vendieron veinte Utrillos por 576 francos, se subastaba, en 1926, un solo cuadro de Utrillo por cincuenta mil dólares.

¡Y pensar que por cien francos, antes de la Primera Guerra, hubiera podido comprar un paisaje de los exhibidos en las grandes galerías! ¡Cien francos! Un cuadro representando esas callejas de Montmartre con casitas rojas de persianas verdes, alineadas bajo cielos de transparencia inimitable.

Por el doble de esa suma pude comprar un paisaje de los alrededores de Montmagny. Una casa blanca entre sauces al lado de un estanque, el agua tan verde de lama que semeja una pradera; paisaje que en el punto de partida de ese arte personal, tan simple y tan profundo, donde asoma ya a los quince años, la tristeza extraída de sus inquietudes. Documento plástico de sus años juveniles en esa tierra húmeda de poesía, de los mismos lugares que pintara Sisley y Pissarro, pero sin los deslumbrantes empastes del danés y sin el delicado panteísmo del anglo-francés. Pintura donde está presente "el sentimiento humano", que Utrillo transmite con ese razonar de la inteligencia que hace su desesperación, que lo tor-

tura desde muy joven al chocar con sus deseos en carne viva. Sus dudas, los sacudimientos de la pasión. La carne, la sangre, desgarrando el frágil cuerpo fatalmente ligado al desasosiego. La historia cotidiana que supo cantar Paul Ford en versos tiernos y galantes.

Sin duda a Madame Valore no la lleva al altar el amor por el hombre que como un pingajo cuelga de su brazo, ni otro interés que el valor representado por su flamante marido en el mercado artístico.

Trajeado de chaquet negro, pantalón a rayas, en el ojal, no ya el botón de las Palmas Académicas que tanto ambicionara otrora, sino La Roseta de Oficial de la Legión de Honor, como cualquier dandy secretario de embajada, conseguida un mes antes, gracias a las gestiones de su flamante esposa.

Poco queda de su talante de gentilhombre, de *bellos* ojos y descuidada cabellera negra. Parece un hombre fuera de este mundo. La costumbre de adelantar la cabeza, acentuada por los años, le da la apariencia de estar encorvado. Todo nos hace deducir que el matrimonio sólo será un episodio más de "La Leyenda Utrillo". El héroe de la jornada parece ausente. Su continencia digna, serena, contradice las rebeldías o las jeremiadas penitentes que han exhumado los críticos inspirados de las memorias que escribió en el hospital. Muchos de los que no conocieron bien a Utrillo le presentan como un impulsivo, un alcohólico siempre rodeado de "lúbricas sirenas". Y Utrillo es, ante todo, un artista. Un artista genial con ideas volterianas y alma de monje franciscano. Un hombre herido, no por la incomprensión o por el odio, simplemente por la estupidez o la indiferencia de las gentes que le rodean; con un anhelo de pureza interesado en la dulce visión de las cosas, y malgrado por las fuerzas perversas que siempre destruyen lo que hay de noble en este mundo. Enervado por la asechanza de coleccionistas y marchantes en busca de buenas inversiones, sobre todo desde que obtuvo un clamoroso éxito con la exposición de sus cuadros del "Período Blanco", en 1919.

Su verdadera historia sigue siendo una simple historia, como muchas; espíritu religioso, sin frenos, dando tumbos hasta los últimos escalones de su desgraciada vida. Huyendo de la preocupación de que lo creyeran loco, busca refugio bajo la protectora sombra de la viuda. Así podrá saborear tranquilo sus recuerdos de infancia y pintar cuadros con la emoción de cosas evocadas o la amarga fascinación de las cosas tristes. Podrá cantar a gusto, infatigablemente, como acostumbraba hacerlo:

*Boire, vive chanter  
Et le dimanche y danser.*

¿Pondrá fin el matrimonio a sus crisis deprimentes? ¿Reavivará el período heroico de su pintura? ¿O simplemente terminará con Utrillo?

Cuenta George Mitchel que el día de su casamiento, acercándose a Utrillo le preguntó: "¿Te sientes feliz?"

Y Utrillo, como si el odio le torciera la boca, con la mirada vaga, perdida entre la concurrencia, le respondió con otra interrogación:

—¿Verdad que soy un *pauvre tipe*?

—Tú eres, sobre todo, un gran tipo.

—Sin embargo, soy un pobre tipo, insistió Utrillo.

Al ver a los últimos invitados dirigirse a sus automóviles, preguntó a Mitchel:

—¿Han venido para festejar mi boda o para hacer subir el precio de mis cuadros? ¿No te he dicho que soy un pobre tipo?

Al ver aproximarse a Lucie, acariciando con sus dedos largos el rojo botón de la legión, se apresura a rectificar: "¡Oh! Yo no soy un pobre tipo. . . Gracias a Lucie."

Parte el gran automóvil negro conduciendo a los novios. No se detendrá hasta Vesinet, ante una típica construcción provinciana, propiedad de Madame Lucie Valore. La villa tiene una imponente verja de hierro coronada de lanzas puntiagudas, parecida a la clínica de Santa Ana. Después de todo desde los 17 años Utrillo está acostumbrado a esta clase de alojamientos.

En adelante trabajará a sus horas y beberá a sus horas. Le ha tocado una carcelera fiel que vigilará, incansable, cada uno de sus actos. Ni la misma Susana Valadon, la madre que siempre le dio consuelo y ternura, podrá en adelante romper la dura disciplina impuesta al pintor por su mujer. Todo será por "prescripción médica".

Con la actitud indiferente del que comprende lo vano de la gloria, Utrillo inicia otro período de su vida, diferente del que vivió en su infancia. Domesticado, condecorado, la cara rasurada, los cabellos bien peinados, del brazo de su "extróptica" mitad, irá a misa los domingos y pintará porque le ponen unos pinceles en la mano, y porque no le queda otro remedio si quiere ganar su ración de vino. ¿Pero qué pasión pondrá en su arte?

Veintiún años prolongará su rencor taciturno tras la reja de hierro de la villa de Le Vesinet, sin perder la costumbre de recibir con palabrotas a los que se presentan a visitarlo. Si el que toca

el timbre de la entrada es algún pudiente comprador, la señora solicita acude para interrumpir las interjecciones y explica: "El maestro está fatigado", y encierra al rebelde en la capilla.

"La capilla" —escribe George Mitchel— es una pequeña pieza, repleta hasta el techo de trozos de mármol, de pedazos de bronce fundidos, de vidrios de colores, de cartas postales. "Todos los días, varias veces —decía Utrillo— beso a mis Juanas de Arco". Añadiendo: "Es trabajo, pero es un santo trabajo".

Los filisteos de la moralidad aplauden y justifican el rigor de la Valore. Sostienen que dadas las condiciones en que vivía Utrillo, hace años habría muerto. Podríamos discutir este punto de vista. Si valen más las cuentas en el banco, el vaso de vino a su hora, el valor comercial de sus cuadros, la lucidez de unos años, cualquier número, para crear y beber en libertad.

En 1955 muere Utrillo, epílogo del balzaciano capítulo matrimonial. En el mercado del arte aparece una alarmante cantidad de "utrillos", y la viuda, poniendo a prueba sus dotes policíacas, descubre falsificaciones. Según el acta levantada ante un escribano con asistencia de críticos, periodistas y fotógrafos, Madame Lucie Valore Utrillo de sesenta y tres años, quema en el jardín de su casa de Montmartre treinta utrillos confiscados con la ayuda de la policía". Este acto de "purificación" obedece —al decir de la viuda— al propósito de "salvaguardar la reputación del desaparecido artista".

Los expertos creen otra cosa. En efecto, de lo que se trata es de mantener el valor del mercado, sobre todo cuando en la última subasta algunos cuadros llegan a alcanzar la suma de 52 000 dólares. Lo peor del caso es que en realidad no existían tales falsificaciones. Eran cuadros auténticos, clandestinamente pintados por Utrillo para procurarse el licor que su mujer le racionaba. Ese esfuerzo del pintor sólo produjo telas malamente embadurnadas. Bien merecían la fogata avivada por la implacable inquisidora, muerta ocho años más tarde.

En el viejo cementerio de Montmartre, entre tumbas calcinadas por el sol, hay una cruz con el nombre de Maurice Utrillo, artista que dejó huella entre tantas existencias mortales. El fuego de la pasión no volverá a quemarle las entrañas. Han terminado crisis y abismos. Ha encontrado lo que tanto buscó en vida: reposo para su desasosiego.

## UN TEMA Y TRES CUENTOS DE HORACIO QUIROGA

Por Jaime ALAZRAKY

DE frente o de soslayo el tema de la muerte entra en casi todos los cuentos de Horacio Quiroga. No le faltaron motivos para que esta preocupación lo visitara constantemente hasta transformarse en eje de su obsesiva imaginación. Su padre muere dramáticamente cuando Horacio tiene apenas tres meses, en circunstancias que no han sido totalmente dilucidadas.<sup>1</sup> Ascencio Barcos, su padrastro, se suicida con un rifle y Horacio, que ahora tiene 17 años, es el primero en enfrentarse con el cuerpo destrozado.<sup>2</sup> En 1902, mientras examina una pistola de dos caños se le escapa un tiro y la bala mata a Federico Ferrando, su mejor amigo.<sup>3</sup> El 6 de diciembre de 1915, su mujer —Ana María—, que le ha dado dos hijos, toma una fuerte dosis de sublimado y muere.<sup>4</sup> El propio Quiroga acaba sus días con cianuro.<sup>5</sup> Vida-novela que por finísimos capilares trasciende a su obra otorgándole una dimensión que luego faltará a esa narrativa criollista de la cual él es iniciador y uno de sus exponentes más altos. Los años en la selva misionera ponen a Quiroga frente a esa realidad de América que él descubre para la literatura y que habrá de transformarse en el escenario de una buena parte de la novela hispanoamericana por varias décadas. En un cuento como "Los mensú" están ya tratados con alerta sensibilidad casi todos, si no todos, los temas de la novela regionalista: la naturaleza bárbara devorándose al hombre, la explotación despiadada del indio, el alcohol como vehículo de embrutecimiento y esclavización, las enfermedades que producidas por las condiciones malsanas de trabajo van consumiendo a los "mensualeros" hasta estigmatizarlos o inutilizarlos, el hombre reducido a una tuerca que

<sup>1</sup> Para una exhaustiva y autorizada biografía de Quiroga, véase: EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL, *El desterrado; vida y obra de Horacio Quiroga*. Buenos Aires: Losada, 1968, pp. 14-15.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 165.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 287.



cuando se gasta hay que deshacerse de ella, las deudas que el "mensú" nunca termina de saldar y que lo condenan a esclavizarse para pagarlas, la rebelión y la fuga como última carta y su consecuente represión brutal. Un verdadero microcosmos de lo que será la narrativa criollista en esos años y en los subsiguientes (a Quiroga le tocó todavía saludar y dar los parabienes a Rivera por su *Vorágine* y a Benito Lynch por *Los caranchos de la Florida*). Pero Quiroga no recarga las tintas: ni hace de la selva su protagonista ni se convierte en ideólogo de los oprimidos. El centro de sus narraciones es el hombre y su protesta emerge de la intensidad y veracidad con que describe la realidad de sus relatos.

Los cuentos "El hijo", "A la deriva" y "El hombre muerto" representan variaciones de ese tema central de su cuentística: la muerte. Pero no la muerte que llega con pies de algodón al lecho de enfermo, sino aquella que sorprende a su víctima y con rápido golpe de machete le arranca de cuajo de su cotidiano vivir. La frecuencia de la muerte accidental en los cuentos de Quiroga se explica en las condiciones del medio que forman el trasfondo de sus cuentos: la selva. Los victimarios son de la más variada laya: serpientes venenosas, hormigas negras, perros rabiosos, el sol "fundente", el paludismo, el desamparo de la selva, la alevosía de algún alambrado, etc. En los tres cuentos aludidos, sin embargo, la atención está centrada más que en el hecho de la muerte en sí, en su paradójica realidad. En los tres casos el tema queda definido no en el fatal accidente sino en la inverosímil fractura de la vida y en la humana resistencia que oponen los tres protagonistas a aceptar la muerte como realidad.

En "El hijo" el protagonista es el padre. Desde el momento en que el hijo sale de la casa con la Saint-Etienne 16, comienza la agonía del padre. De la certeza: "Sabe que su hijo, educado desde su más tierna infancia en el hábito y la precaución del peligro, puede manejar un fusil no importa qué",<sup>6</sup> comienza a resbalarse por la duda: "Ese padre ha debido luchar fuertemente contra lo que él considera su egoísmo. ¡Tan fácilmente una criatura calcula mal, sienta un pie en el vacío y se pierde un hijo!" (592). Comprendemos que la conformidad del padre a las cacerías de su hijo es la resultante de dolorosas tensiones y atormentadoras alucinaciones. En una de esas alucinaciones el padre ha visto a su hijo "rodar enuelto en sangre". Cuando pasadas las doce el hijo no vuelve esas

<sup>6</sup> HORACIO QUIROGA, *Cuentos escogidos*. Madrid: Aguilar, 1962. pp. 590-591. Todas las referencias sucesivas a los cuentos de Quiroga se indicarán con el número de página de esta edición.

alucinaciones se suceden enfebrecidas: "su hijo descansa inmóvil", "el espectro de la fatalidad", "... al cruzar el alambrado, una gran desgracia...". Ha salido a buscarlo. Mientras camina "adquiere la seguridad de que cada paso que da en adelante lo lleva, fatal e inexorablemente, al cadáver de su hijo" (594). Estas alucinaciones ocurren como un exorcismo contra la realidad. Cuando la realidad se muestra inapelable: "Ni un reproche que hacerse... Sólo la realidad fría, terrible y consumada: Ha muerto su hijo al cruzar un..." (594), esas alucinaciones pierden su sentido. Contrariamente a lo que ocurre en "La espera" de Jorge Luis Borges donde el protagonista sueña su muerte hasta transformarla en su única realidad y cuando sus perseguidores se presentan para liquidarlo, Villari —que está en su cama— se vuelve contra la pared como retomando el sueño, el protagonista de "El hijo" imagina que su hijo no ha muerto, que está allí, que las garzas de Juan lo han retrasado y que ahora regresa a casa con su padre "quebrantado de cuerpo y alma pero lleno de felicidad" (597). En el cuento de Borges el protagonista incorpora la realidad (que ahora parece un sueño) a su sueño que se ha transformado en lo más real de la existencia del personaje; realidad y sueño se confunden y de esa confusión rezuma una dimensión metafísica que falta en el cuento de Quiroga. Cuando las alucinaciones del padre se cumplen, es decir cuando falla el exorcismo, éste produce alucinaciones de sentido opuesto: todo queda reducido a un nivel sicopatológico y las últimas líneas ponen los puntos sobre las íes para devolver al lector desprevenido a ese nivel realista del que por un momento se sale Quiroga: "Sonríe de alucinada felicidad. Pues ese padre va solo. A nadie ha encontrado, y su brazo se apoya en el vacío. Porque tras él, al pie de un poste y con las piernas en alto, enredadas en el alambre de púa, su hijo bien amado yace al sol, muerto desde las diez de la mañana" (597). Quiroga se preocupa en deslindar prolijamente los planos de realidad que en Borges se yuxtaponen dibujando un interrogante sobre la esfera de la realidad. Lo que experimentamos en el cuento de Quiroga es una dolorosa resistencia a aceptar una realidad que por su carácter de imprevista continencia repugna a nuestro concepto reglado y racional de la vida. El conflicto (el hijo vivo hasta hace unas horas y ahora muerto en un alambre de púa) se resuelve en una alucinación a través de la cual el protagonista manifiesta su incapacidad de aceptar una realidad tan inverosímil como absurda.

Al plantear el conflicto a través de los sentimientos angustiados del padre, Quiroga no puede evitar una buena dosis de senti mentalismo y explicitación excesiva. En "A la deriva", en cambio,

unifica conflicto y víctima en un personaje, simplifica el argumento eliminando toda efusión afectiva y el tono cobra mayor sobriedad y contención. Paulino ha sido mordido por una yararacusú; cuando se da cuenta de que el veneno lo está privando de sus facultades sensoriales sube a una canoa y se dirige a Tacurú-Pacú. Mientras la canoa se desliza a la deriva, Paulino piensa en los conocidos que encontrará en el pueblo. En eso está cuando cesa de respirar. Los peligros a que está sujeto el habitante de la selva es lo exterior, la escenografía, y sobre este fondo tendrá lugar el drama que aunque ocurre en Misiones alcanza esa medida de universalidad que ensancha y redime el regionalismo de Quiroga.

En rigor, el tema es el mismo que en "El hijo": una causa fortuita produce un desgarramiento de la vida, de una vida que hasta la víspera parecía eterna y que en algunas horas debe evacuar a la muerte. La ruptura es demasiado violenta y trágica para que nuestra conciencia la acepte. Es esta resistencia tan humana, ese esfuerzo spinoziano por perseverar en la vida, lo que hace de la muerte un inaceptable absurdo. Hemos aprendido con Séneca que el tiempo va gastando inexorablemente el hilo de la vida y que un día, inevitablemente, se escindirá. Pero cuando un imprevisto y súbito golpe lo corta, y entre los dos extremos fragmentados tiemblan todavía las palpitaciones de la vida, es difícil, si no imposible, aceptar la presencia de la muerte. Estamos todavía tan llenos de vida caliente, que ese calor alcanza para ahogar el frío de la muerte, para postergar su realidad. Pero ahora Quiroga no recurre a atenuantes como las alucinaciones en "El hijo"; en lugar de una alucinación de sicópata, nos presenta a su personaje en una actitud de humana naturalidad: evocando imágenes y recuerdos de esa vida de la que aún está impregnado y así lo encuentra la muerte.

Los tres cuentos que estamos estudiando tienen esa brevedad que Quiroga aprendió cuando escribía para *Cafas y caretas*, cuyo secretario de redacción —Luis Pardo— lo obligaba a reducir la extensión de sus cuentos a una página de la revista. Esta severa economía constituyó para Quiroga una verdadera escuela de rigor y de contención.<sup>7</sup> Su cuento gana en preñez y el estilo, en funcionalidad. En "A la deriva" el título mismo es ya una lograda condensación en el sentido de que no es solamente la canoa la que marcha a la deriva: también el destino del ocupante, desde el mo-

<sup>7</sup> De LUIS PARDO ha dicho Quiroga: "...fue quien exigió el cuento breve hasta un grado inaudito de severidad", y por eso debe a su influencia "el destrozo de muchos cuentos por falta de extensión, pero le debe también en gran parte el mérito de los que han resistido". Citado por MONE GAL en *o. c.*, p. 108.

mento de la mordedura, es una vida a la deriva. Al subir a la canoa, esa vida que ya ha perdido dominio sobre su destino quedando a merced del veneno, encuentra expresión física en la incontrolada trayectoria de la canoa que librada a la corriente marcha también a la deriva. Esta influencia intensifica el dramatismo del cuento y le otorga una tensión inmanente, que no necesita de finales sorprendidos o efectistas para mantener elevado su voltaje. Aquí, el final está intuido desde las primeras líneas; la solución, pues, no reside en el desenlace sino en la forma de alcanzarla.<sup>8</sup> El Paraná es parte de la naturaleza americana con la cual debe enfrentarse el hombre, es otro de los ríos "salvajes" ("Los mensú") que recorren la literatura criollista, pero deviene además —en este cuento— una proyección del drama de su protagonista: el viaje en la canoa a Tacurú-Pacú es también un viaje hacia la muerte. La intención de Quiroga queda registrada en el siguiente párrafo:

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas, de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas, bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única (98).

*Hoya*, además del sentido inmediato de hoyo donde se arremolinan las aguas de un río, significa también sepultura; que la ambigüedad es intencionada y que la palabra está aquí empleada en su bisemia resulta claro de la continuación; las aguas del río encajonan: verbo de cepa hidrográfica pero que el adverbio que le sigue (*fúnebremente*) agrega ese sentido con que normativamente la palabra *cajón* (féretro) se emplea en América. La insistencia del color negro pone un crespón de luto al paisaje ("negros bloques de basalto", "bosque negro") que aparece envuelto en un "silencio de muerte". Palabras como *lúgubre* y *agresivo* no son, por supuesto, casuales: son tan aplicables al río o su paisaje como a la

<sup>8</sup> Respecto a este cambio en la técnica del final del cuento, dice MONEGAL: "De Edgar Poe y sobre todo de Maupassant había aprendido el arte de preparar un final que cerraba el relato con una sorpresa. Enfrentado sin embargo al material nuevo y recién descubierto de sus relatos misioneros, Quiroga aprende que el efecto final puede ser sólo mecánico. Advierte que es, valga la paradoja, una facilidad, y que más difícil resulta imponer un final esperado. Porque ese final inevitable debe parecer también nuevo e inesperado." *O. c.*, p. 179.

muerte. Hasta la majestad que cobra "la belleza sombría y calma" del río al atardecer es indicativa de esa gravedad e inconfesado respeto con que se nos impone siempre la muerte: majestad de fuerza inexpugnable. El río, pues, cobra toda la magnitud de un símbolo: es el Paraná y es también, a esa hora, en ese lugar y en esas circunstancias, un anticipo de la realización del destino fatal del protagonista. Tan sutil anticipo torna aún más desgarradores los recuerdos que se suceden en la mente de Paulino (mister Douglas, Lorenzo Cubilla) porque el lector ya sabe lo que él ignora: la inevitable zozobra de esa vida en la hoya de la muerte.

Esta correspondencia entre río y protagonista nada tiene que ver con la identificación romántica de naturaleza y sentimientos. El río no es tampoco un personaje o el personaje, como ocurre en algunos casos de esta literatura regionalista. Quiroga describe al Paraná tal como él lo vio y conoció, con un realismo veraz nacido de su convivencia con la selva de Misiones, pero no lo deja librado a sí mismo. no describe el río por el río (aun cuando sabe muy bien que está descubriendo —como harán luego todos los regionalistas— el paisaje bárbaro de América): lo integra al tema de su cuento y al convertirlo en símbolo lo hace funcionar externa e internamente, como paisaje pero incorporado al objetivo central de la narración, en este caso: la muerte remontando al protagonista hacia un fin que por lo veloz y sorpresivo lo encuentra todavía enclavado en la vida, enredado en sus recuerdos, desstejiéndolos sin poder percatarse del inminente fin. Paulino se muere, pero lo que ocupa su conciencia es el esfuerzo por recordar el día en que conoció a Lorenzo Cubilla: "¿Viernes? Sí, o jueves... (99)". El río, ahora, parece también participar del bienestar que de pronto ha calmado a Paulino sumiéndolo en una somnolencia de reminiscencias. Como el protagonista, el Paraná entra ahora en un trecho de comatosa serenidad, convirtiéndose de "arremolinado, lúgubre y fangoso" en río de oro:

El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrida, el monte dejaba caer sobre el río su fresca crepuscular en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay (99).

El río pues, acompaña al protagonista en su travesía y en su destino. Función semejante a la que tienen los cinco "fox-terriers" en el cuento "La insolación": fieles compañeros de su dueño pero también, como el vidente perro goyesco, sibilinos anunciadores de

ese espectro de la Muerte que al día siguiente visitará a su patrón. Cuando los perros sienten que la suerte de mister Jones está echada, lloran "en coro, volcando sus sollozos convulsivos y secos como masticados, en un aullido de desolación, que la voz cazadora de 'Prince' sostenía, mientras los otros tomaban el sollozo de nuevo (105)". Pero las visiones de los "fox-terriers" de Quiroga, como la del perro de Goya y la de aquel "Orfeo" de Unamuno<sup>9</sup> son supuestos o intuiciones inverificables para la conciencia humana. Tienen indiscutida validez estética, pero fuera de la órbita realista. En un cuento como "La insolación" Quiroga amalgama esas dos vertientes por las cuales se desliza su narrativa: lo fantástico y lo realista, y es en esta juntura donde mejor se trasluce el esfuerzo de Quiroga por rasgar esa corteza exterior que forma la realidad de sus cuentos, agregando una dimensión que trasciende el plano inmediato de lo histórico. Esta dimensión puede lograrse más fácilmente introduciendo un elemento fantástico o sobrenatural como el caso de las alucinaciones en "El hijo" y los videntes "fox-terriers" en "La insolación". En "A la deriva", en cambio, prescinde de tales artificios: el río, sin salirse de su lecho, sin dejar de ser ese Paraná salvaje de la geografía, asume la función de verdadero coro transformándose en eficaz medio de intensidad poética: la ruptura que va a producirse en el sino del personaje está ya contenida en el trayecto del río.

"El hombre muerto" es una tercera variación del tema que venimos estudiando. Pero mientras en los dos primeros cuentos el enfrentamiento con la muerte adquiere la forma de una inconsciente resistencia: en "El hijo" a través de una alucinación que amortigua el choque hasta evitarlo,<sup>10</sup> y en "A la deriva" porque la vida se impone a la realidad de la muerte hasta sofocarla (al menos en la conciencia del personaje), en el tercero asistimos a un verdadero contrapunto entre el hombre y la muerte. Para que el contrapunto se produzca el protagonista reconoce lo irremediable de su condición: "...adquirió, fría, matemática e inexorable, la seguridad de que acababa de llegar al término de su existencia (527)". La reconoce pero no la acepta, no puede aceptarla porque

<sup>9</sup> UNAMUNO, que pensaba que si la hormiga tuviera conciencia y se le preguntara ¿para quién hizo Dios el mundo?, contestaría que para la hormiga y contestaría bien, confiere a Orfeo —el perro de AUGUSTO PÉREZ en *Niebla*— conciencia y éste cuenta la otra vida de su amo.

<sup>10</sup> Aunque igualmente podría decirse que la alucinación es el producto de ese choque en la imaginación del padre y que esa alucinación actúa a modo de pantalla; de cualquier modo la muerte como realidad está esquivada.

la vida en su plenitud está demasiado próxima, separada apenas por segundos de ese momento fatal en que al cruzar el alambrado "resbaló sobre un trozo de corteza desprendida del poste." La resistencia es ahora consciente y se manifiesta por medio del monólogo que forma el cuerpo del relato. Ese monólogo interior va trazando las perplejidades de la víctima ante esa ruptura fatal que acaba de producirse en su vida:

La muerte. En el transcurso de la vida se piensa muchas veces en que un día, tras años, meses, semanas y días preparatorios, llegaremos a nuestro turno al umbral de la muerte. Es la ley fatal, aceptada y prevista, tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro.

Pero entre el instante actual y esa postrera expiración, ¡qué de sueños, trastornos, esperanzas y dramas presumimos en nuestra vida! ¡Qué nos reserva aún esta existencia llena de vigor, antes de su eliminación del escenario humano! Es éste el consuelo, el placer y la razón de nuestras divagaciones mortuorias: ¡Tan lejos está la muerte, y tan imprevisto lo que debemos vivir aún! (528-529)

Estas divagaciones en torno de la muerte plantean su inevitabilidad pero al mismo tiempo su condición de algo tan lejano, tan ajeno a nuestra existencia que su única realidad es una idea abstracta y vaga que de tan distante se desvanece. La muerte llegará tras el agotamiento de la vida, tras ese constante desgaste que la va despojando de aquellas funciones que definen su naturaleza. En este sentido, la muerte —según Schopenhauer— sólo difiere en grado de cualquier otra forma de excreción.<sup>11</sup> Pero cuando la vida nos posee en todo su esplendor, "el pensamiento de la muerte segura no llega ni siquiera a perturbarnos y vivimos como si la vida fuese eterna."<sup>12</sup> Porque es así, porque la eternidad es un atributo que nuestra inconciencia confiere a la vida, la intrusión repentina de la muerte nos llega como una irrealdad, o como una pesadilla de efímera realidad. Tal es la situación presentada en "El hombre muerto". El hombre sabe que se está muriendo porque siente y "aprecia mentalmente la extensión y la trayectoria del machete dentro de su vientre" (527), pero la realidad que lo circunda: su bananal que limpia todas las mañanas, el techo rojo de su casa que el hombre ve desde el suelo, el monte y la capuera de canelas, la

<sup>11</sup> ARTHUR SCHOPENHAUER, *The World as Will an Idea*. New York: Doubleday, 1961, p. 289.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 293.

certeza de que "a sus espaldas está el camino al puerto nuevo, y que en la dirección de su cabeza, allá abajo, yace en el fondo del valle el Paraná dormido como un valle" (529). se presenta como un vigoroso mentís a la alevosía de su machete: "Todo, todo exactamente como siempre: el sol de fuego, el aire vibrante y solitario, los bananos inmóviles, el alambrado de postes muy gruesos que pronto tendrá que cambiar..." (529). Desde el suelo ve a su caballo, reconoce el silbido del muchacho que pasa todas las mañanas silbando hacia el puerto nuevo, sabe que "a las doce menos cuarto, desde el chalet de techo rojo, se desprenden hacia el bananal su mujer y sus dos hijos, a buscarlo para almorzar" (531). Quiroga describe a su personaje inmerso en una realidad que ineluctablemente lo abandona, pero que él no puede abandonar porque en ella se reconoce y se prolonga. Allí ha dejado sus mejores fuerzas: todo eso existe porque él existe. La descripción de ese mundo que representa el ámbito vital del personaje va reforzando su perplejidad: "¡Muerto! Pero, ¿es posible? ¿No es éste uno de los tantos días en que ha salido el amanecer de su casa con el machete en la mano?" (529). La fractura se ha producido. Esa realidad firme de la cual él está constituido es ahora una irrealidad, un sueño. En cambio, la única y terrible realidad —la muerte— que lo ha fragmentado del mundo y que, impasible, lo destruye, se presenta como una irrealidad o pesadilla.

Hay un momento en que el protagonista parece ceder al inapelable veredicto de los hechos, a ese orden que se nos impone por su lógica prolija: "Nada, nada ha cambiado. Sólo él es distinto. Desde hace dos minutos su persona, su personalidad viviente, nada tiene ya que ver ni con el potrero, que formó él mismo a azada, durante cinco meses consecutivos; ni con el bananal, obra de sus solas manos. Ni con su familia. Ha sido arrancado bruscamente, naturalmente, por obra de una cáscara lustrosa y un machete en el vientre. Hace dos minutos: Se muere" (530). Pero el cuento todo es una negación de este paréntesis de racional lucidez. El logro artístico de Quiroga reside, precisamente, en haber subordinado todo el relato a esa negación, a esa resistencia que contradice las disciplinadas leyes de causa y efecto, pero que apasionadamente proyecta la honda desgarradura de una vida. No importa que el bananal, la casa y el caballo sean ahora irrealidades desarticuladas ya de la única realidad que llena y consume al protagonista (la muerte), Quiroga las presenta en primer plano, firmes, llenando todavía esos últimos resabios de vida que sostienen al "hombre muerto". Lo que ocupa la mayor parte del relato es, en efecto, la descripción realista de seres y cosas que aunque ahora tronchadas



del hombre que se muere continúan siendo su realidad. En cambio la muerte está presentada con tonos de irrealidad: "¡Es una pesadilla, esto es!" (528), "¡Muerto! Pero ¿es posible?" (529), "¡Pero no es posible que haya resbalado...!" (530), "¡Qué pesadilla!..." (531). Esta organización del relato como un conflicto entre realidad e irrealidad que en un resbaladizo segundo trocan de identidad y que, sin embargo, no pueden —en la conciencia del protagonista— reajustarse con la misma filosa premura a su nueva condición, es un ejemplo de eficacia narrativa. Todo el cuento funciona orientado y subordinado al tema y a su intención: la resistencia a la muerte, esa muerte que hasta la víspera era nada más que una lejána irrealidad y que súbitamente se convierte en incontrovertible realidad. Esta resistencia se resuelve en una alucinación en "El hijo" y en un humano abandono a las últimas palpitaciones de la vida en "A la deriva". En "El hombre muerto" la resistencia alcanza vigencia trágica porque el personaje sabe lo que está ocurriendo, se enfrenta cara a cara con su destino, y a pesar de su impotencia para negarlo, no puede tampoco aceptarlo; de esta paradójica situación emerge la perplejidad en que se debate su conciencia. Esta perplejidad no es ni metafísica, ni existencial, ni siquiera simplemente racional. Es de pura cepa realista. Surge de la presencia y contacto con las cosas, de esa realidad física que abarca desde el techo rojo de su casa hasta esa gramilla que entra ahora por la comisura de su boca y que plantó él mismo "en panes de tierra distantes un metro de otro" (530). También la familia del "hombre muerto" participa de esa desbordante existencia concreta: su mujer y sus dos hijos están evocados en su habitual caminata desde el chalet de techo rojo hacia el bananal a las doce menos cuarto; vienen a buscarlo para almorzar y "oye siempre, antes que las demás, la voz de su chico menor que quiere soltarse de la mano de su madre: ¡Piapiá! ¡Piapiá!" (531). Es en ese preciso momento cuando oye la voz de su hijo: evocación y realidad se yuxtaponen hasta sobreponerse y confundirse. La resistencia y la perplejidad del "hombre muerto" emergen de ese mundo que está allí, demasiado cerca —reclamándolo y tocándolo— para aceptarlo como ya desarticulado de su realidad. En esa conciencia colmada de experiencias vitales no hay lugar para la muerte; de allí su rechazo, su reducción a pesadilla.

A pesar de la omnisciencia que gobierna el relato, Quiroga se sitúa en el centro mismo del personaje hasta cuando describe lo que le es exterior. De esta manera, la voz del protagonista y la del narrador llegan a mezclarse para convergir siempre en el primero. El mejor ejemplo de esta adyacencia lo constituye la des-

cripción del accidente. En lugar de reducir los hechos a un resumen informativo de lo ocurrido, i.e.: "al caer el machete se le hundió en el vientre", Quiroga presenta la inverosímil caída con sutil morosidad y (valga el oxímoron) ambigüedad precisa:

Mientras caía, el hombre tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo.

Ya estaba tendido en la gramilla, acostado sobre el lado derecho, tal como él quería. La boca, que acababa de abrirse en toda su extensión, acababa también de cerrarse. Estaba como hubiera deseado estar, las rodillas dobladas y la mano izquierda sobre el pecho. Sólo que tras el antebrazo, e inmediatamente por debajo del cinto, surgían de su camisa el puño y la mitad de la hoja del machete; pero el resto no se veía (526-27).

Aunque lo que se nos dice viene del narrador omnisciente, la descripción corresponde no a la visión ya racionalizada del accidente por un testigo que observa lo ocurrido con objetiva imparcialidad,<sup>13</sup> sino a la percepción experimentada del accidente por el propio accidentado. De ocurrir lo primero tendríamos a lo más una crónica correcta (peligro en el que fácilmente resbala no poca de esa literatura regionalista). La atención de Quiroga, en cambio, está centrada en el hombre más que en su medio, no tanto en los hechos en sí mismos como en el efecto de esos hechos en su conciencia. Siendo así, pues, el narrador sigue la trayectoria del machete con esa ambigüedad con que la inusitada realidad se va presentando a los ojos del sorprendido protagonista. Desde el comienzo Quiroga nos pone delante de esa perplejidad que invade al personaje a lo largo de todo el cuento. La descripción del accidente es un prelude donde el tema en su totalidad está ya esencialmente esbozado: la perplejidad ante la caída es un anticipo de la confusión de los planos de realidad e irrealidad que ocupará la conciencia del moribundo hasta el final. Hay momentos en que resulta difícil distinguir la voz del protagonista de la del narrador; y es que, en realidad, se trata de una sola voz, o mejor: de un solo narrador que se desdobra en dos voces cuando el monólogo se torna inadecuado.

<sup>13</sup> Ya MONEGAL ha observado que en la colección titulada *Los desterrados*, de la cual forma parte "El hombre muerto", un "elemento que contribuye a dar unidad al libro es la presencia reiterada del narrador como testigo en muchos de los sucesos que cuenta." Para agregar: "El único cuento que carece por completo de 'testigo' es 'El hombre muerto' pero esta excepción no hace sino subrayar por contraste la unanimidad de procedimiento del resto." *O. c.*, pp. 213-214.

cuado. Quiroga ha logrado hábilmente eliminar los acostumbrados tránsitos de la narración directa a la indirecta, o viceversa, característicos de la prosa realista, adelgazando los cambios hasta confundir las dos voces. El artificio era necesario a los intereses del tema: acentuar la voz del narrador omnisciente hubiera significado crear dos puntos de vista independientes que, sin duda, habrían debilitado la intensidad con que la perplejidad y la resistencia a la muerte atenazan al protagonista. Era necesario porque la intención del relato es, precisamente, no deslindar sino levantar lindes. Y en este sentido la voz del narrador está tan cerca de la del monologante protagonista como la vida, que de tan cercana se le mete por la comisura de la boca al "hombre muerto". En "El hombre muerto", pues, el tema (común a los tres cuentos) alcanza su realización más feliz: la forma del relato se adecúa a su intención e intensifica sus implicaciones. Lo contextual y lo formal se integran funcionalmente, y en esa unidad quedaría definido el logro artístico de Quiroga

## POESIA Y SINCERIDAD EN AMADO NERVO

Por Concha MELENDEZ

### 1. Razón de amor

LA razón de mi presencia en este acto es ante todo, razón de amor. Amor a México, que me ha dado un extraño don de misterio, imaginación y transparencia desde su pasado tejido de cacto al rosal. Y razón de gratitud a Amado Nervo, poeta de mi adolescencia, compañía de mis ensueños de entonces, que reverdecen en este instante en que mi ayer me confronta para decirme: "¿qué has hecho de tus altos propósitos? ¿Qué encontraste en tu infatigable viaje por los libros y por el camino que el poeta te mostró? ¿Puedes afirmar como él, 'mi vida es mi argumento mejor'?"

Puedo al menos sosegarme y fortalecerme con ese argumento. Dar razón de gratitud también por otro regalo que no tiene par: la amistad y aliento generosos de Alfonso Reyes, sostenidos desde 1934 hasta su muerte. Razón de amor y gratitud para mis profesores de la Universidad Nacional de México, quienes me ayudaron en mis estudios, y entre los cuales el doctor Francisco Monterde leyó con paciencia mi tesis *La novela indianista en Hispanoamérica* intercalando la h que se me olvidaba en el nombre del amado emperador de los aztecas.

Don Julio Jiménez Rueda, don Eduardo Colín, don Antonio y don Alfonso Caso, mi profesor de griego don Francisco Herrasti. . . Casi ninguno podría oír mis palabras, pero para todos tengo un recuerdo agradecido, porque ellos me guiaron en mi ávida exploración y afirmación: desde Cuauhtémoc a Sor Juana, desde el ración de Xochiquetzal a Sor Juana, de Manuel José Othón a López Velarde; de Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán, a la clara luz de la revista "Contemporáneos".

Cuando llegué a México en 1931 ya el Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia en Nueva York, había publicado mi primer libro: *Amado Nervo*, en 1926. Está dedicado a don Federico de Onís, quien lo leyó y recomendó al Instituto y desde él fue enviado a las principales revistas y centros culturales de América y Europa.

Ese libro de ochenta y cuatro páginas no es un ensayo crítico de la poesía de Amado Nervo, sino un acercamiento a sus ideas y con ellas a su trayectoria literaria y religiosa, como resonancia de sus versos en el alma de una adolescente: una entre muchas conciencias juveniles de entonces, que en su fervor por el poeta, tuvieron un puente de comunicación para no vivir desasidas de las generaciones literarias que les antecedieron. El mensaje de Nervo para mí está explícito en la primera página de mi libro y establece el tono de todo él:

Otros poetas me trajeron gemas preciosas, melodías recónditas, ensueños celestes. El mensaje de Amado Nervo fue más hondo y definitivo: él acentuó en mi espíritu el amor al misterio. Misterio de la vida, del amor, de la muerte, de la eternidad. . .

Son palabras lejanas, olvidadas casi, vibrantes de nuevo en la voz de ahora, que escucho con un poco de sobresalto o asombro.

Mi aproximación a Amado Nervo y su obra empezó mucho antes, en un ejercicio que escribí en la clase de literatura hispánica cuando estudiaba el bachillerato en la Universidad de Puerto Rico. Mi devoción por el poeta creció en persistentes lecturas de su verso y de su prosa. Sin saber aún que escribiría un libro sobre lo que estaba leyendo, me atreví a enviar una carta al poeta, quien seguramente tampoco pensó que su joven admiradora puertorriqueña, escribiría el libro publicado después de su muerte.

Fue en 1917 y he olvidado lo que en la carta decía, pero entre mis papeles encontré el soneto que la acompañó, leído por él quizá en uno de sus balcones de Madrid, frente al Palacio Real:

### *Saludo*

*A Amado Nervo*

Cantor de los eternos imposibles:  
tus musas pálidas a mí llegaron  
y en tu suave poesía me enseñaron  
cosas sublimemente indefinibles.

Un saludo de mi alma van a darte  
y lo he puesto en un lirio de ideal  
porque soy una niña triste, igual  
a las idealizadas por tu arte.

Toma el perfume del ensueño mío  
y con el ideal que se despliega  
en la flor que prefieres y te envío,

descifra la nostalgia que me anega,  
si el beso de la gloria es lo que ansío,  
o tal vez una carta que no llega.

¿Qué podía hacer el poeta ante ese soneto, ingenua evidencia de que lo sincero y espontáneo no bastan para librarnos de pecado imperdonable? Pues seguramente sonrió y agradeció este lejano homenaje, porque me escribió con su letra ancha y firme esta carta:

Gracias muy afectuosas por sus bellos versos y sus tan amables palabras.

Mucho me complace tener una amiguita lejana tan discreta y simpática.

Le envío algo de lo último que he publicado y le ofrezco mi sincero afecto.

Muy suyo,  
Amado Nervo

Lo último que había publicado fue la novela corta *El diamante de la inquietud*. Con ella vino un retrato, como recuerdo suyo. Ese retrato de rostro afeitado y ojos muy abiertos ante visiones que sólo él veía. La novela que me dedicó tiene según sus propias palabras "el tema de la inquietud como claroscuro de la dicha." Tema que se borró al fin en su vida no sin esfuerzo y angustia, en su busca persistente de la perennidad.

## 2. *La noción de sinceridad en la crítica literaria*

**R**UBÉN Darío llamó a Nervo "el admirable sincero." Y Nervo mismo, como veremos más adelante, se describió hasta el fin con esa palabra, que viene a través de los siglos promoviendo confusión de ideas, juicios sin precisión, alabanza que rodea a la obra así descrita, de valor casi misterioso. Como las palabras grandeza, profundidad, belleza, más que ellas quizá, la sinceridad es criterio tan antiguo que no podríamos precisar cuándo apareció como categoría crítica. No hay un solo crítico notable o no, que haya

dejado de usarla alguna vez; durante los últimos tres siglos ha invadido el pensamiento de creadores e intérpretes del arte y no hay probabilidad de que desaparezca del vocabulario que se usa al referirnos a ellos.

El profesor y crítico Henry Peyre, ha dedicado un libro acompañado de copiosa bibliografía a la sinceridad en la literatura.<sup>1</sup> La reflexión sobre sus ideas me ayudó en el estudio de la noción, tal como la pensó, sintió y trató de expresarla Amado Nervo en su poesía. Me ayudó también a comprender a los que han intentado juzgar lo que se ha llamado su segunda manera de poesía.

La idea más general es que escritor *sincero* será el que haya vivido y sufrido antes de escribir. Aunque los antiguos griegos y romanos no consideran esto necesario, quedan sin embargo el precepto de Horacio en *Ars Poética* y las palabras de Cicerón sobre vivir y sentir antes de tratar de comunicar a otros las emociones y las experiencias. De Rousseau a T. S. Eliot, la idea de sinceridad aparece como una fuerza imprescindible que asegura perdurabilidad y eficaz influencia no sólo en la literatura, sino en todas las artes. Rousseau nos asegura:

Si me he hecho oír en el torbellino de los tiempos modernos, es porque he sido sincero y apasionado.

Alfredo de Musset nos advierte: "La sinceridad es la sabiduría del corazón" y T. S. Eliot, escribiendo sobre el poeta George Herbert, hace una declaración aplicable también a Amado Nervo: "Mientras mayor es la elevación en un poeta, más valiosa se vuelve la diferencia entre sinceridad e insinceridad."<sup>2</sup>

Desde luego que la sinceridad solamente no asegura talento ni virtud en arte. El talento del artista en la creación de su obra es lo que logra impresionarnos como sinceridad, esto es, como transmisión adecuada de la experiencia, el sentimiento y la visión del creador.

Al terminar su examen de la palabra en el vocabulario crítico de hoy, Peyre concluye que la sinceridad en un artista sería un mérito dudoso si no estuviera acompañada por una personalidad excepcional, ávida de verter en palabras una experiencia considerada única. Pero esa experiencia una vez expresada puede revelar a otros que no es ajena a ellos; que pueden participar en ella con-

<sup>1</sup> HENRY PEYRE, *Literature and Sincerity*. New Haven and London. Yale University Press, 1963.

<sup>2</sup> *Spectator*, 12 de mayo, 1932.

moviéndose e imaginando con el poeta esa experiencia artística o religiosa.

Creo que ése es el secreto del fervoroso entusiasmo de los lectores de Amado Nervo, especialmente —ya lo veremos— en lectores "en todos los caminos de la vida", "in all ways of life", como dicen los hablantes en lengua inglesa.

La estética de la sinceridad en poesía contó menos en los años 1910 a 1930 cuando Mallarmé, Valéry y sus seguidores declararon la noción de sinceridad sin sentido para el arte, se burlaron de los sentimientos del hombre enamorado y excluyeron las emociones del poeta ante la naturaleza.

Fue el arte deshumanizado que estudió más tarde Ortega y Gasset; la poesía inhumana que Nervo nunca aceptó. Precisamente el libro *La Amada Inmóvil* se escribió de 1912 a 1917 y los libros de su tercer momento *Serenidad* y *Elevación*, fueron un rechazo de la deshumanización, como lo fueron explícitamente sus declaraciones en prosa contra los nuevos *ismos* que alcanzó a ver surgir.

Por tres caminos discurre en el arte el concepto de sinceridad en la aspiración a expresarla: sinceridad artística, sinceridad del creador para sí mismo y sinceridad para los demás. La sinceridad artística es la expresión feliz que se da a un estado de alma, ese intraducible "mood" que el poeta experimenta en un momento voluntario de exaltación imaginativa. El resultado puede ser tan valioso que compense el leve engaño de sí mismo, subyacente en la creación del poeta.

Amado Nervo viajó por este, para él, primer camino de la sinceridad, en su momento simbolista, después de sus primeros libros *Perlas negras*, *Místicas* y *Poemas*. Sus tres poemas largos *El prisma roto* (1898), *Las voces* (1901), y *Hermana Agua* (1901), deben a mi ver estudiarse juntos para aclarar la gran aventura artística y espiritual de su pensamiento y de su alma.

Pero hoy sólo podemos seguirle en algunas evidencias de las tres expresiones de su poesía: la simbolista, el tránsito, como lo llamó Alfonso Reyes, y la ascensión, contemplada por Genaro Estrada como constante revelación hasta llegar a la segura esperanza.

### 3. *El momento simbolista o la sinceridad para su arte*

**A**MADO Nervo llegó al completo dominio de la poesía simbolista que vemos como sinceridad para su arte, en los poemas —sin-



gularmente en unos cuantos de ellos—, de los libros *El éxodo y las flores del camino* (1902) y *En voz baja* (1909). Ante sus versos de adolescencia *Perlas negras* (1898) escribió: "Este libro tiene muchos defectos pero también muchas sinceridades. Si algo vale la sinceridad en el arte, que ella me escude." Pero la sinceridad artística tal como se describió antes, rara vez acompaña a la adolescencia. El escudo que Nervo cree tener no existe y tuvo razón González Martínez al no verlo, especialmente en *Místicas*. añadidas a la segunda edición de *Perlas negras* (1904).

En los poemas del *Exodo*, Nervo ha ahondado ya en las raíces de la escuela poética que al fin recibió el nombre de simbolismo. Marcel Raymond precisó esas raíces como sentido de la vida profunda del espíritu en protesta contra una concepción positiva del universo; cierta intuición del misterio y del más allá de los fenómenos; buscar la poesía en su esencia y separarla del didactismo y la superficial emoción sentimental.<sup>3</sup>

Raymond advierte que la expresión simbolista no pertenece a una época determinada de la historia: el espíritu humano en el sueño, el ensueño y aun durante la vigilia, está dotado de poder creador autónomo que imagina fábulas y figuras en las cuales se proyecta la actividad profunda del ser. Este simbolismo espontáneo se manifiesta en el hombre primitivo. En el civilizado se aviva durante el sueño, cuando la razón no le impide expresarse.

Los mitos nacieron así y son verdaderos psicológicamente, porque corresponden en el plan de la imaginación, a la actividad síquica que los originó. Se establece una equivalencia, un sentimiento de participación en el espíritu del sujeto, entre la imagen y la realidad síquica que simboliza. No niega Raymond que la inteligencia de los simbolistas se percató del proceso espontáneo y asoció sus imágenes a realidades síquicas, estados de alma, sentimientos e ideas.

Además es sabido que los simbolistas tuvieron como uno de sus capitales principios, hacer uso reflexivo de los recursos musicales de la lengua. No perdieron de vista las posibilidades de sugestión psicológica de las palabras, que en realidad es el secreto de la musicalidad de un verso. El poeta debe sentir —concluye Raymond— las afinidades misteriosas que anudan el mundo de los sonidos al mundo del pensamiento; tratar de hacer sensibles esas misteriosas correspondencias. Ciertas sílabas, por un acuerdo sutilísimo con el significado de las palabras que componen y los recuerdos que esas palabras despiertan, más todavía que por el encanto propio de las

<sup>3</sup> *De Baudelaire au Surréalisme*. Editions R. A. Corrèa, París, 1933.

sonoridades, conmueven realmente el espíritu, imantándolo en una dirección particular.

Pero el valor sicológico de la palabra y el tesoro de las imágenes y las asociaciones que contienen, no puede ser considerado independientemente de las cualidades sonoras. La "música de las palabras" no se distingue, sino arbitrariamente, de su significado. A una armonía casi material grata sólo al oído, los mejores poetas del simbolismo prefirieron una cierta "música interior".<sup>4</sup>

Repasemos la evidencencia de la belleza simbolista creada por Nervo, con perfección rara vez lograda por los otros poetas hispanoamericanos, si nos atenemos a las raíces del simbolismo a que nos referimos antes. Repasemos uno de los poemas preferidos en las antologías: *Viejo estribillo*. Va precedido de unas páginas en prosa: *En defensa de la mentira*. El joven poeta, quien seguramente había leído *La decadencia de mentir* de Oscar Wilde, declara de manera resuelta: "Sólo la mentira es bella. Sólo ella es creadora, sólo por ella la vida vale la pena de ser vivida. Mentira es ese nácar de la luna que finge en la sombra Ofelias vagas que pasan; mentira la policromía de los crepúsculos y esa melancolía serena del otoño; mentira el azul del cielo, joyero inmenso de las constelaciones; mentira la juventud, el amor, la gloria, el ensueño, la seda de una tez, el marfil de unos senos, los diamantes negros de unos ojos".<sup>5</sup>

La reflexión que le sugiere el recorrido por las experiencias imaginativas es el "quién sabe" más insistente en su pensamiento hasta que al fin anunció su muerte en un poema del libro *Elevación* (1917). Entonces alarmó a González Martínez, quien declara que sin "quién sabe" no hay misterio. Las palabras de Nervo revelan una idea que ha de acompañarle hasta el fin de su vida, reapareciendo en su poesía y en su prosa hasta afianzarse en una esperanza: "¡Quién sabe si penetrando el abismo sin fondo del ser, aquello que soñamos es más cierto que aquello que por una aceptación unánime es." Y termina con esta invitación: "Ahora, leed si os place lo que he llamado *Viejo estribillo*."

¿Por qué estribillo y por qué viejo? La sinceridad artística de Amado Nervo se mueve aquí en experiencias imaginativas, sinceramente verdaderas, aunque para lo que llamamos realidad sensible, sean mentiras. La sinceridad puede expresarse en una experiencia de la imaginación, siempre que la acompañe lo que se ha

<sup>4</sup> Ver RAYMOND, *ob. cit.*, págs. 53-58.

<sup>5</sup> *El éxodo y las flores del camino*. Biblioteca Nueva, Madrid 1922. pág. 49.

llamado honradez del artista para la forma de arte que elige y trate de no traicionar las exigencias de ese arte.

En *Viejo estribillo* Nervo repite al final de cada estrofa la misma desilusionante respuesta que da "la razón de la aceptación unánime" a las creaciones del ensueño. La respuesta es un estribillo tan viejo como el diálogo entre razón e imaginación. No me extraña que este poema fuera uno de los que Nervo recitaba con más frecuencia en reuniones de su juventud, afinada y enriquecida ya por la relación directa con Francia.

Las dos primeras estrofas, establecen en una interrogación y una respuesta, el vaivén rítmico de todas las demás, excepto la última que está llena de presagio, de la aspiración suprema de encontrar a Dios, de los caminos por donde ha de buscarlo, de la necesidad del ensueño en cada abismo. Sé que recuerdan las preguntas. Las voy a repetir para que evoquemos juntos la bella imagen de la sirena, los versos musicales con sus acentos vibradores en la cima de cada uno; la recurrencia del primer hemistiquio del tercer verso al final, que mece toda la estrofa como un columpio de maravilla:

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,  
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?  
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,  
es un rayo de luna . . .

¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?  
¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?  
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,  
es un soplo de viento . . .

Las dos estrofas siguientes se mecen también en el cotumpio rítmico, pero en la última, sucede algo diferente. El poeta al preguntar quién regó sus collares en el agua, impaciente acaso por el estribillo destructo, termina la pregunta así: "¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?" Pienso que ese "Dios mío" está ahí en el sentido con que el hábito nos lleva a exclamar en un momento desconcertante o difícil: "¡Dios mío, qué haré ahora!" O, "¡Dios mío, no puede ser!" Porque la respuesta, el viejo estribillo, reaparece idéntico a los otros en su desilusionante vaivén.

Pienso también que el poeta no preguntó a Dios hasta el final del poema, sino a su propia razón humana. Pero en la última estrofa el diálogo lo lleva a un convencimiento:

*¡Ob Señor! ¡La belleza sólo es, pues, espejismo!*

Está ahora pensando conscientemente en Dios, el Señor. Y en seguida, la certeza de que se alejó a veces para volver a ella y no salir más de su revelación:

*Tú eres cierto. Sé Tú mi último Dueño.*

Para esa final entrega fue necesario que lo buscara en el éter, en la tierra, en sí mismo. Tal fue su peregrinación espiritual y se anuncia en este momento de sinceridad artística, como punto de enlace con toda su poesía posterior.

### 3. *El tránsito o la sinceridad consigo mismo*

EN el ensayo *Amado Nervo, el poeta*, Enrique González Martínez al describir la complejidad de Amado Nervo, ve la fuerza introspectiva analizadora de sí mismo llevarlo "al recinto hosco de los herméticos". No creo que el resultado de ese auto-análisis fuera el hermetismo, sino el arma secreta y persistente con que pulió su conciencia en el tránsito que lo llevó a su segunda manera de poesía:

Ya te acercas al final;  
la lección está aprendida  
y la gema fue pulida  
y dio rosas tu rosal.

Sinceridad para sí mismo como preparación para darse a otros con sinceridad humana y divina a la vez. Alfonso Reyes ha comentado este tránsito<sup>6</sup> con la clara mirada de piedad y delicadeza que es como piensa que deben interpretarse los hombres.

La sinceridad consigo mismo ha sido la aspiración del artista en nuestro siglo. La novela, el teatro, la biografía, las memorias, los diarios íntimos, son testimonios de esa preocupación. Amado Nervo sin duda conocía los esfuerzos de los buscadores de la sinceridad como revelan los "pensamientos afines" que preceden cada parte de *La Amada Inmóvil*, entre los cuales hay citas de Bergson, Jacques Rivière, Maeterlinck.

El cambio en el poeta de una manera a otra, ocurre, según Alfonso Reyes entre los años 1905 y 1909, entre *Los jardines interio-*

<sup>6</sup> *Tránsito de Amado Nervo*. Obras Completas VIII. México, Fondo de Cultura Económica, 1958, pp. 12-19.

res y *En voz baja*. En *Los jardines interiores*, donde según Alfonso Méndez Plancarte,<sup>7</sup> Nervo incluyó algunos poemas de 1896 y aun antes, no encontramos indicios del tránsito. Ni en la índole del libro, que el poeta expone en la primera página, ni en el final, donde el prelado que lo condena expresa la ironía del poeta matizada de humorismo. Sin embargo Nervo resume, en una figura femenina que nombra Damiana, bajo el signo de un verso de Dante Gabriel Rossetti, el alcance que tendrá su poesía en los libros venideros:

Todo lo noble y hermoso  
que no fue;  
todo lo bello y amable  
que no vino,  
y lo vago y misterioso  
que pensé  
y lo puro y lo inefable  
y lo divino.

El Obispo Fidelio condena el libro "al olvido que precede el abismo sin fronteras." Pero el poeta le contradice con este verso final; "Del abismo brota el día." Brotará el día de la sinceridad consigo mismo, que le envuelve en una lucha tenaz con el estilo, en afán de huir de "la bella cobertura" que antes fue triunfante embeleso.

Ahora quiere hacer con los sucesos cotidianos, de las reflexiones y divagaciones con que buscaba la esencia arcana del universo, su habitual poesía, aunque a veces, como observa Alfonso Reyes, ha creído estar pensando solamente y se ha expresado en verso.

Sus amigos y admiradores se alarman. López Velarde confiesa amarlo tanto, que no quiere encontrarse con él para no ofenderle con su desconcierto. No llega como más tarde Jorge Cuesta, a cerrar los ojos para no ver la desnudez que le parece ingrata. Pero el poeta sigue "alimentando su quimera" como cada uno tiene el derecho a hacerlo.

Entretanto, continúa imperturbable su alabanza del lugar común, evitando las traiciones del adjetivo, negando saber nada de literatura y creando sobre el cañamazo de la interferencia entre vida y poesía, frecuentes expresiones cimeras de su mágico don verbal, de su interna luz que arde sin llama, pero nos penetra, la aceptamos, nos alumbramos con ella.

El tránsito se apresura en el libro *En voz baja* (1909) en donde

<sup>7</sup> Obras completas de Amado Nervo, Tomo II. Madrid, Aguilar, 1967

aparece el poema *Vieja llave*, evocación de la vida en el México ochocentista, que tanto nos muestra de la niñez y adolescencia del poeta.

La música tradicional de los versos se une al tono de narración oral en lo que se nos dice de la sabiduría que la llave guarda "del buen tiempo que se fue".

Me dijo Raimundo Lida, inteligencia afilada en la exploración de la literatura clásica española y de "la extrañeza" de la hispano-americana, que prefiere este poema entre todos los de Neruo. Esa vieja llave en verdad abre la puerta al tránsito que se consuma en el libro *En voz baja*.

La poesía ¡*Está bien!* no deja que dudemos: el poeta se ha puesto de acuerdo consigo mismo y en paz con sus albas, sus tardes y sus noches. Aparece el presentimiento, la cercanía de algo inminente; algo transformador y ascensional que se repetirá desde ahora como visitación tenaz de lo que él llama el Arcano.

### 5. La ascensión

SE intensifica ahora la ascensión espiritual manifestada, en que el poeta, sincero consigo mismo hasta el extremo a que puede llegar un hombre, está preparado para la sinceridad con los demás. Escribe en este momento sus poemas confidenciales de una sabia sencillez, de una maestría que casi no se nota, sutil encanto, conquista para siempre.

Algunos quedan completos o fragmentarios en la subconciencia para subir a la memoria cuando alguien nombra al poeta, cuando necesitamos paz, esperanza, o sencillamente sin saber por qué.

Al repetirlos en voz alta, se convierten en verdaderos ensalmos de magia verbal. Estoy pensando en *Gratia plena*, *El don*, *El castaño no sabe...*, *En paz*. Y aun en *La galera sombría*, para mí la mejor entre todas las poesías que escribió con la intención de "elevar el espíritu". En estos poemas de ascensión espiritual está el verdadero Amado Neruo y me complació leer lo que escribió acerca de ellos Enrique Díez Canedo, uno de los mejores intérpretes que conozco de su significado.

Quien desee acompañar a Amado Neruo en esta aventura generosa, tendrá que seguirlo en el libro *Serenidad*, pasando después por las confidencias de *La Amada Inmóvil*, hasta el libro publicado en 1919, *El estanque de los lotos*.

*Serenidad* confirma, que su vida fue una preparación para la

muerte; que para él, como para Quevedo, tuvo "más de caricia que de pena." Aparece también en este libro dando la razón a Sidharta Gautama y su enseñanza de renunciación. Imposible atenuar la huella de Sidharta en la ascensión de Amado Nervo. No se alejó nunca de la fe en Jesucristo, mas le gustó meditar junto al *Estanque de los Lotos*. La relación con el budismo y la aclaración de Nervo acerca de él, la estudié en mi libro en el capítulo *El místico*.

En *Serenidad*, sólo la primera parte, *Apaciblemente*, nos muestra a Nervo "camino adelante", diciéndonos la gran advertencia resumidora de todo lo que quiso que supiéramos:

Serena tu espíritu, vive  
tu vida en paz.

Para seguirlo en esta ascensión hay que detenerse en el conmovedor paréntesis confidencial *La Amada Inmóvil*. Las páginas en prosa que preceden los poemas, son la expresión de sinceridad más alta a que puede llegar un hombre. La palabra sinceridad lleva aquí toda la connotación moral a que va asociada casi siempre. Ya he dicho que *Gratia plena*, en la cima del libro, es uno de los poemas vivientes en la memoria y en la voz de muchos, no sabemos cuántos. El sentido del libro entero, se resume en esta sencillez casi nunca alcanzable:

Vivir sin tus caricias es mucho desamparo:  
vivir sin tus palabras es mucha soledad;  
vivir sin tu amoroso mirar ingenuo y claro  
es mucha obscuridad. . .

El libro *Elevación* termina con un *Amén* firmado en diciembre de 1916: "Lector, este libro sin retórica, sin procedimiento, sin técnica, sin literatura, sólo quiso una cosa: elevar tu espíritu. ¡Dichoso yo si lo he logrado!" Esa aclaración final acusa olvido de sí, esfuerzo de sinceridad para los demás, apurando la sencillez, asiéndose a la espontaneidad, encarando el riesgo de limitar la imaginación y reducir al mínimo el poder estilístico alcanzado en su larga experiencia literaria.

Amado Nervo afrontó estos riesgos consciente de lo que implican. Tal parece que oyó el consejo de Paul Claudel de sustituir el "conócete a ti mismo" por "olvídate de ti mismo". Tal parece que quiso hacer suyas las palabras de Claudel: "No impidas la música a tu alrededor que está inspirada en Dios y canta su gloria."

Los tres poemas en el comienzo de *Elevación*: *Primera página*.

*Jaculatoria a la nieve y Noche*, no concuerdan con la declaración en prosa al final del libro. El poeta está aún expresando su sed de penetrar lo desconocido; en el poema *Noche* está en su clima habitual de introspección, de penetrar arcanos, de entregarse a la meditación silenciosa. El propósito del libro empieza a cumplirse en *Fides*:

No te resignes antes de perder  
definitiva, irrevocablemente,  
la batalla que libras...

Estamos aquí ante el cañamazo sin relieve de gran parte del libro. Este poema, como los tres anteriores, se escribió en 1915. El libro entero llega hasta 1916. En el llano desnudo, sin embargo, surgen a trechos, confidencial música sencilla o vuelo de blancas aves piadosas, poemas oracionales que han servido como él quiso, para levantar el espíritu de muchos.

Después de *Las Voces* (1901), para mí la más valiosa poetización que hizo Nervo de la enseñanza de Buda, no volvemos a encontrar huella de sus lecturas sobre las religiones de la India hasta *Serenidad*, poemas que abarcan los años de 1909 a 1912. Mas la fascinación budista viene de más lejos. Uno de sus poemas simbolistas más admirados del *Exodo y las flores del camino* lleva el título *El Buda de basalto sonreía*. Nervo había escrito ya *Las Voces*. El símbolo de la búdica sonrisa está usado con plena comprensión de lo que implica —renunciación, ausencia de deseos, paz perfecta en la victoria sobre *maya*, lo ilusorio. En ese poema Nervo está en su plena sinceridad artística.

En *El estanque de los lotos*, el tema filosófico religioso derivado de las mismas fuentes orientales, se vierte en su segunda manera: la materia prima de su poesía se queda aquí sin transformación imaginativa, sin que aparezca en esa corriente de ideas lentas y desnudas, un solo poema que pueda cumplir su propósito de elevar y consolar.

La voz que amamos sólo reaparece cuando piensa en Jesucristo con pensamiento despejado de Kalpas y Yogas. Brilla la sinceridad para los demás, fundida con la suya; ha oído la voz del Pastor sobre todas las otras voces y el llamado es irresistible. Contesta con la oración en verso, que podría usarse en acción de gracias después de una meditación del Salmo 23:

Pastor, te bendigo por lo que me das.  
Si nada me das, también te bendigo.



Te sigo riendo si entre rosas vas.  
 Si vas entre cardos y zarzas, te sigo.  
 ¡Contigo en lo menos, contigo en lo más  
 y siempre contigo!

### 6. Testimonios vivientes

UN siglo después de su nacimiento nos hemos reunido hoy para recordar vivo en la muerte a Amado Nervo. Pienso en su poema *La mejor poesía* del libro *Elevación*. Porque ese poema me parece su testamento poético, su anticipado adiós a todo lo que amó y uno de los que nos dan la vislumbre del verdadero Amado Nervo.

Me parece bien que lo oigamos ahora en lugar de leerlo en silencio más tarde, porque así comprobaremos el poder mágico de sus palabras y al oírlas y sentirlas, haremos el más alto homenaje a su recuerdo:

No escribiré más versos, ¡oh misteriosos númenes!  
 no imprimiré más vanos y sonoros volúmenes,  
 —el poeta decía.

De hoy más, sea el silencio mi mejor poesía.  
 De hoy más, el ritmo noble de mis actos diversos,  
 sea, celestes númenes, el ritmo de mis versos.  
 De hoy más, estos mis ojos, de mirar claro y puro,  
 cerca de cuya lumbre todo verso es oscuro,  
 traduzcan lo inefable de mis ansias supremas,  
 mejor que las estrofas de los hondos poemas...  
 Y lo que su silencio no supiere expresar,  
 leedlo en las estrellas, las montañas, el mar;  
 en la voz temblorosa de una amante mujer  
 (siempre y cuando su enigma sutil sepáis leer);  
 en las brisas discretas, en el trueno salvaje,  
 y en la nube andariega que siempre va de viaje.

¡Oh diáfano hilo de agua: lo que yo callo di!  
 ¡Oh rosa milagrosa: haz tú versos por mí!

De hoy más, recordemos este poema y obedezcamos al poeta. El hombre era más grande que sus versos y lo sugiere al decir que ante la lumbre clara de sus ojos, todo verso es oscuro. Porque esa lumbre de su mirar es la de su alma, la luz de su divinidad; de la divinidad en todo hombre que, como él, se propone encenderla.

No sólo el hilo de agua y la rosa están diciendo sus versos por él. Personas en todos los niveles sociales, personas que trabajan delante de una máquina de escribir, atendiendo a los clientes de un banco, enseñando en una escuela, dicen versos por el poeta.

En la Universidad de Puerto Rico, en la oficina de personal, me preguntó el joven que me atendía, qué estaba escribiendo entonces.

—Un estudio sobre Amado Nervo —le contesté. Aquel joven revolvedor de cifras me dijo sonriente:

Era llena de gracia como el Ave María,  
quien la vio no la pudo ya jamás olvidar.

Asombrada decidí descubrir más testimonios vivientes de la poesía de Amado Nervo en la memoria de gentes como las que él quería levantar en espíritu. El mismo día fui al Banco Chasse Manhattan. Y mientras la joven empleada me devolvía el comprobante de cuenta, notó el libro que de intento había puesto yo en la ventanilla.

—¡Amado Nervo! me dijo. "Siempre que haya un hueco en tu vida ¡llénalo de amor!"

Nervo creyó estar escribiendo prosa en una página de su libro *Plenitud*. Pero había escrito versos. Y la música de sus palabras quedó en la memoria de la joven, aliviando de súbito su tarea.

Fui a visitar a una amiga. Su hermana, trabajadora social, se sentó con nosotras. Hábilmente mencioné mi viaje. Esta vez no tuve que nombrar al poeta. Porque Lucía, la trabajadora social, me dijo: "Tengo una amiga en México. Hoy recibí un recorte de un diario de la capital. Es una entrevista a la sobrina o hija —no recuerdo bien— de *La Amada Inmóvil*. Amado Nervo es mi poeta predilecto." Levantándose, fue a buscar y me mostró, el segundo tomo de las *Obras Completas* de Nervo en la edición de Aguilar. "¡Es mi Biblia!", me dijo. Sin abrir el libro, añadió: "Me gusta más que ninguno el poema que empieza: 'Oh vida ¿me reservas por ventura algún don?'"

Con la estrella, con el hilo de agua, con la rosa, creo que muchos lectores del poeta en Argentina, en el Uruguay, en toda Hispanoamérica quizá, dicen sus versos por él. Acaso no recuerden *Viejo estribillo* o la sonrisa del Buda de basalto. Pero de las poesías que el poeta escribió para ellos, saben de memoria el comienzo o el final, a veces un solo verso que por causa inexplicable no olvidan.

No quiero terminar sin darles un último testimonio viviente aunque esté en la lápida de una tumba. En el Cementerio de la Magdalena, en San Juan de Puerto Rico, hace cuatro años enterramos al

doctor Federico de Onís. Sobre la lápida, cumpliendo el deseo del maestro, se grabaron dos versos:

Amé, fui amado; el sol acarició mi faz;  
vida, nada me debes; vida, estamos en paz.

Después de estos vivientes testimonios imaginemos que la voz del poeta está diciendo: "Oh estrella, oh rosa, oh hilo de agua, oh amigos que nunca vi: ¡Gracias!"



# *Libros y Revistas*



## LIBROS

Por Mauricio DE LA SELVA

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *Leer y escribir*, Edit. Joaquín Mortiz, 156 págs., México, D. F., 1969. Colec. Serie del Volador.

ALFONSO REYES, *Diario 1911-1930*, Edit. Universidad de Guanajuato, 330 págs., Guanajuato, México, 1969.

JOSÉ BLANCO AMOR, *Encuentros y desencuentros*, Edit. Losada, S. A., 165 págs., Buenos Aires, Argentina, 1969.

ARTURO CAMBOURS OCAMPO, *Letra viva*, Edit. La Rreja, 106 págs., Buenos Aires, Argentina, 1970.

CARLOS FUENTES, *Casa con dos puertas*, Edit. Joaquín Mortiz, 294 págs., México, D. F., 1970. Colec. Confrontaciones.

A once años de su muerte —que se cumplen el 27 de diciembre de 1970—, Alfonso Reyes continúa reflejando su ejemplar personalidad de escritor; cada día, el crecimiento de ésta se registra en diversos detalles de la vida cultural no sólo del país sino también de los demás países latinoamericanos. En revistas y libros de Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, Cuba y Centro América, es común la alusión a su nombre y a su obra. Sí, es innegable su proyección, se aprecia incluso en detalles como ese muy local, muy mexicano, ya propio de un crónico anecdótico, referido al joven escritor o literato actual que destaca por alguno de sus talentos y en quien, de inmediato, señalan al "sucesor de Alfonso Reyes". Menos mal que el hecho en sí trasciende el buen humor y la vacuidad y es interpretable como uno de los múltiples homenajes que se rinden al desaparecido, y menos mal, también, que otros homenajes están desprovistos de tal ingenuidad, como ese que significa haber sido incluido entre los primeros cinco volúmenes con que la Universidad de Guanajuato inaugura un ciclo importante de sus ediciones; o igualmente, que escritores de distintos países y distantes generaciones lo aborden como tema esencial en sus respectivos libros de artículos y ensayos.

Por supuesto, reunir unos cuantos de los tantos libros señalados es aquí, y apenas, sólo un intento de ilustración sobre lo dicho. Así, junto al *Diario* del mismo Reyes, presentamos las constancias del acucioso ensayista argentino Ezequiel Martínez Estrada y de su agudo paisano Arturo Cambours Ocampo, la del relatista y ensayista español José Blanco Amor y la del relatista, crítico y dramaturgo mexicano Carlos Fuentes.

No es reiterativo afirmar que el *Diario* publicado por la Universidad de Guanajuato es de gran importancia; esto, aunque el lector ya conozca muchas de las páginas autobiográficas del polígrafo mexicano; y es que se trata de los veinte años de "despegue" del sabio escritor, de su iniciación como literato, de su comienzo como hombre sensible que sufre las mayores desilusiones, de su principio como obligado conocedor de la amistad, el desprendimiento y las inesperadas traiciones ajenas; se trata del Alfonso Reyes que crece en todo sentido de los veintiún años a los cuarentiuno. Hay una laguna, un vacío cronológico que cubre, acertadamente, Alicia Reyes en su Prólogo; ella termina, por cierto, apuntando una de las características que luego han descrito o sugerido hasta el lugar común sus amigos o simples visitantes: "esa sonrisa, esa cordialidad y ese cariño que supo despertar en todos los que tuvimos la suerte de conocerlo".

Los veinte años que cubre el *Diario* resultan sorprendidos y deslumbrantes para el lector cotidiano y, sin exageración alguna, terriblemente aleccionadores para quienes se interesan no sólo en todo lo que se relaciona con la literatura y el oficio de escribir, sino también en algo de las tormentas interiores sufridas por un gran escritor, un irrevocable artista y sus múltiples virtudes para contrarrestar los instantes más difíciles.

Quienes tienen la imagen del Alfonso Reyes de los últimos años, del hombre de cultura a nivel de máximo personaje, podrán conocer en estas páginas no sólo al diplomático y al semi exiliado de aquellas dos décadas, sino al escritor que va irguiéndose desde unos terribles y aciagos días de tragedia familiar, hasta una evolución que entre depresiones y pobrezas alcanza, por fin, el equilibrio emotivo y la relativa satisfacción material. Sin duda, en este aspecto se encuentra uno de los ejemplos de mayor utilidad para quienes desean ser escritores sin dejar de ser hombres. En el *Diario* se ve con claridad, de principio a fin, cómo Reyes ante los embates de sus días más desquiciadores se aferra a su condición de escritor, cómo la literatura, la investigación concierne, son sus aliados para combatir las grandes amenazas; ya en los días de la Revolución en México, nos habla de que en la cabecera de su cama tiene, junto a sus libros y papeles, el fusil. Y el 31 de octubre de 1926, cuando tiene 37 años de edad, escribe: "Estoy loco de alegría de poder trabajar así, horas y horas sin cesar. Mis nervios se equilibran y todo mi ser se regulariza."

Reyes fue asimismo hombre de entusiasmos bondadosos y por ello sujeto a indescriptibles equivocaciones; en estas páginas es fácil notarlo; por



ejemplo, lo relativo a cierta experiencia en Argentina; el 5 de febrero de 1929 anota su excepcional felicidad por la forma en que le ayudan a trabajar los muchachos argentinos. "Cada uno me trae un libro —escribe—, un dato, una revista, un recorte de periódico. Conmovedora y nueva situación para mi espíritu. ¿Cómo podré devolver esta caricia?" Para que cinco meses después, el 24 y el 25 de julio se queje de los mismos muchachos "llenos de prejuicios en pro y en contra de las cosas, independientemente de su valor literario"; su desesperación, motivada incluso por otros acontecimientos, borra aquel inicial entusiasmo. "Nunca comprenderá nadie —expone Reyes— hasta qué punto estos dos años de Buenos Aires van siendo para mí —en todos los órdenes— una escuela de sufrimiento, paciencia, tristeza, aburrimiento y penuria material." Fue quizá aquella una de las malas rachas que torturaron su existencia; en noviembre aún mantiene un estado emocional desesperante, un decaimiento determinado en parte por no lograr hacer lo suyo. Vuelve a quejarse, sólo que en otro sentido. "Entre pereza y falta de tiempo, se me van muriendo adentro todos los temas que se me ocurren, en verso y en prosa... este monstruo me está devorando. No hago más que servir mi cargo oficial, en mil sandeces obligatorias, llevando a la espalda el fondo de una inmensa melancolía. "Afortunadamente, era hombre que sabía sobreponerse a las más duras pruebas y que, se sabe y ya hemos dicho, conocía el valor de su medicina para combatir obstáculos y contrariedades, conocía los resultados de sentarse a leer y escribir.

Ya trasladado a Brasil, ese conocimiento suyo se confirma a través de unas líneas escritas el 23 de abril: "Aún no saco mis libros y papeles por lo que tardan en arreglar mis estantes. Quiere decir que no vivo sino a media respiración, la conciencia se me llena de venenos, como siempre que interrumpo mi trabajo literario." En efecto, repetimos, este aspecto suyo es uno de los ejemplos de mayor validez para quienes suelen seguir los impulsos de una vocación literaria.

Cada uno de los autores nombrados al principio, abunda en reconocimientos hacia Alfonso Reyes; cada uno ha expuesto su opinión o valoración respecto a la obra creadora y a la conducta del recordado mexicano; así, Ezequiel Martínez Estrada, en su libro *Leer y escribir*, y dentro de su perspectiva de escritor latinoamericano que dirige su mirada hacia los valores de algunos nombres del Continente, se refiere tanto a Reyes como a Pedro Henríquez Ureña y Diego Rivera. Del primero, que es quien nos interesa, y en su favor, reclama por no haber un "buen boceto preliminar" digno de su estatura cultural, digno de ubicarlo en el centro de "su vasto panorama calidoscópico", señalando de paso dos posibilidades extremas para cuando en el futuro se juzgue su obra; una, "después de una etapa de elogios equívocos, el juicio se acendre y comience a perfilarse la verda-

dera fisonomía", y dos, que "la crítica, por fuerza inerte de glosa y de rutina, prosiga trabajando sobre opiniones vulgares, y se acuñe un estereotipo convencional."

El libro de Arturo Cambours Ocampo, el otro poeta y ensayista argentino, se vincula contradictoriamente con el del español José Blanco Amor; tanto aquél en su *Letra viva* como éste en su *Encuentros y desencuentros*, no coinciden al tocar temas comunes; poseen puntos de vista bien diferentes, parten de enfoques muy distintos para evaluar cosas de la vida y de la literatura; sin embargo, aquí está el asombro que constituye Reyes; caso llamativo aunque no extraño, el mexicano logra el pleno *encuentro* del español y el argentino, se realiza gracias a que ambos lo han convertido en tema de sus reflexiones, ambos concuerdan totalmente respecto a la significación del tercero en el ámbito cultural y algo más.

Cambours Ocampo, después de compararlo con "sus contemporáneos en el mundo de la cultura", con Eliot, Valéry y Gide, afirma: "No he visto un hombre más desinteresado. Su generosidad no tenía límites. La intensa tarea de gabinete, no desterró al poeta que vivía en el alma de Reyes desde los tiempos mozos de Monterrey. Entre las líneas de sus más importantes ensayos, aparece —como una flor— la elegante aristocracia que caracterizó a toda su obra." Cambour Ocampo recuerda que lo conoció en 1929 y le agradece los consejos que entonces le dio, porque ellos le ayudaron a defenderse de las intrigas y los malentendidos propios de los intelectualoides y de los literatos sin proyección mayor. Recordemos, a la vez, lo que fue parte de ese 1929 para Alfonso Reyes en Argentina y le conoceremos un poco mejor.

José Blanco Amor ensaya sobre la universalidad hispánica de Reyes; señala que éste cultivó en "su frase pulida y tersa" el secreto de las tres bellezas: la poética, la sitáctica y la espiritual, con las cuales no sólo dio prestigio a su país sino a la cultura del mundo al que perteneció. En seguida, el relatista y ensayista español escribe: "No se busque en Alfonso Reyes ningún mensaje hosco, ningún desplante violento, ninguna torpe pirueta para colocarse en primer plano. El estaba en el primer plano por derecho propio. Nunca se le conoció un gesto insolente contra nadie. Si habló mal de alguien yo no lo sé. Yo no lo conocí. Pero tampoco conocí personalmente a Pío Baroja y sé que dejó un nutrido testimonio de sus fobias. Su prosa, sus ensayos casi cotidianos, demostraban que la espiritualidad es riqueza que se revierte hacia los demás y se trueca en sustancia humana."

Y Carlos Fuentes, en *Casa con dos puertas*, libro de artículos, comentarios y ensayos, todos de primera calidad, se ocupa de Alfonso Reyes con la misma severidad que se ocupa de Jane Austen, Herman Melville, Jean-Paul Sartre, Luis Buñuel, Jean Genet y Ernest Hemingway, para sólo nombrar unos cuantos.

El relatista mexicano expone la personalidad cultural de Reyes en el contexto sociopolítico mexicano; reitera lo que ya dedujimos por el *Diario*, el valor de la voluntad y la disciplina, "de la integridad intelectual en un país de improvisaciones y pretextos, de días y trabajos dilapidados en el sarcasmo y en el ingenio de café"; desde la primera página, el novelista coloca a Reyes como un indudable ejemplo de lo que se puede hacer aquí donde "las burlas disfrazan las insuficiencias". Fuentes no desaprovecha oportunidad para deslizar sus ingeniosos y fatales dardos; dice, así que el desaparecido, "fruto inevitable de una superioridad intelectual, espiritual, contrastaba violentamente con la resignada mediocridad que México acostumbra consagrar". No obstante, Alfonso Reyes ha dejado constancia de cómo si es posible derrotar a toda una serie de falsas tradiciones, de negativas condenaciones pseudo históricas.

La manera de trabajar de Reyes, su sentido de proyección cultural, el respeto que ganó desde mucho antes de muerto por la contundencia de su obra creadora, vienen a demostrar que hay voluntades contra las que nada pueden las vociferaciones de los distintos fatalismos; nada significaron, contra la organización y la inteligencia personal del escritor, los mitos del fatalismo geográfico, del fatalismo sociopolítico y del fatalismo económico; contra el desaliento y la negligencia, Reyes opuso la capacidad.

Fuentes asegura que el polígrafo mexicano conocía las carencias de la cultura nacional, especialmente en el plano educativo; "para él, la educación era inútil si no corría pareja al mejoramiento económico y social; por otra parte, "no en balde es toda la obra de Reyes un programa de cultura política: su sentido consiste en alentar el ascenso de la voluntad del pueblo a un pleno ejercicio de la responsabilidad ciudadana." Las interpretaciones de Fuentes, justo es decirlo, son acertadas la mayoría de veces; las pocas que no lo son, deben cargarse a cuenta de su gran admiración y afecto para el viejo maestro. De todos modos, es válida esta cita de su párrafo final: "La obra de Alfonso Reyes es una carga de dinamita a largo plazo. Como todo gran escritor, sembró de señales para el futuro el terreno yermo del presente. Como todo gran mexicano, tendió un puente para el porvenir de su pueblo: un porvenir que él entendió ajeno a esos fatalismos empobrecedores y enajenantes; un porvenir que él quiso radicar en proyectos de la inteligencia y la voluntad. Sobre el enorme muro mexicano del crimen, la inercia y la corrupción, Alfonso Reyes escribió, para siempre, las palabras ejemplares de un encuentro: el de la responsabilidad personal de un escritor libre y el de la responsabilidad común de un pueblo que, milagrosamente, ha mantenido su esperanza en medio del fatalismo y la explotación que le han impuesto demasiados hombres crueles, cobardes y necios."

## ANTOLOGIA POETICA CIRCUNSTANCIAL

De un poeta venezolano muy apreciado y hasta querido en algunos círculos culturales y políticos mexicanos, ha llegado el libro: *Siempre amor*, limpiamente editado y en un magnífico diseño tipográfico de John Lange. El poeta Carlos Augusto León vivió en México el mismo exilio que la dictadura de Pérez Jiménez impuso a otros paisanos suyos como Andrés Eloy Blanco, Rómulo Gallegos, Gustavo Machado y Pedro Beroes; antes había residido aquí en dos o tres ocasiones.

Hacia 1954, este escritor venezolano, editó una compilación de títulos suyos de poesía aparecidos durante los veinte años anteriores, propiamente de 1931 a 1951, o sea desde *Los pasos vivientes* hasta *Tres poemas*. En las páginas introductorias a ese libro de hace dieciséis años, Carlos Augusto escribió: "Nuestros pasos viven en el corazón de los caminos. Y nadie puede negar la verdad o la mentira que se levanta de sus propios pasos. Así decía al comienzo, cuando mi voz echó a andar, junto a la voz fraterna de Efraín Huerta. Era en México y en mi mocedad. En México, ahora, recojo en un haz buena parte de los pasos vivientes, con el solo orgullo de mirarlos limpios, con la modestia de quien sabe infinito el camino, pequeña siempre la obra." Tales palabras hablan de la honradez del poeta, de su humildad y de su reconocimiento al México que en diversas circunstancias le abrió sus puertas.

Se puede decir que Carlos Augusto León, en México, no fue poeta de cenáculo sino de reuniones políticas. Quienes no conocieron toda su poesía pudieron juzgarle sólo por sus poemas a China, la Unión Soviética, a los pueblos del mundo, a la paz, al miliciano español, a los negros de Panamá, etc.; sin embargo, en el volumen antológico de 1954, al que denominó Poesías —"ese término clásico y popular"— y en el que colaboraron artistas de la plástica mexicana como Xavier Guerrero, David Alfaro Siqueiros, Roberto Berdecio, Diego Rivera y Jesús Guerrero Galván, se refirió a las dos corrientes complementarias de su creación, aclaró entre otros puntos que desde un principio, junto a poemas personalísimos había escrito otros comprometidos con la problemática sociopolítica de su tiempo, y que esas dos líneas se mantenían a lo largo de su obra. "Hubo momentos —escribió— en que la primera se hizo dominante. Momentos —que eran tanto del hombre como del poeta— de relativa soledad y subjetivismo, aunque, para suerte mía, nunca cerró del todo los oídos, ni los ojos." Ahora bien, vale la rememoración anterior a la luz del libro más reciente suyo, editado en Venezuela durante 1970 por el Ateneo de Caracas, porque se vincula con la primera línea, la intimista y no muy conocida por todos, *Siempre amor*. Transcribimos no obstante, un poema, no el mejor de los sonetos incluidos, porque en él se cruzan ambas corrientes:

Te amé porque eres pueblo, amada mía  
y amas igual que yo al pueblo puro.  
al pueblo tierno, sí, al pueblo duro,  
al pueblo en su esperanza y su alegría.

Te amé porque tu lucha y mi porfía  
por la luz son y van contra lo oscuro  
y sientes la nostalgia del futuro  
que haremos nuestro y dulce un claro día.

No puedo estar alegre si te alejas.  
Tu partida me duele y me desgarras.  
Miro la soledad que se avecina.

Pero pienso en verdad que no me dejas  
y digo a la tristeza que me agarra:  
el camino que llevo, ella camina.



Antares Tercer Mundo, S. A., de Bogotá, Colombia, publicó *Restauración de la palabra*; su autor, Eduardo Gómez, nacido en 1932, tiene antecedentes que explican cierta orientación de su poesía: cofundador de la primera Federación de Estudiantes Colombianos, ex estudiante de Derecho en pugna contra la dictadura de los conservadores en su país, periodista universitario de serios compromisos reivindicadores, estudiante de literatura alemana y dramaturgia en la República Democrática Alemana, Asistente de Dirección del Berliner Ensemble y, finalmente, redactor del periódico *Frente Unido* del cura guerrillero Camilo Torres.

Dicha orientación se define hacia una extraña desesperanza, una rara mezcla de amor y presencias familiares, de rebelión y protesta, de reclamo y descreimiento ante un caos circundante, de anhelo honrado para decirlo todo desde los más negativos ángulos.

La poesía de Eduardo Gómez, casi siempre de extraordinaria calidad, anticipa la fijación de su finalidad en lo que enuncia el título mismo del poemario, "restaurar la palabra" no en una perspectiva condicionada mediante la erudita exégesis gramatical o filológica, sino en lo referente a comunicar con ella la conceptualización diáfana en su rotundidad cotidiana, en su directa y severa sequedad, sin eufemismos, sin malabarismos; sí, restaurar la palabra para que las canciones no embriaguen ni adormezcan cuando, como se sabe, "está en juego la sangre de generaciones y de pueblos y un mundo abierto al hombre infinito por nacer"; restaurarla a fin de "convivir con aquellos para quienes la palabra es liberación. Solamente la palabra que ponga en peligro el poder de los tiranos y los dioses/ es digna de ser pronunciada o escrita." Eduardo Gómez, en esa orientación que lo conduce hacia la desesperanza pero que nunca lo aproxima a la decrepitud o a la indiferencia,

da a través de algunos poemas las causas de lo que entre el ayer y el hoy le sugieren su caos. El titulado "El fugitivo" facilita fragmentos útiles:

Hasta ayer podíamos hablar de lucha  
y entonamos un diálogo  
para organizar la rebelión de los ángeles  
y olvidamos al hombre esclavo de la muerte y el hambre  
a los falsos profetas esperando a las puertas del mercado  
a los liberadores de ayer trocados en tenderos.

.....  
Hemos confiado demasiado en la palabra  
y olvidado la violencia del dinero y de las armas.  
Hemos juzgado sin poder comprender  
y estudiado sin poder amar.  
Hemos esperado demasiado el advenimiento de los héroes.

.....  
Cuánta muerte en vano  
cuánto suspiro disuelto en el caos negro  
a donde no llegan ni los gritos, ni los ecos.

.....  
Ahora la luz se ha hecho aún más violenta en los disparos  
y los himnos se han trocado a menudo  
en tangos con olor de aguardiente.

.....  
Hemos vivido del futuro  
en el sueño.  
Aún flotan el éxtasis del grito  
y las banderas  
y los planes interminables  
y las señales de la noche en la soledad de las jornadas  
y aquella vieja amistad con el ahora renegado  
ayer nuestro amigo  
hoy fatigado y resignado.



La Colección Agora, de Madrid, España, que entre sus publicaciones cuenta títulos como *Cincuenta poesías* de Rilke, *Veinte poetas españoles y Poemas escogidos*, de Dylan Thomas, ha editado *Hacia la tierra* de Luis Beltrán, quien nacido en Salamanca hace treintaiocho años y licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras, reside en Estados Unidos desde una década atrás. Por los datos que el novelista y crítico hispano-colombiano Clemente Airó facilita acerca de Luis Beltrán, en el título *Poetas españoles de hoy en los E. U.*, antología que empieza con el famoso y casi octogenario Jorge Guillén, el joven autor de *Hacia la tierra* es, intelectualmente, un triunfador: "Llegó a Estados Unidos con una beca Fullbright"; en la Universidad de Michigan hizo "su Master of Arts y el Doctorado en Literatura Comparada, materia de la que ahora es profesor en la Universidad de Indiana"; pre-

para una novela y un estudio sobre la literatura medieval de Occidente, y ha estudiado en París y en Escocia.

Hacemos referencia a dicho datos porque el poemario *Hacia la tierra* demuestra lo contrario; el triunfador lo es sólo en apariencia; sus poemas nos lo entregan atado por terribles frustraciones; es un hombre pendiente del pasado, que se refugia por lo regular en los ya inalcanzables solares de la infancia. Desde la primera página, en el cuarto verso, aparece un elemento conceptual importante de su poesía: el niño; en los treintaiocho poemas, éste u otros elementos relativos surgen de manera impresionante; versos tomados, uno de cada poema, son éstos: "mientras te acurruacas en el amplio mirador del niño" / "apenas niño el miedo con los nombres" / "Ah, niño, beso y solo!" / "Era el rincón del niño rubio" / "muñón de la niñez que me amputaron" / "soy niño entre mis muslos tontos" / "Devuélveme la mano y el caballo y el teatro de cartón" / "singlares litorales niños" / "me quedé sin niño entre los hombres" / "la travesura que ríe en la cola de un conejo sorprendido" / "¿qué has hecho de mis nombres: los niños, el héroe, la nieve, el barco de papel...?" / "La muerte es un niño que juega con un aro", etc. Una observación totalizadora obligaría a incluir algo de sexo, adolescencia, cinematografía y libros del pasado, los primeros versos, la primera muchacha, en fin la irrecuperable comodidad de un ayer que, por lo contrario, a muchos de su generación comprometió dolorosamente.

Desconcertante "triunfador" que aun cuando en su poesía sólo le interesa una parte de la vida, ella es, lamentablemente, egoísta; le hace sentir tranquilo esa exótica niñez del recuerdo parcializado; fuera de tal viaje hacia atrás sólo el vacío existe para él; en el presente, apenas suele decirse: "Luis, aún no estás muerto, / te quedan cosas aún que deshacer... / esperar un poco aún / hasta que todo se vuelva sueño / y te puedas tumbar definitivamente..." Y en el futuro suyo, ¿qué hay?, ¿apresurar en cierta forma el presente e ir *hacia la tierra*?, ¿cruzar de hoy hacia mañana por ese frágil puente que es el suicidio? Algo sugieren estos cuatro primeros versos de su "Salmodia del muchacho alegre":

El muchacho alegre quiere morir,  
quiere pasar su pierna izquierda, por el alféizar de la ventana,  
quiere inclinar lentamente la cabeza y dejarse caer y morir contra el granito.  
No quiere pensar, sin embargo, en lo que el corto vuelo hará a su humanidad.



Autora de cinco poemarios a partir de 1954, la poetisa mexicana originaria de San Luis Potosí, Juana Meléndez de Espinosa, ha visto publicado un nuevo título suyo: *Esta dura nostalgia*, gracias a la Academia Potosina de Ciencias y Artes. Este libro como los anteriores la presentan sin tropiezos

en su trayectoria de sencillez, claridad y sensibilidad, características de sus poemas.

*Esta dura nostalgia* reúne poesía de lágrima y añoranza, reflejo de un dolor causado por la valiosa compañía que se ha ido, por el ser amado muerto sólo vivo en virtud de lo que aún se le ama y de la poesía que obstinada mantiene su recuerdo. Al menos, esta es la imagen que se impone centralmente en el libro; sin embargo, no es la única; hay otras que a pesar de su colindancia conservan notable autonomía; otras como las referentes al encuentro o enfrentamiento de lo subjetivo y lo mecánico veloz de los modernos días; están, igualmente, las relativas a un afán de libertad "como pájaro al aire, mientras pasa la muerte por la tierra", y están, finalmente, las que aluden a "la muerte que avanza" con torpeza, "con duros pies de déspota. La muerte saltando por los dientes del tigre nombrador de itinerarios."

Pero un elemento conjugador de casi todas ellas puede rescatarse de dos o tres poemas; el titulado "Interplanetaria" ilustra nuestro aserto:

En esta nueva edad  
 ¿tendré que reclinar mi cabeza en los *sputniks*,  
 girar mi soledad en torno  
 a galaxias y planetas,  
 dejando atrás la tierra y el polvo de mis muertos?

Y tal vez  
 desandar los siete espacios  
 que aprisionan mi cuerpo,  
 hasta que mi sombra se diluya  
 en un charco de estrellas lejanas.

No sé.  
 Pero a donde quiera que vaya  
 esta tierra que soy irá conmigo,  
 y la boca de mis ansias  
 abrirá nuevamente la flor de la palabra.



Catedrática universitaria, escritora disciplinada, Margarita Carrera de Wever se dio a conocer en 1951 con sus *Poemas pequeños*, luego vinieron otros títulos que, desafortunadamente, desconocemos; esto último lo afirmamos cuando acabamos de leer *Poemas de sangre y alba*, libro que en la Colección Ultimos, incluyó y seleccionó para inaugurarla la Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos, en Guatemala.

El título del poemario de esta vivaz autora guatemalteca se ramifica en dos secciones interiores: Poemas de sangre y Poemas del alba y el deseo; el primero está referido sin duda al estado de cosas en la Guatemala vio-



lenta de la última década; el segundo, alude a la situación de la poetisa como ser humano que va saliendo de la noche al *alba*, y de ésta a su lírica intimidad; es decir, recorre tres etapas, la de los días que se le van "por las calles ensangrentadas" y de "Dios con su banderita de venganza y su trompeta fría de silencio"; la del tránsito definida por "la loca certidumbre de estar viva", y la del reencuentro con su mundo subjetivo, donde emergen los congénitos habitantes como son el amor, la amada soledad, la comprensión para la muerte natural, la dicha, la primavera, abril, el retorno de la esperanza y el *deseo*.

Poetisa límpida, de insólita transparencia en su creación, se conduce expresivamente a través de poemas cortos y de versos cuyo más alto promedio es el heptasílabo; su tono nos recuerda al español Antonio Machado, y alguna construcción al cholo Vallejo, como cuando refiriéndose a Rogelia Cruz, la ex reina de belleza guatemalteca despedazada por la fascista Mano Blanca, escribe: "Bajad la voz. Salid niños, a buscar a Rogelia". En las dos partes del libro mantiene un nivel envidiable; se lo permite la originalidad para despojarse de complicaciones retóricas y para eludir la seducción de inútiles imágenes.

Margarita Carrera de Weber conoce en su poesía el equilibrio de la capacidad y el límite; como fácilmente se expresa, difícilmente se excede; en dos o tres secuencias logra cincelar la estampa que se propone; un ejemplo de ello es el poema "Huele a sangre", donde describe al que huye y no logra escapar en aquel ámbito de sorprendidos terrores y de atroces cacerías humanas oficialmente respaldadas; copiamos:

Huele a sangre  
a muerte.  
Una sombra derrotada  
corre por las calles.

Desde su altura  
lloran los árboles.

Tendió las manos.  
Ya era tarde.  
Silencio.  
Roja piedra envilecida.  
Soledad.

Ya era tarde.



Con todo y que uno conoce la existencia de esa tesis que advierte sobre la diferencia del arte y la economía, o de la literatura y la política, uno

no puede dejar de pensar en la otra tesis que anula a la primera demostrando los vínculos entre la economía y la cultura; así, cuando recibimos *Los pobres*, valioso poemario con el que Roberto Sosa obtuvo el Premio Adonais de Madrid, no podemos pasar por alto la habilidad y talento del poeta hondureño al cubrir el tema de tal modo que casi, casi, nos hace aplaudir la eficacia de ser pobres. Porque Roberto Sosa, artista de innegable dominio poético, posee el "toque mágico" que sin dificultad convence —si se lo propone su poesía— de las ventajas, en circunstancias normales, de la tortuga frente a la liebre. Ahora bien, no sobra aclarar que la intención del poeta centroamericano es ajena al resultado, y que, empeñado en la consecución de un personal testimonio donde el oficio lo mismo amerite al artista y al artesano, se olvidó de la trascendencia del tema en su contexto humano y permitió que el afán surrealista lo desplazara hacia un enfoque de tonos románticos. De esta manera, podemos irreflexivamente aceptar que los pobres en el mundo son tantos que "pueden/ llevar en hombros/ el féretro de una estrella"; o también, que una forma de alcanzar la igualdad es recordando en un poema este lugar común: "Los cementerios se abren como el mar/ y nos reciben./ Definitivamente/ los vivos no podrán destruir/ la perfecta igualdad de los muertos."

Menos mal que el poeta hondureño Roberto Sosa incluyó poemas como "La casa de la justicia", en cuyos versos es comprobable su buena fe y su constante sujeción al peso constructivo de las imágenes; leamos:

Entré  
 en la Casa de la Justicia  
 de mi país  
 y comprobé  
 que es un templo  
 de encantadores de serpientes.  
 .....  
 Terribles  
 abogados  
 perfeccionan el día y su azul dentellada.

Jueces sombríos  
 hablan de pureza  
 con palabras  
 que han adquirido  
 el brillo  
 de un arma blanca. Las víctimas —en contenido espacio—  
 miden el terror de un solo golpe.

Y todo  
 se consume  
 bajo esa sensación de ternura que produce el dinero.

## REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

**ATENE0**, *Arte y Letras*, Director: Juan Carlos Talbot, Año XXIII, Núm. 44, abril, Lanús, Argentina, 1970.

En este número hay trabajos de: Juan Carlos Merlo, Juan Bautista Cunsolo, Héctor Ricardo González, Ramírcez E. Ríos, Hernán Rodríguez. Lubrano Zas, Olga Arias, Luis Ricardo Furlán y Oscar Echeverri Mejía.

**NUEVOS AIRES**, Revista trimestral, Directores: Vicente Battista, Gerardo Mario Goloboff y Edgardo Trilnick, Año 1, Núm. 1, junio-agosto, Buenos Aires, Argentina, 1970.

En este número hay trabajos de: Adolfo Sánchez Vázquez, Claude Lévi-Strauss, Susana Chamas, Hugo Acevedo, Oscar Collazos, Julio Cortázar, Fernando Quiñones, Rafael Guillén, Félix Grande, Horacio Salas, Leopoldo Marechal, Guillermo Arce Martínez, Silvia Stalman y Raúl López.

**SUR**, Revista bimestral, Directora: Victoria Ocampo, Núms. 322-323, enero-abril, Buenos Aires, Argentina, 1970.

En este número hay trabajos de: William Eastlake, Louis Simpson, William Pillin, George Hitchcock, Stephen Rodefer, Howard McCord, Simón J. Ortiz, Steve Katona, Bill Dodd, David Benedetti, C. G. Hanzlicek, William Heyen, Keith Wilson, Evan S. Connell, Jr., Gus Blaisdell, George Amabile, Alvaro Cardona-Hine, Stanley Kiesel, Melvin Wilk, William Witherup, Paul Lawson, Tom McKcown, Douglas Flaherty, Michael McClure, John Logan, Jean Rikhoff, Leslie Chapman, Robert Creeley, Dean S. Syracopoulos, Larry Goodell, John Logan, Ward Abbott, Jane Hayman, William Pearlman, Robert Chetkin, Stanley Noyes, Charles G. Bell, David Johnson, Anselm Hollo, Richard Kostelanetz, H. E. Francis, H. Ernest Lewald, Josephine Saunders, Thomas McGrath, Lennart Bruce, James Bradford, Neil Nelson, Jonathan Williams, Wayne McEvelly, Anais Nin, J. M. Alonso, Adrienne Marcus y Leticia Halperín Donghi.

ECO, Revista de Cultura de Occidente, Redacción: Nicolás Suescún, Tomo XX/4, Núm. 118, febrero, Bogotá Colombia, 1970.

En este número hay trabajos de: Siegfried Lenz, Lou Andrea-Salomé, Juan Sánchez Peláez, Ann Osborn, Rose Golsen, Elías Canetti, Manuel Rojas, Hernando Valencia Goelkel, Fabricio Cabrera y André Masso.

RAZÓN Y FÁBULA, Revista Bimestral de la Universidad de los Andes, Director: Andrés Holguín, Núm. 18, marzo-abril, Bogotá, Colombia, 1970.

En este número hay trabajos de: Juan Carlos Ghiano, Beatriz de Nobile, Raúl Vera Ocampo, Mario A. Lancelotti, Enrique de Rivas, Lucía Fox, Mireya Robles, María Mercedes Carranza, Fernando Lleras de la Fuente, Francisco Leal Buitrago, Germán Pardo García, Reiner María Rilke, Jean Casou, Antonio Requení, Mauricio Solaun, Francisco Valderrama M., Ignacio Iglesias, Julián Garavito, Henry Luque Muñoz, Eduardo Gómez, Roberto Flores Guevara y Néstor Miranda.

LA REPÚBLICA POPULAR DEMOCRÁTICA DE COREA, Revista mensual ilustrada, aparece en coreano, español, ruso, chino, inglés, japonés y francés, Núm. 41, Pyongyang, Corea, 1970.

En este número hay trabajos de: Ryu Jan In, Kim Bong Un, Ryu Dok In, Kim Il Sung, Bak Byong Chu, Dong Chang Jual, An Myong Sok, Kim Miong Suk, Zon Sung Bok, Dong Je Son, Zong Bong Du, Jan Bong Chan y Zo Rim.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Revista mensual de Cultura Hispánica, Director: José Antonio Maravall, Vol. LXXXII, Núm. 245, mayo, Madrid, España, 1970.

En este número hay trabajos de: Gabriel García Márquez, Ubaldo di Benedetto, Félix Grande, Carlos Edmundo de Ory, Carlos Alonso del Real, Antonio Martínez Menchén, Zunilda Gertel, Monique Joly, José Manuel Alonso Ibarrola, Giancarlo Elia Valori, Víctor Nieto Alcaide, Luis Sainz de Medrano Arce, Francisco Albertos, Amando Melón, Juan Riera, Juan Pedro Quiñonero, Enrique Moreno Castillo, Jorge Rodríguez Padrón, Emilio Miró, Raúl Chávarri y Fernández Molina.

INDICE, Director: J. Fernández Figueroa, Año XXV, Núms. 269-270, mayo-junio, Madrid, España, 1970.

En este número hay trabajos de: J. Fernández Figueroa, Luis Ponce de León, E. Conde, José María Carrascal, Heleno Saña, Luis Trabazo y Leopoldo Azancot.

REVISTA DE OCCIDENTE, Publicación Mensual, Director: José Ortega Spottorno, Núm. 86, mayo, Madrid, España, 1970.

En este número hay trabajos de: Erwin Panofsky, Julián Gallego, Damián Bayón, Zdenek Kourim, Francisco García Pavón, Luis Felipe Vivanco, Joan Fuster, Paulino Garagorri, Elisa Bernis, Gustavo Fabra Barreiro, Leopoldo de Luis, Andrés Amorós, Antonio Elorza, Alfredo Deaño, Josep M. Barnadas e Ignacio Iglesias.

MUNDO NUEVO, Revista mensual, Publicación asociada al Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, Adherido a la asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, Secretario de Redacción: Ignacio Iglesias, Núm. 50, agosto, París, Francia, 1970.

En este número hay trabajos de: Juan Alberto Osorio, Alfonsina Barriónuevo, James Gilbert, Leda Schiavo, Iván Uriarte, E. L. Revol, Renato Prada, René Rebetez, Ana Iris Cháves de Ferreiro, Tomás Barna, Alberto Baeza Flores, Lidia Neghme Echeverría, Héctor Sánchez, Jorge Selser, Víctor Alba, Virgilio Rafael Beltrán, Roberto Cuadra, Edwin Yllescas, Francisco Valle, Luis Rocha, Carlos Pérez-Alonso, Julio Cabrales, Ana Ilce, Beltrán Morales, Jorge Eduardo Arellano, A. M. P. y Sebastián Suarfa.

REVISTA SINDICAL HÚNGARA, Publicada por el Consejo Central de los Sindicatos húngaros, Director: Béla Soprini, Núm. 7, julio, Budapest, Hungría, 1970.

En este número hay trabajos de: Gábor Somosköi, Arthur Székely, László Jicsinszky, Károly Macsári, Ernő Kabos, Emoke Nándori, János Forrai, Oszkár Lehoczky, István Garamvolgyi, Margit Várkonyi, Géza Baroti y Ottó Solymosi.

COMUNIDAD, Cuadernos de Difusión Cultural de la Universidad Iberoamericana de México, Director: Armando Salcedo, Vol. V, Núm. 26, agosto, México, D. F., 1970.

En este número hay trabajos de: Alejandro León de la Barra, Jaime Ruiz de Santiago, Angel Palerm, David Orozco Romo, Lydia Zuckermann, Alejandro Aura, Francisco Garzón Céspedes, Raúl Carrillo, Raymond Cadorel, María Luisa G. de Bermúdez, Lan Adomián, María Teresa Charles, Leopoldo González Aguayo, Francisco A. Gómez Jara, Miguel Manzur K., Hugo Enriquez, María Teresa Toral, Robin Arma y Víctor.

DIÁLOGOS, Revista Bimestral, de Artes, Letras y Ciencias Humanas, Director: Ramón Xirau, Vol. VI, Núm. 34, julio-agosto, México, D. F., 1970.

En este número hay trabajos de: Luis González, César Fernández Moreno, Rosario Castellanos, Lawrence Ferlinghetti, Hannah Arendt, Alberto Dallal, Brihadarayaka Upanishad, Iván Restrepo F. y Roberto Realh de León.

LETRAS DE AYER Y DE HOY, Director: Arcadio Noguera, Núm. 41, agosto, México, D. F., 1970.

Isaac Palacios Martínez, Carmen de la Fuente, Carlos Sáenz de la Calzada, Magdalena Mondragón, Celedonio Serrano Martínez, Juan R. Campuzano, Marco Antonio Millán, Tito Ortega, José Muñoz Cota, Miguel Bustos Cerecedo, Raúl Cervantes Ahumada, Luis Aveláis Pozos, Patricia Cox, Víctor Ceja Reyes, Manuel Lerín, María Luis Melo de Remes, Ricardo Grijalva de León, Magdalena Mondragón, Arturo Sotomayor, Aurora Reyes, Carlota O'Neill, Sheridan Van Dolah, Roberto López Moreno, Eduardo Ponce Calderón, Mireya Robles, Alfonso Sierra Partida, Ana Victoria Mondadi, Luis Hurtado de Mendoza S., Miguel Bustos García, Horacio Espinosa Altamirano, José Natividad Rosales y Arcadio Noguera.

PUNTO DE PARTIDA, Revista Bimestral de los estudiantes universitarios, Directora: Margo Glantz, Año IV, Núm. 18, marzo-abril, México, D. F., 1970.

En este número hay trabajos de: Lucinda Nava Alegría, Antonio Delgado, Víctor Miguel Lozano, Mario Alberto Caro Meléndez, José Luis

Yúnes, Miguel Flores Ramírez, María del Carmen Merodio Tamés, Antonio Delgado, Víctor de la Cruz, Miguel Angel Guzmán, Cynthia Lorena, Paz Paredes, Roberto Antonio Sosa López, Jack Seligson y Miguel Angel Carbajal Rejón.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO, Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural, Director: Leopoldo Zea, Vol. XXIV, Núm. 9, mayo, México, D. F., 1970.

En este número hay trabajos de: José Carlos Bccerra, Leopoldo Zea, Justino Fernández, Luis Villoro, Abelardo Villegas, Alejandro Rossi, Remedios Varo, Eugenia Revueltas, María de los Angeles Knochenhauer, Andrés Lira González y Germán García.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE YUCATÁN, Revista bimestral publicada por el Departamento de Publicidad de la Universidad de Yucatán, Director: Conrado Menéndez Díaz, Año XII, Vol. XII, Núm. 68, marzo-abril, Mérida, Yucatán, México, 1970.

En este número hay trabajos de: A. García Franchi, Antonio Betancourt Pérez, Alfredo Barrera Vázquez, Jorge A. Zapata Cámara, Efraín González Rosado, Luis Escontría Salin, Fernando Sarlat Sarlat, Carlos J. Capetillo Campos, Rodolfo Ruz Menéndez, Alberto Castillo Calero, Roldán Peniche Barrera, Conrado Menéndez Díaz, H. D. y Josué de Castro.

AMARU, Revista de Artes y Ciencias, publicada por la Universidad Nacional de Ingeniería, Director: Emilio Adolfo Westphalen, Núm. 10, junio, Lima, Perú, 1969.

En este número hay trabajos de: George Petersen G., Adolf Portman, Raúl Vargas, Carlos Delgado, Eduardo Galeano, Uwe Johnson, Mario Vargas Llosa, Carlos Martínez Moreno, Raúl Deustua, Rodolfo Hinostroza, Julio Ramón Ribeyro, Ernesto Mejía Sánchez, José Bianco, Atahualpa del Cioppo, Jaime Valdivieso, Nilita Vientós Gastón, Edmundo Guillén Guillén, Blanca Varela, Seguí, De Stael, Jacques Villón, Luna Ercilla La Golondrina, Wifredo Lam y Changall.

COLÓQUIO, Revista de Artes y Letras, Director: Reynaldo dos Santos, Núm. 57, febrero, Lisboa, Portugal, 1970.

En este número hay trabajos de: Marqués de Lozoya, José-Augusto Franca, Julio Pomar, Lita Scarlatti, Bernardo Ferrão, José de Campos e Sousa, Francisco Bronze, Henry Galy-Carles, Gustav Siebenbann, António Ramos Rosa, Alberto Ferreira, Augusto de Castro, Branquinho da Fonseca, Matilde Rosa Araújo, Moreira Das Neves, Natércia Freire, Maria Aliete Galhoz, Hernani Cidade, Joao Maia, Eduardo Prado Coelho, Adonias Filho, Alexandre de Lucena e Vale, Joao Palma-Ferreira, J. A. Franca, Jacinto do Prado Coelho, María Alzira Barahona, Eduardo Prado Coelho, Paul Klee, Felix Klee, Rossini Pérez, Anselmo José da Cruz Sobral, Carlos Calvet, Marc Chagall, Alberto Giacometti, Bartolomeu Cid y Paula Rego.

LITERATURA SOVIÉTICA, Revista mensual, Organo de la Unión de Escritores de la U. R. S. S., Director: Savva Dangúlov, Núm. 7, julio, Moscú, U. R. S. S., 1970.

En este número hay trabajos de: Yuri Senkevich, V. Uribes, Serguei Krutilin, José Vento, Andrei Malishko, Gueorgui Márkov, Vadim Kózhinov, Vera Inber, Lilia Vilchek, Valentín Ovechkin, Anna Obratsova, Tatiana Mijelson, Mijaíl Biálik, Vladímir Naidiónov, Yuri Burtin, Rajil Fáinberg, Víctor Doroféiev, Leonid Kudrevátij, Nikolái Mijailovski y Anna Ajmatova.

ACTUAL, Revista de la Universidad de los Andes, Director: Pedro Rincón Gutiérrez, Año II, Núm. 6, enero-abril, Mérida, Venezuela, 1970.

En este número hay trabajos de: Alfonso Venegasrizo, Leonardo Benevolo, Klaus Schmidt, Ricardo Piglia, Javier Villafañe, Francisco Massiani, Rubén Barreiro Saguier, Antonio Cisneros, Nivaria Tejera, César Chirinos, Enrique Hernández D'Jesús, Pedro Parayma, Ernesto Cardenal, Hans Ehemann, J. G. Cobo-Borda, Carlos Drogoett, Raquel Jodorowsky, Hernando Track, Fernando Flores Menessini, Concha Meléndez, Angel Eduardo Acevedo, Esther Mará Osses, Baica Dávalos, Carlota Catania, Blas Perozo Naveda y Dámaso Ogaz.



**I N D I C E S**

**DE**

**CUADERNOS  
AMERICANOS**

**LA REVISTA**

**DEL NUEVO MUNDO**

**1970**

**Año XXIX**

**Vols. CLXVIII al CLXXIII**

**Nos. 1 al 6**



## INDICE POR SECCIONES

### NUESTRO TIEMPO

	<i>Entayos</i>	<i>Núm. Pág.</i>
FRANCISCO VARONA DUQUE ESTRADA. Crisis de la "Democracia Representativa" en América Latina . . . . .	I	7
CAMILO DAGÚM. El Gobierno Argentino contra las Universidades	I	22
NILITA VIENTÓS GASTÓN. Puerto Rico y la Cultura de la pobreza	I	31
JULIO ALVAREZ DEL VAYO. Un mundo en movimiento . . . . .	I	46
OMAR DÍAZ DE ARCE. Antecedentes del golpe militar peruano	II	7
EDUARDO S. CALAMARO. Areas culturales argentinas . . . . .	II	25
ANTONIO SÁNCHEZ GIJÓN. Portugal . . . . .	II	43
JESÚS REYES HEROLE. México y su Petróleo . . . . .	III	7
RAÚL ROMERO BASTOS. El Paraguay. Entre el Terror y la Revolución	III	29
JORGE CARRERA ANDRADE. Gomenasai. Tres Años en el Japón	III	45
RAMÓN PARRÉS. Visión dinámica del disenter de la Juventud	III	61
JESÚS CAMBRE MARIÑO. La Reforma de la Educación y la Planificación Educativa en España . . . . .	IV	7
GUILLERMO DÍAZ DOIN. Enfoques de la realidad Económico Social . . . . .	IV	34
JOSÉ FERRER CANALES. Gandhi: Evocación del Centenario . . . . .	IV	50
PAULO DE CARVALHO-NETO. Cinco Regiones y un País . . . . .	V	7
MANUEL MALDONADO DENIS. Albizu Campos y el desarrollo de la conciencia natural puertorriqueña en el Siglo XX . . . . .	V	44
ALFONSO REYES. Carta a una Sombra . . . . .	VI	7
VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE. De regreso a las ideas apristas de 1924 . . . . .	VI	10
ANTONIO SACOTO. Aspectos culturales de nuestra América en el Siglo XX . . . . .	VI	14
ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Los Mitos del Futuro . . . . .	VI	26

### N O T A S

Carta desde Nueva York, por C. ANDRÉS . . . . .	I	67
En defensa de la América Latina, por ALFREDO S. DUQUE . . . . .	VI	50
Los reformadores de la España contemporánea, por RUBÉN LANDA . . . . .	VI	54

## HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

	Núm.	Pág.
MAX AUB. José Gaos . . . . .	II	75

## AVENTURA DEL PENSAMIENTO

SERGIO BAGÚ. Tiempo y realidad social . . . . .	I	73
EMILIO SOSA LÓPEZ. La Instauración del poder temporal . . . . .	I	83
AUGUSTO SALAZAR BONDY. Implicaciones axiológicas en las Ciencias Sociales . . . . .	II	87
CARLOS EDUARDO TURÓN. La iconoclastia de José Revueltas . . . . .	II	97
J. D. GARCÍA BACCA. Ciencia, Técnica, Historia y Filosofía en la Atmósfera cultural de Nuestro Tiempo . . . . .	III	71
L. A. COSTA PINTO. La Crisis Latino-Americana . . . . .	III	90
MIGUEL BUENO. El Punto de Partida . . . . .	III	101
MAURICIO DE LA SELVA. Autovivisección de Juan José Arreola . . . . .	IV	69
JUAN CUATRECASAS. Raíces religiosas de la guerra . . . . .	V	65
EMILIO SOSA LÓPEZ. El fundamento mítico de la Historia Universal . . . . .	V	80
LUIS RUBLÚO. Tiempo e historia en la voz de León-Felipe . . . . .	V	97
ALFREDO STERN. Historia, proyecto y valor . . . . .	VI	65
SERGIO BAGÚ. Contenido histórico de las Ciencias de la sociedad en Occidente y en América Latina. Propuesta para un replanteamiento teórico . . . . .	VI	79
GISELA B. HUBERMAN. Panorama de los Estudios de la Gramática Española en el Siglo XX . . . . .	VI	103

## PRESENCIA DEL PASADO

SAMUEL MARTÍ. Música Colonial Profana . . . . .	I	99
JOSÉ JUAN ARRÓM. Mitos Taínos en las letras de Cuba, Santo Domingo y México . . . . .	I	110
OMAR DÍAZ DE ARCE. Humboldt y la Economía de Plantaciones . . . . .	I	124
ANTONIO SACOTO SALAMEA. Ojeada de Juan Montalvo sobre América en la segunda mitad del Siglo XIX . . . . .	II	129
DARDO CÚNEO. Un intento de análisis del "Ariel" de Rodó . . . . .	II	138
SAMUEL MARTÍ. Mudrá: Manos simbólicas en Asia y América . . . . .	II	146
EDUARDO NOGUERA. El Ladrillo en Epocas Prehispánicas . . . . .	III	117
JESÚS SILVA HERZOG. Lo Positivo y lo negativo en el Porfiriismo . . . . .	III	124
GARY D. KELLER. El Niño en la Revolución Mexicana: Nellie Campobello, Andrés Iduarte y César Garizurieta . . . . .	III	142
FILIBERTO DÍAZ. Mariátegui y los <i>Siete Ensayos</i> , un estudio y comentarios . . . . .	III	152
GERMÁN LIST ARZUBIDE. Camino de Lenin hacia la Revolución de octubre . . . . .	IV	121
WENCESLAO ROCES. En el Centenario de Lenin . . . . .	IV	135
VÍCTOR FLORES OLEA. Lenin y la Política . . . . .	IV	149
CARLOS THIERRY ZUBIETA. Acerca de Lenin y la Juventud . . . . .	IV	154
EDMUNDO GUILLÉN GUILLÉN. Un testigo presencial de la conquista del Perú . . . . .	V	109

	Núm.	Pág.
LUIS CÓRDOVA. Proteccionismo y librecambio en el México Independiente (1821-1847)	V	135
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. Crecimiento y revelación de José Martí	V	158
RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA. Azorín en la Prensa anarquista de fin de siglo	VI	111
PUBLIO GONZÁLEZ-RODAS. Darío y Estrada Cabrera	VI	119
JESÚS SILVA HERZOG. Tríptico en la Revolución Mexicana	VI	128

## NOTAS

En el Cincuentenario de la Academia Mexicana de la Historia, por ARTURO ARNÁIZ Y FREG	II	166
---	----	-----

## DIMENSION IMAGINARIA

PORFIRIO SÁNCHEZ. Imágenes y Metafísica en la poesía de Octavio Paz: La negación del tiempo y del espacio	I	149
MARLENE GOTTLIEB. La evolución poética de Nicanor Parra: Anticipación de las <i>Canciones Rusas</i>	I	160
JOSEPH SOMMERS. Novela de la Revolución: Criterios contemporáneos	III	171
PUBLIO GONZÁLEZ RODAS. Rubén Darío y Theodore Roosevelt	I	185
ALBERTO J. CARLOS. El Anti-Héroe en <i>El Acoso</i>	I	193
RAÚL BOTELHO GOSÁLVEZ. El Héroe de Molle Seco	I	205
EDWARD STACHURA. A través del jardín que devora la langosta	II	175
MIREYA ROBLES. La desesperanza en Rubén Darío	II	184
ANDRÍS KLEIMBERGS. Función de la naturaleza en "Los de Abajo"	II	194
MANUEL VILLEGAS LÓPEZ. Libertad del cine frente a las artes	II	202
CÉSAR LEANTE. Una pistola y dos granadas	II	213
OTTO DE SOLA. Oda a Rómulo Gallegos	III	167
MARÍA LUISA ALVAREZ DE HARVEY. La Vida poética extraordinaria de Manuel Altolaguirre	III	171
CARMEN DE LA FUENTE. El Simbolismo y Ramón López Velarde	III	175
ROBERT M. SCARI. Los Temas de <i>Las Montañas del Oro</i> de Leopoldo Lugones	III	191
DELIA ESTHER DAGÚM. Una incursión: "Divinas Palabras" de Valle Inclán	III	205
ANTONIO CASTRO LEAL. La Poesía de Manuel José Othón (1858-1906)	IV	161
—, Antología de Manuel José Othón	IV	185
ROSS LARSON. La Visión realista de Juan José Arreola	IV	226
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Orozco 70	IV	233
HELMY F. GIACOMÁN. La Psiconeurosis regresiva en "El Señor Presidente" de Miguel Angel Asturias	V	177
JORGE J. CRESPO DE LA SERNA. La Crítica de arte y su función social	V	185
AGUSTÍ BARTRA. Octubre (Drama en un acto)	V	196
JOSÉ BLANCO AMOR. Un hombre nuevo	V	210

	<i>Núm. Pág.</i>
JULIÁN IZQUIERDO ORTEGA. Notas sobre León Felipe y su idea de la muerte . . . . .	VI 151
LOLÓ DE LA TORRIENTE. Fiesta de Natalicio . . . . .	VI 158
MANUEL DURÁN. El Lenguaje de Juan Goytisolo . . . . .	VI 167
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Psicología del Desasosiego.—Utrillo	VI 180
JAIME ALAZRAKI. Un tema y tres cuentos de Horacio Quiroga	VI 194
CONCHA MELÉNDEZ. Poesía y sinceridad en Amado Nervo. .	VI 206

## LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publicaciones	I 215
——. Libros, revistas y otras publicaciones . . . . .	II 235
——. Libros, revistas y otras publicaciones . . . . .	III 227
——. Libros, revistas y otras publicaciones . . . . .	IV 241
——. Libros, revistas y otras publicaciones . . . . .	V 249
——. Libros, revistas y otras publicaciones . . . . .	VI 225

## INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(ABREV.: N. T. *Nuestro Tiempo*.—H. de N. E. *Hombres de Nuestra Estirpe*.—M. de N. E. *Mujeres de Nuestra Estirpe*.—A. del P. *Aventura del Pensamiento*.—P. del P. *Presencia del Pasado*.—D. I. *Dimensión Imaginaria*.—L. y R. *Libros y Revistas*.—V. A. *Varios Autores*.)

	Núm.	Pág.
ALAZRAKI, JAIME. Un tema y tres cuentos de Horacio Quiroga (D. I.)	VI	194
ALVAREZ DE HARVEY, MARÍA LUISA. La Vida poética extraordinaria de Manuel Altolaguirre. (D. I.)	III	171
ALVAREZ DEL VAYO, JULIO. Un Mundo en movimiento. (N. T.)	I	46
ANDRÉS, C. Carta desde Nueva York. (N. T.)	I	67
ARNÁIZ Y FREG, ARTURO. En el Cincuentenario de la Academia Mexicana de la Historia. (P. del P.)	I	166
ARRÓM, JOSÉ JUAN. Mitos Taínos en las letras de Cuba, Santo Domingo y México. (P. del P.)	I	110
AUB, MAX. José Gaos. (H. de N. E.)	II	75
BAGÚ, SERGIO. Tiempo y realidad social. (A. del P.)	I	73
———. Contenido histórico de las ciencias de la sociedad en Occidente y en América Latina. Propuesta para un replanteamiento teórico. (A. del P.)	VI	79
BARTRA, AGUSTÍ. Octubre (Drama en un acto). (D. I.)	V	196
BLANCO AMOR, JOSÉ. Un hombre nuevo. (D. I.)	V	210
BOTELHO GOSÁLVEZ, RAÚL. El Héroe de Molle Seco. (D. I.)	I	205
BUENO, MIGUEL. El Punto de Partida para Filosofar. (A. del P.)	III	101
CALAMARO, EDUARDO S. Areas culturales Argentinas. (N. T.)	II	25
CAMBRE MARIÑO, JESÚS. La Reforma de la Educación y la Planificación Educativa en España. (N. T.)	IV	7
CARDOZA Y ARAGÓN, LUIS. Orozco 70. (D. I.)	IV	233
CARLOS, ALBERTO J. El Anti-Héroe en <i>El Acoso</i> . (D. I.)	I	193
CARRERA ANDRADE, JORGE. Gomenasai. Tres años en el Japón. (N. T.)	III	45
CARVALHO-NETO, PAULO DE. Cinco Regiones y un País. (N. T.)	V	7
CASTRO LEAL, ANTONIO. La Poesía de Manuel José Othón (1858-1906). (D. I.)	IV	161
———. Antología de Manuel José Othón. (D. I.)	IV	185
CÓRDOVA, LUIS. Proteccionismo y libre cambio en el México independiente (1821-1847). (P. del P.)	V	135
COSSÍO DEL POMAR, FELIPE. Psicología del Desasosiego.—Utrillo. (D. I.)	IV	180
COSTA PINTO, L. A. La Crisis Latino-Americana. (A. del P.)	III	90
COSTA PINTO, SULAMITA B. DE. La Crisis Latino-Americana. (A. del P.)	III	90
CRESPO DE LA SERNA, JORGE J. La Crítica de arte y su función social. (D. I.)	V	185

	Núm.	Pág.
CUATRECASAS, JUAN. Raíces religiosas de la guerra. (A. del P.)	V	65
CÚNEO, DARDO. Un intento de análisis del "Ariel" de Rodó. (P. del P.)	II	138
DAGÚM, CAMILO. El Gobierno Argentino contra las universidades. (N. T.)	I	22
DAGÚM, DELIA ESTHER. Una Incursión: "Divinas Palabras" de Valle Inclán. (D. I.)	III	205
DÍAZ, FILIBERTO. Mariátegui y los <i>Siete Ensayos</i> , un estudio y comentarios. (P. del P.)	III	152
DÍAZ DE ARCE, OMAR. Humboldt y la Economía de Plantaciones. (P. del P.)	I	124
—. Antecedentes del golpe militar peruano. (N. T.)	II	7
DÍAZ DOIN, GUILLERMO. Enfoques de la realidad Económico Social. (N. T.)	IV	34
DUQUE, ALFREDO S. En defensa de la América Latina. (N. T.)	VI	50
DURÁN, MANUEL. El Lenguaje de Juan Goytisolo. (D. I.)	VI	167
FERNÁNDEZ SUÁREZ, ALVARO. Los Mitos del Futuro. (N. T.)	VI	26
FERRER CANALES, JOSÉ. Gandhi: Evocación del Centenario. (N. T.)	IV	50
FLORES OLEA, VÍCTOR. Lenin y la Política. (P. del P.)	IV	149
FUENTE, CARMEN DE LA. El Simbolismo y Ramón López Velarde. (D. I.)	III	175
GARCÍA BACCA, J. D. Ciencia, Técnica, Historia y Filosofía en la Atmósfera cultural de nuestro tiempo. (A. del P.)	III	71
GIACOMÁN, HELMY F. La Psiconeurosis regresiva en "El Señor Presidente" de Miguel Angel Asturias. (D. I.)	V	177
GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO. Crecimiento y revelación de José Martí. (P. del P.)	V	158
GONZÁLEZ-RODAS, PUBLIO. Rubén Darío y Theodore Roosevelt. (D. I.)	I	185
—. Darío y Estrada Cabrera. (P. del P.)	VI	119
GOTTLIEB, MARLENE. La evolución poética de Nicanor Parra: Anticipación de las <i>Canciones Rusas</i> . (D. I.)	I	160
GUILLÉN GUILLÉN, EDMUNDO. Un testigo presencial de la conquista del Perú. (P. del P.)	V	109
HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL. De regreso a las ideas apristas de 1924. (N. T.)	VI	10
HUBERMAN, GISELA B. Panorama de los Estudios de la Gramática Española en el Siglo XX. (A. del P.)	VI	103
IZQUIERDO ORTEGA, JULIÁN. Notas sobre León Felipe y su idea de la muerte. (D. I.)	VI	151
KELLER, GARY D. El Niño en la Revolución Mexicana: Nellie Campobello, Andrés Iduarte y César Garizurieta. (P. del P.)	III	142
KLEINBERGS, ANDRÍS. Función de la naturaleza en "Los de Abajo". (D. I.)	II	194
LANDA, RUBÉN. Los reformadores de la España contemporánea. (N. T.)	VI	54
LARSON, ROSS. La Visión realista de Juan José Arreola. (D. I.)	IV	226
LEANTE, CÉSAR. Una pistola y dos granadas. (D. I.)	II	213
LIST-ARZUBIDE, GERMÁN. Camino de Lenin hacia la Revolución de octubre. (P. del P.)	IV	121



	Núm.	Pág.
MALDONADO DENIS, MANUEL. Albizu Campos y el desarrollo de la conciencia natural puertorriqueña en el Siglo xx. (N. T.)	V	44
MARTÍ, SAMUEL. Música Colonial Profana. (P. del P.)	I	99
— Mudrá: Manos simbólicas en Asia y América. (P. del P.)	II	146
MELÉNDEZ, CONCHA. Poesía y sinceridad en Amado Nervo. (D. I.)	VI	206
NOGUERA, EDUARDO. El Ladrillo en Epocas Prehispánicas. (P. del P.)	III	117
PARRÉS, RAMÓN. Visión dinámica del disenter de la Juventud. (N. T.)	III	61
PÉREZ DE LA DEHESA, RAFAEL. Azorín en la Prensa anarquista de fin de siglo. (P. del P.)	VI	111
REYES, ALFONSO. Carta a una Sombra. (N. T.)	VI	7
REYES HEROLES, JESÚS. México y su Petróleo. (N. T.)	III	7
ROBLES, MIREYA. La desesperanza en Rubén Darío. (D. I.)	II	184
ROCES, WENCESLAO. En El Centenario de Lenin. (P. del P.)	IV	135
ROMERO BASTOS, RAÚL. El Paraguay. Entre el Terror y la Revolución. (N. T.)	III	29
RUBLÚO, LUIS. Tiempo e historia en la voz de León Felipe. (A. del P.)	V	97
SACOTO SALAMEA, ANTONIO. Ojeada de Juan Montalvo sobre América en la segunda mitad del Siglo xx. (P. del P.)	II	129
— Aspectos culturales de nuestra América en el Siglo xx. (N. T.)	VI	14
SALAZAR BONDY, AUGUSTO. Implicaciones axiológicas en las Ciencias Sociales. (A. del P.)	II	87
SÁNCHEZ, PORFIRIO. Imágenes y Metafísica en la poesía de Octavio Paz: La negación del tiempo y del espacio. (D. I.)	I	149
SÁNCHEZ GIJÓN, ANTONIO. Portugal. (N. T.)	II	43
SCARI, ROBERT M. Los temas de <i>Las Montañas del Oro</i> de Leopoldo Lugones. (D. I.)	III	191
SELVA, MAURICIO DE LA. Libros, revistas y otras publicaciones. (L. y R.)	I	215
— Libros, revistas y otras publicaciones. (L. y R.)	II	235
— Libros, revistas y otras publicaciones. (L. y R.)	III	227
— Libros, revistas y otras publicaciones. (L. y R.)	IV	241
— Autovisección de Juan José Arreola. (A. del P.)	IV	69
— Libros, revistas y otras publicaciones. (L. y R.)	V	249
— Libros, revistas y otras publicaciones. (L. y R.)	VI	225
SILVA HERZOG, JESÚS. Lo Positivo y lo Negativo en el Porfirismo. (P. del P.)	III	124
— Tríptico en la Revolución Mexicana. (P. del P.)	VI	128
SOLA, OTTO DE. Oda a Rómulo Gallegos. D. I.)	III	167
SOMMERS, JOSEPH. Novela de la Revolución: Criterios contemporáneos. (D. I.)	I	171
SOSA LÓPEZ, EMILIO. La Instauración del poder temporal. (A. del P.)	I	83
— El Fundamento mítico de la Historia Universal (A. del P.)	V	80

	<i>Núm. Pág.</i>
STACHURA, EDWARD. A través del jardín que devora la langosta. (D. I.) . . . . .	II 175
STERN, ALFREDO. Historia, proyecto y valor (A. del P.) . . . . .	VI 65
THIERRY ZUBIETA, CARLOS. Acerca de Lenin y la Juventud (P. del P.) . . . . .	IV 154
TORRIENTE, LOLÓ DE LA. Fiesta de Natalicio. (D. I.) . . . . .	VI 158
TURÓN, CARLOS EDUARDO. La iconoclastia de José Revueltas. (A. del P.) . . . . .	II 97
VARONA DUQUE ESTRADA, FRANCISCO. Crisis de la "Democracia Representativa" en América Latina. (N. T.) . . . . .	I 7
VIENTÓS GASTÓN, NILITA. Puerto Rico y la Cultura de la Pobreza. (N. T.) . . . . .	I 31
VILLEGAS LÓPEZ, MANUEL. Libertad del cine frente a las artes. (D. I.) . . . . .	II 202

Se terminó de imprimir en la EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A., Ave. Coyoacán No. 1035, de la ciudad de México 12. D. F. el día 5 de noviembre de 1970. Consta la edición de 1.550 ejemplares.

**Nº 1312**



# Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por Juan Larrea .....	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez ...	10.00	1.00
JARDIN CERRADO, por Emilio Prados .....	20.00	2.00
LUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe .....	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García .....	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña .....	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvarez Acosta .....	25.00	2.50
MEDITACIONES SOBRE MEXICO, por Jesús Silva Herzog .....	20.00	2.00
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes ..	20.00	2.00
ARETINO. AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Cossio del Pomar .....	20.00	2.00
DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba .....	20.00	2.00
EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz .....	20.00	2.00
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano .....	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón .....	20.00	2.00
RAZON DE SER, por Juan Larrea .....	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Ale- gria .....	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea .....	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce .....	20.00	2.00
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por Luis Sánchez Pontón .....	20.00	2.00
LA EXPOSICION. DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por Rodolfo Usigli .....	15.00	1.50
DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quin- tanilla .....	10.00	1.00
HISPAÑOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDEN- CIA, por Varios autores .....	10.00	1.00
LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Emilio Romero Espinosa .....	10.00	1.00
GUATEMALA. PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLU- CION, por Pedro Guillén .....	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por Fernando Carmona .....	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Seta .....	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre-Charles .....	25.00	2.50
EL PANAMERICANISMO. DE LA DOCTRINA MONROE A LA DOCTRINA JOHNSON, por Alonso Aguilar Monteverde ..	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por José Tiquet .....	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Leal Araujo .....	25.00	2.50
AMERICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea .....	20.00	2.00
LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por Luis Cardona y Aragón .....	30.00	3.00
ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García .....	30.00	3.00
EL CASO DE CUBA, por Isidro Fabela .....	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Toriello .....	30.00	3.00

## REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números) (1970)

MEXICO .....	150.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA .....	12.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES .....	15.50
PRECIOS DEL EJEMPLAR	
MEXICO .....	30.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA .....	2.70
EUROPA Y OTROS CONTINENTES .....	3.00

Ejemplares atrasados, precio convencional

## NUESTRO TIEMPO

- Alfonso Reyes* Carta a una Sombra.  
*Víctor Raúl Haya de la Torre* De regreso a las ideas apristas de 1924.  
*Antonio Sacoto* Aspectos culturales de nuestra América en el Siglo xx.  
*Alvaro Fernández Suárez* Los Mitos del Futuro.

NOTA, por ALFREDO S. DUQUE

NOTA, por RUBEN LANDA

## AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Alfredo Stern* Historia, proyecto y valor.  
*Sergio Bagú* Contenido histórico de las Ciencias de la sociedad en Occidente y en América Latina. Propuesta para un replanteamiento teórico.  
*Gisela B. Huberman* Panorama de los Estudios de la Gramática Española en el Siglo xx.

## PRESENCIA DEL PASADO

- Rafael Pérez de la Debesa* Azorín en la Prensa anarquista de fin de siglo.  
*Publio González-Rodas* Darío y Estrada Cabrera.  
*Jesús Silva Herzog* Tríptico en la Revolución Mexicana.

## DIMENSION IMAGINARIA

- Julián Izquierdo Ortega* Notas sobre León Felipe y su idea de la muerte.  
*Loló de la Torriente* Fiesta de Natalicio.  
*Manuel Durán* El Lenguaje de Juan Goytisolo.  
*Felipe Cossío del Pomar* Psicología del Desasosiego.—Utrillo  
*Jaime Alazraky* Un tema y tres cuentos de Horacio Quiroga.  
*Concha Meléndez* Poesía y sinceridad en Amado Nervo.

## LIBROS Y REVISTAS

- Mauricio de la Selva* Libros, Revistas y otras publicaciones.

INDICE GENERAL DEL AÑO 1970

Printed in Mexico